UN MISTERIO DE MIRANDA Y PARKER

LINSEY LANIER

CORTINA DE HUMO



CORTINA DE HUMO

Un Misterio de Miranda y Parker - Libro 7

Linsey Lanier

Felicity Books

Derechos de autor © 2025 Felicity Books

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida ni transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor.
La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta obra son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios o productos.
Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, regrese a su tienda en línea y adquiera su propia copia.
Gracias por respetar el trabajo de la autora y ayudarla a ganarse la vida.

ISBN: 978-1-966699-39-2

RESUMEN

Hace tres semanas, Miranda y Parker tuvieron una pelea desgarradora.

Miranda decidió emprender su propio camino, dispuesta a demostrar que es una investigadora por derecho propio.

El problema es que no tiene clientes.

Así que, cuando un tipo siniestro de su pasado entra por la puerta y quiere contratarla para encontrar a una bailarina exótica desaparecida, se ve obligada a aceptar el caso.

Mientras tanto, Parker ha superado a Miranda y el dolor que ella le causó. Pero si logra encontrar a quien envió esos mensajes amenazantes a su teléfono, podrá demostrar que tenía razón sobre la imprudencia de ella ante el peligro.

Lo que no saben es que ambos están en peligro.

Y están a punto de enfrentarse al asesino más aterrador de sus vidas.

Esta vez, quizás no salgan con vida.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Resumen
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo Veintitrés
Capítulo Veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo Veintiocho
Capítulo Veintinueve
Capítulo Treinta
Capítulo Treinta y Uno
Capítulo Treinta y Dos
Capítulo Treinta y Tres
Capítulo Treinta y Cuatro
Capítulo Treinta y Cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo Treinta y Siete
Capítulo Treinta y Ocho
Capítulo Treinta y Nueve
Capítulo Cuarenta
Capítulo Cuarenta y Uno
Capítulo Cuarenta y dos
Capítulo Cuarenta y Tres
Capítulo Cuarenta y Cuatro
Capítulo Cuarenta y Cinco
Capítulo Cuarenta y Seis
Capítulo cuarenta y siete

Capítulo Cuarenta y ocho
Capítulo Cuarenta y Nueve
Capítulo Cincuenta
Capítulo Cincuenta y uno
Capítulo Cincuenta y Dos
Capítulo Cincuenta y Tres
Capítulo Cincuenta y Cuatro
Capítulo Cincuenta y Cinco
Capítulo Cincuenta y seis

CAPÍTULO UNO

La vida es como una sinfonía, ¿no crees?

¿El humor siempre cambiante? ¿El tempo de un movimiento tan distinto del otro? ¿El vaivén de la música que el director de orquesta controla con una sola batuta afilada? Rápido, luego lento, y rápido de nuevo, para terminar en una euforia frenética como el timbal de un largo grito gutural.

Nunca puedo decidir qué me gusta más: la mirada de terror en sus ojos o sus gritos.

Sus ojos son todos tan diferentes. Tan fascinantes en su variedad. Algunos felinos y azules como el cielo; otros, redondos y marrones como canicas de chocolate; otros, grandes y de un verde oscuro como la tinta, como la medicina de sabor repugnante que Mamá me daba para calmarme después de uno de mis ataques. Pero incluso los verdes son tan hermosos cuando se llenan de las lágrimas acuosas que inevitablemente gotean por los lados de sus rostros.

Pero los gritos, los sonidos… Sí, los gritos son lo que de verdad me vuelve loco.

La estridencia reverbera por mi cuerpo y hace que cada nervio se despierte. Las lágrimas interminables, el lamento largo y prolongado. Ah, cómo me incita todo eso.

Es increíble que sus voces sean tan variadas como sus ojos. Algunas, suaves y suplicantes. Otras, duras e imperiosas. Esas no me gustan. Me recuerdan a Mamá cuando huía de su contacto.

Los tonos de sus gritos son como los de los instrumentos de una orquesta. Me pregunto si Mamá pensaría lo mismo. Estoy seguro de que sí. Pero ella no está aquí para oírlos.

Y al final, todas las voces enronquecen de tanto gritar y luego, por supuesto, enmudecen. Como Mamá. La sinfonía de la vida debe terminar.

Es su destino inevitable.

Como lo es el mío hacerlas gritar. No es que tenga opción.

Siempre empiezo cada proyecto de la misma manera. No pierdo tiempo en invadir sus partes más íntimas. Tal como Mamá invadía las mías, frotando su clarinete contra mis puntos más sensibles. Le digo lo desvergonzada que es. Tal como Mamá me decía a mí lo desvergonzado que era cuando no aprendía bien la lección. Le digo que debe ser castigada. Tal como Mamá me castigaba a mí. Y mientras empiezo el castigo, le digo lo que es.

Puta. *Puta*. *Puta*.

Tal como *él* me enseñó. Él fue mucho mejor maestro que Mamá.

La odiaba tanto. Y a él también lo odiaba. Ambos me quitaron demasiado. Mamá me quitó la inocencia. *Él* me quitó a mi único amor. Sucedió una noche de diciembre en una casa en llamas.

La noche que recibí mi nuevo nombre.

Ahora me llaman Smoke.

Una voluta por aquí. Una voluta por allá. Y de repente, he desaparecido. Pronto desapareceré para siempre.

Pronto, muy pronto, tendré a la que he estado esperando por tanto tiempo. A la que he estado observando durante casi un año. La única que ha conseguido escapárseme de las manos. Por fin la tendré y el propósito de mi vida estará completo. No puedo esperar a tocarla.

La que se me escapó.

CAPÍTULO DOS

Miranda Steele se dejó caer en la chirriante silla de oficina que había comprado en una tienda de segunda mano cercana y se llevó la cabeza a las manos.

Clavó la vista en el cheque que tenía delante, sobre el escritorio de tablaroca que había conseguido en el mismo lugar, y gruñó en voz alta. Apretó los puños con ganas de golpear algo.

Nota mental: comprar un saco de boxeo.

Espera.

Corrección: no me alcanza para un saco de boxeo. Ir al gimnasio local.

Con los dientes apretados y el genio echando humo, fulminó el cheque con la mirada. La caligrafía, grande y pulcra, parecía tan llena de confianza. Tan sólida. Tan… confiable.

Pero no.

Hank Lauderdale, su primerísimo cliente —del primerísimo caso que había conseguido por su cuenta— la había estafado.

Todavía podía ver a la cajera del banco, a dos cuadras de allí, mientras le devolvía el cheque deslizándolo por el mostrador de imitación de caoba.

—Lo lamento, Sra. Steele —había dicho con una voz sureña remilgada—. Esta cuenta está cerrada.

Resultó que el Sr. Lauderdale había retirado sus fondos y cerrado la cuenta esa misma mañana.

Maldita sea.

Hank Lauderdale era un empresario de cincuenta y tantos años cuya esposa veinteañera desde hacía dos meses, Luella, lo estaba engañando. O eso pensaba Lauderdale. Quería que Miranda lo averiguara con certeza.

Después de tres días de seguir a la Sra. Lauderdale mientras iba de compras, charlaba con sus amigas por el celular y se reunía con ellas en caros bares del centro de la ciudad para tomar martinis secos, Miranda había decidido que Lauderdale era un paranoico.

Luego, alrededor de las nueve de la tercera noche, había visto a Luella Lauderdale salir del domicilio conyugal y dirigirse a un hotel local. Un lugar muy elegante. Allí, Luella se había encontrado con un hombre alto y bien parecido, de su edad, vestido con una camisa y pantalones cortos informales. Con su cabello rubio ondulado y su intenso bronceado, parecía un surfista.

Miranda se había quedado sentada en su auto y observó a través del lente de su nueva cámara de alta potencia, tomando fotos mientras jugueteaban con los pies y se daban besitos en la cara en el lujoso restaurante del hotel.

Luego los siguió escaleras arriba, se paró fuera de su puerta y grabó sus gemidos, gruñidos y gritos de «fóllame» con su celular. De vuelta en su auto, sobre las diez de la mañana siguiente, captó a la feliz pareja saliendo por la puerta principal del hotel, del brazo, con la misma ropa y un inconfundible aire de satisfacción.

Tomó fotos como loca.

Después, se apresuró a ir a casa, tomó una ducha y una siesta corta, llamó a Lauderdale y acordó reunirse con él en una cafetería. Tomaron un desayuno ligero y ella le entregó las fotos junto con su factura. Él le entregó un cheque.

El que ahora estaba en su escritorio.

Con razón Luella lo había engañado. De hecho, puede que Lauderdale hubiera sido el primero en desviarse del matrimonio. A la hora de pagar sus cuentas, sí que era un tramposo.

Tenía que ser un error, se dijo Miranda por vigésima vez. Pero ya había llamado a Lauderdale al salir del banco y su llamada se había ido al buzón de voz.

—¡Mierda! —gritó en el espacio vacío.

Lo mismo que le había dicho a la cajera del banco cuando le informó que la cuenta estaba cerrada.

Se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación. —Mire, Lauderdale —le dijo al aire—. No sé con quién se cree que está

jugando, pero está hablando con Miranda Steele, y yo no me quedo de brazos cruzados.

Pero nadie la escuchó.

Con el cheque en la mano, entró con paso pesado en la diminuta sala de espera. Estaba igual de vacía.

Había pintado la habitación de un verde menta con la vaga idea de hacer que los clientes se sintieran a gusto. El sofá que había conseguido en la tienda de segunda mano era de cuero color óxido con algunas tallas elegantes en el borde. El centro se hundía un poco, pero lo había ahuecado lo mejor que pudo. Había un par de sillas que casi hacían juego, una lámpara de pie y una mesa de centro a la que se le había caído una pata tan pronto como la sacó de la tienda.

En las paredes había colgado algunos cuadros baratos. Una imagen de unas flores naranjas grandes y de aspecto extraño, un gato blanco lamiéndose la pata, una canoa varada en una orilla desierta. Incluso se había estirado para comprar una planta artificial.

Lástima que nadie hubiera visto el lugar.

Sintiéndose agotada, se sentó en el sofá y se hundió en su cojín defectuoso. Como si tuvieran mente propia, sus pensamientos retrocedieron tres semanas en el tiempo.

Era difícil creer que había pasado tanto tiempo desde su último día en la mansión Parker. Se había despertado esa mañana en una de las habitaciones de invitados con tortícolis, una punzada en la cabeza y un dolor en el corazón como una puñalada. Se levantó de la cama diciéndose que Parker tenía que haber cambiado de opinión durante la noche.

No lo había hecho.

Cuando lo encontró en la cocina esa mañana, estaba tan frío como el hielo. Apenas habló. Se negó a discutir ninguna opción en absoluto. Iba a cerrar su sociedad, Parker and Steele Consulting, y punto.

Así que ella había hecho lo que tenía que hacer. Se fue.

No había montado una escena. No había despotricado ni desvariado, aunque lo había deseado con todas sus fuerzas. En cambio, subió tranquilamente, empacó sus cosas y se fue. Se llevó

sus jeans y camisetas, ropa de trabajo, zapatos y ropa interior. En su mayoría, cosas que ella había pagado. Dejó los vestidos de fiesta que Parker le había comprado. No se imaginaba que los volvería a necesitar.

Encontró su chequera en el fondo de un cajón y confirmó el saldo. El dinero provenía de sus ganancias en la Agencia Parker, así que supuso que era suyo. Había ahorrado una buena parte. Excepto por el costo de la ropa, los almuerzos, los regalos para compañeros de trabajo y amigos, y los pagos de la mansión, que ella todavía insistía en mantener. Pensó que era una suma decente. Suficiente para empezar.

Así que había agarrado sus maletas, bajado por la gran escalera de caoba y salido por la majestuosa puerta principal por última vez.

El dolor terrible y bullente en su corazón había amenazado con consumirla, convertirla en cenizas como un fuego rugiente. Pero se había negado a ceder. Se negó a permitirse el duelo.

No por Parker. No por los amigos que había dejado atrás. No por su hija de catorce años, a la que había encontrado el año pasado después de una búsqueda tan larga. Mackenzie apenas la necesitaba en estos días de todos modos.

Si dejaba que sus sentimientos tomaran el control, no sabía qué podría pasarle. Parker había sido el único hombre al que había amado de verdad. El único hombre que la amaba a ella, que se preocupaba por ella, que realmente la entendía. O eso había pensado.

Pero ya no la entendía.

Así que, en lugar de desmoronarse, se puso a trabajar.

Había tomado el Corvette ZR1 que Parker le había regalado como presente de bodas y lo había cambiado por un Acura color canela claro con buen kilometraje. La habían timado en el trato, pero no podía permitirse el lujo de buscar más opciones.

Había encontrado un apartamento en un edificio de dos pisos cerca de la GA-10 en East Avenue, en el centro de la ciudad, con vista a un contenedor de basura. No era un gran lugar para vivir. No era un gran lugar para caminar sola por la noche. Y, aun así, era

caro. El espacio de oficina que estaba alquilando también costaba un dineral.

El segundo piso en la parte trasera de un restaurante mexicano abandonado llamado *Plato Caliente*. Sabía que se había llamado *Plato Caliente* porque tres personas, que esperaba fueran nuevos clientes, habían entrado para preguntar qué había pasado con él.

Ambos arrendadores querían dos meses de alquiler por adelantado.

Y luego estaban los muebles, la pintura, las tarjetas de presentación, el software de contabilidad, el equipo de investigación y esas suscripciones a bases de datos carísimas que tenía que tener para trabajar. Y el letrero que pegó en la ventana: *Investigaciones Steele, se atiende sin cita*.

Después de todo, apenas le quedaban dos meses de gastos para vivir en su cuenta.

Sostuvo en alto el cheque sin fondos de Lauderdale. —Y ahora esto.

El alquiler tanto del apartamento como de la oficina vencía en una semana. Le había costado una eternidad poner la oficina en condiciones y conseguir a este único cliente, ¿y ahora también tenía que hacer de cobradora? Maldita sea.

Sacó su celular y marcó su número de nuevo. Seguro que esta vez contestaría. *Sé amable*, se dijo a sí misma.

Pero una vez más, la llamada se fue al buzón de voz.

Colgó y se quedó mirando al vacío. ¿Y si no podía hacer que este tipo pagara? ¿Y si no podía encontrar otro cliente? Debería poner uno de esos caros anuncios en el *Atlanta Journal Constitution*. Pero eso podría dejarla en la ruina.

Y si eso pasaba, ¿entonces qué?

¿Volver a trabajar en carreteras? ¿Un trabajo en la construcción?

No quería volver a su antigua vida. Ahora tenía un propósito. No iba a renunciar a él. Pero podría tener que posponerlo por un tiempo. La idea le revolvía el estómago. Pero no se rendiría tan fácil. Si tenía que aceptar un trabajo instalando pisos o clavando tejas por un tiempo para llegar a fin de mes, lo haría.

De repente, tuvo una visión de Parker de pie ante ella, su cuerpo fuerte y musculoso enfundado en uno de sus elegantes trajes azules con una corbata de seda roja. Vio las canas sexis en su cabello bien peinado, las líneas distinguidas en su rostro para morirse, la mirada penetrante de sus ojos de color gris acero.

Él negaba con la cabeza como diciendo: «Sabía que no podrías lograrlo por tu cuenta».

Con el labio crispado, se puso de pie de un salto, gruñendo. —¡Claro que lo lograré, Wade Russell Parker Tercero! —gritó al aire vacío.

Luego regresó a su oficina, abrió de un tirón el chirriante cajón superior del archivador y sacó la única carpeta de los archivos colgantes para buscar la dirección del trabajo de Lauderdale.

Iba a hacerle una visita a ese hijo de puta.

—Miranda.

La voz sensual a su espalda hizo que todo su cuerpo se pusiera rígido. Al igual que el provocativo arrastrar de la erre en su nombre. Y el olor a colonia exótica.

Lentamente, se dio la vuelta.

Ahí estaba él, de pie en el umbral de su oficina. No lo había visto en más de un año, pero lo reconoció de inmediato.

Observó los espesos rizos negros, pesados de gel. El pico de viuda bien definido. La barba y el bigote bien recortados. Los pantalones de cuero ajustados y la brillante camisa morada sobre un cuerpo que había pasado por años de peleas callejeras y había ganado, el cuello musculoso adornado con cadenas de oro. Y esos ojos negros y profundos que le enviaron un gélido escalofrío del Polo Norte directamente a través de ella.

Carlos Santiago.

—Cerraron el *Plato Caliente* —le dijo como si fuera un extraño.

Sus ojos oscuros se entrecerraron. —No finjas que no me conoces, *cara*.

¿*Cara*? Oh, claro que lo conocía.

Carlos Santiago, un narcotraficante colombiano local que controlaba las calles de esta zona. Tenía un prontuario tan largo como el Corredor I-20, pero se había escabullido de todo lo que le

habían imputado. Había participado en una carrera de motos con él una noche cuando estaba en un caso para la Agencia Parker.

En realidad, había sido un caso que ella había asumido por su cuenta, y Parker se había enfadado por ello. Fue entonces cuando se enteró del primer amor de Parker, Laura, una chica de la que se había enamorado perdidamente cuando estaba en la preparatoria. Ella había tenido una muerte violenta y él nunca lo había superado del todo. Debería haberlo visto venir en aquel entonces.

—¿Qué quieres, Santiago?

—Vaya, vaya, nos hemos vuelto ariscos desde nuestro último encuentro. —Dio un paso hacia ella con el mismo contoneo seguro que había usado cuando estuvieron encerrados juntos en una celda de la cárcel.

De repente, ella notó un trozo de papel en su mano. —¿Es eso lo que creo que es?

Él lo sostuvo en alto, los anillos de oro en sus dedos capturando la luz. —Vi esto pegado en la ventana de una tienda de conveniencia. ¿Trabajas por tu cuenta ahora?

Efectivamente, era uno de sus volantes.

Los había pegado por todo el centro de Atlanta, en todos los lugares que se le ocurrieron, después de haber puesto un anuncio en Craigslist y no haber recibido respuesta.

—Sí, esa soy yo. Y sí, trabajo por mi cuenta. —Se sentó en su silla para despacharlo. No estaba de humor para sus fanfarronadas.

Él se acercó a su escritorio, dejó el volante sobre él. —Por esto estoy aquí, Miranda.

Abrió un cajón y fingió buscar documentos de clientes que no tenía. —¿Quieres denunciarme por tirar basura, Santiago? Sería como si el comal le dijera a la olla.

Escuchó su risa baja y sensual y levantó la vista para verlo negar con la cabeza.

Ella ladeó la cabeza hacia él con una mueca de «¿todavía estás aquí?». —¿Qué?

Su sonrisa desapareció y golpeó un dedo sobre el volante en el escritorio. El anillo de rubí en él destelló como si enviara una señal

de advertencia. —¿Realmente trabajas por tu cuenta como investigadora privada?

—Eso intento. —¿Por qué le importaba? ¿Iba a hacerle pagar derecho de piso? Buena suerte con eso.

—Contéstame. —Habló tan bruscamente que la hizo saltar.

Miró su cajón inferior. Guardaba su Beretta allí, otra cosa que se había llevado cuando dejó a Parker. Ahora deseaba haberla guardado en una funda de hombro.

—De acuerdo, me atrapaste —dijo con la voz dura que solía usar en los bares—. Sí, realmente trabajo como investigadora privada por mi cuenta. ¿Y qué?

Él sonrió y un diamante centelleó en su diente frontal. —Me parece recordar que me debes un favor.

Tragó saliva.

Aquella noche en la cárcel del condado de Fulton, él le había dado información vital sobre un caso. Luego se había acercado, le había enrollado un mechón de pelo en un dedo y le había preguntado qué podía hacer ella por él a cambio.

—Por eso vine a verte, Miranda.

¿Estaba aquí para cobrar un favor?

—Ah, ¿sí? —Fue todo lo que pudo hacer para evitar que su voz sonara como un chillido.

Se estremeció un poco, recordando lo cerca que este criminal violento había estado de ella esa noche. Casi tan cerca como ahora, inclinado sobre su escritorio. Tan cerca que podía sentir su aliento.

Se le heló la piel y cada vello de la nuca se le erizó cuando él pronunció las siguientes palabras.

—Miranda Steele, quiero contratarte.

CAPÍTULO TRES

Wade Parker estaba sentado en su lustroso escritorio en su oficina de la esquina del decimoquinto piso del Edificio Imperial y miraba por la ventana el edificio de al lado. Le palpitaba la cabeza, le dolía el cuerpo y tenía la cara irritada por la primera afeitada en tres semanas.

Y su mente estaba en blanco.

¿Para qué se había molestado en venir a la oficina hoy? Aquí era completamente inútil. Se había pasado toda la mañana sentado en su escritorio sin producir nada.

¿Qué sentido tenía?

Tres semanas atrás, Miranda Steele lo había abandonado y él no había vuelto a ser el mismo desde entonces.

No había ido tras ella. Sabía que no serviría de nada. En vez de eso, había maldecido. Había rugido, despotricado y desvariado. Había roto cosas. Había bebido en exceso. Había deambulado por la mansión vacía en la que se había criado, con una botella de whisky en la mano, hasta que caía al suelo en algún lugar, en un profundo estupor.

Sus amigos habían pasado a ver qué le sucedía. Su padre y su hija también habían venido. Todos decían que estaban preocupados por él.

Él les había dicho que lo dejaran en paz de una maldita vez.

Se pasó una mano por la barbilla. La suavidad le pareció extraña. Se sentía extraño. Como una criatura del espacio exterior que habitara un cuerpo humano por primera vez.

Y en lo único que podía pensar era en el sonido de la puerta principal cerrándose cuando Miranda salió por ella por última vez.

Se frotó la sien para aliviar el dolor. No podía aliviar el dolor de su corazón.

¡Qué tonto había sido al enamorarse tanto de alguien tan testaruda! Tan obstinada. Tan terca. Ella tenía razón. Lo suyo jamás podría funcionar.

Y, sin embargo, la anhelaba. Anhelaba lo que habían tenido juntos. O lo que él creía que habían tenido.

Pero no. Su tonta necesidad de peligro y riesgo siempre los enfrentaría. Ella lo había elegido por encima de él. Por encima de su vida juntos. Por encima de su matrimonio.

Su primera inclinación había sido enviar a alguien para que la vigilara. Sabía dónde estaba. Había rastreado su tarjeta de crédito y descubierto que había alquilado una habitación en una parte de mala fama de la ciudad. Típico de ella ser tan imprudente. Y una oficina también. De verdad estaba tratando de montar un negocio de investigación. Eso lo había dejado atónito.

No era que no pudiera manejar casos por su cuenta. Tenía plena confianza en que podía hacerlo. Tenía un instinto natural para el trabajo. Aprendía tan rápido como cualquiera que él hubiera conocido en sus veinte años de carrera.

Pero, ¿a qué costo?

Sacudió la cabeza. «Ahí va», pensó, «viviendo una vida peligrosa y tomando pocas precauciones». Pero había decidido no someterla a una vigilancia constante. Descubriría fácilmente a cualquier agente que le pusiera. Era demasiado buena en lo que hacía. Él la había hecho así de buena.

Y cuando lo hiciera, solo prolongaría la ruptura. Mejor que el rompimiento fuera limpio. Además, si se metía en problemas y volvía a él, solo demostraría que él había tenido razón. El trabajo, los casos que ella anhelaba, eran demasiado peligrosos. ¿Aprendería esa lección? ¿Volvería?

Sintió un nudo en el estómago al pensarlo y la ira comenzó a bullir de nuevo. Si lo hacía, no tendría una segunda oportunidad de su parte.

Había terminado con ella.

Lentamente, abrió un cajón de su escritorio y miró el dispositivo que había dentro. El viejo celular de Miranda. El que tenía los mensajes de texto anónimos que ella le había ocultado. Por alguna razón, lo había traído a la oficina esa mañana y lo había metido en ese cajón. Por la fuerza de la costumbre, supuso.

Tomó el teléfono y se desplazó hasta los mensajes.

Sé quién eres.

Sé dónde estás.

Sé lo que eres.

Miranda había insistido en que provenían de algún bromista, alguien que simplemente buscaba atención. Alguien que no era una amenaza real. Él había pensado que la fuente era más siniestra. Quizás ella tenía razón. No había habido más mensajes de texto desde el último. Como no había habido respuesta a las llamadas, la persona había pasado a otras emociones.

Pero, ¿y si no tenía razón?

Unas semanas atrás, en Chicago, había intentado encontrar a la persona que le había enviado esos mensajes a su esposa. Ahora sabía que había tomado el enfoque equivocado. Pero cada caso, especialmente los difíciles, tenía varios ángulos desde los cuales atacar.

Uno nuevo comenzó a formarse en su mente sobre este.

¿Y si encontraba al misterioso autor de los mensajes? ¿Y si la fuente no era tan inocente como Miranda había supuesto? Parker se imaginó buscándola en su oficina para mostrarle la prueba de que esa persona era peligrosa y que ella debería haberlo escuchado.

Entonces se daría la vuelta y se marcharía.

Le dio vueltas al teléfono en la mano, su mente cobrando vida de nuevo mientras consideraba el siguiente paso.

Unos pasos familiares resonaron en el pasillo. Un golpe en su puerta le siguió.

Levantó la vista y vio a su hija, Gen, de pie en la puerta abierta, con cara de preocupación.

Llevaba un traje de negocios plateado de líneas rectas que resaltaba su figura alta y atlética, así como su corto cabello rubio platino.

Su corazón se llenó de orgullo por ella. Como gerente de su oficina, era más que competente. Podría hacerse cargo del lado administrativo de la Agencia algún día. Quizás un día no muy lejano. Judd podría encargarse del trabajo de campo.

Puso una mano en su cadera.

—Llegas tarde.

Él frunció el ceño.

—¿La reunión con Judd?

—Ah, sí —la había convocado para esa tarde con el fin de ponerse al día con el negocio y revisar a los nuevos reclutas para la próxima sesión de entrenamiento que ofrecería más tarde ese año.

Irónicamente, él le había hecho creer a Miranda que estaba reclutando nuevos empleados y ni siquiera había empezado.

Como no se movió, Gen se acercó y se sentó en la silla de visitas.

—¿Estás bien, papá?

No solía ser tan delicada.

—Estoy bien.

Sus labios se apretaron en una línea fina. Negó con la cabeza.

—Todavía no puedo creer lo que esa mujer te hizo.

Parker levantó una mano.

—Por favor, Gen. No quiero hablar de eso.

—Y en tu aniversario.

—Fue el día antes del aniversario —la corrigió.

—Lo sé. Fue el día que Joan, Coco y yo nos partimos el lomo para organizarles una linda fiesta para celebrarlo —su voz destilaba amargura.

Parker se frotó la sien de nuevo. Odiaba haberla decepcionado y odiaba especialmente haber decepcionado a Joan Fanuzzi, que había sido una amiga leal tanto para Miranda como para él. La había llamado personalmente para disculparse ese día. Joan no había sabido nada de Miranda.

Apreciaba los sentimientos de su hija, pero no quería el drama en ese momento.

—¿Cómo van nuestros resultados del trimestre hasta ahora?

Ella le dedicó una sonrisita por el cambio de tema, pero su actitud se volvió profesional al instante.

—Bien. Los cobros están en su punto más alto. Igual que los casos de compensación laboral.

—Excelente —la Agencia estaba en buena forma. Podía funcionar sin él. Era bueno saberlo.

—¿Quieres que le pida a Judd que venga aquí para la reunión?

Parker negó con la cabeza.

—No. Me reuniré con ustedes en la sala de juntas.

Se puso de pie.

Gen se levantó y se dirigió a la puerta. Luego se volvió para observarlo.

—¿Qué pasa? —esperaba tener un aspecto presentable, aunque se sentía como la grasa en el pavimento debajo de un vehículo con una fuga.

Se cruzó de brazos.

—Sé que esta idea podría no gustarte y puedes decir que no, si quieres.

Se sentó en el borde de su escritorio y frunció el ceño.

—¿Qué idea?

—¿Y si te consigo una cita con alguien?

—¿Conseguir una cita? ¿Te refieres a una cita romántica?

—Exactamente eso es lo que quiero decir. Tengo algunas amigas en la ciudad. Conozco a alguien que es muy agradable. Podrías salir, tomar unas copas.

Parker repasó su lista interna de contactos sociales y se preguntó en quién pensaría Gen. Estaba a punto de decir que no. Luego cambió de opinión.

¿Por qué no salir en una cita? Después de todo, no era un compromiso para toda la vida. Estaba soltero ahora, o lo estaría pronto. ¿Por qué no disfrutar de un poco de compañía femenina? ¿Por qué no retomar su vida donde la había dejado cuando Miranda llegó?

Podía encontrar su propia cita, pero ¿por qué no dejar que su hija eligiera a alguien para él? Dejar que sintiera que lo estaba ayudando, aunque no lo necesitara.

—Eso suena como una buena idea.

Ella se estremeció de sorpresa.

—¿De verdad? Pensé que te opondrías a la idea.

—No estoy de humor para oponerme esta tarde.

—Bueno —sonrió ella—. Bien por ti, papá. Empezaré justo después de esta reunión —se dio la vuelta y corrió pasillo abajo.

Cuando Parker comenzó a seguirla, se dio cuenta de que todavía tenía el teléfono de Miranda en la mano. Se detuvo para mirarlo.

Gen tenía razón. Necesitaba empezar una nueva vida.

No aceptaría a Miranda de vuelta. No se volvería vulnerable a este tipo de dolor de nuevo. Ella no estaba hecha para un compromiso a largo plazo. Debería haberla escuchado cuando se lo dijo. Y quizás él tampoco buscaba ya ese tipo de relación.

No, no la aceptaría de vuelta. Pero encontraría a quien le había enviado los mensajes de texto y le daría una lección.

La voz de Gen resonó desde el pasillo:

—¿Papá? ¿Vienes?

Por primera vez en semanas, Parker sonrió.

—Sí, Gen. Ya voy.

Se metió el teléfono en el bolsillo y siguió a su hija a la sala de conferencias.

CAPÍTULO CUATRO

—¿Quieres *contratarme*? —Miranda miró al narcotraficante hispano, vestido con ropa cara, que se cernía sobre su escritorio barato de una tienda de segunda mano y maldijo la noche en que lo conoció a él y a su elegante motocicleta de carreras—. ¿Para qué?

¿Quería que investigara a una banda rival? ¿Que mantuviera a la policía alejada de algún negocio de drogas que se estuviera llevando a cabo? O tal vez pensaba que *su* novia lo estaba engañando.

Él se enderezó como si estuviera satisfecho de que por fin lo tomaba en serio.

—Una de mis bailarinas está desaparecida.

—¿Bailarinas?

—¿Me permites? —Sin esperar su respuesta, Santiago se acomodó en la única silla para visitas que tenía: una de poliuretano acolchado con una estructura de tubos de acero que parecía barata, pero que le había costado cincuenta dólares. Apoyó los codos en los reposabrazos y juntó las yemas de los dedos—. Soy dueño de un club nocturno cerca de Piedmont Road. Empleo a bailarinas. Una de ellas está desaparecida. Quiero que la encuentres.

Miranda parpadeó y soltó el aire que había estado conteniendo, sintiendo cómo le quemaba los pulmones.

—¿Una bailarina? ¿En un club nocturno? —Ya se podía imaginar qué clase de antro era.

—Un club para caballeros —dijo él con fluidez, con su acento grave y sonoro.

Ella asintió lentamente, asimilando sus palabras.

—Un club de estriptis.

Santiago hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Ese es un término muy vulgar. Somos un establecimiento de alto nivel.

De acuerdo, era un club de estriptis de alto nivel. Sin duda con estríperes de alto nivel. Y una de ellas había desaparecido.

—Necesito encontrarla. Tengo clientes importantes que preguntan por ella. La quieren de vuelta.

Así que era el dinero lo que lo tenía tan preocupado por esta bailarina.

—¿Has ido a la policía?

El gánster se limitó a mirarla fijamente con sus ojos negros como el carbón.

Mala broma.

Este club era solo uno de los muchos negocios de Santiago. Uno semilegítimo, pero solo Dios sabía qué actividades ilegítimas se llevaban a cabo bajo su techo. Incómoda, Miranda se removió en su silla. No iba a buscar a la estríper desaparecida de un gánster. Esa no era forma de empezar un negocio de detectives.

—Eh, ¿no pueden tus clientes obtener esos «servicios» de…, —agitó una mano en el aire—, alguien más en tu club?

Captando su indirecta, Santiago frunció el ceño con aire sombrío.

—Los clientes adoran su baile y están dispuestos a pagar por verlo. Los «servicios» a los que te refieres no se ofrecen en mi establecimiento.

Sí, y los cerdos vuelan. Pero eso no iba a sacar a este tipo de su oficina.

Decidió seguirle la corriente antes de echarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu bailarina? —Había una razón por la que la policía esperaba cuarenta y ocho horas antes de declarar a alguien desaparecido. La gente solía aparecer durante ese tiempo.

—El jueves pasado. Teníamos un espectáculo especial para algunas figuras del deporte local. Pasé por allí para asegurarme de que todo fuera bien.

—¿Y la viste entonces?

Él asintió.

—La vi actuar. Estuvo excelente.

¿Se quitó la ropa de una manera extra especial esa noche?

—¿La has visto desde entonces?

—Nadie la ha visto. No vino a trabajar al día siguiente.

—Ya veo. —De acuerdo, ya era lunes, así que era casi el doble de las cuarenta y ocho horas reglamentarias. Miranda se encogió de hombros—. Tal vez decidió renunciar y no se molestó en avisar. —Quizás estaba tratando de librarse de tener que quitarse la ropa delante de hombres cachondos.

—La mayoría de las chicas no renuncian. Alguien como Nitro no renunciaría.

—¿Nitro?

—Es su nombre artístico. La llamamos así porque cuando pisa el escenario, es como si una bomba atómica hubiera estallado. —Hizo un gesto de explosión con las manos, sonriendo con avidez, mientras el diamante de su diente destellaba.

No le cabía la menor duda.

—Entonces… ¿por qué crees que esta… eh, Nitro no renunciaría?

—Por un lado, pago muy bien. Por otro, disfrutaba de su trabajo. Era una vía de escape creativa para ella.

Típico de un hombre.

—¿Cuál es el verdadero nombre de Nitro?

Pensó un momento.

—Hannah, creo.

—¿Apellido?

Se encogió de hombros.

—No lo recuerdo.

Así que una chica joven desaparece de un club y el dueño, que no recuerda su apellido, la quiere de vuelta. ¿Le habría pasado algo malo? Lo más probable era que se estuviera escondiendo… de él. Miranda no quería trabajar para un conocido narcotraficante que se dedicaba a lo que ella creía que era esto. Sobre todo si él quería arrastrar a la chica de vuelta a una vida de la que intentaba escapar.

Dejó escapar un suspiro calculado.

—No lo sé, Carlos.

Sus cejas espesas y oscuras se juntaron en una mirada amenazante.

—¿Qué es lo que no sabes, Miranda?

—Si puedo aceptar tu caso. Estoy bastante ocupada ahora mismo. —Hizo un gesto hacia la habitación.

Santiago no era estúpido. Podía ver que la oficina estaba vacía, al igual que su escritorio. Sus labios se curvaron en una sonrisa sensual.

—Aceptarás mi caso, Miranda —dijo con esa voz seductora y autoritaria, haciendo vibrar de nuevo la erre de su nombre.

Entonces, metió la mano en un bolsillo.

Ella dio un respingo, con el corazón palpitante. ¿Iba a sacarle una pistola? Pero no. En su lugar, sacó un fajo de billetes.

Sin contarlos, los dejó sobre el escritorio frente a ella.

Miranda tragó saliva, mirando el fajo de dinero. Eran todos billetes de cien. Debían de ser al menos tres mil dólares.

El gánster palmeó el fajo como si fuera una mascota.

—Llamémosle a esto tu anticipo. Habrá el doble cuando encuentres a Nitro.

Sintiéndose mareada, se llevó una mano a la cabeza. ¿Seis mil dólares? ¿Carlos Santiago le ofrecía *seis mil dólares* por encontrar a una bailarina desaparecida? Esta Nitro debía de ser realmente algo.

Su mente empezó a acelerarse. Seis mil dólares le darían tiempo para poner en marcha su negocio. Seis mil dólares le permitirían anunciarse mejor. Seis mil dólares le darían un respiro. No tendría que aceptar un trabajo extra.

Pero no podía aceptar dinero de un hombre como Santiago. No quería aceptarlo.

Abrió la boca para decir no, gracias, y se detuvo.

Por otro lado, ¿y si Nitro estaba en problemas? ¿Y si de verdad se estaba escondiendo de él? ¿Y si estaba escondida en algún lugar de la ciudad, muerta de miedo de que Santiago la encontrara y le diera una lección por haberlo abandonado?

Si Miranda llegaba a ella primero, podría ayudar a la chica a escapar.

Hasta ahora, Santiago no se había mostrado muy comunicativo. Ni siquiera sabía su apellido. ¿Cómo se suponía que iba a trabajar con eso? Necesitaba más información.

—¿Hay alguien que pueda darme más detalles sobre esta chica? ¿Quizás una foto de ella?

Él asintió.

—Yolanda. Ella dirige el club.

—¿Hay alguna forma de que pueda hablar con ella?

Miró el pesado y clásico Rolex de su muñeca.

—No abrimos hasta las siete, pero ella ya está allí. ¿Quieres que te lleve?

Ella esperaba una llamada telefónica, pero sería bueno echar un vistazo a ese lugar suyo.

—Te seguiré.

Santiago se levantó e hizo un gesto hacia el dinero que había sobre el escritorio de ella.

—¿Y entonces aceptarás mi caso?

Miranda tomó los billetes, los metió en el cajón de abajo y sacó su Beretta. Cerró el cajón con llave, se metió la pistola en la cintura, a la espalda y debajo de la chaqueta.

Luego se volvió hacia Santiago con una sonrisa.

—Te lo diré después de hablar con Yolanda.

CAPÍTULO CINCO

Siguió a Santiago y a su chofer en su BMW negro y reluciente por la avenida Piedmont, pasando junto a las vallas publicitarias, los talleres mecánicos y los centros comerciales. De repente, a Miranda le dio un vuelco el estómago. Acababan de pasar por debajo del puente de la I-85.

Le echó un vistazo al mapa del GPS de su Acura nuevo.

Efectivamente, el edificio Imperial estaba a solo tres millas al norte. Estaba justo por los rumbos de la Agencia Parker. A menos de dos millas de la mansión Parker.

Estaba en el umbral de su antigua vida.

¿Sería una especie de broma cósmica que su primer caso fuera aquí? Su primer caso pagado, de todos modos. No solo trabajaría para un notorio criminal, sino que lo haría a la sombra de la Agencia Parker.

La idea la irritó.

No importaba, se dijo, apretando la mandíbula. Los negocios eran los negocios y ella estaba allí para hacer un trabajo. De todas formas, Parker no era de los que frecuentaban clubes de estriptis. Nunca se enteraría.

Se metieron por una calle lateral, pasaron por un centro comercial con una casa de empeños, un local de tatuajes y un restaurante abierto toda la noche, y luego dieron otra vuelta.

En el costado del edificio, un letrero con letras elegantes decía *Exótico* con una flecha que apuntaba hacia una puerta en la parte trasera.

Miranda condujo su auto sobre el estacionamiento de grava, lo apagó y salió.

Santiago le lanzó una mirada que decía «sígame» y se dirigió a la puerta lateral. Protegiéndose los ojos del resplandor del sol de Georgia de finales de agosto, ella lo siguió al interior.

###

Atravesó un pequeño espacio donde sin duda se revisaban las identificaciones en horas de servicio, y luego entró en el enorme espacio abierto que era *Exótico*.

El aire tenía un frescor invernal y olía a agua de rosas y a mentas para el aliento. Las paredes estaban pintadas de un negro sólido, lo que le daba al lugar una sensación de teatro. A un lado corría una fila de ventanas donde los DJ y el equipo de iluminación hacían su magia. En el extremo opuesto había un amplio escenario cubierto con una cortina negra, donde las bailarinas hacían la suya.

El área del público era un despliegue de indulgencia sensual.

Largos divanes capitonados de satén rosa estaban bañados por luces que parpadeaban en tonos azules y rosas. Los meseros se afanaban de un lado a otro, adornando mesas ovaladas con flores, copas relucientes y decantadores de plata para el champán u otra bebida. También había menús, y apostaba a que la comida de allí era fantástica. Miranda notó que las mesas parecían robustas y que podían despejarse con facilidad para la bailarina que quisiera ofrecerles a los que estaban sentados a su alrededor un espectáculo privado.

Este lugar debía de ser algo increíble cuando estaba lleno de deportistas y hombres de negocios cachondos, con la música y las luces a tope. Y, por supuesto, la acción en el escenario. Un escenario perfecto para una juerga hedonista moderna.

—Yolanda está atrás —dijo Santiago, y la guio detrás de una fila de divanes hasta una puerta a un costado del escenario.

Al otro lado de la puerta había un pasillo corto, y luego un camerino. Una amplia fila de grandes espejos corría a lo largo de la pared; los mostradores de abajo estaban repletos de lápices labiales, polvos, maquillaje para ojos y varias pelucas montadas en cabezas de poliestireno. Montones de bisutería yacían esparcidos por todas partes. Al borde de los mostradores había un perchero con disfraces

brillantes con muchas medias de red y plumas. Tocados, zapatos de tacón escandalosamente altos, tangas, leotardos.

Todo lo que una chica podría necesitar para el espectáculo.

Quizá era una puritana, pero Miranda no podía entender cómo alguien podía ponerse uno de esos atuendos —y mucho menos quitárselo— por dinero. Pero tal vez había tenido suerte de no haber estado nunca tan desesperada.

Más adelante, Santiago se detuvo ante una puerta negra cerrada y dio un golpe seco. —¿Yolanda?

—Pase. Estoy decente —el comentario sonó como un sarcasmo impaciente.

Él abrió la puerta e hizo un gesto para que Miranda lo siguiera.

Ella entró en un pequeño espacio que era solo un poco más grande que su nueva oficina. Las paredes estaban revestidas de bambú, lo que le daba al lugar un aire de campo de prisioneros asiático. Otro perchero con disfraces y una máquina de coser se encontraban en la parte de atrás y hacían que el espacio pareciera aún más pequeño.

Una mujer delgada de cabello oscuro estaba sentada detrás de un escritorio miserable repleto de papeles, trabajando en una computadora portátil que estaba apretujada entre las pilas. ¿Papeleo y costura? La mujer debía de ser una milusos.

Su cabello sin vida estaba cardado y su textura decía que se lo habían teñido a menudo antes de dejar que le salieran canas a los lados. Su piel tenía un tono cetrino que alguna vez pudo haber sido aceitunado. Llevaba una camiseta de tirantes negra sin mangas que revelaba los tendones tensos de un cuello flaco. Una cadena de oro le colgaba del cuello y un tatuaje de una rosa le decoraba un hombro. Sus ojos se hundían con el cansancio de un perro apaleado y un cigarrillo le colgaba de la comisura de su boca color ciruela. En la selva de papeles sobre el escritorio, Miranda vio un cenicero lleno de colillas con marcas de lápiz labial.

La mujer parecía la definición de exceso de trabajo.

—Yolanda, ella es Miranda Steele —anunció Santiago.

Yolanda lo miró con sus ojos hundidos y luego los deslizó hacia Miranda. —¿Y?

—La señorita Steele es una investigadora privada. Está aquí para ayudarnos a encontrar a Nitro.

Miranda le extendió la mano.

La mano de Yolanda estaba flácida como un pescado muerto y se sintió un poco grasosa durante el rápido apretón.

Luego, se quitó el cigarrillo de la boca, sopló el humo hacia el techo con el labio curvado y se reclinó en su silla. —¿Esta es su investigadora privada? —su voz era ronca por el humo y teñida con el esperado acento español.

Así que debían de haber hablado de ella.

—Sí, es ella. Tiene preguntas. Contésteselas.

Yolanda entrecerró los ojos hacia su jefe. Santiago no era el tipo de hombre con el que se discute, pero Miranda tuvo la sensación de que esta mujer ya había tenido algunos encontronazos con él en el pasado.

Sacudió las cenizas en su cenicero. —¿Qué quiere saber?

Por fin la mujer se había dignado a hablarle. —Empecemos por un nombre —dijo Miranda, tratando de no toser por el humo—. Nombre y apellido, preferiblemente.

—Hannah Elizabeth Kaye. Es estudiante del Instituto de Tecnología de Georgia.

¿Perdón? Miranda sabía que algunas universitarias aceptaban trabajos cuestionables, pero ¿Georgia Tech? —¿Por qué una estudiante de Georgia Tech trabajaría aquí?

Estuvo a punto de decir «en un tugurio como este», pero se contuvo justo a tiempo. No era un tugurio, después de todo. Solo sórdido de otra manera.

—Necesita el dinero. Muchas universitarias lo necesitan. Y el jefe de aquí les paga bien.

—Muy bien —añadió Santiago—. También ofrezco seguro médico y un plan 401(k).

Caray. —¿Pero debe de tener mucha rotación, no?

Santiago frunció el ceño. —¿Qué quiere decir, Miranda? —se sentía insultado.

Ella intentó sonar diplomática. —Bueno, si sus bailarinas van a la universidad, ¿no se van después de graduarse?

—La mayoría sí —dijo Yolanda—. Algunas se quedan con nosotros. Dolly Winston, por ejemplo. Es la que más tiempo lleva con nosotros. Se graduó de Georgia Tech. Especializada en Astrofísica, si mal no recuerdo.

—¿Y decidió… bailar en su lugar?

—Se gana buen dinero. Y con la economía como está ahora, muchas de ellas no encuentran un empleo lucrativo en otro lugar. ¿Cuándo fue la última vez que vio un anuncio para un astrofísico?

Yolanda soltó una risa ronca y gutural, y Santiago se unió con la suya, profunda y aterradora.

Una chica tiene que hacer lo que tiene que hacer, y así tiras tu amor propio por el inodoro junto con tu diploma. Pero ella no estaba allí para juzgar.

Santiago se volvió hacia ella. —Bueno, señorita Steele, ¿ha oído suficiente? ¿Va a aceptar mi caso?

Miranda dudó un momento. —¿Cómo puede estar seguro de que Nitro, o Hannah, no se cansó de trabajar aquí y simplemente renunció?

De nuevo, Santiago rio entre dientes mientras Yolanda sonreía.

—Nadie renuncia de esa manera, señorita Steele —dijo Yolanda, tomando su cigarrillo y dándole otra calada.

¿Qué demonios significaba eso?

Santiago la miró como si lamentara que no lo entendiera. —Como dije, pago demasiado bien. Y bien. ¿El caso?

Miranda no estaba convencida de que Hannah no estuviera escondida en alguna parte. Pero si estos dos tenían razón, y ella no quería alejarse de su trabajo, podría estar en otro tipo de problemas. Sin duda, los gorilas de aquí eran una buena protección para el personal, pero algún cliente borracho podría haberla secuestrado al salir del edificio después del espectáculo. Podría ser prisionera en el apartamento de algún bicho raro en alguna parte.

Y el dinero de Santiago estaba en su oficina, quemándole un agujero en el cajón. Como él dijo, pagaba bien.

No quería acostumbrarse a trabajar con alguien como Santiago, pero esta vez, decidió hacer una excepción. Ahora que había oído

todo esto, Miranda sabía que tenía que asegurarse de que esta Hannah Kaye estuviera bien. Más valía que le pagaran por ello.

Le tendió la mano a Santiago. —De acuerdo, Carlos. Acepto el caso.

Él sonrió de esa manera inquietante suya, con el diamante de su diente destellando. Miranda esperaba no haber cometido el mayor error de su vida.

—Estoy muy complacido, Miranda. ¿Me mantendrá informado de su progreso?

—Por supuesto. Ahora mismo, tengo algunas preguntas más para Yolanda.

—Entonces las dejaré a solas a ustedes dos. Avíseme si necesita algo.

—Lo haré.

Se dio la vuelta para salir por la puerta.

Pero mientras lo veía alejarse contoneándose en sus pantalones de cuero ajustados, con los tacones de sus llamativos zapatos resonando contra el suelo, la sensación de hundimiento en su estómago solo se hizo más profunda.

CAPÍTULO SEIS

—¿Qué quiere saber, señorita Steele? —preguntó Yolanda, mientras volutas de humo le rodeaban la cabeza—. Tengo trabajo que hacer.

Y ella también. Ahora. —¿Tiene un número de Hannah? —Miranda decidió que llamaría a la bailarina y estudiante universitaria por su nombre real.

—Un número de celular. La llamé varias veces desde el jueves. No contesta.

—Démelo.

Yolanda recitó los números y Miranda los guardó en su teléfono. Para asegurarse, lo marcó ella misma y también le contestó una grabación. Bien, al menos eso estaba confirmado.

—Dígame cuándo fue la última vez que la vio.

—El jueves por la noche, cuando vino para el espectáculo —dijo Yolanda, y apagó el cigarrillo en el cenicero para encender otro. Parecía completamente fastidiada con el interrogatorio de Miranda.

Miranda ignoró su actitud. —¿Detalles. La última, última vez que la vio. ¿Saliendo por la puerta?

Yolanda le dio una larga calada a su cigarrillo nuevo, si es que a un cigarrillo se le puede llamar nuevo, y negó con la cabeza. —No me quedé hasta tarde esa noche. Mi sobrina necesitaba ayuda con su hija. Su esposo está en el hospital. Ayudé a Nitro a ponerse el vestuario, la vi en el escenario y me fui por el resto de la noche.

Así que las obligaciones de Yolanda incluían arrear a las chicas. —¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

Yolanda se encogió de hombros delgados. —La noche siguiente, cuando no se presentó a trabajar. Las chicas llegan como a las siete y media u ocho. El primer espectáculo empieza a las nueve.

Era bueno saberlo. Al menos, era el inicio de un marco de tiempo. —¿Hannah solía llegar tarde?

—Nunca. Siempre llegaba temprano. Le encantaba su trabajo. Era muy, muy buena.

Puntual, le encanta su trabajo. O Yolanda le estaba echando flores de más o Hannah de verdad podía estar en problemas. —¿Tiene alguna foto de ella?

—Tengo un video. Estábamos a punto de subirlo al sitio web para promocionarla —dijo, señalando hacia su computadora.

¿Santiago tenía un sitio web para su club? Seguramente recibía muchas visitas. —Déjeme verlo.

Con una expresión que decía que ojalá Miranda se fuera, Yolanda, en cambio, la llamó con la mano. —Venga por aquí y tome asiento.

Miranda se metió entre el escritorio y la pared, y acercó la silla de la máquina de coser al escritorio. Revisó el cojín para asegurarse de que no hubiera alfileres antes de sentarse.

Cuando levantó la vista, Yolanda ya tenía el video en la pantalla.

Miranda se inclinó hacia adelante cuando ella pulsó «reproducir».

Una música *funky* con un ritmo atrevido sonó por las bocinas mientras una joven se contoneaba alrededor de un tubo con un traje de lentejuelas blancas adornado con largos flecos que se abrían al girar. Tenía el pelo largo y rubio. Lo movía junto con los flecos al ritmo de la música mientras mostraba una sonrisa preciosa. Una figura estupenda. Mucha energía. Piernas largas. Y tacones súper altos que acentuaban cada músculo bien formado de sus pantorrillas y muslos.

—Nuestra especialidad solían ser los clásicos —explicó Yolanda—. Bailes con abanicos y globos inspirados en Sally Rand. Pero hoy en día todo el mundo quiere rock. Sobre todo Nitro. Ella quería los ritmos potentes y agresivos. Era parte de su imagen. A los clientes les gustaba, así que la dejé hacerlo.

Como para demostrarlo, el ritmo de la batería de las bocinas se aceleró al máximo y la chica de la pantalla empezó a girar mientras se quitaba el top de flecos.

—Santiago mencionó que tenía un don con el público.

Yolanda asintió. —Todos la adoran. Era un verdadero imán. Por eso Carlos la quiere de vuelta.

—¿Puede recortar una foto de su cara para ponerla en mi teléfono? —Miranda no se imaginaba mostrando este video a los transeúntes en la calle y preguntándoles si la habían visto.

—Si eso es lo que necesita —dijo Yolanda, se metió el cigarrillo en la boca y se puso a trabajar.

Cuando pausó la imagen, a Miranda se le paró el corazón.

La joven bailarina con su cara bonita, su largo pelo rubio, su sonrisa vivaz, de repente la transportó a su último caso. El que había trabajado en Chicago con Parker hacía tres semanas. Aunque en realidad, lo había trabajado casi todo sin él.

La imagen de Hannah Kaye le recordó a Miranda a la víctima de ese caso, Lydia Sutherland.

Una joven estudiante de arte rubia que había sido asesinada en su casa de Lawnfield Heights. El asesinato se había encubierto con un incendio que había dejado el cuerpo de Lydia carbonizado. Y el asesino había sido nada menos que el psicópata de su exmarido.

El recuerdo de ese caso todavía le daba escalofríos. Todo lo que Miranda había conocido de Lydia Sutherland era una foto de ella con su largo pelo rubio y su sonrisa ansiosa de vivir.

Muy parecida a la de Nitro.

Esperaba que Hannah Kaye no acabara así. Ni nada parecido. Esperaba que se hubiera fugado con un novio para casarse o algo.

—¿Así está bien? —dijo Yolanda a través del cigarrillo.

—Perfecta —le dijo Miranda.

—Déme su número de celular.

Miranda se lo dio y la mujer recortó la foto, la convirtió en un archivo y la envió a su teléfono. Yolanda era eficiente.

Miranda revisó la pantalla. —La tengo. —Se puso de pie—. ¿Tiene su dirección?

Yolanda pulsó unas cuantas teclas en su teclado y abrió el expediente de empleada de Hannah. Miranda lo ojeó, pero no vio nada fuera de lo común.

—Le imprimiré esto —dijo Yolanda, haciendo clic con el ratón.

—Gracias.

La impresora zumbó y pronto Miranda tuvo todos los datos que necesitaba. Los generales, al menos. —Iré a la universidad a ver qué puedo averiguar allí. Pero me gustaría volver esta noche y hablar con algunas de las otras bailarinas. Alguien podría haber visto algo.

—Ya las he interrogado dos veces, pero si usted siente la necesidad… Usted es la detective.

Miranda tuvo la sensación de que Yolanda pensaba que Santiago estaba malgastando su dinero. Iba a demostrarle que se equivocaba.

—Nos vemos esta noche, entonces. —Miranda dobló el papel que tenía en la mano y salió.

—Dígale al portero que me conoce.

—Lo haré. Gracias por su ayuda.

—Un placer. —La sonrisa de Yolanda fue escueta y poco convincente.

Sabiendo que la mujer mentía descaradamente, Miranda se dio la vuelta, encontró la salida del edificio y regresó al sol.

CAPÍTULO SIETE

Se topó con el tráfico de la hora pico, que no estaba tan mal ya que se dirigía al sur por la autopista, pero aun así le tomó más de treinta minutos hacer el trayecto de ocho kilómetros hasta el campus del Tecnológico.

Durante el viaje, buscó a Hannah Kaye en las redes sociales. La última publicación había sido hacía dos meses. Tenía una vida muy activa.

El sistema de navegación de Miranda se detuvo al llegar al edificio de Registro, así que condujo un buen rato por las arboladas calles del campus, buscando la instalación correcta entre las interminables filas de edificios cuadrados de ladrillo rojo, situados de cualquier manera en nombre del diseño. Fue al campus este y le dijeron que debía estar en el campus oeste. Se pasó de la curva y terminó cerca de un campo de golf. Tomó otra curva equivocada y casi acaba en la autopista.

Cuando finalmente localizó la residencia donde vivía Hannah Kaye, decidió que dependía demasiado del GPS. Necesitaba recalibrar su sentido de la orientación.

El estacionamiento de varios pisos era caro y estaba abarrotado, así que tuvo que dar más vueltas para encontrar un lugar en la calle… y aun así tuvo que meter monedas de veinticinco centavos en un parquímetro. Con razón costaba tanto ir a la universidad.

Por fin se orientó. Se necesitaba una tarjeta de acceso en la puerta, así que fingió que la había olvidado y esperó a que pasara un grupo de estudiantes. Los siguió para entrar. Actuando como si el lugar fuera suyo, comenzó a caminar por el sinuoso sendero.

La temperatura todavía rondaba los treinta y pocos grados, algo típico de principios de otoño en Atlanta, y estaba húmedo. Podía

sentir el sudor perlado en su espalda, manchando su blusa buena debajo del saco del traje. Justo lo que necesitaba. Otra cuenta de la tintorería. No había planeado gastar el dinero de Santiago en eso.

Probablemente iba demasiado arreglada para el campus, pero no había tenido tiempo de cambiarse. Quizás los estudiantes pensarían que era una profesora. Ja.

Por regla general, a Miranda no le gustaban mucho las instituciones de educación superior. Tantos profesores, libros de texto y exámenes le ponían la piel de gallina. No es que no tuviera algo de educación. Había asistido a universidades de aquí y de allá por todo el país en sus andanzas, sobre todo institutos de formación profesional con estudios prácticos como carpintería o soldadura. Pero nunca había perseverado en ningún programa.

En toda su vida, lo único con lo que había perseverado era el trabajo de detective.

En realidad, no había estado en un campus universitario desde que había ido a Cambridge con Parker hacía un par de meses por un caso. Recordó haber manejado por las antiguas calles adoquinadas de la universidad mientras Parker se sentaba tras el volante a la derecha, dándole un resumen de la historia de la famosa escuela.

La imagen de él regresó a su mente. Su voz sureña, baja y aristocrática, el brillo en sus ojos grises, su sonrisa sexi. Hizo que su corazón diera un vuelco.

Londres. Donde habían prometido no mentirse. Había funcionado de maravilla, ¿no?

Recordó haberle salvado el pellejo en ese caso. Lo había hecho varias veces. Y, sin embargo, él no podía creer que ella fuera capaz de cuidarse sola. Hacían tan buena pareja. ¿Por qué quería tirarlo todo por la borda?

Se sacudió los deprimentes pensamientos sobre Parker mientras llegaba al viejo edificio de apartamentos de ladrillo rojo que había estado buscando.

Esto no era Londres. Era Georgia. Y en este momento, estaba en un campus lleno de nerds cerebritos trabajando en su primer caso en solitario. No necesitaba que los recuerdos de Parker la desconcentraran.

Con la esperanza de pasar lo suficientemente desapercibida como para parecer una residente, comenzó a subir los escalones. Encontró el número de la hoja de empleados que Yolanda le había dado en el tercer piso.

Llamó a la puerta. Y esperó.

Volvió a llamar. Y esperó un poco más.

Se estaba preguntando si sería demasiado tarde para ir a la oficina del decano de estudiantes cuando oyó el sonido de unas chanclas subiendo las escaleras.

Pronto apareció una joven cargando un cesto de ropa a rebosar. Llevaba unos *jeans* muy cortos y una camiseta amarilla con lo que parecía el logo de la escuela en el frente, aunque era difícil de ver detrás de la ropa. Tenía el pelo corto y negro, y un par de gafas de carey oscuro posadas en la nariz. Estaba tan absorta en lo que sea que estuviera leyendo en su celular que casi se tropieza con Miranda.

—Oh, disculpe —dijo parpadeando, como si saliera de un sueño. Luego la miró con el ceño fruncido, dándose cuenta de que la extraña estaba de pie junto a su puerta—. ¿La conozco?

—Probablemente no —dijo Miranda—. Estoy buscando a Hannah Kaye.

—No está aquí. —Volvió a bajar la vista a su celular.

Obviamente. —¿Pero vive aquí, verdad? —Miranda señaló la puerta—. ¿Eres su compañera de cuarto?

La joven apartó la mirada de su celular y examinó a Miranda de arriba abajo como si su foto hubiera salido en las noticias la noche anterior. —¿Por qué quiere saber eso?

Adiós a pasar desapercibida. La verdad sería más rápida. —Soy una investigadora privada. Me llamo Miranda Steele. El empleador de Hannah está preocupado por ella.

La joven arrugó la nariz como si acabara de pelar una cebolla. —¿Se refiere al dueño de ese club de *striptease*?

—¿Tiene otro empleador?

Desconcertada por la pregunta, la joven negó con la cabeza. —No. ¿La contrató él o algo así?

—Algo así. ¿Sabes dónde está Hannah?

La mujer miró fijamente a Miranda un largo momento antes de decidirse a responder. —No ha vuelto a casa desde el jueves. Pensé que podría haberse quedado en casa de Marty.

—¿Marty?

—Su novio.

¿Había un novio? ¿Y la compañera de cuarto tampoco la había visto desde el jueves? Esto se estaba poniendo interesante. Y esta visita iba a llevar algo de tiempo.

Miranda asintió hacia la puerta. —¿Te parece si entramos y hablamos?

De nuevo, la mujer parpadeó, sin duda repasando mentalmente las noticias que había escuchado recientemente.

Miranda sacó su identificación de investigadora del bolsillo y la levantó.

La mujer la estudió, todavía con aspecto inseguro. Pero al final optó por la confianza juvenil. —Sí, claro. Dame un minuto.

Miranda decidió ser amable y sostuvo el cesto de la ropa mientras la compañera de cuarto sacaba su llave y abría la puerta.

Después de un poco más de torpeza y malabares con el celular, Miranda la siguió al interior del apartamento de estudiantes.

Era lo que se esperaría de un lugar donde vivían chicas universitarias ocupadas. Un ligero olor a café rancio y a basura que necesitaba ser vaciada en el aire. Una acogedora cocineta de color claro con una barra que daba a una sala de estar, un sencillo sofá gris frente a una ventana con vistas al campus. La decoración era escasa. Un póster del Tecnológico en una pared, otro de alguna estrella de rock frenética destrozando su costosa guitarra en el lado opuesto.

Ropa, libros y papeles estaban esparcidos por todas partes. Una laptop permanecía abierta en el brazo más alejado del sofá.

La nueva anfitriona de Miranda dejó el cesto de la ropa en una esquina, tomó la laptop y comenzó a mover libros y ropa. —Busca un asiento. Perdón por el desorden.

Miranda se acomodó en el lugar que acababa de despejar en el sofá. —¿Cuál es tu nombre?

—Bonnie —dijo, tomando un vaso de comida rápida vacío y una bolsa de basura a juego de la mesa de centro—. Bonnie Pinksy.

—Y estás estudiando… —Miranda inclinó la cabeza para leer el título de un libro de texto sobre la mesa.

Bonnie tomó el libro y lo cerró. —Matemáticas Discretas. Estoy en mi tercer año. Hasta ahora, es un infierno.

—Me lo imagino —Miranda sonrió, tratando de que su anfitriona se sintiera cómoda—. No sé qué secretos pueden tener los números para ser discretos. ¿Los secretos del universo, tal vez?

Bonnie solo frunció el ceño.

Adiós a la charla amistosa. —¿Qué estudia tu compañera de cuarto?

—Hannah está en el COA, la Facultad de Arquitectura. También está en su tercer año. Hemos sido compañeras de cuarto desde nuestro primer período. Nos complementamos bien. Yo soy la callada, ella es la parlanchina.

—¿Parlanchina?

—Ya sabes. ¿Que nunca ha conocido a un extraño? Le habla a cualquiera.

Demasiado amigable. No es un rasgo prometedor en esta situación. —¿Cuánto tiempo lleva trabajando en *Exótico*?

Ante la mención del club nocturno, Bonnie volvió a arrugar la nariz. Dejó caer una pila de libros al suelo y se dejó caer en la silla frente al sofá, su delgado cuerpo sin ocupar ni la mitad. Se sentó con las rodillas juntas y los pies calzados con chanclas separados mientras se alisaba la camiseta sobre el estómago.

—Empezó este verano. Ambas nos inscribimos en el curso de verano, con la esperanza de que nos ayudara a entrar antes a la escuela de posgrado. El sueño de Hannah es construir hospitales para los desfavorecidos. Dijo que necesitaba dinero extra para la matrícula y que el trabajo pagaba muy bien. —Bonnie se inclinó hacia adelante y se señaló a sí misma—. Quería que yo también lo hiciera, pero le dije que «ni loca».

Decisión inteligente.

Bonnie puso los ojos en blanco. —Tengo demasiado que hacer con mis tareas y los laboratorios. Tengo dos clases con los

profesores más difíciles del campus y la carga de trabajo me está matando. No sé cómo Hannah se las arregla.

Así que la tímida estudiante de Matemáticas Discretas, que le parecía bastante habladora, ¿estaba demasiado ocupada para darse cuenta de que su compañera de cuarto podría estar desaparecida? Pero Bonnie parecía demasiado genuina para estar involucrada.

—¿De dónde es Hannah? —preguntó Miranda.

—Sus padres son de Gainesville. Pensó en vivir en casa su primer año, pero el trayecto es demasiado largo.

Gainesville estaba a unas cincuenta millas al norte de aquí. Sería un viaje tremendo todos los días. Pero tal vez la chica había sentido nostalgia. —¿Crees que fue a casa a ver a sus padres?

Bonnie se subió las gafas por la nariz mientras consideraba esa idea. —Quizás. La última vez que la vi fue el jueves por la mañana. Salía corriendo de aquí camino a mi clase de Espacios Vectoriales Abstractos. Dios, odio a ese profesor. Te hace pararte frente a todos y disculparte si llegas tarde.

—Qué desgraciado —convino Miranda—. ¿A qué hora fue eso?

—Eh, a ver. —Consultó su celular para recordar—. Esa clase empieza a las nueve, así que probablemente al menos a las ocho cuarenta y cinco.

—¿De la mañana?

—Sí.

—¿Y no la viste más en todo el día?

—Normalmente no nos encontramos hasta la noche. A veces vamos a cenar o estudiamos juntas. Pero no siempre. Y no de jueves a sábado. Es cuando Hannah trabaja en el club.

Y Miranda ya había confirmado que la bailarina/estudiante había estado en el trabajo esa noche. —¿Hannah dijo algo el jueves por la mañana? ¿Mencionó algún plan que tuviera de irse a algún lado?

De nuevo, Bonnie consideró la pregunta, frunciendo el ceño como si estuviera resolviendo uno de sus problemas de matemáticas. Finalmente, soltó un suspiro que hizo que su flequillo oscuro se levantara. —Que yo recuerde, no. ¿Crees que está en problemas?

Miranda mantuvo sus facciones impasibles. —Aún no he determinado eso.

Se estremeció al pensar en cuánto se parecían esas palabras a las de Parker. Pero fue él quien le enseñó a no alarmar a la gente cuando la interrogas.

¿Por qué estaba pensando en él ahora? Tal vez porque la había acompañado en tantas entrevistas.

Se sacudió el pensamiento de él y continuó: —¿Y no viste a Hannah el jueves por la noche cuando volvió a casa?

—No. No ha vuelto por aquí, que yo sepa.

—Dijiste que Hannah tiene novio.

Bonnie asintió. —Marty Jenkins. Es un estudiante de segundo año en II. Ingeniería Eléctrica.

—¿Segundo año?

—Sí, de segundo. Es un año menor que Hannah. Ella tiene veinte, él diecinueve. —Hizo un gesto de vaivén con la mano.

¿Veinte y diecinueve? Lydia Sutherland, la víctima de su último caso, tenía veinte años y el joven del que se suponía que estaba enamorada tenía diecinueve. También era estudiante universitaria. Ambos eran estudiantes de arte. Durante la mayor parte de su investigación, Miranda había sospechado que el amante la había matado.

Bonnie se levantó de un salto de su silla. —Oh, tengo una foto de ellos. —Corrió a la cocineta y regresó un momento después con una foto en la mano—. Hannah la tenía en el refrigerador. Fue tomada el año pasado. Un par de semanas después de que se los presentara.

Miranda tomó la foto y la estudió.

Hannah, con su largo pelo rubio, ojos azules y sonrisa ganadora, mejilla con mejilla con un chico vestido con un uniforme de banda blanco que sostenía un clarinete. Tenía una mata de pelo oscuro, espeso y rizado que le cubría la mitad de un rostro estrecho, un bigote fino como un lápiz y una nariz excesivamente larga. El chico no era un fisicoculturista. Al igual que Bonnie, era flaco como un palo y sus facciones gritaban «nerd». Una pareja extraña para una belleza como Hannah, pero tal vez le atraía su cerebro.

—¿Y ese atuendo? —preguntó Miranda.

—Oh, Marty está en la banda de música. Toca en los partidos. ¿Sabes? —Levantó un puño flojo en el aire—. ¿Vamos, Yellow Jackets?

Había oído hablar de ellos. La rivalidad entre los Yellow Jackets de Georgia Tech y los Bulldogs de la Universidad de Georgia no era algo que pudieras pasar por alto en Atlanta.

—¿Dijiste que tú se los presentaste?

Bonnie asintió. —Marty estaba en algunas de mis clases y parecía un buen tipo, así que lo emparejé con Hannah. Salieron y congeniaron de inmediato.

—¿Marty fue alguna vez a ver actuar a Hannah?

—¿A ese club? Sí, creo que sí. Una o dos veces. Pero está muy ocupado. Él también quiere graduarse antes. Su sueño es diseñar maquinaria médica y no puede esperar a empezar. Su padre es cirujano en Boston y tiene buenos contactos. Creo que eso fue lo que atrajo a Hannah de él. ¿Sabes? ¿Construir hospitales y diseñar maquinaria médica?

Una pareja hecha en el cielo. —¿Dónde puedo encontrar a este tipo?

Detrás de sus gafas, los ojos oscuros de Bonnie se abrieron como platos. —¿A Marty? No lo sé. No tengo su horario. —Se frotó la nariz —. ¿Quizás está en el ensayo de la banda? Creo que hay uno esta noche.

—¿Y dónde sería eso?

—En el Burger Bowl.

—¿Burger Bowl?

—Está justo ahí. —Señaló por la ventana hacia el campus—. Justo antes del CRC, el Centro Recreativo. No tiene pérdida. Solo sigue la música de la banda. Si no está allí, podría estar en la biblioteca. O… no sé. Vive fuera del campus. Por Atlantic, creo.

Eso limitaba la búsqueda. —¿Tienes su número de celular?

—No. Hannah nunca me lo dio.

El descuido de la vida universitaria. Cuando Mackenzie se fuera a la universidad, Miranda iba a insistir en que le enviara una lista de números de teléfono y direcciones de todas las personas que conociera. Especialmente de los hombres.

Miranda se puso de pie. Tenía mucho trabajo por delante para encontrar a este tipo en un campus de más de veinte mil estudiantes.

Levantó la foto. —¿Te importa si me la quedo?

—No. Supongo que a Hannah no le importaría. —Bonnie se levantó y se frotó los brazos—. Está bien, ¿verdad?

—Esperemos que sí.

Pero mientras Miranda salía y bajaba las escaleras, tuvo la sensación de que las cosas no le habían ido tan bien últimamente a la explosiva Nitro.

CAPÍTULO OCHO

Bonnie tenía razón sobre la música de la banda.

Miranda siguió el sonido del retumbar de los tambores y el estruendo de las trompetas escaleras abajo hasta la acera, pasó dos cuadras más de edificios de ladrillo rojo y llegó a una pradera abierta.

Se abrió paso bajo el frondoso follaje de los arces, se deslizó entre dos maceteros de cemento y se detuvo en una zona pavimentada al final del campo. Protegiéndose los ojos del sol del atardecer, contempló la escena.

Una multitud de estudiantes, vestidos no con uniforme, sino con ropa informal, marchaba enérgicamente por el campo al compás de alguna animada canción de guerra de fútbol americano que estaban tocando. Trompetas, platillos, tambores, tubas y flautines resonaban con un ritmo *staccato*.

Bum, bum, bum, bum. Giro a la izquierda. Giro a la derecha. Marchar para acá. Marchar para allá.

Con los instrumentos en alto, se dividieron en dos y formaron dos círculos perfectos. Miranda habría apostado a que los miembros de la banda estaban calculando mentalmente la circunferencia de los círculos. Marcharon sobre su propio eje durante unos compases y luego algunos empezaron a moverse hacia atrás, otros hacia los lados, hasta que terminaron en una formación que deletreaba «Tech».

Eran muy buenos y era fascinante verlos. Pero ¿cómo demonios iba a encontrar al novio de Hannah Kaye en medio de esa multitud de músicos? Debía de haber un centenar de estudiantes en el campo.

De repente, la música se detuvo y todos levantaron el puño en el aire.

—¡Lucha! ¡Lucha! ¡Lucha!

Al otro lado del campo, alguien que debía de ser el director de la banda dijo unas palabras de felicitación que Miranda no pudo oír.

Y se acabó.

Los estudiantes volvieron a convertirse en un tumulto y cada uno empezó a dirigirse en una dirección diferente.

Miranda miró la foto que tenía en la mano y escudriñó a los estudiantes que pasaban a su lado. Ninguno coincidía. Maldita sea. Si se le escapaba este tipo, ¿cómo diablos lo iba a encontrar?

De pronto, oyó una risa de *nerd* a sus espaldas.

—Oye, Marty. ¿Vas a ir a la piscina esta noche?

¿Marty? Se dio la vuelta y vio a dos jóvenes cerca de unas gradas de madera guardando sus instrumentos. El de la derecha era un tipo rubio y corpulento. El de la izquierda era un flacucho alto con un bigote de lápiz y pelo oscuro y espeso que le llegaba a los hombros. Llevaba un clarinete.

Bingo.

—¿Yo? —le dijo el flacucho a su amigo—. No. Mañana tengo un examen importante de Procesamiento Digital.

Recogieron sus estuches y empezaron a alejarse.

Miranda miró la foto que tenía en la mano. Sí. Ese era el novio, sin duda. Los siguió mientras se dirigían a la acera y salían a la calle.

El amigo le pasó el brazo por los hombros al chico llamado Marty.

—Vamos, hombre. Un tipo tiene que tomarse un descanso de vez en cuando. Además, ahora tienes tiempo. Te deshiciste de esa perra que estudiaba arquitectura, ¿no?

Marty soltó un bufido de *nerd*.

—Oh, sí. Me deshice de ella, claro que sí.

¿Se deshizo de ella?

A Miranda le empezaron a arder los oídos. Se le pusieron los pelos de punta a pesar del calor de treinta y dos grados. Pero había el suficiente sarcasmo en el tono del chico como para hacerla dudar de lo que quería decir.

Marty se zafó del abrazo de su amigo.

—Vamos, Swanson. Soy un estudiante serio.

El tipo se hizo el sorprendido.

—Oye, yo también. Pero ya sabes lo que dicen de tanto trabajar y nada de jugar.

—Olvídalo. Tengo que sacar la máxima nota en este examen.

—Está bien. —Swanson levantó su celular—. Pero si cambias de opinión, mándame un mensaje.

—Claro, claro. —Ignorando a medias a su amigo, Marty giró en dirección opuesta y empezó a caminar arrastrando los pies por el pavimento, con la cabeza gacha, levantando la vista solo momentáneamente para comprobar el tráfico.

Miranda lo siguió al otro lado de la calle, bajó un largo tramo de escaleras de concreto hasta otra acera.

Se mantuvo a distancia, fingiendo revisar su celular de vez en cuando para parecer una estudiante ante los grupos de jóvenes que pasaban en ambas direcciones. Nadie la detuvo ni le preguntó qué hacía allí.

Pero después de unos minutos, vio a Marty abriendo un Civic blanco. Metió su mochila y el estuche del clarinete en el asiento del copiloto y entró.

El motor se encendió.

La mente de Miranda se aceleró. Su propio coche estaba muy atrás, detrás de los edificios de apartamentos, a varias cuadras de distancia. No podría llegar a tiempo para seguirlo. Pero tendría que manejar despacio en el campus con todos los estudiantes deambulando por ahí.

Quizá podría seguirlo a pie.

Se incorporó al tráfico, redujo la velocidad para dar paso a tres estudiantes que cruzaban frente a él y volvió a arrancar.

Miranda se apresuró por la acera. Pasando junto a hombres y mujeres jóvenes que reían de camino a casa tras un largo día de clases, intentó pasar desapercibida.

Mantuvo el paso del coche hasta que Marty llegó a la esquina. Puso la direccional y giró a la izquierda frente a ella. Luego aceleró. Ella empezó a correr. El Civic se movía más rápido. Debía de ir a

unos cincuenta por hora. Esto no iba a funcionar. ¿En qué estaba pensando?

Tan rápido como pudo, se detuvo en seco, levantó su celular e hizo zum a la parte trasera del coche con la cámara. Tomó la foto justo antes de que él diera una vuelta hacia la autopista y se alejara.

Revisó la foto. Estaba borrosa, un poco difícil de leer, pero podía distinguir las letras de la placa. Tendría que ser suficiente por ahora.

Se dio la vuelta y vio que varios estudiantes la observaban. Uno de los jóvenes parecía a punto de pedirle su identificación.

Guardándose el teléfono en el bolsillo, les lanzó una mirada de «¿y a ustedes qué les importa?», se orientó y regresó a su coche.

Era demasiado pronto para volver a *Exótico*, decidió mientras salía de su lugar de estacionamiento. Primero pasaría por la oficina. Necesitaba su laptop y averiguar qué hacer con ese fajo de billetes de Santiago. Además, tenía que ver qué podía hacer con el número de placa de Marty Jenkins. Iba a ser una noche larga.

A pesar de lo preocupada que empezaba a sentirse por Hannah Kaye, la idea de trabajar hasta tarde le producía una pequeña emoción.

CAPÍTULO NUEVE

Faltaba aproximadamente una hora para el atardecer cuando Miranda regresó a su oficina, y unos tipos de aspecto pendenciero ya se estaban reuniendo en la esquina de la calle, frente al antiguo *Plato Caliente*.

Subió enérgicamente las escaleras hasta el pasillo del segundo piso y entró en su sala de espera.

Se quedó con la boca abierta.

De pie al otro lado de la habitación, con las manos en las caderas, estudiando la pintura del gato blanco que se lamía la pata, estaba Joan Fanuzzi.

—Me recuerda al gato de Wendy, Inky. Solo que es del color opuesto —dijo, dándose la vuelta e hizo un gesto—. Sabes, de verdad deberías cerrar esa puerta con llave. —Su acento de Brooklyn retumbó contra las paredes.

Su figura menuda y vivaz vestía una blusa sin mangas con estampado de color damasco y unos pantalones capri azul cielo. Su cabello oscuro, a la altura de los hombros y con reflejos, parecía recién peinado. Sobre el hombro llevaba un gran bolso de paja blanco que hacía juego con sus sandalias de verano.

Pero sus ojos oscuros y ceñudos y su rostro de facciones italianas llevaban una expresión que hirió a Miranda en lo más profundo.

«No hay mucho que robar aquí», quiso decir Miranda. En lugar de eso, rompió a balbucear, ahogada por la culpa.

—Oh, Dios, Fanuzzi. Lo siento muchísimo.

Fanuzzi negó con la cabeza.

—¿Te refieres a lo de arruinar la fiesta de aniversario que te organicé?

—¿Y qué más?

Se llevó un dedo a la mejilla.

—Déjame pensar. ¿Quizás por no llamarme para contarme qué pasaba contigo y con Wade?

Miranda hizo una mueca de dolor.

En el año y medio que llevaba en Atlanta, Fanuzzi se había convertido en la mejor amiga que había tenido jamás. Siempre se había preocupado por ella, siempre estaba pendiente. Pero Miranda tenía la mala costumbre de no corresponderle.

Señaló hacia su oficina.

—Entremos aquí.

Sin esperar respuesta, cruzó hasta la puerta —la que sí cerraba con llave— e introdujo la llave.

—Entra y siéntate.

No miró hacia atrás, pero oyó el chirrido de las sandalias de tacón de corcho de su amiga detrás de ella. Se apresuró hacia el mueble en la esquina donde guardaba los refrescos, deseando tener algo más que esa silla barata de invitados que ofrecerle.

Fanuzzi se acomodó en ella, sin dejar de lanzarle esa mirada suya. Debía de ser la que los sicarios de Brooklyn dedicaban a los que no pagaban.

Miranda se entretuvo con la cafetera.

—Por cierto, ¿cómo me encontraste?

—Vi tu anuncio en Craigslist.

—Oh. —Miranda no se había dado cuenta de que tenía una mejor amiga que leía Craigslist. Tomó un paquete plateado de café molido y señaló el mostrador como una asistente de programa de concursos —. ¿Ves? Estoy completamente instalada. Hasta tengo cafetera. ¿Quieres un poco?

—¿Por qué no?

Miranda vació los posos de la última cafetera en un bote de basura cercano y abrió el paquete mientras intentaba una charla trivial.

—¿Y tú qué tal? ¿Cómo están los niños?

Los oscuros ojos italianos de Fanuzzi se entrecerraron.

—¿Vas a decirme por qué no me llamaste?

Terminó con la cafetera y pulsó el botón. ¿Qué se suponía que debía responder a eso? Finalmente, levantó las manos.

—¿Cómo podía hacerlo? Tu esposo todavía trabaja para la Agencia Parker. Gran parte de los contactos para tu negocio los consigues a través de Parker.

Fanuzzi tenía un próspero negocio de catering y muchos en el círculo adinerado de Parker la habían contratado para sus elegantes eventos. Era una cocinera increíble.

—¿No crees que me importas más que el negocio?

Miranda frunció los labios y apartó la cara. La cafetera estaba ocupada preparando el café. Estaba por su cuenta. Se deslizó hasta la silla de su escritorio y se sentó.

—De verdad que siento lo de la fiesta.

—Wade me llamó esa mañana. Se disculpó por los dos.

Miranda se estremeció al sentir que la culpa la inundaba como una ola sobre una balsa salvavidas que se hunde. Fanuzzi había estado planeando esa fiesta durante semanas. Enviando invitaciones, eligiendo recuerditos y decoraciones de papel, ya que el papel era lo tradicional para el primer año, como le había recordado una docena de veces. Para el menú, había planeado preparar algunas de sus delicias más exquisitas. Incluso iba a hacer el *croquembouche* francés que había aprendido a preparar en París.

Además, iba a comprarle a Parker el regalo que Miranda no había tenido tiempo de elegir.

Regalo.

Miranda se irguió.

—¿Y qué pasó con el…?

Fanuzzi levantó una mano.

—Le compré un Rolex.

—¿Un qué? —Eso debió de costar una fortuna.

—No se me ocurrió otra cosa. Iba a mandarlo a grabar, pero luego decidí que eso era ir demasiado lejos. —Soltó una risita triste —. Menos mal que no lo hice. Lo devolví al día siguiente, así que no me debes nada.

Miranda no podría haberse sentido peor ni aunque su amiga le hubiera arrancado el corazón con una cuchara de helado.

—Lo siento —susurró de nuevo.

Fanuzzi la estudió durante un largo momento.

—¿Qué demonios pasó, Murray? —Lo dijo con la suavidad de una madre—. Tú y Parker están hechos el uno para el otro.

Sus palabras solo hicieron que Miranda se sintiera peor.

Hechos el uno para el otro. Eso es lo que ella había pensado una vez. ¿Cómo podía explicarlo? La paranoia de Parker hacia ella había estado ahí desde que se conocieron. Pero empezó en serio después de que comenzaron a tomar casos juntos como Parker y Steele Consulting en junio. Y entonces ella había empezado a recibir esos locos mensajes anónimos en su teléfono.

Sé quién eres.

Sé dónde estás.

Sé lo que eres.

La inquietaron, claro, pero se había entrenado a sí misma hacía mucho tiempo para no ceder ante el miedo. A no ser una cobarde. Su error, supuso, fue no contárselo a Parker de inmediato. Pero acababan de terminar su primer caso juntos cuando llegó el primer mensaje y, cuando recibió el segundo, Parker estaba convaleciente. No iba a molestarlo por lo que podría haber sido algo trivial. Diablos, si era trivial. Era solo una broma.

De esos mensajes no salió nada, excepto la reacción exagerada de Parker, que le hizo querer cerrar Parker y Steele Consulting. ¿Acaso no entendía que ella no podía vivir sin este trabajo? ¿El trabajo que él le había presentado? ¿Para el que la había entrenado?

Miró la cafetera.

—Oye, el café ya está listo. —Menos mal.

Se levantó de un salto y volvió a la esquina. Tomando una de las tazas que había comprado en la tienda de segunda mano, vertió el líquido caliente y marrón en ella y se la entregó a su amiga.

—Te toca la taza bonita.

Al tomarla, Fanuzzi sonrió con ironía.

—Qué monada.

—¿El qué?

Fanuzzi señaló la imagen de la taza. Un diminuto gatito gris dormido en una cesta junto a un gran ovillo de lana azul.

Sintiendo que su cara enrojecía un poco, Miranda se encogió de hombros.

—Este juego era el más barato de la tienda.

—Ya veo. ¿Tienes azúcar?

—Claro. —Regresó ágilmente a la esquina, sacó un sobre del cajón y se lo entregó.

—Gracias. —Fanuzzi abrió el sobre, lo vertió en la taza del gatito y removió el líquido caliente con la cuchara de plástico que Miranda le dio a continuación.

Miranda se armó de valor mientras tomaba otra taza —esta con dos gatitos grises atrapados en la rama de un árbol— y se sirvió un poco de café. Lo tomó solo.

Fanuzzi sorbió su café.

—Así que las cosas estaban tan mal entre Wade y tú que ni siquiera puedes hablarlo con tu mejor amiga.

Miranda se hundió de nuevo en su silla, sosteniendo la taza con ambas manos. Hora de confesarse.

—Tuvimos… una pelea muy fuerte. La peor que hemos tenido nunca.

—Siempre está la reconciliación. Dave y yo hemos tenido algunas monumentales. Soy italiana, ¿sabes?

—¿En serio? —bromeó, sonriendo con tristeza—. No es lo mismo. Sabes que Parker puede ser muy terco.

—Sí, ¿y con qué estaba siendo tan terco?

La pregunta le indicó a Miranda que Parker no había ido con el cuento a otros. Eso la hizo sentir un poco mejor. Al menos tenía ese respeto por lo que había sido su relación. Por otro lado, significaba que él no tenía a nadie con quién desahogarse. Como ella estaba a punto de hacer.

—Me dijo que va a cerrar Parker and Steele Consulting.

Las cejas oscuras de Fanuzzi se arquearon con sorpresa. —¿Tu sociedad?

—Ajá.

—¿Sin siquiera preguntarte?

Miranda dejó su taza, sintiendo cómo la ira familiar crecía en su interior. —Probablemente no me lo habría dicho hasta que estuviera

hecho si yo no se lo hubiera sacado.

—Cielos, Murray. Nunca pensé que Wade pudiera ser tan cretino. Siempre ha sido amable conmigo. Hasta caballeroso.

—Ahí está el detalle. Él cree que está siendo caballeroso. Piensa que los casos se han vuelto demasiado peligrosos. Intenta salvarme como si fuera una maldita damisela en apuros.

Fanuzzi no pudo evitar sonreír ante esa idea. Luego se puso pensativa. —Las cosas se pusieron bastante peliagudas en París. Si tus otros casos fueron como ese…

—Es parte del trabajo. Parte de lo que tienes que hacer por un cliente. Para ajustar cuentas, arreglar las cosas, por la justicia y todo eso.

—Sí —le dio otro sorbo al café—. ¿Y con todo esto vas a demostrarle que está equivocado? —hizo un gesto que abarcaba la oficina.

—Con todo esto estoy haciendo mi vida. Es mi vida. No me importa lo que Parker piense de ella.

—Ya veo. Bueno, Dave dice que deberías volver a la Agencia. Mucha gente allí quiere que vuelvas.

Era un pensamiento agradable.

—Mackenzie también.

Odiaba la idea de que su ruptura con Parker hubiera afectado a su hija. Ya había tenido suficiente agitación en su vida últimamente. Esa era la razón principal por la que Miranda no la había contactado.

—¿Cómo está Mackenzie?

—Bien. Ya empezó las clases en la Academia Old Ferncliff.

Miranda deslizó la taza sobre su escritorio. Mackenzie ya estaba en la secundaria. Se estaba perdiendo la vida de su hija.

—¿Ya le habla a Wendy?

Miranda había pensado que Wendy Van Aarle era su hija desaparecida cuando llegó por primera vez a Atlanta. Nada la había hecho más feliz que cuando Wendy y su verdadera hija se hicieron amigas de verdad, después de una relación tóxica. Ahora eran enemigas mortales. Cosas de chicos.

—Todavía no.

Miranda soltó un suspiro. —Ya va para mes y medio.

—Lo sé, pero ya sabes cómo son los adolescentes.

Fanuzzi había estado en la mansión Chatham la noche en que Mackenzie y Wendy tuvieron una pelea campal por un chico. Esa fue la noche en que Mackenzie reveló que había estado buscando a su padre. Su verdadero padre.

En realidad, había sido Wendy quien reveló el secreto. Otra razón por la que Mackenzie estaba furiosa con ella.

—Sí, supongo que sí.

Se quedaron en silencio un momento, mientras el café en las tazas de gatitos se enfriaba.

Finalmente, Fanuzzi se inclinó hacia adelante. —Murray, ¿hay algo que pueda hacer?

—¿Te refieres a que Parker y yo volvamos?

—Me refiero a cualquier cosa. ¿Necesitas ayuda con algo? ¿Dinero? ¿Compañía?

Miranda le sonrió con tristeza a su amiga, recordando la vez que la había alojado cuando dejó a Parker antes de casarse. Esto era diferente. Ella era diferente.

Y quizás Fanuzzi tenía razón. No sobre necesitar ayuda. Sobre probarse a sí misma. Necesitaba demostrar que podía salir adelante sola como detective. A sí misma. A Parker. A sus antiguos colegas de la Agencia. A cualquiera a quien le importara un comino.

Era importante.

—No, gracias. Aprecio la oferta. Además, ya tengo mi primer cliente —sin contar al moroso de Lauderdale.

—¿De verdad? —Fanuzzi pareció sorprendida—. ¿Alguien que conozca?

—Lo conociste brevemente una vez.

—¿Quién es?

¿Por qué no decírselo? Si se lo contaba a Becker y Becker se lo chismorreaba a Parker, ¿qué más daba? Haría que se preocupara por ella, pero iba a hacerlo sin importar lo que hiciera.

—¿Recuerdas la noche que salimos a tomar algo?

—Hicimos eso varias veces.

—Fue hace más de un año. Antes de que tú y Dave estuvieran juntos. Recorrimos el Strip —el Strip era la calle principal de

Buckhead a donde iban los juerguistas y fiesteros los viernes y sábados por la noche.

—Eché una carrera con un tipo en su motocicleta —añadió Miranda.

Los ojos castaños e italianos de Fanuzzi se abrieron como platos. Vaya que si recordaba. —¿Estás diciendo…? ¿Te refieres a…? ¿Tu cliente es ese narcotraficante? ¿Carlos Santiago?

—El único que conozco personalmente.

Fanuzzi golpeó su taza contra la mesa y agitó ambas manos en el aire. —Por Dios, Murray. ¿Te has vuelto loca?

Le había dicho lo mismo la noche en que Miranda echó una carrera con el gánster. —¿Vas a ponerte como Parker y a decirme que no sé hacer mi trabajo sin que me maten?

Parker nunca había dicho esas palabras exactas, pero era como si lo hubiera hecho.

La boca de Fanuzzi comenzó a moverse, pero no salieron palabras. —Yo… no sé qué decir. Solo espero que no te pase. Que te maten, quiero decir.

—Es solo un caso de persona desaparecida. Estaré bien.

—¿Un caso de persona desaparecida?

—Una bailarina del club de Santiago está desaparecida. Quiere que la encuentre.

—¿Bailarina?

—Bailarina exótica. En realidad, es una estudiante universitaria.

Fanuzzi la miró con la boca abierta.

—De Tech —la idea de su nuevo cliente le recordó a Miranda el gordo anticipo que le había dado.

Protegida por su escritorio, abrió el cajón de abajo, agarró el fajo de billetes y lo metió en el maletín de su nueva laptop. La laptop había sido otro gasto importante. No le pareció correcto llevarse la computadora de la Agencia Parker que había estado usando, aunque la idea se le había pasado por la cabeza. Pero el dinero de Santiago ayudaría a sufragar ese costo.

Pasándose la correa del maletín por el hombro, se puso de pie. —Odio tener que cortar esto.

Fanuzzi la miró un poco desanimada. —¿Ya te tienes que ir?

Miranda no quería terminar la visita, pero tenía que ponerse en marcha. Tenía trabajo que hacer.

—Sí, tengo que estar en un sitio esta noche. ¿Necesitas que te lleve?

Fanuzzi se levantó, luciendo un poco desconcertada. —No, traje mi auto —miró su reloj—. Es más tarde de lo que pensaba. Necesito llegar a casa. Dave y los niños esperan mis famosos espaguetis esta noche.

—Suena bien —la comida de Fanuzzi era para morirse.

Fanuzzi sonrió con tristeza ante el cumplido. —Supongo que no puedes pasar a comer con nosotros.

A Miranda se le cayeron los hombros. Fanuzzi sí que sabía cómo hacerla sentir culpable. —No puedo. ¿Quizás otra noche? —aunque no sabría qué decirle a Becker. Sería bastante incómodo.

Miranda acompañó a su amiga hasta el pasillo, acordándose de cerrar sus dos puertas con llave, y luego bajaron juntas las escaleras. El auto de Fanuzzi estaba a la vuelta de la esquina, o lo habría visto cuando llegó.

La acompañó hasta él.

—Cuídate, Murray.

—Claro. Estaré bien. De verdad.

—Sí, creo que lo estarás. Eres una superviviente.

Se alegraba de que alguien lo pensara.

—Pero ten cuidado donde sea que vayas esta noche.

—Lo tendré. Salúdame a Becker.

—Lo haré —Fanuzzi balanceó su peso de un pie a otro por un momento, luego levantó los brazos y le dio un gran abrazo a Miranda —. Y llámame de vez en cuando.

—Trataré de hacerlo —dijo Miranda.

Vio a su amiga subir a su auto y marcharse, luego regresó a la vuelta de la esquina hacia su Acura.

Miranda se alegraba de que Fanuzzi la hubiera encontrado. Y quizás la llamaría alguna vez para verse. Pero, por lo menos, la visita de su amiga la había convencido más que nunca de que su vida con Parker había terminado.

CAPÍTULO DIEZ

Miranda se dirigió a su diminuto apartamento, metió su computadora portátil en el armario y escondió el dinero de Santiago bajo el colchón.

Calentó en el microondas una comida dietética congelada que sabía apenas un poco mejor que su envase de cartón, se dio una ducha, se puso algo apropiado para ir de antro y salió poco después de las nueve.

Cuando llegó al estacionamiento de *Exótico*, ya estaba lleno y tuvo que estacionar a una cuadra de distancia y caminar por una acera irregular hasta la entrada. No tenía idea de que el club de striptease de Santiago fuera tan popular. Una fila frente a la puerta doblaba la esquina y tuvo que abrirse paso a la fuerza hasta la entrada.

En el oscuro nicho, un tipo enorme y musculoso vestido de negro con un cuello grueso le bloqueó el paso. Parecía un árbitro de la MMA.

—Son veinte dólares —le dijo, examinando su atuendo.

Se había puesto unos jeans con lentejuelas y una prenda rosa escotada y brillante como blusa; un conjunto que su amiga Coco le había elegido una vez. No sabía cómo se había mezclado con las cosas que había tomado de la mansión Parker, pero esa noche le había resultado útil.

—Se coló en la fila —se quejó un tipo bajo detrás de ella.

—No puede hacer eso —dijo el tipo de la MMA con un gruñido.

Miranda suspiró y sacó una tarjeta de presentación del diminuto bolso morado que había traído. —Trabajo para el dueño.

Sin creérselo, el tipo negó con la cabeza sin mirar la tarjeta. Por supuesto, estaba demasiado oscuro para leerla.

La paciencia de Miranda se estaba agotando. Apuntó con el dedo al tipo de la MMA y adoptó su mejor pose de chica ruda. —Santiago se va a encabronar cuando se entere de que está obstaculizando mi investigación. —Luego añadió—: Vine a ver a Yolanda. Me está esperando. —Quizás mencionar ese nombre ayudaría. Recordó que la encargada le había dicho que lo usara.

Y así fue.

El rostro del grandulón se endureció, encendió una pequeña linterna que tenía en la mano y revisó un libro en un atril. —¿Es usted Miranda Steele?

—Ese es el nombre en la tarjeta.

Él asintió bruscamente y se hizo a un lado. —Vaya directo al fondo. ¿Necesita que la acompañen?

Ja. Demasiado tarde para hacerse el simpático. —Encontraré el camino —espetó ella y entró en la sala principal.

—Oye, eso no es justo —oyó gritar al tipo bajo a sus espaldas.

Pero pronto su voz fue devorada por la estridente música funky con metales que parecía rebotar en las paredes pintadas de negro.

Luces de colores destellaban como relámpagos sobre diseños que colgaban del techo y los divanes de satén rosa de abajo —que estaban repletos de invitados que reían, gritaban y aplaudían— se desbordaban. La comida y las bebidas en las mesas también fluían. Y también el dinero.

La mayoría de los clientes eran hombres, por supuesto. Había más mujeres en la pista de baile, pero los hombres se habían quedado atrás bebiendo champán a tragos, empinando shots, atiborrándose de comida y, por supuesto, clavando los ojos en la acción del escenario.

Parecía ser una especie de acto de domadora de leones.

Una mujer escultural de piel oscura con tacones tan altos que a Miranda le dolieron los pies solo de verla, se paseaba por el centro del escenario. Vestida con una versión de esmoquin en traje de baño con aberturas y un sombrero de copa alta adornado con plumas, blandía un látigo negro de encaje mientras otras cuatro bailarinas brincaban a su alrededor a cuatro patas, vestidas con trajes de animales. Había una tigresa, una leoparda, una pantera y una cebra.

Deben de haberse quedado cortos de disfraces de felinos.

La tigresa fue la primera. Con el chasquido del látigo de la maestra de ceremonias, giró dándole la espalda al público y les lanzó un guiño por encima del hombro. Hizo unos movimientos elegantes con los brazos y ¡presto! La parte superior de su atuendo desapareció, dejando las piernas y la cola a rayas de tigre junto con un par de botas negras lustrosas hasta el muslo.

Después de todo, no se puede revelar todo de una vez.

Hizo un arco hacia atrás, dándoles a todos un vistazo de un par de tetas bastante grandes. Estirando los brazos, con la cabeza boca abajo, se sacudió, y los tipos del público se convirtieron en los animales, con todo y rugidos y piropos subidos de tono. El ruido era ensordecedor.

Miranda sintió una presión en el brazo.

Una mesera con otro atuendo diminuto le estaba hablando, sus labios se movían. No podía oír ni una palabra, pero debía de estar preguntándole si quería algo de beber.

Recordando por qué estaba allí, Miranda negó con la cabeza, la pasó de largo y rodeó los divanes hasta la pequeña puerta lateral por la que Santiago la había conducido esa tarde.

###

Dentro del pasillo, el ruido disminuyó un poco. Pero Miranda descubrió que había cambiado los piropos y la música a todo volumen por el parloteo femenino de una docena de veinteañeras.

El tocador que Miranda había visto antes bullía de actividad. Los leotardos, tocados y tacones altos que había notado en el perchero ahora tenían cuerpos vivos dentro. Todas se ajustaban los tirantes o los tocados, se aplicaban polvos o lápiz labial, o se acicalaban de alguna manera para su turno en el escenario. El aire estaba impregnado de un buqué de polvos con aroma a rosas y laca para el cabello.

Miranda vio a Yolanda en el extremo más alejado, dando puntadas a una capa de lentejuelas azules por la que una pelirroja se quejaba.

Se abrió paso entre las bailarinas hasta llegar a ella. —¿Tiene un minuto? —preguntó Miranda.

Yolanda se sacó un alfiler de la boca. —¿Parezco alguien que tenga un minuto?

—Necesito hablar con algunas de estas mujeres.

La encargada de escenario pasó una aguja por la capa, a la altura del hombro de la bailarina. —Mal momento. Tendrá que volver más tarde.

Esa era la hora a la que le había dicho que volviera.

La pelirroja se giró, arruinando lo que fuera que Yolanda estuviera haciendo en su capa. Su pelo rojo brillaba con purpurina y estaba recogido en lo alto de su cabeza, entrelazado alrededor de un reluciente tocado de plumas naranjas y rojas. Vestía un atuendo de rejilla rojo pasión que dejaba poco a la imaginación. Sus grandes ojos redondos estaban decorados con mucho maquillaje brillante y colorido, incluyendo unas larguísimas pestañas postizas de color azul oscuro.

—¿De qué se trata esto, Yolanda? —preguntó.

Obstinadamente, Yolanda volvió a colocar la tela sobre el hombro de la bailarina. —Quédese quieta. Esta es la investigadora privada que el jefe contrató para encontrar a Nitro.

—¿Nitro? ¿Qué le pasa a Nitro? Pensé que estaba enferma.

Yolanda pareció molesta consigo misma por haber soltado la sopa.

—Bambi, sales en diez minutos —gritó alguien desde la zona que conducía al escenario.

La pelirroja se dirigió a la encargada. —Puedo hablar con ella ese tiempo. ¿Ya terminó?

Cortando el hilo, Yolanda levantó la aguja y agitó las manos en el aire. —Haga lo que quiera. Pero no vuelva a estropear esa capa o arderá Troya.

—Ven para acá —dijo la pelirroja con una voz dulce y femenina, ignorando a su hosca encargada de escenario.

Le hizo señas a Miranda para que se acercara al lado más oscuro del perchero, donde había dos sillas vacías contra la pared, en la sombra. Tomó una, levantando la capa al sentarse, e indicó a su nueva invitada que ocupara la otra.

—¿Cómo te llamas, dijiste?

—Miranda Steele. —Miranda se deslizó en el asiento, esperando que no hubiera nada pegajoso en él—. ¿Y tú eres… Bambi?

—Mi verdadero nombre es Crystal. —No tenía acento sureño. Miranda se preguntó de dónde era—. ¿Qué pasa con Nitro? —preguntó, frunciendo el ceño con preocupación.

Los nombres y las identidades debían de ser escurridizos por aquí. —¿Cuándo fue la última vez que la viste?

—¿Yo? —Bambi-Crystal parpadeó con sus pestañas azul escarcha —. No sé. Supongo que fue el jueves. Sí. El viernes por la noche, Dolly se quejaba de que tenía que cubrirla. Pensé que Nitro tenía esa gripe estomacal que andaba rondando.

¿Gripe? ¿Se habría internado en el hospital? —¿Nitro mencionó que se sentía mal el jueves?

—No, pero he oído que aparece de repente.

Seguramente la chica habría llamado a su compañera de cuarto si se hubiera enfermado. Miranda decidió empezar por lo básico. —¿Qué tan bien conocías a Nitro, Crystal?

—Tan bien como cualquiera conoce a cualquiera aquí. Bueno, supongo que un poco mejor. Yo la entrené. Aprendía rápido. Captó los movimientos enseguida e inventó su propio estilo con ellos. Es muy buena.

—Eso he oído. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

—Oh, solo desde este verano. Creo que empezó a finales de junio. Es estudiante universitaria, ¿sabes?

—Yolanda me lo dijo. ¿Nitro te dijo algo recientemente?

—¿Cómo qué?

—¿Mencionó algún plan de viaje? ¿Un viaje para ver a sus padres, tal vez?

—Oh, no. Si alguien quiere tiempo libre, tiene que conseguir que se lo aprueben con al menos una semana de antelación. Necesitamos tiempo para aprender su número y cubrirla o para conseguir un reemplazo. Eso lleva aún más tiempo. Yolanda no habría aprobado nada con tan poca antelación. Por eso Dolly está tan molesta.

—¿Te refieres a esa holgazana, Nitro? —resonó una voz baja y sensual desde el otro lado del perchero.

La música rockera se detuvo y cambió a algo con un ritmo más lento. En el escenario, alguien empezó a cantar. Esto era un verdadero concurso de talentos.

Miranda levantó la vista y vio a la mujer alta de piel oscura que había sido la maestra de ceremonias en el acto que había presenciado bajar las escaleras del escenario. Con la gracia de una bailarina de ballet sobre esos zapatos que parecían zancos, se dirigió al concurrido espacio donde Miranda y la pelirroja estaban sentadas y empezó a rebuscar en el perchero.

—¿Dónde está el traje de flecos? —gritó por encima del hombro.

—Nitro no es una holgazana —le dijo Crystal.

—No, es una perra egocéntrica.

Compañeras de trabajo amistosas. Parecía que la competencia por el primer puesto debía de ser bastante reñida por allí.

Desestimando el comentario, Crystal señaló a Miranda. —Mira, Yolanda tiene una detective buscando a Nitro.

Miranda observó a la alta maestra de ceremonias mientras empezaba a quitarse el disfraz. —En realidad, fue Santiago quien me contrató.

Al mencionar el nombre del gánster, ambas mujeres se quedaron en silencio y con los ojos muy abiertos.

—¿Tú eres Dolly? —preguntó Miranda, ignorando la reacción y a la mujer semidesnuda que tenía delante.

—Esa soy yo. —Encontró el traje de flecos blancos y lo sacó de la percha.

Se parecía al que Nitro llevaba en el video que Yolanda le había mostrado esa tarde. Miranda se preguntó cuán intensa era la rivalidad entre las strippers.

—Oí que estudiabas para ser astrofísica, Dolly —dijo.

Dolly se metió en el traje y lo subió por su largo cuerpo. —Sí, obtuve un título. Pero necesitaba ir a la escuela de posgrado para conseguir un trabajo decente, y se convirtió en un lío. Este trabajo paga bien y es divertido. Es lo único que hago ahora. —Soltó una risa baja y amarga—. Nadie me silbó nunca por sacar una A en un examen de Mecánica Ondulatoria.

Sonaba como si ocultara arrepentimientos. —¿Nitro te dijo algo el jueves por la noche?

—¿Sobre qué? —Se subió un fino tirante de espagueti del traje blanco por su hombro color café, y luego el otro.

—¿Planes que tenía para irse? ¿Algo que pudiera explicar dónde está?

Dolly se encogió de hombros y sacudió los largos flecos bajo sus brazos.

A Miranda se le crispó el estómago. La bailarina principal sabía algo. —¿Crees que está en problemas, Dolly?

La joven guardó silencio por un momento, y luego dijo: —No lo creo. Excepto quizás con Yolanda cuando regrese de su aventura.

—¿Aventura?

Crystal contuvo el aliento. —¿Crees que está con ese tipo?

—¿Qué tipo?

Dolly fulminó a Crystal con la mirada como si acabara de revelar un secreto profesional. —Había un tipo en el público. Vino aquí todas las noches durante una semana. Se sentaba justo en la mesa de primera fila.

Bambi-Crystal asintió. —Cuando Nitro salía y hacía su número, él actuaba como si estuviera enamorado. Se le caía la baba.

—Estás exagerando, Bambi —se burló Dolly—. No se le caía la baba. A nadie tan guapo se le cae la baba. Y nadie en el público se enamora de nosotras. No de una manera sana, al menos. —Dolly se alisó los lados de su traje.

—Te equivocas, Dolly. Había algo en ese tipo.

—Sí, como la noche que vi a Nitro hablando con él en el estacionamiento. Apuesto a que quería una mamada.

A Miranda se le aguzaron los oídos. —¿Quién era ese tipo? ¿Conseguiste su nombre?

Crystal negó con la cabeza. —Nitro nunca me lo dijo. La molestaba con él, pero era muy reservada sobre su vida personal.

—¿Qué tipo de coche tenía?

Dolly se encogió de hombros. —No recuerdo… ¿uno gris, quizás? O tal vez era blanco.

—¿Un coche deportivo?

—No, algo más corriente. Un Camry o un Hyundai. No estoy segura. Con permiso. Tengo que retocarme el maquillaje. —Dolly se dio la vuelta y se dirigió con aire despreocupado hacia los tocadores.

Miranda se volvió hacia Crystal. —¿Tú viste a este tipo?

La chica asintió.

—¿Qué aspecto tenía?

—Tenía el pelo oscuro y rizado. Ah, y un bigotito fino.

El corazón de Miranda se aceleró. El novio de Hannah Kaye tenía el pelo oscuro y rizado y un bigotito fino. Lo había visto ella misma esa misma tarde. —¿Está aquí ahora?

Crystal parecía un poco perdida. —No sé. Eché un vistazo y lo vi en el público algunas veces, pero últimamente me había olvidado de él.

Quizás estaba allí ahora mismo. El novio, apostaba Miranda.

—¿Puedes mostrármelo?

—Claro. —Se levantó, tomó a Miranda de la mano y la condujo a un pequeño y oscuro cubículo—. Todo lo que tienes que hacer es descorrer la cortina un poquito, así, y puedes verlos, pero ellos no pueden verte a ti.

Miranda observó cómo Crystal movía la cortina y se asomaba.

Señaló con el dedo. —¿Ves? Ese es el lugar. Reservado número tres. Al frente y en el centro. Ahí es donde se sentaba.

Miranda se acercó a ella y se asomó por la abertura. La multitud se estaba volviendo aún más ruidosa. La cantante en el escenario estaba casi terminando su número.

Entrecerró los ojos a través del aire lleno de humo y contó las mesas. —¿Al lado del tipo calvo y gordito con gafas?

El hombre estaba bebiendo a tragos lo que parecía ser champán.

Crystal se asomó por la cortina. —Sí, ese es el lugar, pero…

—¿Pero qué, Crystal?

—¿El asiento donde se sentaba el tipo? ¿El tipo que estaba enamorado de Nitro?

—¿Sí?

—Está vacío.

CAPÍTULO ONCE

De vuelta en su apartamento, Miranda caminaba de un lado a otro, con cada nervio a flor de piel. No iba a pegar ojo esa noche, pero eso no importaba.

Tenía trabajo que hacer. Tenía una pista. Más o menos.

¿El hombre misterioso del público de *Exótico* era Marty Jenkins? ¿El novio de Hannah Kaye, alias Nitro?

Miranda pensó en las palabras de Marty esa tarde después del ensayo de la banda. Le había dicho a su amigo que se había deshecho de la «perra que estudiaba arquitectura». ¿Lo había hecho después de la actuación de ella el jueves? ¿Había dejado su cuerpo en un contenedor de basura en alguna parte?

¿Qué pasaba, Marty? ¿Hannah se había vuelto demasiado pegajosa? ¿Se interponía en tus estudios? Parecía tomarse su trabajo muy en serio.

Aun así, no era un gran motivo.

¿Y si no quería que trabajara en ese club? ¿Y si Marty tenía una veta violenta que salía de vez en cuando? Tuvieron una pelea al respecto. Él le exigió a Hannah que renunciara. Ella se negó. Marty explotó, quizá la golpeó. Quizá demasiado fuerte. Un accidente. Tenía que encubrirlo.

Estaba sumida en puras especulaciones.

Pero el tipo del público tenía que ser él, ¿verdad? Pelo oscuro y rizado. Un bigotito fino. Un auto común, fácil de olvidar. Aunque Crystal había dicho que era guapo, y Miranda no habría descrito así al tipo que había seguido desde el ensayo de la banda. Bueno, quizá a Crystal le parecía guapo. Sobre gustos no hay nada escrito.

Miranda deseó haber traído esa noche la foto de él que estaba en el refrigerador de Hannah Kaye.

Con los pensamientos a mil por hora, caminó hasta la mesa plegable que había puesto en un rincón como lugar para comer. La mesa donde ahora estaba su computadora portátil. Volvió a su diminuta cocina y sacó una bolsa de totopos del gabinete. Tomó un platito con restos de salsa del refrigerador y se sentó a la mesa.

Sacó su teléfono y buscó la foto que le había tomado a la placa de Marty Jenkins.

Iniciando una de sus costosas suscripciones a bases de datos, tecleó el número junto con la marca y el modelo, y esperó. Tomó un totopo, lo mojó en la salsa, se lo metió en la boca y masticó. Hicieron falta varios totopos más antes de que un resultado apareciera en la pantalla.

Demasiado tiempo.

Reconociendo en silencio que se había malacostumbrado al equipo rápido y sofisticado de Parker en la Agencia, Miranda estudió los datos.

Un Civic de cinco años. Buen auto para un universitario. Comprado en Minnesota. Encajaba con la descripción que Dolly había dado.

Allí estaba su dirección local. Fuera del campus, en May Street, justo al lado de Atlantic, como había dicho Bonnie.

Miranda hizo algunas maniobras en el teclado para ver si alguna vez se había metido en problemas en algún lugar.

Nop. Sin antecedentes. Ni siquiera una multa por exceso de velocidad.

Tamborileó los dedos sobre la mesa. Vale la pena ser minuciosa. Había aprendido esa lección en la Agencia. Y algunas otras.

Estiró los dedos, luego fue al sitio web de la universidad e hizo un poco de ingeniería por su cuenta, cortesía del entrenamiento personal de Parker. Jugueteó durante otros quince minutos más o menos, siguiendo un enlace tras otro. Finalmente, introdujo un código… y lo descifró.

¡Ja! Estaba adentro.

Allí estaba el expediente académico de Marty Jenkins, justo en su pantalla. Se frotó las manos y tomó otro totopo.

Había venido de Rochester, Minnesota. Sus padres eras científicos investigadores en la Clínica Mayo. Hijo único. Su historial de preparatoria era sobresaliente. Se graduó como el mejor de su clase. Ganó un montón de concursos de ciencias. Construyó un robot en su segundo año. Chico listo.

En Tech el tipo estaba sacando un promedio de tres punto nueve. Impresionante. Apostaba a que estaba molesto porque no era un cuatro punto cero perfecto.

El tipo parecía tener un historial impecable, pero nunca se sabía. Quizá después de un tiempo Hannah se cansó de la perfección académica y quiso romper con él. Quizá él no pudo soportarlo cuando ella le dio la mala noticia y le soltó un golpe. Más fuerte de lo que pretendía.

Alguien con sus antecedentes científicos podría ser creativo para deshacerse de un cuerpo.

Estaba dando palos de ciego.

Objetividad, diría Parker. Sí, sí. El chico también podría ser totalmente inocente. Pero si lo era, ¿qué le había pasado a Hannah?

Una cosa era segura. Esos datos no iban a decirle nada sobre el temperamento de Marty Jenkins o lo que había pasado recientemente con su novia.

Para eso tendría que confrontarlo.

El horario de clases del tipo estaba cargado de nombres de materias que le sonaban a chino. Electromagnetismo, Fundamentos de Software, Diseño VLSI. Pero allí, en la parte superior, estaba la clase de Procesamiento Digital que le había mencionado a su amigo después del ensayo de la banda.

Nueve de la mañana del día siguiente.

Allí estaría.

Con un gran bostezo, se levantó y se estiró. Ahora que había progresado un poco, el subidón de adrenalina estaba desapareciendo. El cansancio la golpeó con fuerza. Mejor dormir un poco si quería llegar a esa clase.

Apagó su computadora portátil y se arrastró hasta el dormitorio. Mientras bajaba las sábanas, escuchó un estrépito afuera.

Levantó las persianas y echó un vistazo por la ventana. En la esquina opuesta, bajo la farola, tres jóvenes lanzaban botellas de cerveza al contenedor de basura que estaba debajo de su ventana.

Vándalos.

Quizá debería salir y aguarles la fiesta. Todavía tenía su Beretta en el bolso que había llevado al club esa noche.

Por un momento pensó en llamar a la policía. Quizá podría contactar a su viejo amigo, el oficial Chambers. Excepto que él ya no era un policía de calle. Había sido ascendido a Detective Adjunto hacía algún tiempo, gracias a ella. Bueno, debido a un caso en el que lo había involucrado.

Quizá debería buscarlo. Era bueno tener un contacto en la fuerza policial. Pero entonces podría toparse con el teniente Erskine. Era el amigo de toda la vida de Parker en el Departamento de Policía de Atlanta. Si iba a la comisaría, podría encontrarse con Parker. No necesitaba esa complicación.

Por otro lado, quizá Parker seguiría adelante con sus planes de retirarse pronto. Le había dicho que quería dejar la Agencia e irse con ella a algún lugar tranquilo.

El recuerdo de él soltándole esa idea sin previo aviso hacía que le hirviera la sangre. Pero no podía pensar en Parker ahora. Tenía que dormir.

Sin embargo, mientras miraba la cama vacía, el pensamiento de él solo se hizo más fuerte. Recordó su olor, la sensación de las sábanas de seda en la cama del dormitorio principal de la mansión Parker, el roce de sus hábiles dedos sobre su piel.

La noche era el momento en que más extrañaba a Parker.

Oh, sí. Lo extrañaba. Podía admitirlo. Extrañaba su sonrisa irónica, su voz baja y sexi, la forma en que la miraba con admiración cuando menos lo esperaba. ¿Por qué tuvo que cambiar? ¿Por qué no podían haber seguido como estaban? No tenía idea. Pero no era ella quien había causado el problema.

Los vándalos de afuera se alejaron calle abajo.

Por si acaso tenían descendencia, Miranda sacó la Beretta de su bolso y la dejó en su mesita de noche. Se desvistió, abrió un cajón

en busca de una camiseta para dormir. Mientras se la pasaba por la cabeza, algo cayó al suelo.

Se agachó y lo recogió. Contempló su brillo opaco.

La tobillera deslucida de su último caso. El caso sin resolver de quince años de la pobre Lydia Sutherland. Observó el pequeño corazón de oro con las iniciales grabadas girar a la luz de la lámpara.

A.T.

El policía con el que había trabajado en Chicago había usado un perro de búsqueda para desenterrar esta baratija en la antigua propiedad de Adam Tannenburg. Como Marty Jenkins, él había sido un joven brillante y talentoso, enamorado de una joven rubia de veinte años.

Los dos habían estado profundamente enamorados. Al menos eso era lo que un testigo le había dicho. Durante la mayor parte de la investigación, Miranda pensó que había sido Tannenburg quien había matado a Lydia y había iniciado el incendio de la casa que había quemado el cuerpo de su amante hasta convertirlo en un amasijo irreconocible.

Pero se había equivocado. Tannenburg había sido inocente.

Y un año después, la madre de Tannenburg había muerto en otro incendio en su finca familiar, amontonando tragedia sobre tragedia para el joven. Y después de eso, Tannenburg había desaparecido por completo.

Miranda creía que era porque pensaba que eventualmente lo acusarían de matar a Lydia. La policía había llevado a Tannenburg para interrogarlo. Él había dicho que no estaba allí esa noche, pero un vecino lo había visto abandonar la escena.

Debía de haber estado viviendo con un dolor increíble todos estos años.

Ella y su compañero, el detective de policía en el caso, no habían podido localizar a Tannenburg. Parecía que, literalmente, se lo había tragado la tierra.

Quizás debería empezar a buscarlo por su cuenta. Podría encontrarlo con el tiempo. Y si lo hacía, podría decirle que se había acabado. Que el caso estaba resuelto y que ya podía dejar de huir.

Agachándose de nuevo, se abrochó la tobillera alrededor de su propio tobillo. La guardaría como un recordatorio del caso. Quizá le traería suerte con este.

Terminó de cambiarse de ropa, colgó la blusa rosa y los jeans brillantes. Y con el pensamiento de darle un poco de alivio a alguien en el mundo, se metió en la cama vacía, apagó la luz y se durmió.

###

El calor y la humedad en esta ciudad eran opresivos en esta época del año, pensó mientras estaba de pie en las sombras, mirando hacia la ventana del segundo piso donde la luz acababa de apagarse.

Y así, ahora estaban de vuelta aquí en Atlanta. Los dos. De vuelta de la cacería en Chicago.

Excepto que ahora la pareja se había separado.

Rio entre dientes, en voz baja. Qué divertido. Esta siempre lo mantenía alerta. Había tenido que cambiar sus planes de nuevo debido a las acciones de ella. Lo enfurecía y lo fascinaba al mismo tiempo.

Oh, iba a ser un deleite bajo sus manos.

Ya estaba experimentando deleites similares, aunque estaba seguro de que resultarían inferiores. Esperaba que su proyecto actual no diluyera la experiencia que planeaba con Miranda Steele, pero había tenido que actuar. Había pasado demasiado tiempo desde que había matado. Mucho más de lo habitual desde su última víctima. En cierto modo, la señorita Steele estaba jugando con él de la misma manera que él jugaba con ella.

No, no había necesidad de temer. Nada podría diluir lo que tenía en mente para ese proyecto. Lo había estado esperando durante casi un año.

Y justo ahora todas las piezas encajaban tan bien. Mejor de lo que esperaba. Estaba terriblemente complacido. Pero también estaba ansioso. No hay necesidad de preocuparse, se dijo, como solía hacer Madre después de haberle provocado otro episodio de dolor y humillación insoportables.

Todo daría sus frutos pronto.

Tan pronto como terminara con el proyecto actual, podría centrarse en su objetivo. Por fin la tendría. A la que había estado esperando.

Por fin todo el drama se desarrollaría, tejiendo y entretejiendo su dolor exquisito hasta terminar en un grito musical. Tanta belleza. Tanto deleite. Tanto terror.

Apenas podía esperar.

CAPÍTULO DOCE

Cuando Parker cruzó las puertas de la Agencia a la mañana siguiente, le asombró haber logrado llegar a la oficina dos días seguidos.

Por alguna razón se sentía mejor, aunque la cabeza todavía le dolía por una resaca de dos días y el corazón lo tenía tan en carne viva como un *steak tartare* recién molido. Aun así, este estado era una mejora. ¿No dicen que el tiempo cura todas las heridas?

O quizás era la nueva misión en la que se encontraba.

Sin pasar primero por su oficina, se dirigió al laboratorio. Una vez adentro, recorrió los cubículos con la mirada. Encontró al hombre que buscaba en la esquina del fondo.

Dave Becker.

Lo observó un momento mientras ejecutaba consultas y saltaba de una pantalla a otra, analizando datos. Estaba orgulloso de su empleado. Pero ese hombre se había convertido en algo más que un empleado para él.

Era un amigo. Y también lo era su esposa, Joan.

Aquella mañana, Dave llevaba unos jeans muy gastados y una camiseta ancha y naranja con el logo de una dulcería en la espalda. Sin duda, un lugar al que había llevado a los tres niños que heredó al casarse con Joan Fanuzzi.

Parker sabía por experiencia propia que Dave trataba a cada uno de ellos como si fueran suyos. Era un padre excelente.

Su espeso cabello oscuro se enroscaba alrededor de sus orejas en la base del cuello y, aunque no estaba de frente a él, Parker aún podía ver la punta de su nariz bastante grande.

Fue necesario relajar el código de vestimenta para sus trabajadores técnicos y, aunque Parker hubiera preferido que todos

vistieran de traje, se negaba a ser un tirano al respecto.

Su silla estaba un poco elevada para compensar su baja estatura. Pero lo que a Dave Becker le faltaba en altura, lo compensaba con agallas y determinación cuando la situación lo requería.

De repente, la espalda de Dave se enderezó y se dio la vuelta.

—Lo siento, señor Parker. Yo… no lo vi.

—No pasa nada —dijo Parker, sonriendo ante el perpetuo nerviosismo del hombre—. Quiero hablar de algo con usted.

—Claro. Déjeme traerle una silla.

Parker levantó una mano.

—Yo la tomo —tomó una del siguiente cubículo y se sentó. Luego, sacó el viejo celular de Miranda del bolsillo y lo dejó sobre el escritorio de Dave.

Dave lo tomó y lo estudió, con aspecto incómodo.

—Esto de nuevo, ¿eh?

—Sí.

Dave era uno de los amigos más cercanos de Miranda en la Agencia y Parker sabía que no se había tomado la ruptura a la ligera. Lo que estaba a punto de pedirle sería incómodo para él.

Al bajar la vista, Parker no pudo evitar notar la punta ausente del dedo meñique de Dave y recordar su tiempo en París. Una vez más, Miranda había arriesgado su vida. Pero había sido por sus amigos, y él también lo había hecho. Por más terrible que hubiera sido el calvario de Dave, en ese momento Parker cambiaría la punta de un dedo por la herida que llevaba en el corazón.

Dave dejó el teléfono sobre su escritorio.

—Nunca me dijo cómo le fue en Chicago.

Parker hizo una mueca.

—Mal.

—¿No encontró nada? ¿Ni una sola pista?

—No.

Una fría noche de febrero, hacía quince años, en un barrio del lado oeste de Chicago, Miranda había sido atacada por un violador desconocido. Mackenzie Chatham, la hija de Miranda de esa desafortunada unión, había estado buscando recientemente a su padre biológico a escondidas. Cuando él descubrió ese hecho y

cuando él y Dave se enteraron de que el primer mensaje de texto en el teléfono de Miranda provenía de Chicago, Parker se dio cuenta de que la búsqueda de Mackenzie podría haber provocado que el violador intentara ponerse en contacto con Miranda.

Había tenido la corazonada de que quien enviaba los mensajes anónimos había sido aquel atacante de hacía quince años. El violador.

Así que había rastreado a varios hombres culpables de ese crimen que vivían cerca de la zona donde Miranda había sido agredida. Pero ahora veía que esa había sido la táctica equivocada. Debería haber sabido que no debía seguir una corazonada tan descabellada.

Parker se recostó en su asiento y juntó las yemas de los dedos.

—Creo que se necesita un enfoque diferente. Una metodología inversa, por así decirlo.

Observó a su empleado considerar el problema por un momento.

—¿Quiere decir que, en lugar de intentar averiguar de dónde vino la llamada, averigüemos cómo el culpable consiguió el número en primer lugar?

—Una deducción excelente —justo la que había decidido ayer.

Dave se sonrojó un poco por el cumplido.

—Entonces, ¿cómo hacemos eso?

—Determinando todas las posibilidades posibles —una frase que Parker se había asegurado de grabar en la cabeza de todos sus aprendices.

—De acuerdo —dijo Dave, estudiando el teléfono un poco más y rascándose la cabeza—. El primer mensaje llegó un domingo a mediados de junio.

Parker asintió. Había llegado al teléfono de Miranda mientras estaban en el vuelo de regreso a casa de su caso en Las Vegas. Le irritaba la idea de que ella lo hubiera borrado sin decírselo. Más tarde lo había recuperado antes de dárselo a Dave para que lo analizara… a sus espaldas.

—Sabemos que el primer mensaje vino de Chicago… y ustedes dos acababan de regresar de ese caso en Las Vegas —Dave frunció

los labios de un lado a otro, sumido en sus pensamientos—. ¿No salió Steele en la televisión allá?

De nuevo, Parker asintió.

—Dio una conferencia de prensa para el sargento en la comisaría de la Policía Metropolitana.

Una conferencia que le había dicho que no diera, pero ella se había metido de todos modos y se había expuesto.

Dave se encogió de hombros.

—Entonces, ¿quizás el tipo la vio en la tele?

Exactamente lo que Parker se había preguntado.

—Otra conclusión sobresaliente.

Con las mejillas sonrojadas, Dave enarcó una ceja. Llevaba suficiente tiempo trabajando con él como para saber que su jefe le llevaba dos pasos de ventaja.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Llamamos a la cadena de televisión y averiguamos si tienen un registro de alguien que llamó pidiendo el número de la Agencia Parker?

—Eso sería un comienzo.

—No se lo habrían dado.

—Puede que sí. Somos un negocio.

—Si no consiguieron el número de la cadena, podrían haber buscado nuestra página web.

—Exacto.

—O podrían haber omitido llamar a la cadena e ido directamente a la página web. ¿Steele mencionó a la Agencia en su conferencia de prensa?

—Mencionó su nombre, mi nombre y el nombre de la Agencia. La noticia se difundió a nivel nacional. Había reporteros de todas las cadenas importantes allí.

Dave palideció un poco.

—Así que este tipo podría haber llamado a cualquiera de ellas.

—O a ninguna —Parker sonrió sombríamente—. Ya he hecho una lista. ¿Le importaría investigar aproximadamente la mitad? Yo me encargaré de la otra mitad.

Dave miró su pantalla con expresión preocupada.

—Bueno, tengo este caso Peregrin…

—Ah, sí —un concesionario de autos local creía que su sistema informático había sido hackeado y había contratado a la Agencia para determinar qué datos se habían visto comprometidos y para establecer medidas de seguridad más fuertes—. Cuando tenga tiempo, entonces.

Realmente no tenía prisa. Pero sabía que Dave encontraría los minutos libres para complacerlo. Se puso de pie.

—Le enviaré la lista a su correo electrónico. Se lo agradezco, Dave.

—No hay problema. Puedo mirar las visitas a nuestra página web por esa época y ver qué encuentro también.

—Se lo agradecería.

Dave seguía mirando el teléfono.

Parker decidió dejárselo.

—Mientras tanto, llamaré al sargento en Las Vegas para ver si alguien contactó a la comisaría.

—Suena como una buena idea —masculló Dave.

Pero Parker pudo ver que ya estaba perdido en sus pensamientos sobre su nuevo desafío y cómo lo compaginaría con el caso Peregrin.

Parker salió en silencio y regresó a su oficina sintiéndose satisfecho. Tenía la intención de empezar con su tanda de llamadas de inmediato.

CAPÍTULO TRECE

A la mañana siguiente, Miranda no oyó la alarma y se despertó media hora más tarde de lo que pretendía.

Maldiciendo el estúpido aparato, el tráfico al que estaba a punto de enfrentarse y la vida en general, bajó a toda prisa las escaleras de su apartamento con un vaso térmico de café negro caliente en una mano, el maletín en la otra y medio bagel en la boca.

Se desenvolvía bastante bien en las escaleras, decidió, teniendo en cuenta que llevaba zapatos de tacón. Tuvo que ponérselos ese día porque hacían juego con su atuendo.

Había optado por un atuendo imponente: su traje gris pizarra con una blusa blanca y sedosa. Mientras se metía en el coche, esperaba que resultara intimidante. Y no derramar café sobre la blusa antes de su enfrentamiento con Marty Jenkins.

Se abrochó el cinturón, arrancó el Acura y se dirigió al campus de la Tech, pero no tardó en descubrir que podría haber dormido otros diez minutos.

El tráfico estaba completamente detenido.

Sintonizó la radio y se enteró de que había una rotura en una tubería principal de agua y que los coches en la I-85 estaban parados hasta el distribuidor vial. Demonios. Faltaban tres kilómetros para la universidad, pero tendría suerte si llegaba antes de que terminara la clase de no sé qué digital de Marty Jenkins.

Un golpe de suerte para él.

Después de que ella terminara con él, no le habría ido bien en el examen. Si es que seguía por ahí para hacerlo y no en la cárcel.

Intentando despertarse, se tragó un bocado del bagel y bebió un gran sorbo de café. No había dormido bien. Unas pesadillas la

habían hecho dar vueltas en la cama la mitad de la noche. Al menos no las recordaba.

Últimamente tenía más pesadillas. Desde Chicago, casi todas eran de Leon, su maravilloso ex, intentando matarla. Supuso que esa era la mayor impresión que el psicópata había grabado en su subconsciente: el hecho de que quería matarla.

Ella se le adelantó, pero psicológicamente quizá él se estaba riendo al último, el maldito enfermo.

Cuando estaban en el hotel de Chicago, recordó que Parker le dijo que lo había pateado toda la noche. Era algo relacionado con estar en esa ciudad. El lugar donde se había criado, donde había vivido con Leon, donde le habían pasado todas aquellas cosas horribles, era lo que le provocaba las pesadillas. Nunca debería haber ido allí. No lo habría hecho si hubiera sabido que se trataba de un caso sin resolver. Pero Parker había intentado «protegerla» dándole algo «seguro» que hacer.

Una imagen fugaz de él con sus fuertes y musculosas piernas —las que ella había pateado— apareció en su mente.

—¡Cállate! —le gritó a su propio cerebro.

Estaba a punto de gritarle también al tráfico cuando sonó su celular.

—Investigaciones Steele —respondió tras un bufido.

—Miranda —el sonido de la «r» le indicó que era Santiago.

—Buenos días —dijo ella, forzándose a sonar amable.

—¿Ya la encontró? ¿A mi bailarina?

Miranda reprimió un gruñido de fastidio. —Estoy en ello.

—¿Qué progresos ha hecho? ¿Tiene alguna pista?

Le hizo una mueca al teléfono. Era lo único que le faltaba. Un cliente mafioso controlándola. —Tengo algunas ideas, pero tengo que investigarlas.

—¿Qué va a investigar?

«Cosas que un cliente no necesita saber». Cerró los ojos y pensó en el fajo de billetes de Santiago bajo su colchón. —Aún no estoy segura. Estoy investigando al novio.

—¿Nitro tenía novio?

¿Santiago no lo sabía? Bueno, el día anterior ni siquiera sabía su apellido.

—Parece que sí —le dijo, arrepintiéndose de haber dejado escapar ese detalle—. Como le decía, lo estoy investigando. Me pondré en contacto con usted cuando sepa algo definitivo.

—¿Cuándo será eso?

Miranda tamborileó los dedos en el volante. —No sabría decirle, Carlos. Estas cosas llevan tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

«Ya déjelo», quiso decirle. Este tipo estaba acostumbrado a salirse con la suya. Pero lo que funcionaba en el negocio del narcotráfico no funcionaba en un caso de persona desaparecida. De alguna manera tenía que dejárselo claro.

Soltó una risa despreocupada. —Si supiera eso, Carlos, no tendría que trabajar para ganarme la vida.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

Justo cuando estaba a punto de colgar, Santiago dijo: —Solo asegúrese de mantenerme al tanto. —Su voz baja y gélida le provocó un escalofrío.

—Le informaré cuando consiga una pista.

Él colgó.

«Cielos», pensó. Si alguien le había hecho daño a Nitro, Santiago sonaba como si quisiera encargarse del tipo él mismo. Eso no era un buen augurio para Marty Jenkins.

Preguntándose en qué se había metido, se concentró en la conducción.

Por fin llegó al campus de la Tech.

Serpenteó por las estrechas calles y otra colección de edificios cuadrados de ladrillo rojo. Estos tenían techos planos y estaban dispuestos en una hilera recta. Uno tras otro, y otro, y otro… hasta que finalmente llegó a la estructura de hormigón blanco donde se impartía la clase de no sé qué digital.

Los chicos salían en tropel por las puertas, con las mochilas colgadas de los hombros. Miró el reloj del tablero. Tal como había pensado, la clase había terminado.

Maldición.

Observó por la ventanilla la multitud de estudiantes que deambulaban en todas direcciones como un enjambre de hormigas. No podía esperar encontrar a Marty Jenkins en esa marabunta, pero quizá podría ganarle la partida en su siguiente clase.

Redujo la velocidad ante una señal de alto y miró su celular, donde había descargado el horario del chico. Lo recorrió hacia arriba y hacia abajo. Parecía que no tenía otra clase hasta después del almuerzo. Buen horario. Pero la tarde la tenía llena.

Un claxon sonó detrás de ella. El vehículo que estaba detrás de ese tocó el claxon tres veces seguidas. Otro coche se unió al concierto de bocinas.

Estaba a punto de sacar la mano por la ventanilla y hacerle una seña obscena a quienquiera que estuviera ahí atrás cuando un Civic blanco giró delante de ella. Entrecerró los ojos hacia la matrícula.

El coche de Marty Jenkins. ¡Era él!

Por fin su suerte estaba cambiando.

Antes de que el vehículo de atrás pudiera volver a tocar el claxon, atravesó la intersección y siguió al novio.

Condujo recto un par de manzanas al norte del campus y luego giró a la derecha en May Street. Bajó otra manzana, otro giro y subió por una calle hasta que se detuvo frente a una diminuta casa de una sola planta con un porche delantero con mosquitero. Buscó el número en el buzón.

Sí. Esta era la casa que Marty alquilaba con un compañero.

Pasó lentamente junto a él, observándole bajar del coche: pelo oscuro y rizado, bigote y todo lo demás. Cerró el coche con llave y entró en la casa arrastrando los pies con la mochila al hombro.

Dio la vuelta a la manzana y se detuvo detrás del Civic.

Un cosquilleo le recorrió la espalda mientras miraba la cajuela. ¿Acaso no sería un lugar perfecto para esconder el cadáver de tu exnovia? Pero ya habían pasado cinco días desde la desaparición de Hannah. El cuerpo apestaría a demonios a estas alturas. A menos que lo hubiera tratado. Un estudiante de ingeniería brillante podría saber cómo hacerlo.

Quizá no la había matado enseguida. Tal vez estaba drogada y atada ahí dentro.

Solo había una forma de averiguarlo.

Miranda rebuscó en el maletín que contenía su computadora portátil y otras herramientas de detective que había comprado con sus menguantes reservas de dinero y encontró lo que buscaba: su propio juego de ganzúas.

Abrió el estuche y sacó una fina varilla de metal. —Ven con mami, bebé —susurró y salió del coche con la ganzúa oculta en la palma de la mano.

Con toda naturalidad, se acercó al Civic, como si estuviera dando un pequeño paseo por el barrio. Sí, solo de paso. Solo echando un vistazo a esas ruedas. Pensando en comprarse uno de esos coches.

Echó un vistazo a las casas cercanas. No parecía haber vecinos entrometidos. La suerte seguía de su lado. Hora de actuar.

Se acercó a la parte trasera del Civic, levantó la tapa que ocultaba la cerradura. Se colocó de forma que la vista de lo que estaba haciendo quedara oculta para cualquiera que estuviera en la casa de Marty, introdujo la varilla en el agujero y la giró.

Nada.

No tenía mucha práctica forzando cerraduras. Parker solía ser el que hacía eso. Pero le había enseñado cómo durante su luna de miel, cuando ella le salvó el pellejo de morir ahogado.

Le dio otro giro en la otra dirección y tiró de la cajuela. Nada. Necesitaba ver lo que estaba haciendo. Se atrevió a inclinarse para ver mejor el ojo de la cerradura.

—¡Oiga! ¿Qué cree que está haciendo ahí?

Ay, no. Se le acababa de terminar la suerte.

Se dio la vuelta justo a tiempo para ver a Marty salir corriendo de su casa vestido solo con pantalones cortos y sandalias, su pálido y flaco pecho brillando al sol, un homenaje al típico nerd.

Cruzándose de brazos, esperó a que la alcanzara.

—¿Está intentando robar mi coche? —chilló, agitando sus brazos blancos en el aire.

Al observar el contorno de su caja torácica mientras jadeaba, quiso decirle que debería usar protector solar.

—No —dijo calmadamente—. Estoy intentando forzar la cerradura de su cajuela.

—¿Qué? Us… usted no puede hacer eso. —Su voz era un chillido de pánico digno de un nerd.

Su pelo oscuro y rizado era como la melena de un león alrededor de su delgada cara. Su bigote fino era su rasgo más adulto. Tenía una mirada desorbitada en sus grandes ojos marrones. Salpicaba de un pie a otro, agitando los brazos como un flamenco. Puede que esta fuera la mayor emoción que había experimentado en su corta vida.

Agitó su celular hacia ella. —V… voy a llamar a la policía.

—Adelante. Estoy segura de que les interesaría mucho un caso de secuestro. ¿O es asesinato?

Dejó de moverse, y sus ojos se desorbitaron aún más. —¿Qué?

Miranda lo recorrió con la mirada de arriba abajo como lo haría un policía. —Sabe, esos son cargos bastante serios, Marty.

Él parpadeó, sorprendido de que supiera su nombre. —No tengo ni idea de lo que habla. ¿Y usted quién es?

Sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó. —Miranda Steele. Investigadora privada.

—¿Investigadora privada? —Se giró e hizo un pequeño movimiento de pánico, inclinándose por la cintura mientras estudiaba la tarjeta.

—Estoy buscando a su novia desaparecida, Hannah Kaye.

De repente, todo su cuerpo dejó de moverse, excepto sus ojos, que la miraban y parpadeaban como si fuera un fantasma. —¿Hannah está desaparecida?

—Sí. ¿Va a abrirme la cajuela ahora?

Él se quedó mirándola. —¿Hannah está desaparecida? —repitió, su voz chillona subiendo un tono más.

—Bueno, si usted no va a llamar a la policía, lo haré yo. —Levantó su celular.

Por suerte, el número de Chambers todavía estaba entre los de su lista de contactos. Se había llevado su celular de la Agencia cuando se fue y había cambiado la facturación a su nombre solo para no perder ninguno de sus contactos.

Buscó el número y pulsó el botón de marcar.

Su viejo amigo contestó al primer timbre. —Chambers.

—Buenos días, agente Chambers. O quizás debería decir detective Chambers.

Sonaba confundido. —¿Quién habla?

—¿No te acuerdas de mí?

—La voz me resulta familiar —dijo él con su lento y pausado acento sureño.

—¿Hace un año más o menos? ¿Granjas Aquitaine?

—¿Miranda Steele? ¿Eres tú?

Se sintió aliviada de que, para variar, sonara acogedor. —La misma que viste y calza. Oye, estoy aquí, justo al lado del campus de Georgia Tech, con un posible veintiuno. —Se alegró de haber tenido que memorizar los códigos policiales locales en la Agencia.

—¿Un qué?

—¿No me oíste?

—¿De qué estás hablando? ¿Un veintiuno? ¿Un secuestro? —Chambers debió de sorprenderse de que ella conociera los códigos.

—Afirmativo. Y podría ser un cuarenta y ocho.

—¿Un asesinato? —Hubo una pausa y sonó como si estuviera arrugando un papel. Un envoltorio.

¿Almuerzo temprano o desayuno tardío?, se preguntó ociosamente mientras observaba el creciente terror en el rostro de Marty.

—No estoy seguro de qué estás hablando, Steele. Acabo de salir del juzgado. Una disputa doméstica que se puso fea hace un mes.

Bien por él, pero ¿qué tenía que ver eso con nada? —Mira, Chambers. Estoy trabajando en un caso aquí. ¿Puedes ayudarme o no?

Siguió otra larga pausa con más crujidos, y luego un suspiro cansado. —¿Estás en Tech?

—Al norte de Tech. Estoy interrogando a un sospechoso. —Le dio la dirección.

Eso lo hizo cambiar de tono. —Estaré allí en unos diez minutos.

Iba a cooperar. Perfecto. Mientras no se interpusiera en su camino.

—Te estaré esperando. —Colgó y se volteó de nuevo hacia Marty, que seguía mirándola con la mandíbula casi en el suelo.

Ella levantó su teléfono como él lo había hecho. —Era un amigo mío del Departamento de Policía del Condado de Fulton. Estará aquí en un ratito para llevárselo, amiguito.

El pecho de él comenzó a subir y bajar agitadamente. —¿Pero por qué? —chilló—. No he hecho nada.

Pensó que podría hiperventilar.

Señaló con la cabeza hacia el Civic. —Entonces, ¿por qué no abre el baúl y me lo demuestra?

Como en un trance, Marty se palpó los bolsillos de sus shorts hasta que encontró las llaves. Se movió hacia ella con pasos de bailarín de ballet y abrió el baúl con manos temblorosas.

Por fin. Se asomó al interior.

Llanta de repuesto. Gato. Herramientas varias. Ropa sucia. Ningún cuerpo.

Miranda rebuscó entre la ropa para asegurarse. Ni sangre. Ninguna señal de nada, salvo de alguien que no usaba la lavadora muy a menudo.

—¿Dónde está ella?

—¿Qué?

Se volteó y le gruñó las palabras. —¿Hannah Kaye, su novia? ¿Dónde diablos está?

Marty dio un asustado paso hacia atrás. —Yo… no lo sé. Rompimos hace una semana.

Cerró el baúl y se apoyó en él. —¿De verdad espera que le crea eso?

La miró como si estuviera loca. Luego se frotó la cara con las manos. —En realidad, fue el lunes pasado. La vi en el centro de estudiantes después de mi clase de Bioingeniería para estudiar, como lo hacíamos desde que nos conocimos. Solo que esta vez no quería estudiar. Quería hablar.

—¿Sobre qué?

—Cosas personales.

—¿Qué tipo de cosas personales?

Se frotó los brazos y miró a su alrededor, a los árboles, como si deseara poder volar hasta uno de ellos. Claramente no quería hablar de ello. Pero sabía que no tenía opción.

—Sobre nosotros —dijo, con la voz entrecortada—. O sea, sobre el hecho de que no había un «nosotros». —Hizo unas torpes comillas en el aire con los dedos—. Dijo que me había estado engañando a mí mismo. Que nunca se había tomado en serio lo nuestro. —La voz se le quebró de nuevo y sorbió por la nariz.

Miranda casi sintió lástima por él, pero podría ser una actuación. —¿Y qué hizo usted al respecto?

—No había nada que pudiera hacer. Dijo que había encontrado a alguien más. Creo que era un tipo que iba a verla al club.

—¿*Exótico*?

Soltó una risa que sonó como un resoplido. —Sí, exacto. Ese lugar sórdido donde trabaja. Peleábamos mucho por eso. Le dije que no tenía que bailar allí. Que yo la ayudaría con sus cuentas. Nunca me escuchó. No le importaba lo que yo pensara.

Miranda tomó aire. —Pero fue usted quien fue a verla al club, Marty.

—Un par de veces, sí. Pensé que sería genial verla en un lugar como ese. No lo fue.

—¿Estaba celoso?

—Claro que lo estaba. ¿Quién quiere escuchar a un montón de viejos gritarle cosas a su chica? Solo que supongo que nunca fue mi chica. —Sonaba tan triste.

Quería creerle, pero se recordó a sí misma lo listo que era. Lo suficientemente listo como para inventar una historia conmovedora sobre cómo su chica rompió con él. —¿Y entonces decidió darle una lección, no es así?

—¿Eh?

—Después de todo, está en la universidad.

Él la miró como si estuviera hablando en hindi. Un momento. Probablemente sabía hindi.

—De verdad, no sé de qué está hablando.

Dio un paso hacia él. —Hannah Kaye lleva desaparecida cinco días. De eso estoy hablando, Jenkins. Estoy hablando de asesinato.

Se quedó pálido. —No. Tiene que haber un error. Hannah no puede estar… muerta.

O era muy buen actor o Miranda estaba empezando a pensar que era inocente. —¿Estuvo en *Exótico* la semana pasada?

—¿Qué?

—Límpiese la cera de los oídos, Jenkins. La semana pasada. ¿Estuvo en *Exótico*?

Tenía esa mirada salvaje de nuevo. —¿*Exótico*? No. Fui allí hace como un mes. Dos veces. Solo he estado allí dos veces.

—Dos de las bailarinas lo vieron allí recientemente. Dijeron que fue durante toda una semana. Que se sentaba en primera fila.

Sacudió la cabeza violentamente. —No. Están equivocadas.

Miranda se estaba cansando de tantas vueltas. Estaba a punto de decirle a Marty que lo llevaría ella misma a la comisaría cuando un Honda azul oscuro se detuvo delante del Civic.

Después de un minuto, Chambers se bajó. —¿Qué está pasando aquí?

Se acercó por la acera con ese andar suelto y autoritario que ella había visto por primera vez la noche en que la persiguió en el patio trasero de los Van Aarle.

Su pelo corto y rizado, de un indefinido color rubio rojizo, estaba pulcramente cortado. Debía de haber recibido un aumento. Ahora podía permitirse un corte decente. Llevaba una camisa azul de algodón de manga corta sin corbata y pantalones caquis. El look casual de detective de policía.

Miranda señaló al nerd. —Este es el sospechoso del que te hablé por teléfono. Se llama Marty Jenkins. Su novia lleva desaparecida cinco días.

Vio un destello en los ojos verde Kelly de Chambers, muy separados, pero la perpetua expresión de interrogación en su cara de niño permaneció inalterada. —Ah, ¿de veras? ¿Qué puede decirnos sobre eso, hijo?

Marty entró en modo supernerd, caminando de un lado a otro, tartamudeando y agitando los brazos torpemente mientras explicaba todo lo que ya le había dicho a Miranda.

Notó que su historia no cambiaba. Un punto a su favor.

—Ya revisé su baúl —le dijo a Chambers—. Ninguna señal de ella allí.

Chambers asintió en reconocimiento. —¿Esta es su casa, joven?

—La alquilo. Está registrada en el departamento de vivienda del campus.

—¿Le importa si echamos un vistazo adentro?

La mandíbula de Marty se movió, pero no salieron palabras.

Miranda decidió mantener el papel de dura. Chambers podía hacer de policía bueno. —¿Tiene algo que ocultar ahí dentro, Jenkins?

—No. No —chilló, haciendo su pequeño baile de nuevo—. Adelante.

Lo siguieron por el sendero, junto a unos arbustos mal cuidados, y entraron en la casita. Olía a pizza rancia y a calcetines sucios. La iluminación no era buena y había desorden de estudiante por todas partes. Libros, papeles, computadoras portátiles. En la cocina, el fregadero estaba lleno de platos sucios y una mesa en un rincón estaba repleta de placas de circuito y herramientas electrónicas.

Parecía el laboratorio de un nerd rarito.

Revisaron todo el lugar. Cocina, estudio, pasillo, armarios, dormitorios. No había rastro de Hannah Kaye por ninguna parte.

—¿Su compañero de cuarto no está en casa? —dijo Chambers, enunciando lo obvio.

—No. Anil no está aquí.

—¿Cómo se llama? —Miranda empezó a tomar una nota en su teléfono.

—Anil Singh. Tiene clase de Física ahora. Es estudiante de Diseño Industrial.

Miranda no se molestó en anotar el nombre.

—Ya veo. —Chambers se volteó hacia Miranda—. ¿Qué quieres hacer?

Marty Jenkins sonaba realmente genuino. Pero seguía siendo su mejor pista. Estaba a punto de decir que quería llevárselo cuando él levantó la mano como si tuviera una pregunta para el profesor.

—¿Qué pasa, Marty? —dijo Chambers, siguiéndole la corriente.

—¿Dijo que había un tipo en el club? ¿Y que fue allí durante una semana?

—Correcto —respondió Miranda, ignorando la mirada inquisitiva de Chambers. No le había mencionado *Exótico*.

—La semana pasada estuve estudiando con mi amigo Cliff Swanson.

Swanson. El tipo con el que Miranda lo había visto ayer.

—¿Toda la semana? —preguntó Chambers.

—Sí. Tenía un examen importante hoy.

—Pero no pude avanzar mucho. A Cliff le gusta poner música a todo volumen cuando estudia. Y es inquieto. Se toma muchos descansos. Para correr. Nadar. Es mi amigo. Fui a la preparatoria con él, pero estudia Administración de Empresas y tiene problemas con las cosas técnicas. Estoy tratando de ayudarlo a aprobar su clase de Cálculo, pero anoche ya estaba harto de sus tonterías.

Consistente con la conversación que había escuchado. Y quizás el comentario sobre deshacerse de Hannah había sido sarcasmo. Un sarcasmo amargo por un corazón roto.

—¿A qué quiere llegar? —dijo Chambers.

Marty levantó las manos como si fuera obvio. —Estuve con él toda la semana pasada. Todas las noches. No pude haber estado en *Exótico*.

Al oír el nombre del club, las cejas pelirrojas y rizadas de Chambers se dispararon.

Miranda ignoró la reacción. —¿El jueves también? —le dijo a Marty.

Él asintió. —Sí. Jueves y viernes. Puede llamar a Cliff y preguntarle si quiere. Yo puedo llamarlo. Vendrá ahora mismo y responderá por mí. No tiene clase en este momento.

Miranda miró a Chambers. Él negó ligeramente con la cabeza.

Su corazón se deslizó hasta sus zapatos de vestir. Marty Jenkins era un callejón sin salida. Había estado diciendo la verdad todo el tiempo.

Desestimó su llamada con un gesto. —No se moleste, Marty. Tiene mi tarjeta ahí, ¿verdad?

—Sí, la tengo.

—No la pierda. Llámarme si oye algo sobre Hannah.

La expresión de su rostro se tornó en tal alivio que ella pensó que podría romper a llorar. —Sí, señora. Por supuesto que lo haré. De veras espero que la encuentren. Y espero que esté bien.

—Nosotros también.

Se dio la vuelta y salió por la puerta de malla, bajando por el sendero con el detective de policía pisándole los talones.

Chambers se acercó a ella. —¿*Exótico*, Steele? ¿Sabes quién es el dueño de ese club?

Bueno saber que estaba en el radar de la policía. —Claro que sí. Es mi cliente.

Oyó un retumbar en el pecho de él. —¿Quieres contarme sobre esto?

Solo había comido unos pocos bocados de bagel en el auto y le vendría bien algo de combustible. —¿Quieres invitarme a almorzar?

—Suena como un intercambio justo.

CAPÍTULO CATORCE

Dirigiéndose al este y luego al sur, Miranda siguió el brillante Interceptor azul de su amigo policía hasta The Varsity, probablemente el local de hot dogs más antiguo y conocido de la ciudad.

Ella optó por un hot dog con chili y queso y una gaseosa, mientras que Chambers pidió un Frosted Orange en lugar de comida, lo que confirmó su sospecha de que él había estado desayunando cuando lo llamó más temprano.

Mientras él ponía una pila de servilletas sobre la mesa y se deslizaba en el reservado de plástico rojo frente a ella, Miranda abrió su pedido y le dio un bocado. No era un hot dog estilo Chicago, pero el chili le daba un sabor único y, en lo que a comida chatarra se refería, estaba entre sus favoritas.

Chambers le quitó el papel a un popote y lo metió a través de la tapa con aire autoritario. —¿Y bien, Steele? ¿Por qué trabajas para Carlos Santiago?

Ella tomó una servilleta y se limpió el chili de la comisura de los labios. —Me contrató.

Observándola fijamente con esa mirada curiosa suya, él le dio un sorbo a su bebida. —¿Y?

Ella dio otro bocado y se tomó su tiempo para masticar y tragar antes de responder. —Tiene una bailarina desaparecida. Se llama Hannah Kaye. También es estudiante de Tech. Nadie con quien he hablado la ha visto desde el jueves pasado por la noche. —Resumió los detalles de lo que había averiguado hasta el momento.

Mientras escuchaba, Chambers movía el popote arriba y abajo a través de la tapa de su vaso, haciéndolo chirriar. No le preguntó por qué ya no estaba en la Agencia Parker. Aunque Parker era una figura

lo suficientemente pública, sobre todo con el ADP, como para que Chambers supiera que se había casado con él el año anterior, tampoco le preguntó por eso.

Si era por discreción o indiferencia, no lo sabía. Pero se lo agradeció en silencio.

—¿Cinco días, eh? —dijo él con una mueca.

—Cinco días. —No era un buen lapso de tiempo. Lo más probable era que Hannah Kaye no estuviera viva.

—El propio Santiago podría haberla matado.

Tomó su gaseosa. —No lo creo. Ganaba demasiado dinero con ella.

—Quizá se escapó para salir de ese… estilo de vida.

—Al principio pensé eso, pero cuando hablé con algunas de las otras bailarinas, todas dijeron que le encantaba lo que hacía. El baile, quiero decir. No creo que hubiera muchos chanchullos por fuera. Y era buena en eso.

La comisura de su boca se curvó. —En el baile, quieres decir.

—Sí. En el baile. El novio fue mi primer sospechoso.

Chambers tomó otro trago de su naranjada helada y se reclinó en el reservado. —Ese tipo no tendría la fuerza para matar a nadie aunque quisiera. Parecía tenerle miedo hasta a su propia sombra.

Miranda estudió el brillo del chili en su hot dog y pensó en el pecho flaco, blanco y sin vello de Marty Jenkins. —Sí, acabo de darme cuenta de algo que le oí decir a su amigo ayer. Era solo una plática de hombres.

Él le dedicó una sonrisa de suficiencia. Luego se puso serio. —¿Has contactado a los padres?

—Todavía no. —Había estado evitando esa movida. Lo único que le faltaba era tener a unos padres preocupados respirándole en la nuca junto con Santiago.

Chambers dejó su vaso vacío sobre la mesa. —Podría haber estado con sus padres todo este tiempo, sana y salva.

Se metió el resto del hot dog en la boca y lo pasó con la gaseosa. —Lo sé. Ya me encargaré de eso. No llevo ni veinticuatro horas en el caso.

—¿Has probado en los hospitales? ¿La oficina del Médico Forense?

—Todavía no. —Hizo una bola con la envoltura en su puño.

Chambers empezaba a molestarla. No necesitaba que un policía le dijera cómo llevar una investigación. Había conseguido la pista sobre el novio, así que se había adelantado en la lista de comprobación estándar. Habría sido una jugada brillante si él hubiera sido el asesino. E incluso aunque no lo fuera, fue la decisión correcta.

—Estaré trabajando en todo eso esta tarde —le dijo.

—¿Has revisado su auto?

Ni siquiera había comprobado si Hannah Kaye tenía auto todavía. Pero se le había cruzado por la mente que debía de tener uno para llegar al club en las horas que trabajaba. Simplemente no había tenido tiempo. Necesitaba un asistente.

—Me he estado centrando en el novio —dijo ella.

—Puedo revisarlo por ti.

Miranda se puso rígida. No quería que un policía se metiera en su caso y estaba bastante segura de que Santiago tampoco lo agradecería.

Recordó lo ambicioso que era Chambers. La única razón por la que había respondido a su llamada era porque ella lo había ayudado a ascender en el escalafón hacía un año. Quería un asistente. No un policía entrometiéndose en su caso para que él pudiera hacerse un nombre en el departamento.

Recogió su basura y se deslizó fuera del reservado. —Gracias, pero yo me encargo —le dijo con una sonrisa.

Chambers le lanzó una mirada larga y firme que decía que pensaba que podría hacerlo mejor. —Si tu chica aparece muerta, nos involucraremos de todos modos. —Se levantó y la siguió mientras ella se dirigía al basurero.

—Si aparece, te llamaré. —Metió el papel y el vaso en el contenedor y lo vio a él tirar su bebida—. Necesito volver a la oficina.

Salieron y él fue lo suficientemente caballeroso como para sostenerle la puerta. Incluso ese gesto parecía tener segundas

intenciones.

—¿Por qué no pasas por la morgue primero? —dijo él—. Puedo hacer que entres rápido.

Esa ayuda sí que le vendría bien. Se volteó para estudiar su expresión. Los rasgos de su cara de niño parecían sinceros.

Además, ¿qué podría hacer? Nada que ella no pudiera manejar. —Suena bien —le dijo y se dirigió a su auto.

CAPÍTULO QUINCE

La oficina del médico forense del condado de Fulton estaba a solo un corto trayecto de unos seis kilómetros.

Una vez más, Miranda siguió las luces traseras del Interceptor de Chambers, esta vez de vuelta hacia el oeste por Northside Drive, mientras el edificio de Coca-Cola y varios edificios de bancos dibujaban una línea irregular contra el cielo despejado a lo lejos.

Chambers la hizo entrar por una puerta trasera y le presentó a tres de los forenses de turno, lo cual estuvo genial.

Pero después de una búsqueda en las bases de datos y en las instalaciones, no pudieron encontrar a ninguna Hannah Kaye ni a ninguna mujer sin identificar que coincidiera con su descripción. Así que la brillante idea de Chambers resultó ser un fracaso tan grande como el de ella con Marty Jenkins.

Sintiéndose reivindicada, le dio las gracias y se despidió del detective, y regresó a su oficina.

Acababa de llegar al lúgubre pasillo que conducía a su nuevo cuchitril cuando se detuvo en seco.

De pie, frente a la puerta de su sala de espera, estaba su hija, Mackenzie Chatham.

La chica se giró bruscamente hacia ella, con sus profundos ojos azules llameantes.

—¿Dónde has estado? Estaba a punto de irme.

Miranda se quedó atónita.

—¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en la escuela?

Ella puso los ojos en blanco.

—Tuvimos media jornada. Hay una conferencia de profesores.

—¿Ya? —Esa historia no le cuadraba.

La chica se encogió de hombros.

Aun así, para darle más peso a su afirmación, llevaba una mochila colgada al hombro, y las puntas de su espeso cabello ébano caían sobre la parte superior de esta. Su pelo había crecido desde la última vez que Miranda la vio.

Vestida con una blusa vaporosa sin mangas con un diseño del sudoeste en tonos pastel, con tirantes bordados, parecía muy mayor. Excepto por el par de *jeans* estilo *boyfriend* de color azul pálido con agujeros de diseño en las rodillas. Definitivamente, algo que una chica de catorce años usaría para ir a la escuela.

Mackenzie se echó su sedoso pelo por encima del hombro y señaló la puerta.

—¿Vas a dejarme entrar, madre?

—Claro. —Miranda sacó la llave y abrió la puerta; esta vez se había acordado de cerrar con llave—.

La puerta traqueteó y chirrió de forma vergonzosa cuando Miranda la abrió, y ambas entraron. Antes de que la chica pudiera fijarse mucho en los grabados y los muebles de segunda mano de la sala de espera, Miranda cruzó a su despacho, lo abrió también, y la hizo pasar al interior y sentarse en la misma silla de invitados que Fanuzzi había usado el día anterior.

Y Santiago antes que ella.

Bueno, si iba a dirigir un negocio de investigación privada, probablemente habría un gran surtido de traseros extraños en esa silla. Más le valía acostumbrarse.

—Solo tengo café. —Señaló hacia la esquina, deseando tener una nevera llena de refrescos—.

Mackenzie arrugó la nariz y se sentó en el borde de la silla mientras dejaba la mochila en el suelo.

—No, gracias. —Miró alrededor de la pequeña habitación—. Este lugar es bonito.

¿En serio? ¿Eso venía de una chica que se había criado en una mansión descomunal? Miranda decidió que necesitaba algo para humedecerse la garganta y, como no había alcohol, puso en marcha la cafetera.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó, echando el café molido en el filtro. No preguntó cómo sabía dónde encontrarla. O había

visto el anuncio de Craigslist, o Fanuzzi se lo había dicho a Colby, y Colby lo había mencionado. O tal vez fue por la cursi página web que Miranda había montado—.

—Tomé el Marta y luego caminé. —El tono de Mackenzie tenía ese aire de superioridad que solía usar antes de que se conocieran —.

Miranda observó la mancha oscura y redonda en el costado del cuello de la chica. La que la había convencido más que nada de que Mackenzie era su hija.

—Este no es un barrio muy agradable, ¿sabes?

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Miranda se cruzó de brazos y tamborileó los dedos contra sus codos, deseando que la cafetera se diera prisa y preparara el café. Necesitaba algo que hacer con las manos. Debería haber comprado uno de esos aparatos de alta potencia.

Si era sincera consigo misma, estaba encantada de la vida de ver a Mackenzie. Solo podía esperar que la chica hubiera pasado a ver cómo estaba Miranda, aunque nunca lo admitiría. Pero se preguntaba si había otra razón.

Por fin, el café empezó a gotear.

Miranda tomó una taza y la sostuvo bajo el chorro.

—¿Cómo va la escuela?

Mackenzie se encogió de hombros.

—Bien.

Miranda volvió a colocar la jarra, tomó la taza y se sentó en su silla.

Mackenzie sonrió.

—Qué monada. —Señaló la taza—.

Miranda la giró y vio a los dos gatitos grises jugando con un gran ovillo de lana. Parte del juego barato que había comprado en la tienda de segunda mano. Deseó haberla mirado con más atención cuando la tomó.

—Es tan tú —dijo su hija con una sonrisa, queriendo decir exactamente lo contrario.

Miranda ignoró el comentario.

—Así que ya estás en la preparatoria. ¿Van bien las clases?

—Tan bien como se puede esperar.

Siempre había sacado las mejores notas. Los padres adoptivos de Mackenzie no permitirían menos. Miranda no esperaba que eso cambiara, así que no insistió.

—¿Sigues entrenando?

Mackenzie había sido clasificada entre las mejores patinadoras sobre hielo de la nación el año pasado, pero ese horrible incidente en Lake Placid la había hecho retroceder. Mientras tanto, se había dedicado a entrenar. En particular, a Wendy Van Aarle.

—Si estás tratando de preguntar si he hecho las paces con Wendy, la respuesta es no.

Chica lista.

—¿No van las dos a la misma escuela?

—¿Y qué?

—¿Tienen alguna clase juntas?

—Nos las arreglamos para evitarnos.

Eso preocupaba a Miranda. No solo por su hija y su obstinada negativa a hacer las paces con su amiga, sino por Wendy. Había tenido problemas con otras chicas en la escuela cuando Miranda la conoció por primera vez —en realidad, eso era quedarse bastante corto— y si Mackenzie la abandonaba, podría terminar de nuevo en lo más bajo de la escala social adolescente.

Pero no insistió. Sabía que eso solo haría que Mackenzie se empecinara aún más.

Tomó un sorbo de café y continuó con el interrogatorio informal.

—¿Sabe Colby que estás aquí?

—Está en una reunión del club. Y papá está trabajando, por supuesto. Así que no, él tampoco lo sabe. —Había una amenaza de «ni se te ocurra decirles nada» en su voz—.

—Bueno, la próxima vez que quieras hablar, envíame un mensaje. Podemos hacer algo juntas. —Miranda solo no quería que le pasara nada malo—.

Mackenzie enderezó los hombros en una pose formal.

—En realidad, esta no es una visita social.

El primer impulso de Miranda fue sonreír ante la formalidad de la chica. Pero tenía la sensación de que sabía lo que venía a

continuación.

Se irguió, pareciendo más adulta de lo que era, cada poro exudando el aplomo que sus padres adoptivos le habían inculcado.

—Ahora que estás por tu cuenta, madre, pensé que quizás querrías trabajar para mí.

Miranda dejó la taza.

—¿Haciendo qué?

—Tú sabes qué.

Por supuesto que lo sabía. Mackenzie todavía quería encontrar a su padre. Santo cielo.

—¿No hemos discutido ya eso?

—Pensé que las cosas podrían ser diferentes ahora. —Sus profundos ojos azules, casi del mismo color que los de ella, brillaban como cuchillas mientras la taladraban, haciendo la pregunta silenciosa: *¿Qué pasó entre tú y el señor Parker?*—.

—No son diferentes.

—Claro que lo son. Tú estás… —hizo un gesto amplio abarcando la oficina—, por tu cuenta ahora —repitió—.

Su mirada era implacable. *¿Qué pasó entre tú y el señor Parker?* Había una acusación en esos profundos ojos azules y Miranda sintió toda su punzada. Su ruptura con Parker tenía que ser desconcertante para la chica. Miranda despreciaba el caos que había traído a la vida de su hija. A veces se preguntaba si habría sido mejor no haberla encontrado nunca.

Miranda sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Qué pensabas, Mackenzie? ¿Que porque ahora trabajo por mi cuenta cambiaría de opinión?

Ella parpadeó.

—Pero estás… soltera otra vez.

¿Soltera otra vez? Bonita forma de decirlo. ¿Y qué importaba eso?

—Que esté casada con Parker o no, no tiene nada que ver con lo que siento por el hombre que me violó hace quince años. ¿Cómo pudiste pensar eso? —¿Acaso creía que había sido idea de Parker no ir tras su padre biológico? Si supiera la verdad…—.

—Pensé que podrías necesitar un caso. Tengo dinero. Tengo mi propia cuenta corriente.

Ahora le tocaba a Miranda poner los ojos en blanco.

—No necesito tu dinero. Tengo un cliente. E incluso si quisiera tomar tu «caso» —lo cual definitivamente no quiero—, no puedo. El caso que tengo me mantiene ocupada las veinticuatro horas del día. —Una pequeña exageración, pero no por mucho—.

Con su bonita boca convertida en una delgada línea, los ojos de Mackenzie la taladraron.

—No tienes ningún caso.

—Sí que lo tengo.

—Demuéstralo.

¿Demostrarlo? No tenía que demostrarlo. No era asunto de Mackenzie. Pero se encontró abriendo la cremallera de su maletín y buscando el expediente que había empezado sobre Hannah Kaye la noche anterior.

Lo azotó sobre el escritorio.

—Aquí tienes tu prueba.

Con expresión de sorpresa, Mackenzie miró la carpeta como si fuera una ratonera.

—¿Qué es?

—Una estudiante universitaria de la zona ha desaparecido. Parece que está en problemas y tengo que encontrarla. Con suerte, viva.

El rostro de Mackenzie se ensombreció.

—Qué horrible.

—¿Verdad que sí? —Señaló hacia la diminuta ventana—. Por eso no quiero que andes caminando por aquí. Si quieres verme, primero envíame un mensaje. Iré a buscarte.

—Pero…

—No voy a buscar a tu padre, Mackenzie, y es mi última palabra.

—Pero…

—Pero nada. —Miranda se puso de pie—. Vamos. Te llevo a casa.

—Ni siquiera me estás escuchando.

—A casa —espetó Miranda.

—No pensé que tuvieras tiempo —soltó ella con sarcasmo, con los ojos brillando de rabia.

Miranda deseó poder castigar a la niña.

—No lo tengo. Así que vámonos.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Parker clavó la vista en la pantalla del escritorio de su oficina, sintiendo que se le inyectaban los ojos en sangre. La lista de números telefónicos parecía devolverle la mirada, burlándose de sus esfuerzos.

Había llamado a todas las cadenas de televisión importantes de cada ciudad principal del país, y a varias de tamaño mediano. Tuvo que usar sus mejores técnicas de persuasión para pasar los filtros y conseguir a alguien que pudiera responder a sus preguntas, e incluso entonces hubo más demoras.

Pero nadie tenía registro de ninguna llamada preguntando por Miranda Steele de la Agencia Parker durante el periodo de la conferencia de prensa de Las Vegas.

Esta búsqueda estaba resultando tan infructuosa como la de Chicago.

Mientras se desplazaba por la pantalla para calcular cuánto tiempo más le llevaría, escuchó que tocaban a su puerta.

Giró la cabeza y vio a Dave Becker de pie en el pasillo, con unos papeles en la mano. ¿Habría encontrado algo?

—¿Qué pasa, Dave? Entre.

El hombre se acercó a su escritorio con pasos menudos.

—Lamento molestarlo, señor Parker.

—No pasa nada. Tome asiento.

Se enderezó la camiseta naranja, se ajustó los jeans y se sentó. Después de pasarse el dedo lastimado por su gran nariz, su mirada recorrió la habitación y luego se fijó en el exterior de la ventana.

—¿Ha tenido suerte con la tarea que le di? —lo apuró Parker.

—Tuvimos un montón de visitas en el sitio web de la Agencia en las horas posteriores a que Steele saliera en la tele en Las Vegas. Sin

embargo, nada parece sospechoso.

—¿Y las cadenas de televisión?

Dave negó con la cabeza.

—Hasta ahora nadie ha llamado a ninguna de las cadenas con las que me he puesto en contacto. ¿Y usted, señor?

Parker se reclinó en la silla, ignorando la punzada de decepción que sintió ante esas palabras, aunque era exactamente lo que esperaba.

—He tenido el mismo resultado.

Dave volvió a mirar por la ventana, con sus pensamientos a la deriva.

—Es que…

—¿Qué, Dave?

—He estado pensando.

Buena señal.

—Adelante.

—En realidad, me encontré con Holloway y Wesson en la sala de descanso hace una hora. Me preguntaron en qué estaba trabajando, así que lo consulté con ellos. No les conté lo de los mensajes. Solo los detalles generales. Espero que no le moleste.

Parker había querido jugar sus cartas con cautela. Tanto Curt Holloway como Janelle Wesson habían sido colegas de Miranda en la Agencia. Los cuatro, incluido Dave, se habían graduado como los mejores de su clase. No estaba seguro de a quién eran leales, y saber de este proyecto secundario podría causar chismes en la oficina. Tendría que hacer algo de control de daños, preferiblemente antes de que el daño ocurriera.

Sí le molestaba, pero decidió pasarlo por alto.

—¿Y qué opinaron ellos? —dijo.

—Lo mismo que yo. —Dave hojeó los papeles en sus manos, levantó la cabeza y se atrevió a hacer contacto visual con su jefe. Parecía extremadamente incómodo.

—¿Qué sería?

—Bueno… yo… no quiero traer malos recuerdos, pero como dije, he estado pensando y…

—¿Sí?

De repente, lo soltó.

—Steele salió en la tele antes de que ustedes dos fueran a Las Vegas.

Cierto, Miranda había ganado cierta notoriedad en la prensa aquí en Atlanta debido a los casos que había resuelto, pero eso no tenía un alcance tan grande.

—Eso fue a nivel local —le dijo Parker—. Y se limitó principalmente al periódico y la radio. Alguien en Chicago no lo habría visto ni escuchado.

Dave se movió hacia el otro lado y bajó la vista a sus zapatillas para correr.

—No me refería a eso, señor Parker.

—¿A qué se refiere?

Respiró hondo para armarse de valor y dijo casi en un susurro:

—Lake Placid.

Lake Placid.

Los pensamientos de Parker se dispararon hacia una de las épocas más terribles de su vida. Las multitudes, la policía. Recordó los interminables olores medicinales del hospital, las horas que había pasado en su capilla, rogándole a Dios por la vida de Miranda. Y luego, vagamente, recordó a los reporteros en la escena del crimen, y a otros en el hospital a los que había rechazado. Había estado demasiado angustiado para hablar con ellos. De todos modos, habían conseguido la historia. Dave tenía razón. La cobertura de ese evento también había sido nacional.

Asintió lentamente.

—Excelente trabajo, Dave. Tendremos que ajustar nuestro marco de tiempo, entonces.

Dave miró los papeles que tenía en la mano con gesto cansado.

—¿Y empezar de nuevo?

—Me temo que sí. Piense en ello como una expedición de pesca. Ambos necesitamos ejercer una buena dosis de paciencia para que piquen el anzuelo.

Poniéndose de pie, asintió con docilidad.

—Eso me imaginé. Supongo que tengo que ponerme a ello.

—Se lo agradezco. Si se está atrasando con el caso Peregrin, se lo puedo pasar a Fry.

—Ah. Ya casi termino. Encontré la brecha. Uno de los vendedores tenía una contraseña débil. La cambié, agregué un bloqueo. Solo necesito terminar de instalar los parches.

Parker no pudo evitar sonreír con orgullo. Dave Becker no había mostrado un gran potencial cuando empezó en la Agencia, pero había encontrado su nicho.

—Excelente —le dijo.

—Gracias, señor Parker. —Y salió de la habitación arrastrando los pies.

Parker regresó a su pantalla con una nueva oleada de esperanza. El argumento de Dave era bueno.

El suceso de Lake Placid podría haber sido el que atrajo la atención del agresor. Aun así, había ocurrido ¿qué? ¿Ocho meses antes del caso de Las Vegas? Ocho meses antes de que se enviara el primer mensaje.

Eso indicaba planificación.

Y que los mensajes anónimos no se habían enviado por un capricho, sino que habían sido cuidadosamente pensados. También indicaba una gran dosis de paciencia. Definitivamente valía la pena darle otra pasada a la lista de teléfonos, comenzando por el noreste esta vez.

Y si tenía suerte, podría atrapar al bicho rastrero que buscaban.

CAPÍTULO DIECISIETE

Desde el auto, Miranda vio a su hija subir con energía los curvos escalones de granito del enorme castillo de estuco blanco cremoso que era la mansión Chatham y cerrar de un portazo la ornamentada puerta principal. De la misma manera en que había cerrado de un portazo la puerta de su habitación hacía más de un mes.

Cómo Mackenzie tenía la energía para seguir enojada por tanto tiempo era un misterio para ella.

A este paso, la chica podría dejar de estar enojada con ella para cuando cumpliera, oh, ¿quizás veinte años?

Sintiendo que se avecinaba un dolor de cabeza, Miranda miró por el parabrisas el extenso césped verde esmeralda y sintió una poderosa oleada de nostalgia por lo que alguna vez había tenido.

Había sido un error venir aquí, pero ¿qué otra opción tenía? No iba a dejar que su hija de catorce años tomara el transporte público a casa, aunque solo fuera media tarde. Mackenzie había llevado una vida protegida. No tenía los medios para manejar cualquier… problema que pudiera surgir. Además, ¿acaso Miranda no tenía ya suficientes preocupaciones?

Esa niña iba a ser su muerte. Ya casi lo había sido.

Miranda puso el auto en marcha y avanzó lentamente por el largo sendero hasta el portón de hierro. Había pasado la mayor parte de trece años buscando a su hija solo para saber que estaba a salvo. Casi había muerto para salvarla. La amaba tanto. Y… nunca la habría encontrado de no haber sido por Parker.

Al pensar en Parker, de la nada le brotaron lágrimas que le picaron en los ojos.

Dios Santo, ¿por qué, por qué había resultado ser un necio tan testarudo?

Quería contárselo. Contarle sobre la visita de Mackenzie a su oficina para contratarla y que encontrara a esa escoria que era su padre biológico y decirle: «¡Mira lo que has hecho!».

Pero no era culpa de Parker. Mackenzie ni siquiera sabía que él mismo había estado buscando a ese tipejo.

Parker pensaba que el padre de Mackenzie era quien le había enviado esos mensajes de texto rarísimos. Solo porque se había enterado de que el primero había venido de Chicago. Vaya manera de sacar conclusiones precipitadas. Y Parker le había advertido que Mackenzie seguiría intentando encontrarlo. En eso había tenido razón.

No, no quería ver a Parker. No sabría qué decirle si lo viera. Solo terminarían en una gran pelea. Estaba harta de discutir con él. No tenía sentido seguir echando sal en las heridas que se habían hecho mutuamente.

Y, sin embargo, mientras se alejaba de la casa de los Chatham, se encontró dirigiéndose a la mansión Parker.

La fuerza de la costumbre, se dijo a sí misma. Demasiado tarde para dar la vuelta, se dijo. Además, se dijo, no importaba. Era demasiado temprano por la tarde.

Parker no estaría allí.

Así que simplemente pasaría un minuto y echaría un vistazo al lugar. Sería un buen recordatorio para no dejarse consentir de nuevo. Sí, un buen y duro recordatorio.

Mientras tomaba las calles sinuosas de Mockingbird Hills, sintió el estómago como si lo hubiera llenado de algodón de azúcar. Seco, revuelto, empalagoso. Ciertamente se había dejado consentir. Consentir por el lujo. Consentir por el amor. Algo que había jurado nunca hacer. Pero era difícil decirle que no a un hombre como Parker.

La primera noche que la había traído aquí había estado inconsciente. Había sido contra su voluntad.

Pero la embriagadora sesión de amor que había seguido no lo fue. Recordaba la pasión de esa noche. Los truenos y relámpagos de sus talentosas manos. Cómo la hacía sentir cosas que nunca supo

que existían. Cómo la había dejado sin aliento, aturdida y con ganas de más.

Se había enamorado de él esa noche, aunque se había negado a admitirlo entonces. Profunda y perdidamente enamorada.

¿Y ahora?

Estaba igual de enamorada de él. Pero eso no significaba que pudieran hacer que lo suyo funcionara. Al parecer, se necesitaba más que eso.

Tomó el carril que conocía de memoria y, justo antes de vislumbrar los robles que se alzaban sobre el techo amansardado del edificio de diez habitaciones, los sauces que proyectaban sombras sobre el césped, la extensa balaustrada de piedra gris alrededor del frente, vio la figura de un hombre de pie en la entrada de autos, con las manos en las caderas, mirando la propiedad.

Llevaba un costoso traje gris claro y un ascot azul cobalto que hacía que su cabello completamente blanco y su bigote pulcramente recortado se vieran aún más distinguidos. Reconocería ese aire de magnate en cualquier lugar.

El Sr. P. El padre de Parker, playboy y magnate inmobiliario.

Su rostro mostraba una expresión de profundo pensamiento teñida con un poco de preocupación.

Vio un Lamborghini negro estacionado junto a la acera y se detuvo detrás de él. De tal palo, tal astilla, pensó, al bajar de su auto.

—Buenas tardes —dijo ella, aspirando el olor a césped recién cortado mientras cruzaba el jardín.

Él se volvió hacia ella y sus gruesas cejas blancas se arquearon con sorpresa. —¿Miranda? ¿Has vuelto a casa? —La ternura en su acento sureño del viejo mundo se clavó en su corazón como fragmentos de vidrio.

Por alguna razón, el padre de Parker siempre la había apreciado y se había alegrado cuando ella y Parker se habían juntado.

—No —dijo ella secamente al llegar a su lado.

La expresión de él decayó. —Russell no está aquí. —Siempre llamaba a Parker por su segundo nombre. Pero hoy el pintoresco hábito paternal no la hizo sonreír.

—Lo sé. Está en el trabajo.

El Sr. P sacudió brevemente su melena blanca. —Se mudó.

—¿Se mudó?

—Regresó a su penthouse en el centro.

Recordaba vagamente que Parker había tenido un penthouse antes de que se mudaran juntos a la finca familiar. No se había dado cuenta de que lo había conservado todo este tiempo. ¿Acaso él había pensado que su ruptura era tan inevitable como ella?

Con un suspiro cansado, el Sr. P volvió a mirar la casa. —Antonio y Coco están pensando en hacerse cargo de la propiedad. Pasé a ver en qué condiciones está.

¿Antonio y Coco? No supo qué decir.

Antonio era el hijo semiadoptivo de Parker. Su hijo sustituto, como siempre lo había llamado ella. Y Coco había sido su amiga, una de las pocas mujeres con las que socializaba, si es que se podía llamar vida social a la suya. Pero Miranda no había estado en contacto con ella desde la ruptura, como tampoco lo había estado con Fanuzzi.

La pareja se había fugado y casado hacía casi un año. ¿Y ahora se mudaban a la mansión Parker? Debería alegrarse por ellos. Coco se lo merecía, y Miranda nunca había querido vivir en una casa tan grandiosa.

En cambio, sintió como si el Sr. P le hubiera dado un fuerte golpe en el estómago.

—Al menos la propiedad se quedará en la familia. —Se volvió hacia ella, clavándole sus agudos ojos azul cristalino—. Miranda, dígame la verdad. ¿Qué pasó entre usted y mi hijo?

La misma pregunta que Fanuzzi le había hecho. La misma que Mackenzie le había hecho con la mirada.

Metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y se encogió de hombros. —Simplemente no funcionó, Sr. P.

La mirada de él siguió taladrándola. —¿Todavía lo ama?

No podía creer que acabara de preguntarle eso. Se le secó la garganta. Tragó, intentando ocultar su reacción. —Por supuesto que sí.

—Entonces, ¿por qué no pueden arreglar las cosas?

Hombre terco. El rasgo era de familia. Pero también era un hombre amable. Al menos siempre lo había sido con ella. De repente, sintió que podía confiar en él.

—Simplemente no podemos, Sr. P —dijo con voz ronca—. No me deja ser yo misma.

La expresión de él decía que no se tragaba eso en absoluto. —No veo cómo podría impedirle ser usted misma.

No lo había hecho. Por eso ella había tenido que irse. ¿Cómo podía explicarle eso?

No podía creer que estuviera parada en el jardín delantero de la mansión Parker, tratando de explicarle al padre de Parker lo que había pasado entre ellos. Ni ella misma lo entendía. Todavía estaba desconcertada por ello. Y, a decir verdad, estaba tan en negación como parecía estarlo el Sr. P. Pero los hechos eran los hechos.

Se había acabado.

Se recompuso y soltó la verdad. —Parker va a cerrar nuestro negocio de consultoría.

Su boca se movió sin palabras por un momento mientras la sorpresa lo invadía. —¿El que los ha llevado a casos por todo el mundo?

—Ese mismo.

—¿Por qué? Ustedes dos son tremendos juntos.

Miranda no sabía que su exsuegro había seguido sus casos. Él había estado viajando con su nueva esposa la mayor parte del año anterior. Pero la mayoría de ellos habían salido en las noticias de todo el mundo.

—Eso mismo pensaba yo —dijo—. Pero Parker cree que el trabajo es demasiado peligroso. Cree que tarde o temprano me van a matar.

El Sr. P soltó una risa amarga. —¿No es irónico? He estado preocupado por la seguridad de Russell desde que aceptó su primer caso.

Ella levantó las palmas de las manos. —Bueno, ahí lo tiene.

El Sr. P permaneció en silencio durante un buen rato mientras asimilaba lo que ella le había contado sobre su hijo. Los petirrojos piaban y saltaban por las ramas de un sauce cercano mientras el sol

de la tarde descargaba sus últimos vestigios de furia antes de ponerse.

Lentamente, el caballero mayor se pasó una mano por la cara, de la misma manera que lo hacía Parker cuando estaba frustrado, generalmente con ella.

Murmuró para sí mismo. —Russell dice que ha terminado con el amor, que ha terminado con el compromiso. Nunca le había oído hablar así.

Un buen puñetazo en el plexo solar para complementar la noticia sobre la casa. Miranda casi se dobló. Se rodeó la cintura con un brazo.

Así que Parker había terminado con ella. De verdad. Pero, ¿por qué no debería estarlo? Encontraría a alguien más con el tiempo. Alguien más de su tipo. Una mujer de la alta sociedad como su primera esposa. Alguien a quien arrullar y proteger.

La idea le revolvió el estómago.

Se sintió mareada. Le zumbaban los oídos. De repente, se dio cuenta de que el Sr. P todavía le estaba hablando.

—Está el pequeño asunto de su hipoteca.

—¿Qué? —dijo ella, desconcertada por el comentario.

No le había avisado cuando se fue. ¿La iba a hacer pagar el último mes de la casa? Tendría que echar mano del dinero de Santiago.

—Yo… no estoy segura de qué puedo darle ahora mismo, pero…

—Miranda. —La tomó con ambas manos—. No estoy pidiendo un pago.

—¿No?

—No. Intento decirle que he estado guardando sus pagos en una cuenta de inversión. Siendo la economía como es, no ha crecido tanto como esperaba, pero es suya. Quiero hacer los arreglos para transferírsela.

Ahora sí que le daba vueltas la cabeza. —¿Qué?

—¿Quiere cifras? ¿Informes?

—No, no. —¿Había estado ahorrando todo el dinero todo este tiempo? Sería suficiente para pagar su nuevo apartamento durante

un año. Pero se zafó de su abrazo y negó con la cabeza—. No, Sr. P. No puedo aceptar ese dinero. Se lo debía.

—Miranda. Todo el trato fue una artimaña para que Russell aceptara la casa.

—Y mire cómo resultó eso.

—No obstante, el dinero es suyo. Deme un cheque anulado y lo haré transferir a su cuenta mañana por la mañana.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Así que…, pensó Miranda mientras tomaba la rampa hacia la I-85 en dirección sur, metiéndose de lleno en el tráfico de la hora pico. Si no encontraba a Hannah Kaye, alias Nitro, y Santiago quería que le devolviera su dinero, al menos tendría el efectivo del Sr. P como respaldo.

Un motivo para celebrar, ¿no?

No con el dolor que todavía le palpitaba en el corazón como una herida abierta y profunda. Parker se había mudado de la finca de su familia. Dijo que había terminado con el amor y el compromiso. Eso no sonaba para nada como el hombre que ella había conocido.

Realmente ya no lo conocía, ¿verdad?

Pero ¿qué importaba? Lo que Parker dijera, pensara o hiciera era totalmente irrelevante para ella ahora. Estaba por su cuenta, como había dicho Mackenzie. Y tenía un trabajo que hacer.

Un trabajo.

Apretando los dientes, se sacudió los malos sentimientos, o al menos lo intentó. No tenía derecho a regodearse en su propia autocompasión cuando la vida de una joven podía estar en juego.

Con pura fuerza de voluntad, obligó a sus pensamientos a volver al caso. Y lo primero en lo que pensó fue en la lista de tareas que el odioso detective Chambers le había recitado.

Ningún cadáver en la oficina del forense. Eso dejaba los hospitales, revisar el auto de Hannah y los padres.

Los padres.

Un mal presentimiento la invadió. No quería ser ella quien les dijera a los padres de Hannah Kaye que su hija estaba desaparecida. Pero a pesar de lo que Bambi-Crystal había dicho sobre el permiso

de Yolanda, la bailarina podría haber estado todo este tiempo en Gainesville, holgazaneando junto a la piscina familiar. ¿Y si así era?

Miranda tenía la dirección y el número de teléfono de la familia. Estaban en la información de la empleada que Yolanda le había dado ayer como contacto de emergencia. Le había parecido extraño que Hannah los hubiera puesto. ¿Creía que a sus padres no les importaría que trabajara en un club de estriptis?

Quizás había supuesto, como la mayoría de la gente, que nunca tendría una emergencia. Bueno, pues ahora la tenía.

Una visita en persona sería lo apropiado. Pero a Miranda le tomaría al menos dos horas llegar hasta allá con este tráfico. No quería perder el tiempo.

Y realmente todavía no quería involucrar a los padres. Sí, tenían derecho a saber sobre su hija, pero en cuanto lo hicieran, llamarían a la policía, saldrían en las noticias, repartirían volantes por todas partes y eso solo haría que quienquiera que ella estuviera buscando se escondiera aún más. Además, si algún enfermo asqueroso había secuestrado a Hannah Kaye, una noticia en los medios podría incitarlo a matarla.

Lo único que realmente quería era saber si Hannah estaba con sus padres. Tamborileó los dedos en el volante. Cómo conseguir esa información. Una idea se formó en su cabeza.

El tráfico se detuvo hasta quedar como un estacionamiento y tomó su teléfono. Buscó la información y marcó el número de Gainesville.

Después de tres timbrazos, una mujer respondió.

—¿Sí? —tenía una voz grave y gutural, y sonaba como si acabara de despertarse.

Miranda se aclaró su propia garganta e intentó que su voz sonara como si tuviera veinte años. —¿Señora Kaye?

—Sí. ¿Quién habla?

—Mi nombre es, eh, Nancy… —miró a su alrededor y vio una valla publicitaria de un local de barbacoa. Flynn’s Ribs—. Flynn —dijo —. Nancy Flynn. ¿Soy una amiga de Hannah? —alzó la voz en forma de pregunta, como lo hacen los jóvenes.

Ahora también hubo un carraspeo al otro lado de la línea. Finalmente, la voz dijo: —¿Qué puedo hacer por usted, Nancy? —ahora sonaba despierta. Y también joven.

—Bueno, yo… eh… ¿me perdí mi clase de Ecuaciones… Digitales… Discretas la semana pasada? —Miranda esperaba que esta señora no fuera una científica—. Y Hannah dijo que me prestaría sus apuntes. Pero no los tiene. ¿De casualidad los dejó con usted cuando estuvo en casa este fin de semana?

Hubo un crujido y un murmullo. Luego, una voz masculina masculló algo de fondo. ¿El padre?

La mujer volvió a la línea. —Lo siento, Nancy. Pero Hannah no estuvo aquí este fin de semana.

Miranda sintió que se le encogía el corazón. Había estado esperando en secreto que la chica estuviera en casa, sana y salva.

—¿Nancy? ¿Sigue ahí?

—Sí. Oh. Error mío. Lo anoté mal. Hannah estuvo con Marty este fin de semana —soltó una risita nerviosa y juvenil, y esperó la respuesta.

—¿Marty?

—Ya sabe. ¿El novio de Hannah?

—Oh. Nunca he conocido a ese joven.

—¿Así que no llamó para contarles sus planes? —Miranda se mordió el labio. Quizás se había pasado un poco de la raya con eso. Pero era una buena oportunidad para averiguar sobre la familia de Hannah y lo que pensaban de ella.

—Hannah es una mujer adulta, Nancy —dijo la mujer, sonando molesta—. Charles y yo tenemos nuestra vida. Ella tiene la suya.

Miranda parpadeó hacia el teléfono. Bastante fría para ser una madre. Tenía que colgar. —Oh, está bien —dijo con su tono juvenil —. Siento haberla molestado.

Colgó.

No parecía que Hannah Kaye tuviera la cálida y amorosa relación familiar que Miranda había asumido. Si eso tenía algo que ver con el caso o no, no lo sabía. Lo que sí sabía era que Santiago había tenido razón. Hannah Kaye estaba definitivamente desaparecida. Y la cosa no pintaba bien para ella.

Un claxon sonó detrás de ella. El tráfico estaba empezando a moverse.

—¡Okay! —gritó y pisó el acelerador.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Cuarenta minutos después, Miranda estaba de vuelta en su pésima oficina del Midtown, revisando la lista de hospitales locales que había encontrado en su computadora portátil. Una tras otra, cameló a administradores, enfermeras y secretarias, dándoles una descripción de la chica y preguntando si alguien que coincidiera con ella había sido ingresada tras un accidente, un ataque o cualquier circunstancia similar.

No hubo coincidencias.

Colgó y se frotó los ojos. Se quedó mirando el resto de la lista en su pantalla. Ya había cubierto la ciudad, pero había docenas de centros médicos en el área de Atlanta. Le llevaría horas revisarlos todos.

Se levantó, tiró el café de la visita de Mackenzie de esa tarde y se preparó una cafetera nueva.

Mientras pulsaba el botón, obligó a sus pensamientos a apartarse de su vida personal y a centrarse en la joven que intentaba encontrar.

Desaparecida desde hacía cinco días. No se presentó a trabajar. Su compañera de apartamento no la había visto. Su exnovio no la había visto. No estaba en casa con sus padres.

El auto.

Eso era lo que había que buscar. Por lo que sabía de lo volubles que eran las jóvenes, Hannah podría haber decidido que quería ser actriz y haber tomado un avión a Los Ángeles. Su auto podría estar estacionado en el aeropuerto de Hartsfield, que ella supiera.

Chambers dijo que lo rastrearía. Ja. No necesitaba su ayuda.

Olvidándose del café, Miranda volvió a su computadora y atacó el teclado con furia. Volvió a hackear el sitio web de la escuela, como

había hecho con Marty la noche anterior, y tras unos cuantos intentos fallidos, consiguió la matrícula y el número de chasis del vehículo registrado a nombre de Hannah Kaye.

La bailarina manejaba un Toyota Corolla rojo arándano. No debería ser muy difícil de encontrar. Le echó un vistazo al software de escáner policial que tenía. Ni siquiera algo parecido. Vaya con la promesa de Chambers.

Tenía otra aplicación que le daría mejor información. A saber, la ubicación actual del Corolla. ¿Qué hacían los investigadores antes del rastreo por GPS? Estirando los dedos, sonrió para sus adentros. A ver si este juguetito valía el dineral que había soltado por él.

Introdujo los datos del vehículo de Hannah Kaye e hizo clic en Buscar.

La fina barra azul comenzó a moverse. Lentamente.

Dos por ciento. Cinco por ciento. De vuelta al tres.

Mierda. Esto iba a tardar una eternidad.

Mientras tanto, más valía que investigara los antecedentes de los padres de Hannah. Cambió de ventana y abrió otro programa. Introdujo los datos de los padres y esta vez fue recompensada con una respuesta rápida.

Los datos personales de Charles y Jean Kaye aparecieron en su pantalla en todo su esplendor. Charles, de cincuenta y un años, había sido durante años un gerente de ventas de alto rango para una empresa de equipos médicos. Viajaba por todo el país, ganaba un dineral y gastaba a manos llenas en una bonita casa. Parecía que Hannah era su única hija. ¿Y Jean…? No había mucho sobre ella. ¿Ama de casa? Espera un momento.

Jean Kaye había muerto hacía tres años de cáncer de pulmón. Charles se había vuelto a casar el año pasado con una mujer de treinta y dos años llamada Athena West. Debía de ser con ella con quien Miranda había hablado por teléfono. Tampoco había mucho sobre ella aquí.

Las redes sociales eran el lugar al que ir, decidió Miranda.

Inició sesión en el sitio popular que Mackenzie y Wendy frecuentaban e introdujo el nombre de la mujer. Su página apareció de inmediato. ¿Esta era Athena West?

Vaya.

Frente a una preciosa playa de arena, una belleza de piernas largas posaba con un traje de baño plateado que dejaba poco a la imaginación. El largo cabello dorado, que brillaba bajo los rayos del sol poniente, le caía sobre unos pechos que harían babear a cualquier hombre.

Con una mano, se sostenía en equilibrio. En la otra, sostenía una copa de champán. Su lengua parecía moverse seductoramente sobre su labio superior en una pose de «ven a verme cuando quieras».

Así que esta era la madrastra de Hannah Kaye.

La biografía decía que era modelo. Miranda se preguntó para qué. También decía que sus intereses eran el esquí, el buen vino y el *swinging*.

Espera. ¿*Swinging*?

Unos cuantos clics y vistazos más tarde, Miranda tuvo la respuesta. Charles y Athena Kaye eran miembros activos de un club de intercambio de parejas. Parecían frecuentarlo con regularidad. El club se reunía en varios complejos turísticos, casas de miembros y hoteles locales para realizar intercambios periódicos de pareja. Por una módica cuota mensual podías acostarte con quien quisieras del club.

Sintiéndose un poco mareada, Miranda se reclinó en su silla. No era de extrañar que a Hannah no le importara incluir a sus padres en su historial de empleo para *Exótico*. Sabía que a ellos no les importaba que trabajara en un club de estriptis. Por la actitud de Athena al teléfono, no parecía importarle lo que Hannah hiciera. Ni dónde estuviera.

Miranda tamborileó los dedos sobre su escritorio.

¿Había estado Hannah unida a su verdadera madre? Tres años no era mucho tiempo para superar la pérdida de un ser querido. ¿Era la desaparición de Hannah una llamada desesperada de atención de su padre? ¿Una forma de arremeter contra su madrastra *swinger*?

Más preguntas sin respuesta.

Un siseo provino de la esquina. El café. Se había olvidado por completo.

Intentando poner en orden todo lo que había averiguado, Miranda se dirigió a la cafetera y se sirvió una taza en otra bonita taza de gatitos.

Acababa de sentarse con ella cuando sonó su celular.

Miró la pantalla. Santiago. Santo cielo.

Mejor contestaba o podría enviar a alguien a romperle las piernas. —¿Hola?

—Usted dijo que me mantendría informado. —Su voz oscura le envió otro escalofrío.

—Dije que le avisaría cuando tuviera una pista.

—¿Qué significa eso? ¿Qué pasó con el *hombre*?

—¿*Hombre*?

—El novio que estaba investigando esta mañana. No he sabido nada de usted en todo el día, Miranda.

Tomándose su tiempo para responder, bebió un sorbo de café.

—¿Miranda?

—No es nuestro tipo.

—¿Nuestro tipo?

—No tiene nada que ver con la desaparición de Nitro.

Hubo una larga y gélida pausa. —¿Cómo lo sabe?

Soltó un largo suspiro. —Rompieron hace una semana. Tiene coartada para todo el tiempo que Hannah ha estado desaparecida. —Ciertamente no iba a darle los detalles. Y mucho menos que había involucrado a Chambers.

Casi podía oír el retumbar en el pecho de Santiago. No se lo estaba tragando. —Puedo enviar a alguien para que lo interrogue más a fondo.

Miranda podía imaginarse lo que eso significaba. Una visión apareció en su cabeza de uno de los lacayos de Santiago moliendo a golpes al pálido y flaco Marty Jenkins.

Y eso la encabronó. —¿Me está diciendo que no sé hacer mi trabajo?

—Si pensara eso, no la habría contratado.

—Entonces créame. El novio no estuvo involucrado.

Lo escuchó respirar durante un buen rato. Por fin dijo: —Muy bien. ¿Cuál es su siguiente paso?

Al menos lo había apartado del tema del novio. —Estoy haciendo algunas comprobaciones rutinarias. Aún no he terminado.

—¿Qué tipo de comprobaciones?

Apretó un puño y puso los ojos en blanco. —Hospitales, para empezar.

—¿Hospitales? ¿Cree que Nitro tuvo un accidente?

—Todavía no creo nada. Es algo que tengo que comprobar.

Tenía que quitárselo de encima. Era una pérdida de tiempo. No tenía nada más que darle y nunca lo tendría con él soplándole en la nuca de esta manera.

Pensándolo mejor, quizá la presión era justo lo que necesitaba.

De repente, recordó haber echado un vistazo a través de la cortina durante el espectáculo en *Exótico* la noche anterior y las piezas encajaron.

Tanto la bailarina alta llamada Dolly como la simpática bailarina llamada Crystal con el absurdo nombre artístico de Bambi habían afirmado que un hombre del público había venido a ver a Hannah, alias Nitro, todas las noches durante una semana.

Crystal dijo que estaba enamorado de Nitro. Babeaba por ella cuando actuaba. Dijo que era guapo. Dolly dijo que había visto a Hannah hablando con él en el estacionamiento. El tipo sonaba como el novio, excepto por la parte de guapo. Miranda había descartado eso. Había estado segura de que había sido el novio en el club. Pero Marty Jenkins no había estado allí. No la semana pasada, de todos modos. Había estado estudiando con su amigo de la carrera de Empresariales que estaba reprobando Cálculo.

Las palabras de Marty de esa mañana volvieron a ella. Hannah había roto con él la semana pasada. Le había dicho que había encontrado a otra persona.

—Creo que era un tipo que iba a verla al club.

Miranda había pensado que estaba mintiendo. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Marty no mentía.

Necesitaba más información sobre ese tipo de la mesa de primera fila. Alguien en el club debía de saber algo.

—Carlos —dijo al teléfono.

—¿Sí, Miranda?

—¿Puede reunir a su personal para una reunión esta noche?

—¿Para qué?

—Necesito interrogarlos. Será más rápido si están juntos.

—Muy bien. —Pareció aliviado de que ella estuviera tomando una acción que él podía entender—. ¿Puede venir al club temprano? Yo mismo me reuniré con ellos antes del espectáculo de esta noche. Mi charla de motivación mensual.

No podía imaginar a Carlos Santiago dando una charla de motivación, pero eso era irrelevante. —Allí estaré.

—La veré entonces.

Colgó y se giró hacia la pantalla de su computadora. Todavía no tenía nada sobre el hombre misterioso, más que una vaga descripción de él y su auto. Nada que pudiera buscar.

Pero para esta noche, lo tendría.

CAPÍTULO VEINTE

Parker salió de su oficina y se dirigió por el pasillo a lo largo de la zona de cubículos, con las sienes palpitándole. Durante seis horas había repasado esa lista de canales de televisión dos veces, llamando a cada uno de ellos, utilizando cada gramo de encanto que poseía para encontrar a cualquiera que pudiera haber llamado preguntando por Miranda, ya fuera después de su rueda de prensa en Las Vegas o del incidente en Lake Placid.

Una vez más, se había quedado con las manos vacías.

Recorriendo los pasillos con la mirada, se dirigió a la sala de descanso. La jornada laboral tocaba a su fin; los olores y sonidos del café recién hecho habían dado paso al siseo de las latas de refresco al abrirse, que a su vez habían dado paso al chasquido de las tapas de las computadoras portátiles al cerrarse y a un bostezo y un estiramiento antes de irse a casa.

Y, sin embargo, oyó voces al final de un pasillo.

Se metió por él, pasando junto a los cubículos vacíos hasta una esquina cerca del antiguo espacio de Miranda. Allí no había actividad. Le había dicho a Gen que convirtiera su cubículo en un almacén. No soportaba verlo.

Giró de nuevo y encontró a Dave Becker recostado sobre el borde del cubículo que pertenecía al detective Curt Holloway. Holloway tenía los pies sobre el escritorio.

Frente a Holloway, la detective Janelle Wesson estaba sentada en la silla de visitas, con sus bien torneadas piernas cruzadas a la altura de la rodilla. Llevaba un conservador traje sastre de un color celeste que iba bien con su largo cabello rojizo acanelado. La obstinada determinación que Wesson aportaba a sus casos se reflejaba en su

postura alerta. Era un rasgo que Parker fomentaba en sus empleados y que, a la vez, respetaba.

—Creo que tienes razón, Becker —dijo Wesson.

—¿Razón sobre qué? —preguntó Parker.

Los tres dieron un respingo al mismo tiempo. Dave metió las manos en los bolsillos de sus jeans. Wesson descruzó las piernas y se enderezó aún más en la silla.

Holloway bajó los pies y se ajustó el saco y la corbata. —Hola, señor. Becker se estaba quejando de que había llegado a un callejón sin salida con la tarea que usted le encomendó.

Parker estudió sus rostros. Ocultaban algo. Pero en ese momento no le importaba qué era. —Exactamente donde estoy yo también.

Dave bajó la cabeza como si estuviera avergonzado. —Qué bajón.

Parker se volvió hacia Dave. —¿Les ha contado lo que estamos haciendo?

—No todo.

Si dos cabezas pensaban mejor que una, cuatro eran aún mejor. Parker sacó el teléfono de Miranda de su bolsillo y buscó los insidiosos mensajes de texto.

Se lo entregó a Holloway. —Miranda empezó a recibir estos hace unos dos meses y medio. Estamos intentando encontrar a quien los envió.

Holloway tomó el teléfono y entrecerró los ojos para ver la pantalla. —Estos suenan bastante siniestros, señor. —Le pasó el teléfono a Wesson.

Sus cejas rojizas se fruncieron en seria consideración mientras estudiaba los mensajes. —Espeluznante.

Parker le quitó el teléfono y explicó el progreso, o la falta de este, que él y Dave habían logrado hasta el momento. —¿Tienen ustedes dos alguna idea que aportar?

Wesson se giró hacia él en su silla. —¿Se refiere a una teoría de cómo este tipo consiguió el número de teléfono de Steele?

Parker asintió.

Ella pensó un momento. —¿El sitio web de la Agencia?

—Dave ya ha revisado eso.

—No he encontrado ninguna actividad inusual —ofreció Dave—. Pero es difícil saberlo.

Holloway se apartó el mechón de pelo castaño claro que habitualmente le caía sobre los ojos. —Pudo haber sido un número equivocado.

Dave negó con la cabeza. —No tres veces seguidas.

—Pero pararon después del tercer mensaje, ¿no?

Parker respiró con paciencia. —Así es. Y tiene razón, Curt. Pudo haber sido un número equivocado. Estoy partiendo del peor de los casos.

Holloway asintió y se quedó en silencio.

Wesson alcanzó una lata de refresco en la esquina del escritorio de Holloway. —Aquí entra y sale gente todo el tiempo. ¿Y si simplemente entró?

—¿Te refieres a un cliente? —preguntó Holloway.

—O alguien haciéndose pasar por un cliente.

—¿Quieres decir que alguien podría haber entrado aquí y haberse acercado directamente al escritorio de Steele?

—O pedirle su número a Sybil.

Holloway frunció el ceño con incredulidad. —Eso presupondría un motivo bastante retorcido.

Wesson le devolvió el ceño fruncido. —Eso es lo que el señor Parker acaba de decir que estaba considerando. Además, esos mensajes de texto apoyan esa teoría. Si yo los hubiera recibido, estaría mirando por encima del hombro.

Algo que Parker sabía que Miranda no había hecho.

La mirada de Dave se perdió en la distancia. —¿Y si alguien iba a intentar sacarle dinero a Steele y se acobardó?

—Todas son teorías plausibles —dijo Parker—. Simplemente necesitamos averiguar cuál es la correcta.

—Simplemente —dijo Holloway con una sonrisa burlona. Luego, levantó la cabeza de golpe—. Oye, ¿no lleva Sybil un registro de visitas?

Parker asintió. —Tiene una hoja de registro, sí. Y un registro de llamadas. —Pero si Miranda hubiera recibido una llamada entrante

de un extraño, habría sospechado. Habría sido la primera pista que habría utilizado para rastrear esas llamadas.

Un visitante en persona con un motivo oculto era una posibilidad que no había considerado. Y con las docenas de clientes que habían pasado por las puertas de la Agencia en los últimos meses, podría ser una posibilidad viable.

Pero, ¿cómo podría un extraño acceder al teléfono de Miranda?

Había sido descuidada con él cuando recién tuvo su teléfono celular, pero una vez que se convirtió en una investigadora de pleno derecho, nunca se separaba de él. Nunca.

Excepto… Parker recordó una vez durante su convalecencia en que Miranda se había sentido inquieta y había venido obstinadamente a la oficina por un día. A pesar de sus protestas. Él había tenido razón. El esfuerzo había sido demasiado para ella y se había ido a casa… y había dejado su teléfono celular. Recordaba cómo le suplicaba que se lo llevara. Y él había fingido a propósito olvidarlo para que pudiera descansar. Había sufrido una herida de bala y casi había muerto. Necesitaba tranquilidad. La línea fija de la mansión era suficiente para las emergencias.

Había logrado mantenerlo alejado de ella durante dos semanas. Pero cuando ella amenazó con volver a la oficina para recuperarlo, se lo llevó a casa. Sonrió al recordar su alegría cuando se lo entregó. ¿Cuándo había sido eso? ¿Enero? ¿Febrero? Y entonces se le ocurrió otra idea.

Parker recorrió con la mirada las paredes del espacio abierto. —Hice instalar cámaras de vigilancia aquí hace algunos años, cuando desapareció algo de dinero.

—Todavía funcionan —se ofreció Dave—. He visto a Fry revisarlas de vez en cuando.

—Las de hace tanto tiempo podrían haber sido borradas.

—No lo creo. Tenemos un par de terabytes de almacenamiento.

—Vamos a revisar eso —le dijo Parker. Se volvió hacia Holloway y Wesson—. Mientras tanto, ¿podrían ustedes dos hablar con Sybil sobre sus registros?

Wesson se puso de pie. —Claro. Creo que todavía está aquí.

Holloway también se levantó de un salto, ansioso por ayudar. —La vi haciendo inventario en la parte de atrás. Podemos encontrarla.

Parker apreció su entusiasmo. —Gracias. Avísenme lo que averigüen.

—Lo haremos. —Holloway hizo un saludo militar y se fue con Wesson a buscar a la recepcionista.

Parker se giró para regresar al laboratorio con Dave. Estaba casi a la vuelta de la esquina cuando vio a Gen al final del pasillo. Se había cambiado la ropa de oficina por unos jeans y llevaba un top verde ajustado que resaltaba el rubio ceniza de su pelo corto. Su comportamiento seguía siendo cien por ciento profesional. A veces le recordaba tanto a su madre.

Gen llevaba una tabla con sujetapapeles en una mano. Holloway había tenido razón. Gen y Sybil se quedaban hasta tarde para hacer inventario de los suministros de oficina.

Ella miró su reloj y le lanzó una mirada burlona. —Papá, ¿qué haces aquí?

Enarcando una ceja, se detuvo frente a ella. —Trabajando.

Ella miró a Dave e hizo una mueca aún más extraña. —¿No quieres irte ya?

Le dedicó una sonrisa indulgente. —¿Por qué querría hacer eso?

—Ya sabes. —Movió los ojos hacia un lado y otro, y luego levantó la tabla con sujetapapeles al lado de su boca—. Esa *cosa* de la que hablamos.

No tenía ni idea de a qué se refería. Y por mucho que la quisiera, en ese momento estaba obstaculizando su progreso. —Lo siento, Gen. No sé a qué te refieres.

Ella puso los ojos en blanco y le susurró al oído. —Es noche de cita.

—¿Qué?

—Te organicé una cita para esta noche. ¿No recibiste mi mensaje de texto?

Parker sacó su propio celular. Al parecer, había estado tan absorto en su proyecto que se lo había perdido. Gen le había arreglado una cita en Tamarind Gardens a las siete y media de esa

noche. Su primera inclinación fue cancelar. Quería seguir adelante con esta nueva pista.

Pero la expresión de Gen le dijo que se sentiría muy decepcionada si lo hacía. Además, había aceptado la cita para empezar una nueva etapa. Y en ese momento, no le importaba si Dave lo sabía. O si a través de su esposa, Joan, la noticia llegaba a oídos de Miranda.

—¿Con quién me voy a encontrar en Tamarind Gardens? —le preguntó a Gen.

Ella lanzó otra mirada incómoda a Dave y luego dijo: —Es un secreto.

Parker enarcó una ceja. —¿Una cita a ciegas?

—Sí —repitió Gen, cruzando los brazos a la defensiva—. Una cita a ciegas. Creo que te agradará.

No era exactamente lo que esperaba, pero se negó a decepcionar a su hija.

Por el rabillo del ojo, Parker captó la expresión atónita de Dave. Ignorándola, se volvió hacia su empleado. —Dave, ¿puede empezar con ese proyecto mientras salgo por unas horas? Volveré más tarde.

—Yo… yo… —La mandíbula de Dave subía y bajaba hasta que salió de su conmoción—. Quiero decir, claro, señor Parker —dijo finalmente—. Le llamaré a Joan para decirle que llegaré tarde.

—Se lo agradezco. Avíseme en cuanto encuentre algo.

Dave asintió enérgicamente. —Así será, señor.

Parker se volvió hacia Gen. —¿Supongo que también te quedarás hasta tarde?

—El tiempo que sea necesario. Estamos atrasadas con el inventario.

—Entonces los veré a ambos más tarde. —Y con eso, Parker giró en dirección opuesta y se dirigió hacia la salida.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Tamarind Gardens había sido uno de los restaurantes favoritos de Miranda, pensó Parker mientras entraba al discreto vestíbulo del establecimiento.

Recordó que a ella le encantaban sus salchichas extrapicantes, mientras aspiraba el aroma a albahaca y jengibre de la cocina taiwanesa de cinco estrellas. Se preguntó si Gen habría tenido en cuenta su historia en ese lugar con su exesposa cuando planeó la cita.

Quizás esa había sido su intención.

El suave tintineo de la música del Lejano Oriente le recordó la risa de Miranda, lo felices que habían sido la última vez que estuvieron allí. Fue antes de Parker y Steele Consulting. Antes de Las Vegas. Y después de que Leon Groth se fuera. Una noche estrellada de mayo, se habían robado unas cuantas horas a solas, solo ellos dos, para celebrar nada en particular, excepto la alegría que habían encontrado el uno en el otro.

Si tan solo las cosas hubieran permanecido así.

—Señor Parker. Qué bueno verlo esta noche —dijo Chao Lao, el dueño, al salir por una puerta interior para recibir a Parker.

Parker le estrechó la mano. —Igualmente, Chao. ¿Cómo has estado?

—Bien, bien. ¿Y tú? —vestido con un traje oscuro de negocios tan finamente confeccionado como el que Parker se había puesto, Lao era uno de los empresarios más trabajadores que Parker conocía. Le tenía un gran aprecio.

—Estoy bien —le dijo Parker, tergiversando la verdad—. La Agencia está teniendo uno de sus mejores años.

—Excelente —Lao asintió y sonrió como si la vida personal de Parker no existiera, aunque debía saber algo de la ruptura de Parker. Parecía que todo el mundo lo sabía.

Parker agradeció la discreción.

Sin perder el ritmo, Lao señaló hacia el comedor. —Su acompañante lo está esperando. Por aquí, por favor.

Parker siguió al hombre a través de las filas de comensales hasta una de las mejores mesas. Estaba lo suficientemente lejos de la mesa que él y Miranda siempre habían compartido como para ser un gesto de tacto. De nuevo, Parker se sintió agradecido.

Pero cuando vio quién estaba sentada en la mesa, casi se echó para atrás.

Llevaba su cabello castaño rojizo recogido en un elegante moño y vestía un vestido de chifón gris oscuro, de estilo sencillo, sobre la figura alta y esbelta de una mujer que corría con regularidad. Una sola hilera de perlas adornaba su largo y delgado cuello. Elegante como siempre. Tal como había estado en cada evento social en el que la había visto. Al acercarse él, ella giró la cabeza y le clavó la mirada aguda de la abogada defensora de primera que era.

Wilhelmina Todd. La asociada de Antonio en Chatham, Grayson, and McFee.

Habían sido conocidos en el ámbito social durante años. Al parecer, Gen pensó que sería una buena pareja para él. Parker no estaba tan seguro.

—Hola, Wade —sonrió ella con su aire de confianza—. ¿Gen lo tomó por sorpresa con este… arreglo?

Él se deslizó en el reservado frente a ella mientras Lao le entregaba un menú y se retiraba en silencio. —Supongo que sí.

—Entonces puedo admitir que me siento tan incómoda con esto como debe sentirse usted —no parecía incómoda. Parecía tan fresca como una lechuga.

Aun así, su comentario lo hizo sonreír. —Es un gusto verla, Wilhelmina.

—Igualmente, Wade —ella extendió la mano sobre la mesa y le dio un cálido apretón de vieja amistad.

¿Cuánto tiempo hacía que la conocía? ¿Seis, siete años? Desde que Antonio empezó en el bufete. A menudo él había traído a casa historias de la joven y ambiciosa abogada que era tanto su rival como su colega. Ambos estaban ansiosos por llegar a ser socios algún día. Wilhelmina debía de andar por la treintena, como Antonio. Parker nunca había pensado en su edad.

—¿Cómo ha estado? —le preguntó.

—Oh, ocupada como siempre. Últimamente he estado trabajando en dos intentos de asesinato y un caso de narcóticos —nombró a uno de los acusados que había salido en las noticias.

Parker asintió cortésmente. No había visto mucha televisión en las últimas semanas.

—Además, Felicia está en su último año de secundaria. Se irá a la universidad el año que viene.

—¿De veras? Recuerdo cuando empezó la secundaria.

—El tiempo vuela, como dicen.

Pero los últimos años no habían sido fáciles para Wilhelmina. Había perdido una hija. Poco después de que Parker y Miranda se conocieran, Miranda encontró al asesino de la hija menor de Wilhelmina, Tiffany. Fueron días difíciles para la abogada. Fue cuando él se estaba enamorando.

«Incómodo» no era la palabra para describir esta supuesta cita. Tendría que hablar con Gen sobre su elección de acompañantes para él.

Abrió el menú. —¿Ordeno por los dos?

Ella le dedicó su sonrisa ganadora. —Qué caballeroso es usted. Algo con pollo, creo.

—Muy bien.

Eligió vino de arroz, una sopa de ostra y jengibre, y pollo con verduras en aceite de sésamo. Evitó los rollos de albahaca con pasta de chile que una vez compartió con Miranda, y especialmente la salchicha picante. No creía que Wilhelmina fuera el tipo de mujer para un plato con picante nivel tres.

Pocas mujeres lo eran.

Sirvieron la comida y comieron y charlaron sobre conocidos mutuos. Aunque Parker evitó mencionar al jefe de Wilhelmina, Oliver

Chatham. El socio principal del bufete era el padre adoptivo de Mackenzie. Hablar de él llevaría a hablar de Miranda.

La idea de los abogados le hizo darse cuenta de que tendría que ver a uno en breve. No sería Oliver, sin embargo, gracias a Dios. Grayson era el que se encargaba de los divorcios.

Mientras comía, Wilhelmina mantuvo la conversación con charlas triviales sobre eventos locales y conocidos en común. Parker revolvía los fragantes brotes de bambú en su plato. Recordó lo emocionada que Miranda se ponía siempre que él le presentaba un plato nuevo. Su historial culinario había sido limitado y había tantos sabores que aún no había experimentado. A él le había encantado darle de comer y ver su reacción. Wilhelmina no era el tipo de persona que se emocionara por una comida.

Y esa noche descubrió que no estaba de humor para comer.

Wilhelmina terminó su plato principal y se recostó con su taza de té. Tenía una mirada melancólica. —Hay un bufete de abogados en Londres que parece estar interesado en mi trabajo.

Esa noticia fue un shock. —Está muy lejos de casa. ¿Está pensando en aceptar un trabajo con ellos?

—Aún no lo he decidido. Y no me han hecho una oferta. Solo estamos en el baile preliminar, tanteándonos el uno al otro. Usted es la primera persona a la que se lo cuento.

Otra sorpresa. Pero de alguna manera se sintió halagado.

—Sería un desafío. Y después de que Felicia se vaya a la universidad, necesitaré eso.

Parker sabía a qué se refería. El trabajo lo mantenía cuerdo en ese momento. Y Wilhelmina había sufrido un divorcio de un marido infiel justo después de la muerte de su hija menor. Había tenido dos años difíciles.

Dejó su servilleta junto a su plato a medio terminar. —Tengo algunos contactos en Londres, si los necesita. No es que los vaya a necesitar.

Ella le lanzó una mirada irónica. —¿Eso es un rechazo, Wade?

Él se aclaró la garganta. Por supuesto, si Wilhelmina se iba a Londres, no habría oportunidad de seguir con una relación. Usualmente no era tan desconsiderado. —Para nada, yo…

Ella posó su mano sobre la de él. —Estoy bromeando.

—Sí, por supuesto —santo cielo, estaba fuera de práctica. Se sentía como un colegial torpe en su primer baile.

Su mirada se volvió penetrante. —No está siendo usted mismo esta noche, Wade. No es que nadie esperara que lo estuviera.

—Estoy bien —Parker se movió inquieto con su servilleta. Lo habían hecho tan bien evitando una conversación personal. No quería que eso terminara ahora.

Wilhelmina retiró su mano y apoyó la barbilla en la palma con un suspiro. —Uno se dice eso. Incluso se lo cree por un tiempo, pero es mentira. La verdad es que se necesita tiempo para sanar heridas tan profundas.

Ella e Isaiah Todd habían estado casados mucho tiempo. Su ruptura debió de haber sido insoportable para ella.

De repente, sus palabras parecieron abrir las heridas que Miranda había dejado en su corazón, haciéndolas sangrar y supurar de nuevo. La abogada tenía razón. Estaba lejos de estar curado.

Tuvo que admirar su honestidad.

Estudió sus inteligentes ojos marrones. Wilhelmina era una mujer atractiva. Una mujer maravillosa. En otro momento, podría haber habido algo entre ellos. Pero justo ahora… ella tenía razón. Él no estaba listo.

Wilhelmina tomó su taza de nuevo. —Lamento mucho que no funcionara para usted. Miranda es una mujer muy especial.

—Lo fue. Lo es. Es solo que…

—No tiene que hablar de ello. No quise entrometerme —agitando una mano en un gesto de desdén, tomó un sorbo de vino.

Parker reunió fuerzas. Ciertamente podía hablar de manera casual de su exesposa con una amiga. —No me molesta, Wilhelmina. De verdad, estoy bien.

Ella le dedicó una sonrisa de «claro que lo está». —Solo diré que admiro su valentía. No puedo creer lo que está haciendo ahora.

Parker se puso rígido. ¿Qué creía Wilhelmina que estaba haciendo Miranda? —Abrió su propia oficina de investigación.

—Sí, pero tomar a alguien así como su primer cliente… —sacudió la cabeza con incredulidad.

Parker se quedó helado. —¿Cliente? —no estaba seguro de qué clientes había conseguido Miranda. Se había dicho a sí mismo que no le importaba.

Wilhelmina se enderezó. —Oh, cielos. Usted no lo sabe, ¿verdad? Debería haberme quedado callada.

—No he estado al tanto de las actividades de Miranda.

—No, supongo que no lo estaría.

Hubo una pausa incómoda.

—¿Me va a decir quién es su cliente?

Parker nunca había visto una expresión tan avergonzada en el rostro de la elegante abogada. —No debí haber dicho nada.

—Pero ya que lo hizo…

Ella asintió en señal de resignación. —Es alguien de quien le hablé por primera vez hace más de un año. Carlos Santiago.

Parker dejó su bebida con un golpe sordo. —¿El narcotraficante?

—Es el único Carlos Santiago que conozco.

Parker sintió como si Wilhelmina acabara de dispararle en el pecho. Casi se dobló por la mitad. No solo por el shock de la noticia, sino por la rabia que estallaba dentro de él como una brecha en la presa Hoover. Mujer necia e irascible. Iba a conseguir que la mataran.

Justo como él sabía que pasaría.

Su primer impulso fue correr a la oficina de ella en esa parte olvidada de la ciudad y exigirle saber qué demonios creía que estaba haciendo. Su segundo impulso fue poner a Judd a vigilarla las veinticuatro horas. Su tercer impulso —el que vino después de varias respiraciones profundas— fue recordar que ya no le importaba lo que le pasara a Miranda Steele.

Si quería ser descuidada e impulsiva y tirar por la borda toda razón y cautela, era asunto suyo. Si, de hecho, conseguía que la mataran, eso también era responsabilidad suya.

Ya no era responsable de ella.

Se dio cuenta de que Wilhelmina le había estado hablando. No había oído ni una palabra. —Lo siento. ¿Qué dijo?

Ella lo repitió. Al parecer, Santiago había contratado a Miranda para encontrar a una bailarina desaparecida. Una chica que era

estudiante universitaria en Georgia Tech. Wilhelmina lo había oído de Antonio, quien lo había oído de Coco, quien lo había oído de Joan Becker. Joan había ido a ver a Miranda ayer por la tarde.

Con el pulso volviendo a la normalidad, Parker se fortaleció con el resto de su vino de arroz. Ansiaba algo más fuerte, pero no. No tenía intención de retroceder al estado en el que había estado después de que Miranda abandonara su matrimonio.

Pensó en la torpeza más que habitual de Dave hoy cuando le pidió que rastreara el origen de esos mensajes de texto en el teléfono de Miranda. Él debía de saber ya todo esto. No era de extrañar que hubiera estado tan incómodo.

Pensó en los secretos que había percibido esa noche entre Curt Holloway y Janelle Wesson. Ellos también lo sabían.

Dave Becker. Lo había dejado buscando en viejos videos a un hombre que podría haber visitado la Agencia Parker para llegar a Miranda. O a su teléfono.

Su determinación se volvió sólida como el granito. Encontraría a ese hombre. Le mostraría a Miranda Steele el peligro en el que se encontraba. Se lo demostraría.

Él tendría la última palabra.

—Lo siento, Wilhelmina —le dijo a su cita, si es que eso era realmente lo que había sido esta cena—. Pero necesito volver a la oficina.

Ella parpadeó sorprendida, pero su expresión cambió rápidamente a una de comprensión.

Se despidió y, sin hacer planes para otro encuentro con la abogada, pidió la cuenta, la pagó y abandonó el restaurante.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Eran poco más de las siete y cuarenta y cinco de la noche, aproximadamente una hora antes del espectáculo. Miranda recorrió con la mirada las dos docenas de pares de ojos, más o menos, que la observaban desde las sillas de felpa roja y las mesas con manteles blancos del salón de reuniones trasero del *Exótico*.

En las sillas se sentaba todo el personal del club. Empleados de cocina, meseros, meseras, anfitrionas, ayudantes de mesero, personal de seguridad. Todos vestidos con el negro universal de esos puestos. Además de las bailarinas, que llevaban jeans y una variedad de camisetas de todos los colores, que se mezclaban bajo la luz tenue de los elegantes apliques de pared.

La tensión en la sala casi podía olerse.

Todos parecían terriblemente incómodos, no solo por el tema de la reunión, sino porque probablemente no se les permitía estar en ese lugar reservado para los clientes más importantes, excepto en calidad de sirvientes.

La mayoría de los que no eran artistas eran hispanos. Amigos y familiares de Santiago y los miembros de su banda; de cabello oscuro y piel morena. Todo quedaba en familia.

Y por eso mismo, Miranda sabía que estarían dispuestos a ayudar. O al menos eso esperaba.

—Según Dolly y Bambi —les dijo después de que Santiago la presentara y les dijera que escucharan con atención y cooperaran—, había un hombre entre el público que parecía sentir una gran debilidad por Nitro.

Miranda cambió el peso de un pie a otro y observó los rostros nerviosos que la miraban.

En lugar de un atuendo glamuroso y reluciente, esa noche se había puesto su mejor traje. Un conjunto de falda y saco negros que era austero, oscuro y serio. Pensó que podría arrancarles respuestas a los empleados reacios a hablar, pero quizá era demasiado intimidante.

Antes de ir a casa a cambiarse, había terminado sus llamadas a los hospitales locales. Ninguna Hannah Kaye o Jane Doe que coincidiera con su descripción había ingresado en los últimos cinco días. El rastreador GPS del auto de Hannah tampoco había arrojado ningún resultado. Miranda lo había dejado funcionando, preguntándose si podría recuperar su dinero si al final no le servía de nada.

Así que, en ese momento, esta reunión era su mejor baza. Alguien allí tenía que saber algo sobre el hombre misterioso.

—Este hombre —continuó— siempre se sentaba en primera fila cuando Nitro actuaba. En el reservado número tres. Según los testigos, no podía quitarle los ojos de encima. Pero anoche, ese asiento estaba vacío.

Algunos de los empleados se miraron unos a otros con cautela. Para entonces, todos sabían que Hannah Kaye, alias Nitro, había desaparecido desde el jueves anterior. Estaban empezando a entender la escalofriante imagen que ella les pintaba.

—Este hombre tenía el pelo oscuro y rizado, y un bigote fino y oscuro, tipo lápiz. Podría haber estado manejando un sedán de color claro.

—¿Qué tipo de sedán? —quiso saber un hombre de brazos fornidos que estaba de pie en la parte de atrás.

Al menos alguien había hablado. —Mediano. No tenemos un modelo específico. —No quería sugestionarlos. Quería que ellos le dieran los detalles—. Lo que necesito saber es quién de ustedes sabe algo sobre este hombre. ¿Alguien sabe su nombre, por ejemplo? —Más valía apuntar a lo grande.

Un joven de cara ancha y con una redecilla sobre su pelo lacio y negro levantó una mano. —Yo no sé nada de este hombre —dijo con un marcado acento—. Pero sé que la señorita Nitro coqueteaba mucho con los clientes.

Unas risitas se extendieron por el grupo.

—Te quedas corta —murmuró una bailarina con el pelo rubio fresa recogido en trenzas sobre la cabeza.

Miranda la señaló. —¿Qué sabe usted al respecto?

—¿Yo?

—Sí, usted. Parece que tiene una opinión.

Con las mejillas sonrosadas, la bailarina miró al hombre de cara ancha. —Matias tiene razón. Nitro venía por la atención. Siempre estaba hablando con los clientes. Más de lo que se nos permite. —Lanzó una breve mirada a Santiago y su rostro pasó de sonrosado a carmesí.

Otra bailarina agitó una mano en el aire. —Es verdad lo que dicen, Sra. Steele. No sé nada sobre ese hombre en particular, pero había muchos a los que les habría encantado salir con Nitro. Ella les daba alas. Siempre necesitaba ser el centro de atención. Como dijo Ginger, ansiaba la atención.

Murmullos de asentimiento recorrieron el grupo.

Tenía sentido. Después de todo, Santiago le había dicho que los clientes adoraban el baile explosivo y de bomba atómica de Nitro. Miranda pensó en lo que había dicho la compañera de piso de Hannah, Bonnie. Ella era la callada y Hannah la parlanchina. Aparentemente, la cosa iba más allá. Miranda se preguntó si el anhelo de atención de Hannah tendría algo que ver con su nueva madrastra.

Señaló a los meseros. —¿Alguno de ustedes recuerda haberle servido bebidas a este hombre?

Se miraron unos a otros con cara de no saber nada y se encogieron de hombros. —Servimos a muchísima gente cada noche —dijo una joven de ojos hundidos con el ceño fruncido.

Un hombre a un lado de la sala dijo: —Yo no recuerdo a nadie en la primera fila que encaje con esa descripción.

—Yo no recuerdo a ningún hombre con bigotito —dijo otro.

Tomando aire lentamente, Miranda hizo acopio de paciencia. —Los testigos afirman que el hombre vino aquí todas las noches durante una semana entera. Seguro que alguien se fijó en él. —No

podían haber sido solo Dolly y Bambi, que por alguna razón no estaban en esta reunión. Y Yolanda tampoco, ya que estamos.

Insistió. —¿Quién está asignado a esa sección?

—Nos turnamos. Anoche le tocó a Javier.

Ayudaría si supiera en qué semana había estado el tipo. —¿Y el resto de esta semana y la pasada? ¿Y el mes entero?

El hombre de brazos fornidos que estaba en la parte de atrás levantó un dedo. —Puedo conseguirle esa información. Soy el jefe de sala.

—De acuerdo, gracias. Mientras tanto, ¿alguien sabe algo sobre este tipo?

Nadie dijo ni una palabra. Se estaban poniendo nerviosos. Era hora de empezar o no estarían listos para el espectáculo.

—¿Nadie?

Silencio.

Miranda estaba a punto de rendirse y dejarlos ir cuando un chico flacucho con orejas grandes, que apenas parecía tener edad para estar en ese lugar, levantó una mano. —He trabajado en esa sección, señora —dijo con una voz chillona que le recordó un poco a Marty Jenkins.

Miranda se puso una mano en la cadera. —¿Y?

—Creo que recuerdo a ese tipo. Siempre entraba temprano y se quedaba hasta tarde. Siempre se sentaba en el reservado tres. Recuerdo que pedía whisky irlandés, solo. Sin hielo, ni refresco.

Miranda contuvo la respiración. ¿Alguien que de verdad recordaba al tipo? ¿Estaba por fin llegando a alguna parte? —¿Qué más puede recordar?

—Como dicen sus testigos, estaba muy concentrado en el escenario. Especialmente cuando Nitro estaba en él.

Se le ocurrió una idea. —¿Pagaba con tarjeta de crédito? —Si podían rastrear eso, tendrían toda la información que necesitaba para encontrar al tipo.

Pero el mesero negó con la cabeza. —Siempre en efectivo. Y dejaba muy buena propina.

###

Miranda despidió al grupo y se dirigió a grandes zancadas hacia Santiago, que había estado de pie en silencio en la esquina todo el tiempo, observando el desarrollo de los acontecimientos. Bajo las luces tenues, el satén plateado de su camisa abierta jugaba con el oro de sus cadenas y anillos.

—¿Dónde está Yolanda? ¿Y Dolly y Bambi? —le espetó.

El rostro endurecido del gánster se endureció aún más. No estaba satisfecho con su falta de progreso. —Se están preparando para el espectáculo. Yolanda dijo que ya habían hablado con usted.

Eso no significaba que no tuvieran nada más que aportar. Pero ella sabía que era mejor no discutir con el narcotraficante. En lugar de eso, dio media vuelta y salió de la sala en dirección a la zona de camerinos.

Encontró a Dolly, Bambi y a la directora de escena en el despacho de Yolanda.

La habitación estaba llena de tul y satén y purpurina y perfume y laca para el pelo. Dolly y Bambi estaban de espaldas la una a la otra en la esquina, sobre una pequeña plataforma redonda. Yolanda estaba sentada en la plataforma, con alfileres en la boca, ajustando los cortos bajos de los trajes a juego.

—Ustedes tres se perdieron mi reunión —anunció Miranda bruscamente. No estaba de humor para juegos.

Los grandes ojos de Bambi se abrieron como platos. —¿Había una reunión?

Se estaba haciendo la tonta. Su modus operandi habitual, empezaba a darse cuenta Miranda. Se puso una mano en la cadera. —¿Qué les pasa? Una de sus compañeras de trabajo ha desaparecido, ¿y no quieren ayudar?

Dolly miró al techo como si Miranda no estuviera allí.

—Si hay por ahí un asesino loco, una de ustedes podría ser la siguiente.

Yolanda se sacó los alfileres de la boca y la fulminó con la mirada. —Ellas saben que no deben irse con un cliente que apenas conocen.

—¿Es eso lo que le pasó a Nitro, Yolanda? ¿Cómo sabe usted eso? ¿Qué es lo que no me ha estado contando? —La mujer estaba

ocultando algo. Miranda lo sabía.

Los ojos oscuros de Yolanda se endurecieron. Se puso de pie e hizo un gesto con la mano para que se fueran.

—Fuera de aquí, ustedes dos. Quiero hablar con la detective a solas.

Las chicas se miraron un momento y luego salieron corriendo sin una palabra de protesta.

Cuando la puerta se cerró, Yolanda le lanzó a Miranda una mirada de odio.

—Tiene mucho descaro al venir aquí a asustarlas. Ya están bajo suficiente presión.

—¿Qué tipo de presión? ¿Qué tipo de cosas tienen que hacer estas chicas?

—No es así.

—¿No lo es?

Yolanda rodeó su escritorio, se sentó y se giró hacia su computadora.

—No tengo tiempo para hablar con usted. Tengo trabajo que hacer. El espectáculo comenzará pronto.

Miranda cruzó el pequeño espacio pisando fuerte y golpeó el escritorio con las palmas de las manos con tanta fuerza que las colillas del cenicero saltaron.

—Me está ocultando algo, Yolanda. Dígame lo que sabe.

Yolanda dejó de teclear y se concentró en su paquete de cigarrillos. Tomó uno y lo encendió, sin duda deseando poder hacer desaparecer a Miranda con una bocanada de humo.

—¿Qué es lo que quiere, detective? —El sarcasmo goteaba de sus labios.

—Quiero saber sobre el hombre del cubículo número tres.

La mujer frunció el ceño de forma poco convincente.

—¿Cubículo número tres? No sé a qué se refiere.

¿Iba a hacerse la tonta, como Bambi ahora?

—Creo que sabe exactamente a qué me refiero.

Yolanda le dio una calada extra larga a su cigarrillo y sopló el humo por encima del hombro de Miranda, casi rozándole la cara.

—Muy bien. Sí sé sobre ese hombre.

—¿Quién era?

—Un cliente. Un admirador de Nitro.

—¿Su nombre?

Se encogió de hombros con despreocupación.

—Chuck, Bill, Sam. Todos son iguales.

No en este caso.

—Yolanda, ¿cuál demonios era su nombre?

Los ojos oscuros de Yolanda brillaron de ira.

—No sé su nombre. Todo lo que sé es que oí a las chicas hablar de él. Durante un tiempo vino todas las noches a ver a Nitro. Estaba loco por ella.

Nada que no hubiera oído ya.

—Continúe.

—Las chicas pensaban que estaba colado por Nitro. Así que una noche salí a verlo por mí misma. Eché un vistazo a través de la cortina y lo observé.

—¿Y?

Sacudió la ceniza en su cenicero.

—Y era verdad. Observaba cada uno de sus movimientos. Conozco esa mirada. Estaba completamente prendado.

Tenía razón. Este tipo era su hombre, pero una extraña sensación le carcomía las entrañas.

—¿Qué no me está diciendo, Yolanda? ¿Qué demonios hizo?

La mujer dejó el cigarrillo, se giró de nuevo hacia su computadora como si no tuviera nada más que decir.

—¿Qué, Yolanda?

Sus dedos se congelaron sobre el teclado. Durante un buen rato se quedó sentada allí. Entonces, por fin, llegó la confesión.

—Animé a Nitro a iniciar una relación con este joven.

Dios Santo.

—¿Con un extraño? ¿Alguien de la calle que podría haber sido un completo psicópata?

Y que probablemente lo era.

—Nitro era una chica inteligente. Sabía cuidarse sola.

—Aparentemente no.

Yolanda desvió la mirada, con la boca apretada. Miranda no estaba segura, pero parecía que la mujer estaba teniendo un remordimiento de conciencia. Insistió.

—¿Sabía que Nitro tenía novio?

Sus ojos brillaron de nuevo, esta vez de sorpresa.

—No, no lo sabía.

—¿Sabía que rompió con él por culpa de este tipo?

Sacudió la cabeza.

—No. No sabía nada de su vida personal. Excepto lo que concernía a este hombre del cubículo tres.

—¿Quién era?

—No lo sé.

—¿Un pariente? ¿Alguien a quien le pagó?

—No lo sé. Era un cliente. Un extraño. —Tomó su cigarrillo y le dio otra calada, con los dedos ahora temblorosos—. Nitro, era tan coqueta. Tan engreída. Ansiaba atención. Más que nadie que haya visto jamás.

—¿Y qué? ¿Acaso eso no la hacía buena en este supuesto trabajo? ¿No generaba dinero?

Una extraña expresión apareció en el rostro de Yolanda. Ira, amargura, arrepentimiento. Miranda no sabría decir cuál.

—Dolly merecía ser la estrella principal —dijo entre dientes—. Ella era la más popular antes de que llegara Nitro.

Ahora todo tenía sentido.

—¿Y Dolly es…?

Yolanda levantó la vista hacia Miranda, esta vez con lágrimas en sus ojos oscuros.

—Es mi sobrina. La hija de mi hermana de un tercer matrimonio. Nos desvivimos y ahorramos para enviarla a la universidad y luego la abandonó.

—Pensé que se había graduado de Tech.

—Eso es lo que le decimos a la gente. La verdad es que estuvo allí tres años y lo dejó. La presión fue demasiada. Y no creía que pudiera conseguir un trabajo sin un posgrado. No podíamos pagarlo.

Así que era eso. Tras el aplastante final de sus sueños de educación superior, Yolanda quería que su sobrina tuviera el puesto

estelar en el escenario. No iba a dejar que una advenediza se lo arrebatara. Era un caso de nepotismo de *strippers*.

Yolanda se llevó una mano a la cabeza.

—Nunca quise que le pasara nada malo a Nitro. Pensé que se enamoraría del cliente. Que se casaría con él, que quedaría embarazada. Se lo juro. No sé quién era ese cliente. Era solo un tipo.

Así que dejó que la bailarina se fuera con un tipo cualquiera y nadie sabía siquiera su nombre.

—Si el hombre del cubículo tres tiene a Nitro, esto es su culpa, Yolanda.

—Por favor, no le diga a Carlos.

—¿Decirme qué?

Miranda se giró y vio a Santiago de pie en la puerta de la oficina. Por impulso, decidió encubrir a Yolanda.

—Nada. Solo teníamos una pequeña charla de chicas.

La mirada amarga de Santiago le dijo que no creía ni una palabra, pero tenía otras cosas en la cabeza en ese momento.

Señaló a un joven a su lado.

—Él es Rafael Rodríguez. Tiene algo que decirle.

Miranda lo examinó. Otro joven empleado vestido de negro. Llevaba patillas y el pelo oscuro cortado en un atractivo flequillo sobre la frente. Sus profundos ojos marrones eran intensos.

—¿Qué pasa, Rafael?

Se inclinó hacia adelante al hablar, como un cantante que vierte su alma en su actuación.

—No sé quién es el hombre que busca, pero sé que estuvo aquí en el club.

El corazón de Miranda se hundió.

—Eso ya lo tenemos bastante claro.

Él negó con la cabeza.

—Eso no es todo, Sra. Steele. Recuerdo cuándo estuvo aquí.

¿Cuándo? Eso podría ser útil.

—¿La semana pasada?

Asintió.

—Sí. Y la semana anterior. Todas las noches.

Bien. Se atrevió a ilusionarse un poco.

—¿Qué tal el último jueves por la noche que Hannah trabajó aquí?

—Sí, también entonces. Salieron al estacionamiento varias veces esa noche durante los descansos de Nitro. Una vez la vi subir a su auto.

Justo como había dicho Dolly. La estrella actual del espectáculo debía estar pasando por un remordimiento de aúpa. Pero eso todavía no le daba a Miranda nada que pudiera usar para localizar al tipo.

Pensó un momento y luego se dirigió a Santiago.

—¿Tiene video del estacionamiento?

—Sí. De no muy buena calidad, me temo.

Sin duda pensó que no lo necesitaba con sus gorilas. Además, no querría que lo que sea que hicieran con los clientes revoltosos quedara grabado en un disco.

—Quizás podamos ver el auto en él. Llevará algo de tiempo revisarlo, pero si existe la posibilidad de que obtengamos una matrícula, podemos empezar a rastrear a este tipo.

De nuevo, Rafael negó con la cabeza vehementemente.

—Eso no le servirá de nada.

—¿Por qué? —ladró Miranda. Se estaba cansando un poco de que la contradijeran.

Levantó las palmas de las manos como si estuviera exasperado de que ella no le entendiera.

—Porque el hombre del cubículo tres ya no está en el auto.

Miranda se cruzó de brazos.

—¿Cómo sabe eso?

Rafael caminó de un lado a otro hasta la esquina y regresó. Miranda empezaba a pensar que era uno de los drogadictos de Santiago. A través de las paredes podía oír el fuerte golpeteo de la música rock. El espectáculo estaba a punto de empezar. No tenía tiempo para estas payasadas.

Rafael se giró y la fulminó con la mirada, con una expresión salvaje en los ojos.

—Porque cuando llegué a trabajar esta noche, lo vi.

—¿Vio qué? —Ya estaba harta de tanto histrionismo. Una declaración estrambótica más y le iba a decir al jefe que echara a este tipo.

Eso fue, hasta que de repente se dio cuenta de lo que el emotivo empleado estaba tratando de decir.

La miró con los ojos llorosos.

—El auto que pertenece al hombre del cubículo tres. Está estacionado a dos cuadras del club.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

La cuadra que Rafael había indicado estaba a una caminata demasiado larga por una serie de callejones serpenteantes, flanqueados por edificios de apartamentos y estacionamientos de aspecto siniestro. Varias farolas estaban rotas y, en algunas partes, la acera estaba completamente a oscuras. Pero con Santiago, el mesero, dos guardias y su fiel Beretta acompañándola, Miranda se sentía más segura que en su propia cama.

Y, considerando dónde vivía ahora, probablemente lo estaba.

Debajo de una hilera de olmos chinos, junto a un sombrío portón de hierro forjado, encontraron el auto.

Era un Hyundai, sin duda. Gris claro. De unos tres años, tal vez. Con una abolladura en el guardabarros trasero derecho.

—¿Estás seguro de que este es el vehículo? —le dijo Miranda a Rafael.

Él asintió. —Estoy seguro. Recuerdo la abolladura. Y el espejo. —Señaló hacia la ventanilla, a algo brillante en el interior.

A través del parabrisas, Miranda vio una pata de conejo colgando del espejo retrovisor. El tipo del reservado tres debía de ser supersticioso.

Sacó su teléfono, tomó una foto de la matrícula, luego rodeó el auto y echó un vistazo a la guantera a través de la ventanilla del copiloto.

Uno de los guardias cerró su enorme mano en un puño y empezó a quitarse la chaqueta para envolverla. —Podemos entrar por usted, Sra. Steele.

Ella levantó una palma. —No es necesario.

Forzar la entrada generaría demasiadas preguntas si la policía se involucraba. En cambio, Miranda metió la mano en el bolsillo para

sacar sus ganzúas. Después de su visita a la casa de Marty Jenkins, había decidido llevarlas consigo.

Sacó una de las delgadas varillas junto con una diminuta linterna. Mientras se acercaba a la cerradura del lado del copiloto, instintivamente, Santiago y los guardias le dieron la espalda y formaron un muro protector a su alrededor.

Deben conocer la rutina.

Se agachó, manipuló la cerradura y, después de uno o dos minutos más, la abrió. «Se me da cada vez mejor», pensó mientras usaba el faldón de su chaqueta para abrir la puerta.

Adentro, el aire estaba viciado y cálido por el calor del día, perfumado con el olor de un ambientador cítrico. Escaneó los asientos de cuero color crema con su linterna. Limpios, de aspecto nuevo. Ninguna señal de sangre que pudiera ver. Ningún signo de forcejeo.

De nuevo, usó su chaqueta para bajar el pestillo de la guantera.

Metió la mano en el espacio y sacó una pila ordenada de papeles. El tipo era pulcro. Revisó la pila. Mapas, folletos de lugares de interés locales, una entrada para un concierto y, finalmente… el premio gordo.

No solo la matrícula del Hyundai, sino una licencia de conducir genuina de Georgia.

Miranda quedó atónita ante su repentino golpe de suerte. ¿Por qué dejaría el tipo su licencia de conducir aquí?

Se quedó mirando la tarjeta. Por fin tenía un nombre.

Thomas Anthony Drew.

La foto era mala, como suelen ser las fotos de la licencia. Cabello oscuro y rizado que le caía hasta la línea de la mandíbula. Un bigote fino y oscuro bajo la nariz. Ahí terminaba el parecido con Marty Jenkins. Incluso con la foto granulada, podía decir que el tipo era guapo, como había afirmado Crystal. Y este hombre era musculoso. Tipo fisicoculturista de hombros anchos, diría ella. Se mantenía en forma.

Revisó el resto de la información. La fecha de nacimiento lo situaba en sus treinta y pocos.

Una vez más entrecerró los ojos para ver la foto. Había algo vagamente familiar en ella, pero no podía precisar exactamente qué era.

Guardando los papeles, cerró todo, fue a la parte de atrás y revisó la cajuela. No había nada más que una llanta de repuesto y un gato.

Al mirar el compartimento vacío, su estómago se revolvió con una sensación nauseabunda y nerviosa. Si el auto de Thomas Anthony Drew estaba aquí y limpio, ¿qué había pasado con el de Hannah? ¿Se la llevó en él? Si era así, necesitaba encontrarlo. Rápido.

Por lo bajo, maldijo su lento rastreador GPS.

Santiago debió de leerle la mente. Se dio la vuelta, estiró el cuello para echar un vistazo a la licencia que ella todavía tenía en la mano. Un estruendo surgió de lo profundo de su pecho. No costaba mucho darse cuenta de que Hannah Kaye, alias Nitro, podría estar en serios problemas.

Con los ojos brillando oscuramente, Santiago le puso un dedo en la cara. —Encuentre a mi bailarina, Miranda Steele —exigió.

De alguna manera, tenía que hacer precisamente eso.

###

Al menos ahora tenía más posibilidades de cumplir la orden de Santiago que antes. Apresurándose a casa con la nueva información, Miranda se sentó en su mesa plegable y revisó el rastreador GPS que había dejado funcionando en su laptop.

Setenta y dos por ciento.

Maldita sea. A este ritmo, para cuando encontrara el auto de Hannah Kaye, estaría lista para jubilarse.

Resistiendo el impulso de escribir un correo electrónico furioso a los creadores de la aplicación, abrió una nueva ventana y comenzó a buscar más información sobre Thomas Anthony Drew.

Esta vez obtuvo resultados más rápidos. Después de solo un minuto, tenía varias páginas de datos. Revisó los detalles en la primera pantalla.

Sin antecedentes penales. Ningún arresto en absoluto. Drew había vivido en la misma dirección en un apartamento de un edificio

alto en Ponce de Leon durante los últimos tres años. Trabajaba para Phelps Supply Company en Decatur como conductor de camión.

¿En serio? ¿Qué hacía alejado de la carretera y yendo a un club de *striptease* todas las noches durante las últimas dos semanas? ¿Había perdido su trabajo? Quizás era un conductor local.

Pasó a la página siguiente. Ningún registro de matrimonio. Ningún registro de familia de ningún tipo. ¿Y luego? Nada. Presionó la flecha hacia abajo varias veces, pero el resto de la página estaba en blanco.

Quizás esta aplicación no era tan buena como había pensado.

Abrió otra que aún no había usado. Esta era realmente cara, así que más le valía darle algo bueno. Tuvo que tomar los números de identificación de la otra pantalla. Y tuvo que consultar el archivo de Ayuda varias veces. Pero después de veinte minutos de tejemanejes electrónicos, encontró una única cuenta a nombre de Thomas Anthony Drew. Una pequeña suma en un banco local que no se había tocado en tres años.

¿Qué demonios? ¿De qué vivía?

Se reclinó y se frotó los ojos. ¿Estaba viendo visiones? Antes de hace tres años, parecía que Thomas Anthony Drew… no existía.

Un escalofrío gélido la recorrió.

Recordó estar sentada en una silla en la oficina del gerente de un asilo de ancianos en Evanston, Illinois, unas semanas atrás. Ella y su compañero, un detective de la policía, habían estado buscando al sospechoso en el caso de Lydia Sutherland.

Creían haberlo encontrado, pero los registros del hombre en el asilo habían sido falsificados. Había resultado ser un hombre de noventa y un años.

Se agachó y se quitó la pulsera que se había abrochado en el tobillo la otra noche. La luz captó el brillo opaco del dije en forma de corazón. Miranda se quedó mirando las iniciales.

A.T. Adam Tannenburg. El amante de Lydia Sutherland.

Tannenburg, el hombre que había estado buscando, le había transferido su identidad al hombre del asilo y había desaparecido. ¿Alguien había tomado prestada de manera similar la identidad de Thomas Anthony Drew?

La idea hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Sintiéndose de repente helada, se frotó los brazos e intentó sacudirse la sensación.

Al menos ahora tenía datos. Tenía un lugar de trabajo y una residencia. Los investigaría ambos por la mañana. Fuera quien fuese Thomas Anthony Drew, lo encontraría.

Se puso la pulsera en la muñeca, imprimió su investigación y apagó la laptop. Recogió todos sus papeles, los guardó en su maletín para la mañana y se fue al dormitorio. Sus esperanzas comenzaron a aumentar.

Ignorando la información faltante de tres años atrás, no había nada en todo lo que había encontrado sobre Thomas Anthony Drew que indicara que fuera un tipo raro. Tal vez se había enamorado de verdad de la explosiva Nitro. Probablemente había una explicación razonable para el lapso en sus registros. Problemas con sus aplicaciones, probablemente. Y tal vez Hannah Kaye se había ido con Drew para una aventura, como había dicho Crystal en el club. Quizás habían volado a Las Vegas para casarse y estaban ahora mismo de luna de miel. Eso era lo que Yolanda había esperado.

Podría haber sucedido.

Todo podría salir bien. Y con suerte, encontraría a Hannah Kaye y la tendría de vuelta en clase mañana. O al menos sabría dónde estaba y dónde había estado todo este tiempo.

Apartó las sábanas, se metió en la cama y apagó la luz.

Sí, todo estaría bien. Si había habido un fallo en esos datos. Si su interpretación optimista era correcta. Si la insistente corazonada en sus entrañas estaba equivocada.

Y si la bailarina todavía estaba viva.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Parker se recostó en la silla que rechinaba junto al escritorio de Dave Becker en el laboratorio de la Agencia y se frotó los ojos cansados con ambas manos. Le dolían los músculos de la nuca. Se sentía tieso como el cemento.

Él y Dave habían revisado horas de grabaciones de las cámaras de vigilancia instaladas en la oficina. Ahora, en el gran monitor de pantalla plana de Dave, se mostraba la sección del grupo de cubículos cerca del escritorio de Miranda. Parker la había estado mirando hasta que los tonos azul pálido de la decoración de la oficina se habían fundido en una mancha grisácea. Ambos se habían quedado insensibles escuchando el zumbido constante del ruido de la oficina.

Pero habían visto poca actividad.

De vez en cuando, un trabajador pasaba, se detenía a charlar y seguía su camino. Una hora después, otro pasaba de camino al baño. Unos minutos más tarde regresaba. A la hora del almuerzo, había un torbellino de actividad. Luego, la pantalla volvía a su imagen estática.

Era la más tediosa de las tareas mortalmente tediosas.

Hasta el momento, solo habían aparecido empleados de la Agencia en la grabación. Nadie que Parker no conociera personalmente hasta cierto punto. Nadie en quien no confiara. Nadie que hiciera algún movimiento sospechoso.

Temía que hubieran llegado a otro callejón sin salida.

Parker miró la hora en la esquina de la pantalla. Pasadas las once. Estaba matando a sus empleados de tanto trabajo. ¿Y para qué?

—¿Comió algo? —le preguntó a Dave.

El cuerpo de Dave salió bruscamente de su concentración ante la pregunta. Le dirigió a Parker una mirada tímida y se encogió de hombros.

—Sí, señor. Comí algo cruzando la calle mientras usted estaba… afuera.

La cita para cenar de Parker con Wilhelmina Todd ya se había desvanecido en un recuerdo lejano, pero podía ver que Dave deseaba preguntar al respecto. Se alegró de que su empleado fuera lo suficientemente discreto como para contener su curiosidad.

Parker se levantó para estirarse, luego tomó el saco y la corbata que había dejado sobre el respaldo de una silla cercana.

—Quizás es hora de dar por terminada la noche.

Dave se recostó, observando una imagen en la pantalla que se movía lentamente entre los cubículos.

—Me pregunto algo, señor.

—¿Qué cosa?

—Quizás estamos buscando en el período de tiempo equivocado.

Habían acordado centrarse en el horario normal de oficina. El momento en que los clientes pasaban para sus citas. Habían esperado encontrar a alguien merodeando por el escritorio de Miranda… en algún momento durante el día.

Habían comenzado con las grabaciones de casi un año atrás, a principios de octubre del año pasado, cuando Miranda había ido a Lake Placid, y habían trabajado a partir de ahí. Su escritorio había estado vacío la mayor parte de los meses siguientes. Ella había estado convaleciendo de las graves heridas que había sufrido en el noreste.

—Este es el período de tiempo con la mejor oportunidad para acceder al teléfono de Miranda —le recordó Parker a Dave.

Ella había venido a la oficina en enero de ese año para una jornada de medio día, lo que había resultado demasiado para ella. Había dejado su teléfono en su escritorio por error. Queriendo que se quedara en casa y no pensara en el trabajo, Parker no se lo había llevado. Había permanecido en el cajón de su escritorio durante dos semanas.

Con el ceño fruncido, Dave asintió.

—Sí, tiene razón.

Parker se colgó el saco y la corbata del brazo.

—Paremos por esta noche. No venga mañana antes de las once. Lo quiero fresco.

—De acuerdo, señor —pero había un tono distante en la voz de Dave. Estaba de nuevo en su teclado.

Cansado, Parker frunció el ceño.

—¿Qué está haciendo?

—Solo estoy probando algo.

Parker estaba considerando ordenarle que se detuviera cuando llamaron a la puerta.

—¿Hay alguien aquí?

—Claro que está. Becker vive aquí adentro —Janelle Wesson entró con sus largas zancadas en la habitación, seguida por Curt Holloway.

Parpadeó cuando vio a Parker de pie junto al escritorio de Dave.

—Oh, hola, señor. Pensé que se había ido.

—Lo hice. Regresé.

Wesson se cruzó de brazos, cohibida, todavía con su traje azul huevo de petirrojo. Holloway todavía llevaba su saco sport y corbata.

Junto a él estaba Sybil, su recepcionista. Se había cambiado su atuendo habitual, sedoso y a la moda, que usaba en la recepción por unos jeans y una camiseta ajustada con una pintura artística de un caballo azul en el frente. Su cabello castaño y rojizo estaba recogido con una flor artificial a juego. Olía como si acabara de refrescar el caro perfume que le gustaba usar.

A pesar de su vestimenta, los tres parecían desaliñados y cansados, con ojeras crecientes bajo los ojos.

Debería darles a todos el día libre mañana y dejar que volvieran a sus tareas normales al día siguiente. Esto había sido un ejercicio de total futilidad. De ahora en adelante, trabajaría en este caso solo. Si quería perder el tiempo, solo perdería el suyo.

—¿Por qué siguen todos aquí? —les gruñó.

Holloway señaló con el pulgar a la recepcionista.

—Sybil nos ha estado ayudando a revisar los registros, señor.

—¿Han encontrado algo?

—No, señor. Ninguna llamada extraña. Ningún visitante extraño. Eso es lo que vinimos a decirle —los hombros de Holloway se desplomaron.

—Lo siento, señor —dijo Wesson.

—De verdad lo siento —repitió Sybil.

Santo cielo, no era su culpa. No era culpa de nadie. Si la persona que buscaban no estaba en los registros, no estaba en los registros.

—Vámonos todos a casa —dijo Parker, anhelando su cama y cambiando de opinión sobre esa copa fuerte antes de acostarse.

—Espere. Creo que podría tener algo aquí.

Holloway se volvió hacia Dave.

—¿Qué, Becker?

Wesson se movió detrás de la silla de Dave y miró la pantalla.

—¿Eso es de esas cámaras de vigilancia?

—¿Qué es eso? —quiso saber Parker.

Pero podía verlo por sí mismo. El área alrededor del escritorio de Miranda estaba en la pantalla. La misma grabación que habían estado viendo durante horas. Pero la iluminación era diferente esta vez.

—Hemos estado mirando el horario normal de oficina —dijo Dave, su voz llenándose de una emoción infantil—. Pero pensé en probar un poco más tarde en la noche. Esto es de las ocho de la noche.

Parker entrecerró los ojos hacia la pantalla, sintiendo como si le estuvieran jugando una mala pasada.

Una figura grisácea estaba de pie en la entrada del cubículo de Miranda. Llevaba algún tipo de uniforme. Parecía estar estudiando la placa con su nombre. Después de unos momentos, entró directamente en el espacio de trabajo. El ángulo de la cámara era agudo, mucho quedaba oculto detrás de la pared del cubículo, pero era evidente lo que el hombre estaba haciendo. Rebuscando en los cajones del escritorio de Miranda.

Cuando encontró lo que buscaba, la sonrisa en su rostro era tan clara como el sol de mediodía en Mercurio.

Como también lo era lo que tenía en la mano: el celular de Miranda.

Hizo algo con el dispositivo, luego se agachó para que no se le viera. Un momento después, salió de su cubículo y desapareció por la esquina lejana.

Había tomado el número de teléfono de Miranda.

Él era el indicado. Dave lo había encontrado.

Holloway le dio una palmada en la espalda a su colega.

—¡Así se hace!

—Buen trabajo, Becker —intervino Wesson alegremente.

Pero Sybil se llevó una mano a la boca y soltó un chillido mientras miraba la pantalla con los ojos muy abiertos.

—Lo conozco. Es Gabriel.

—¿Quién? —preguntó Parker.

—Gabriel, señor. No sé su apellido. Es del personal de limpieza.

—¿Personal de limpieza?

—Vienen por la noche. Sacuden el polvo, vacían la basura, riegan las plantas, ese tipo de cosas.

Por supuesto. Parker pensó un momento.

—Con la administración del edificio.

—Sí, señor. Tengo que admitir que siempre pensé que era un poco raro.

—¿A qué se refiere, Sybil?

—No lo sé. No lo veía muy a menudo, a menos que trabajara hasta tarde. Pero cuando lo veía… simplemente no me gustaba cómo me miraba.

Parker asintió. En ese momento no le gustaba nada del hombre. Tenía que averiguar más sobre él. Parker había alquilado este piso a Gypsum Management durante años y tenía una buena relación con el director, pero sus oficinas estarían cerradas a esta hora.

—Seguiré con esto mañana —dijo—. Dave, ¿puede ampliar la imagen de ese hombre?

Los dedos de Dave volaron sobre su teclado, tecleando sin parar. Rebobinó la grabación, la pausó justo antes de que el hombre entrara en el cubículo de Miranda. Presionó más teclas y el rostro y los hombros del hombre llenaron la pantalla. Pero la imagen estaba granulada.

—¿Puede hacerla más clara?

Dave intentó más magia de teclado, pero la imagen permaneció igual. Sacudió la cabeza.

—No con esta resolución, señor.

Debería haber invertido más en el equipo. Esto tendría que bastar.

—Imprímame una copia de eso.

—A la orden, señor —granulada o no, Dave estaba obviamente encantado con su hallazgo.

Parker se recordó a sí mismo felicitar a su empleado.

—Este es un excelente trabajo, detective. Un trabajo excelente.

Las mejillas del pobre hombre se enrojecieron como una señal de alto.

—Gracias, señor. Solo hago mi trabajo.

—Más que su trabajo. Como todos ustedes lo han hecho esta noche. Y ahora que hemos logrado algún progreso, vámonos a casa.

—Buena idea —rió Holloway—. Vamos, Becker. Vayamos todos a tomar una cerveza para celebrar.

Apagando su computadora, Dave negó con la cabeza.

—Será mejor que pase o Joanie me despellejará.

—Gallina —bromeó Holloway. Se volvió hacia Parker—. ¿Le gustaría ir, señor?

—No, gracias, Curt. Necesito ir a casa —y aunque no había nadie en casa para regañarlo por quedarse fuera hasta tan tarde, y su cama estaría vacía, sin embargo, la anhelaba.

Mañana iba a tener un día ajetreado. Si podía localizar a este hombre de mantenimiento, podría tener las respuestas que había estado buscando durante semanas.

Mientras sus empleados salían, Parker fue a la impresora, tomó la foto del hombre llamado Gabriel y la estudió un momento.

Era un hombre apuesto. Hombros anchos, parecía estar en la treintena. Un mechón de cabello rubio sucio y desgreñado sobresalía de debajo de su gorra.

La imagen le recordaba a alguien. Pero Parker no podía pensar en quién. No estaba familiarizado con el personal de limpieza.

Se puso el saco, dobló el papel y lo guardó en el bolsillo. Colgándose la corbata alrededor del cuello, se dirigió a la salida

trasera.

Se saltaría la copa por esta noche, decidió. No la necesitaba ahora. Era increíble cómo un poco de progreso en un caso podía levantar el ánimo.

Pero cuando llegó a la escalera, su memoria se activó.

La imagen del hombre de la limpieza que había tomado el número de celular de Miranda coincidía con la imagen en su mente del sospechoso en su último caso. O más bien, el caso de Miranda. El caso sin resolver en el que había trabajado en Chicago.

Nunca había visto una foto del hombre, por mucho que intentaron encontrar una. Pero la descripción era la misma. Apuesto. Constitución musculosa. Cabello rubio, largo y desgreñado. Tendría poco más de treinta años ahora. Había sido el interés amoroso de la víctima en el caso, una estudiante de arte de veinte años llamada Lydia Sutherland. La policía lo había interrogado por su muerte.

Miranda había intentado localizar al sospechoso, pero fue en vano. Después de la muerte de su madre en un incendio que había destruido la finca familiar, el joven había desaparecido por completo.

Y Parker sabía por qué.

Pero no sabía dónde estaba el hombre ahora o qué tenía que ver con un hombre de la limpieza que trabajaba para Gypsum Management. Probablemente era solo una coincidencia.

Con toda probabilidad, este hombre llamado Gabriel no tenía nada que ver con Adam Foster Tannenburg.

Y, sin embargo, el parecido en su mente persistía. Y mientras llegaba al estacionamiento y subía a su auto, Parker no pudo evitar sentirse inquieto por la imagen.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Habiendo terminado por esa noche, subió los chirriantes escalones hacia el área principal de la casa de cuarenta años que había encontrado en el bosque, satisfecho con lo que había logrado.

Era tarde, pero no tenía hambre.

Entró en la cocina y se lavó la sangre de las manos. Luego se sirvió una copa de vino y tomó una bolsa de hielo del congelador. Llevando ambas cosas a la pequeña sala, encendió el reproductor de MP3 que estaba sobre la austera repisa de la chimenea y sonrió ante el encantador sonido que emitía.

Mozart. El concierto para clarinete en la mayor. Uno de sus favoritos.

Se acomodó en el viejo sillón reclinable con olor a moho cerca de la chimenea y bebió un sorbo de la copa de vino. Dejó que el líquido danzara sobre su lengua; su agudo sabor cítrico le agradó. Había elegido bien. Un rioja blanco de España, cuyo linaje se remontaba a los fenicios. En su elección de bebidas, era un purista.

Igual que lo era con sus proyectos.

Inhaló profundo, pero el aire de aquel lugar era nauseabundo. Frunció el ceño al ver el moho que crecía a lo largo de los zócalos. Era solo una vivienda temporal, se recordó a sí mismo. Pronto se marcharía.

Este proyecto estaba casi terminado.

Se colocó la bolsa de hielo contra su adolorida mandíbula. El lugar sensible donde ella lo había pateado con esas largas y fuertes piernas. Le había hecho pagar caro por esa afrenta. Y, en respuesta, los alaridos que le helaban la sangre a uno eran tan encantadores a sus oídos como las notas de esta sinfonía de Mozart.

Intensamente satisfactorio.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras las alegres notas del *allegro* del primer movimiento lo envolvían. Dirigió la orquesta con la mano por un momento hasta que comenzaron los tonos profundos y ricos del clarinete. Una de las mejores piezas de Mamá. Ella lo había obligado a aprenderla también.

Se parecían tanto a tocar el clarinete, sus proyectos.

Había que saber exactamente cómo encajaban las articulaciones, cómo girarlas, cómo colocar los dedos y la lengua para obtener el tono, la afinación y el timbre correctos. Podía tocar sus cuerpos tan bien como alguna vez tocó su propio instrumento. Podía llevar sus chillidos y lamentos a través de todos los registros a voluntad.

El bajo chalumeau, el estridente clarín, el agudo altissimo, su favorito. Y la calidad siempre estaba rebosante de terror impotente.

Se rio entre dientes. A estas alturas era todo un experto.

Pero mientras se reajustaba la bolsa de hielo contra la mandíbula adolorida, la ira volvió a hervir dentro de él. ¿Cómo se atrevía a patearlo?

Sí, se lo había hecho pagar. Ya no pateaba. Se había desmayado por el dolor de su castigo. Pero eso no borraba los recuerdos.

El modo en que él solía desmayarse cuando Mamá lo castigaba.

A lo largo de su espalda todavía podía sentir la textura afelpada de la colcha donde ella lo hacía acostarse desnudo. Sentir las lágrimas en su garganta que se tragaba, sabiendo que solo sería peor si hacía algún ruido. Oler el aroma nauseabundo del aceite de fresa que ella siempre usaba cuando se acercaba a la cama.

Ella comenzaba con el clarinete. Acariciando, tentando su miembro hasta que ardía de vergüenza.

Recordaba su sonrisa torcida, el deleite en sus ojos ante el acto antinatural. El dolor atroz que recorría su cuerpo cuando lo agarraba entre las piernas y apretaba, y apretaba, y apretaba.

Él gritaba, por supuesto. Ya no podía contenerse más. ¿Qué niño podría?

Eso siempre la enfurecía tanto. Tanto.

La ira traía consigo las palizas. Despiadadas. Implacables. Una y otra vez lo golpeaba y lo hurgaba con su batuta de directora. Le provocaba verdugones que ardían, le abría la piel, lo hacía sangrar.

Terminaba quedándose dormido llorando en el oscuro armario donde lo encerraba después de haber terminado con él.

Pero nada de eso importaba ahora, ¿verdad? Por supuesto que no.

A ella también se lo había hecho pagar.

Y continuaba haciéndoselo pagar con cada puta que encontraba y que tomaba su lugar. Todas eran como Mamá. Rubias, encantadoras y seductoras.

Y todas estaban muertas.

Les había hecho lo que ella le había hecho a él. Y peor. Mucho peor. Y luego había acabado con ellas.

¿Y esta? ¿La del sótano de esta casa inmunda?

No le quedaba más de un día. Estaba seguro de ello. Podía estimar la hora de la muerte con bastante precisión después de tantos años de práctica.

Sabía cómo deshacerse de un cuerpo. *Él* le había enseñado eso. Pero había descubierto que no siempre era necesario si uno era cuidadoso. Y él siempre era cuidadoso. Meticulosamente cuidadoso. Tan minucioso y detallado como lo era al diseñar el castigo para estas putas.

Putas. Eso es lo que eran. *Él* también le había enseñado eso. Todavía podía oír su voz áspera graznando las palabras esa noche que lo vio follar y matar a la que se suponía que era suya.

Le había dicho lo que ella era esa noche.

—Puta. Puta. Puta.

Con las palabras resonando en su cabeza, gimió y empujó el recuerdo de vuelta al pasado, donde pertenecía. El vino hizo que sus pensamientos se desviaran. Ya no tan atrás. Solo a un año de distancia.

Al octubre pasado.

Acababa de terminar un proyecto y estaba en la sala de la casa que había elegido, muy parecida a esta. Se estaba acomodando frente al televisor con caviar y un clarete para celebrar la finalización de otro trabajo bien hecho.

Y entonces salieron las noticias.

Lake Placid. Una competencia de patinaje. Un tiroteo. Un desastre espantoso. Había gente muerta.

Y entonces la pantalla mostró la foto de una de las víctimas, un hombre con uniforme de policía, tomada hacía años.

Su pecho se había contraído por la conmoción.

Era *él*. *Él*.

Con su uniforme. Tal como lo recordaba. Estaba muerto.

Luego mostraron a alguien siendo sacado del estadio en una camilla. Había mirado la imagen, estupefacto. Su corazón comenzó a arder y a latir con un recuerdo doloroso y violento.

Era ella. Ella lo había matado.

Nunca esperó volver a verla. Nunca pensó que la encontraría. Nunca tuvo la intención de hacerlo. Ese no era su plan.

¿O sí?

No podía ignorarlo. Era como si el destino se la hubiera entregado, la hubiera puesto directamente en sus manos. Escuchó con atención los detalles de la transmisión. Dijeron que trabajaba para una agencia de detectives privados en Atlanta, Georgia. Y que podría no sobrevivir.

Inmediatamente viajó a Lake Placid. Fue al hospital, intentó entrar a verla, pero había demasiada gente.

En lugar de eso, esperó y observó.

Y después de un tiempo, ella se recuperó y se fue a casa. Y cuando lo hizo, él la siguió. Y observó un poco más. Ella entró en rehabilitación y finalmente regresó a su lugar de trabajo.

Aprendió todo sobre ella. Dónde vivía. Con quién estaba casada. Sus amigos. Sus colegas. Sus rutinas.

Pasaron los meses y ella comenzó a viajar con su esposo. De nuevo la observó en la televisión, mientras un plan se formaba en su mente.

Pensó en su imagen en la pantalla durante su conferencia de prensa en Las Vegas. Su cabello oscuro y rebelde, el azul de sus ojos, la forma de su cuerpo bajo el traje profesional, su postura segura.

Se había vuelto fuerte, audaz.

Pero a los fuertes se les puede debilitar. Y nadie podía debilitar a una puta como él. Ya podía oír sus gritos. Sentir cómo se estremecía con un dolor electrizante. Ver la forma de sus labios mientras le suplicaba que se detuviera. Pronto. Pronto.

Ahora, después de tanta espera, después de tanta observación, su plan para ella estaba a punto de dar fruto por fin.

Por supuesto, su separación del marido le había puesto un palo en la rueda. Pero eso solo le había hecho idear uno mejor. Uno que los destruiría a ambos con su agonía.

Se rio entre dientes y alargó la mano hacia su copa de vino. Era un deleite perseguirla, sería un deleite aún mayor capturarla. Lo mantenía alerta. Casi sería una lástima acabar con ella. Pero no del todo.

El dolor en su mandíbula estaba disminuyendo, aliviado por saber que pronto estaría en sus manos. Inhaló profundamente, anticipando las cosas que le haría. Este sería su mayor proyecto de todos.

Su gran final. El último movimiento.

Por fin la tendría. Y cuando terminara con ella, él habría terminado para siempre.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Unos pasos la seguían.

Pasos silenciosos que, más que oír, sentía en cada nervio. Estaban detrás de ella. Acercándose más y más.

Bajó estrepitosamente por la escalera. Un tramo tras otro, y otro. El corazón le martilleaba en los oídos como un mazo rompiendo un hueso.

Bajaba y bajaba, como si descendiera al centro de la tierra. Pero, de pronto, las escaleras desaparecieron. La rodeaban unos setos altos y pulcramente recortados. Ante ella se extendía un sendero sombrío de un verde oscuro.

Solo había un camino. Los pasos estaban muy cerca.

Corrió.

Sus pies descalzos chapoteaban sobre la hierba cubierta de rocío. Se forzó a ir más y más rápido. Al doblar una curva, creyó que resbalaría por la humedad. De alguna manera, logró mantener el equilibrio y seguir adelante.

Los pasos estaban cada vez más cerca.

Tenía que escapar. Y, sin embargo, no solo huía de él. Corría hacia alguien.

Alguien a quien tenía que salvar.

Pero se estaba cansando y no había más que un sendero tras otro, y otro. No tenía fin. Estaba atrapada en un laberinto.

Atrapada.

Jadeaba en busca de aire, con los pulmones ardiéndole. Sentía que el pecho le iba a explotar. Necesitaba detenerse. Solo un minuto.

Pero era demasiado tarde.

Unas manos ásperas la rodearon, aferrándola por el cuello. Perdió el equilibrio y cayó con fuerza. El dolor se extendió por todo su cuerpo. Ya no estaba sobre la hierba suave. Estaba sobre el pavimento helado.

En un callejón. En una fría noche de febrero.

Las manos seguían asiéndola, rasgándole la cara, la ropa.

—Basta —gritó—. Déjame en paz.

Luchó, dio puñetazos, arañó, soltó golpes. No sirvió de nada.

Las manos le dieron la vuelta como si fuera una muñeca de trapo. Él se cernió sobre ella. Se esforzó por verle la cara, pero la llevaba cubierta con un pasamontañas oscuro. La vista se le nubló por las lágrimas, pero pudo ver cómo se llevaba la mano a los pantalones, oír el chasquido de la hebilla del cinturón y el sonido de la cremallera al bajárselos. Sintió las manos rasgándole la ropa interior.

Cerró los ojos, preparándose para el dolor, el dolor impotente y desesperado. Y para toda la desesperación que lo acompañaba. Lo único que podía percibir ahora era el olor nauseabundo a colonia barata. Y el sonido de su voz áspera, susurrándole al oído.

Zorra, zorra, zorra.

Miranda abrió los ojos de golpe y de su boca brotó un fuerte grito.

Giró la cabeza y sintió la sábana bajo ella, húmeda de su propio sudor. Entrecerró los ojos ante la luz que entraba por la ventana. La luz del día. Era de mañana. Estaba en su propia cama.

Con el corazón todavía acelerado, se sentó y se frotó la cara.

Una pesadilla. Otra más.

¿Cuándo iban a terminar? Pensó que ya lo habían hecho. Pero habían vuelto. Habían empezado de nuevo en Las Vegas. Las había tenido durante su último caso en Chicago. Las recordaba. Leon persiguiéndola, golpeándola, violándola.

Se estremeció y se abrazó a sí misma para consolarse.

Era una estupidez. Esos sueños no eran reales. Leon estaba muerto.

Y entonces recordó los brazos reales de Parker rodeándola tras un mal sueño, abrazándola con fuerza, aliviando su dolor.

Parker.

Él era la verdadera tragedia de su vida, pensó, mientras el horror de la pesadilla se desvanecía en la angustia con la que vivía día a día por culpa de ese hombre. Si tan solo la hubiera escuchado. Si tan solo hubiera podido hacerle entender. Si tan solo hubieran podido llegar a un acuerdo. Pero no.

Era demasiado terco incluso para discutir sus diferencias. Era de los de «o se hace a mi manera o no se hace». Al menos en lo que respectaba a su trabajo.

Con un gruñido de irritación, apartó las sábanas y se levantó. No tenía tiempo para tonterías psicológicas. Tenía que ir a trabajar.

Se duchó y se vistió. En la cocina agarró su maletín, una barra de proteína, una taza de café y salió por la puerta.

Primera parada: Phelps Supply Company. El lugar de trabajo de Thomas Anthony Drew. Al final del día, pretendía averiguar todo lo que había que saber sobre el propietario de ese Hyundai gris claro, incluido el paradero de Hannah Kaye.

Pero antes de que llegara al contenedor de basura decorativo que estaba debajo de su ventana, sonó su celular.

Buscó el teléfono y gruñó al ver el número. Chambers. ¿Qué demonios quería?

—Investigaciones Steele —respondió profesionalmente mientras sujetaba el celular bajo la barbilla y el resto de sus cosas con los brazos mientras abría la cerradura del auto.

—¿Sabe algo de un auto abandonado cerca del club *Exótico*, Steele?

Ay, no. Abrió la puerta, puso el vaso en el portavasos y lanzó el maletín al asiento. —Buenos días a usted también, Chambers. ¿Por qué iba a saber yo algo sobre eso?

—Alguien de un departamento cercano lo reportó anoche. Parece que llevaba unos días allí y pensó que el dueño vendría a buscarlo en algún momento. Pero alrededor de las nueve de la noche un grupo de matones apareció y lo forzó.

¡Dios santo! No había pensado en vecinos entrometidos anoche. Subió y arrancó el auto.

—Cuando llegamos, todo parecía estar intacto, excepto que la guantera había sido vaciada.

«Hazte la tonta», decidió mientras giraba en Juniper Street en dirección este. —Una vez más, ¿por qué debería saber yo algo sobre eso?

—Porque el buen vecino describió a la persona que forzó dicho vehículo. Era una mujer. Y se parecía mucho a usted.

Rayos. Chambers sí que sabía cómo arruinar una mañana. Se rio despreocupadamente. —Qué coincidencia.

—¿Verdad que sí? Así que si por casualidad sabe algo sobre el contenido de esa guantera, ¿tal vez tendría la amabilidad de pasarse por la comisaría y entregarlo?

—Lo siento, Chambers. Tengo citas esta mañana. Quizás más tarde, por la tarde.

—Vaya, Steele. No me gustaría que un juez emitiera una orden de arresto en su contra.

Le lanzó una mirada furibunda al teléfono. —Estaré allí tan pronto como pueda. Oiga, ¿ha avanzado en algo con la búsqueda del auto de Hannah Kaye?

Su app se había quedado en el ochenta y tres por ciento cuando la revisó esa mañana. Seguro que Chambers podía hacerlo mejor.

Pero todo lo que oyó ahora fue un carraspeo. —Todavía no lo he buscado —dijo finalmente Chambers—. Anoche tuvimos un tiroteo con dos víctimas.

Y aun así tenía tiempo para preocuparse por unos papeles sacados de un auto abandonado. Pero estaba bien. De todos modos, no lo quería involucrado en este caso. —Olvídalo —le dijo.

—No se preocupe, Steele. Me pondré con ello pronto.

«Claro, claro», quiso decir, pero decidió no desafiarlo. Chambers tenía demasiado ego masculino como para no presumir si conseguía una pista. Si eso llegaba a oídos de Santiago, estaría en un serio aprieto.

—Solo asegúrese de traer esos papeles hoy.

Poniendo los ojos en blanco, le dedicó su mejor imitación de una vocecita de niña burlona. —Lo que usted diga, oficial.

Y colgó.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La compañía Phelps Supply en Decatur resultó ser un almacén en la calle Church, junto a un pequeño centro comercial y frente a una hamburguesería.

Después de un viaje de cuarenta y cinco minutos que sin tráfico habría durado quince, Miranda estacionó su Acura cerca de los muelles de carga y se quedó observando a dos tipos corpulentos con uniformes de color canela que se esforzaban por meter una tarima de cajas de aspecto pesado en la parte trasera de un camión.

Un buen lugar para empezar.

Se bajó del auto y caminó sobre la grava, notando que el cielo se estaba poniendo gris y que corría una agradable brisa fresca.

—¡Hola! —gritó, fingiendo ser una vecina amigable.

Los hombres la ignoraron mientras seguían gruñendo bajo la carga. Sus rostros brillaban de sudor y sus músculos estaban en tensión.

Antes de que llegara al muelle, una voz resonó detrás de los hombres.

—¡Jones! ¡Connelly! ¿Qué demonios están haciendo, par de cabezas huecas?

Un hombre bajo y calvo, con una camisa azul de manga corta y un moño rojo cereza, se acercó a grandes zancadas. Llevaba una tablilla con papeles en una mano. Debía de ser el gerente.

—Intentando cargar esta entrega, señor Phelps. —Uno de los tipos corpulentos bajó su extremo del paquete y se enderezó.

El hombrecillo, que Miranda supuso que era el señor Phelps, agitó ambas manos en el aire. —Usen el montacargas.

—Tiene una llanta ponchada.

Phelps hizo un gesto hacia el interior oscuro del almacén. —Pues arréglenla.

—No hay tiempo. Vamos retrasados.

El hombrecillo miró su reloj con furia y se puso las manos en las caderas. —¿Dónde está Montgomery?

El segundo tipo corpulento, que para entonces también había bajado su extremo del paquete, se encogió de hombros, con las palmas hacia arriba. —No vino a trabajar hoy.

Eso provocó una sarta de maldiciones de Phelps que habría hecho sonrojar a una mujer menos curtida. Pero Miranda ya había oído diatribas similares de los jefes de obra para los que había trabajado.

Toda la calva de Phelps se puso tan roja como su moño.

Más le valía tener cuidado. Podía darle un infarto con ese genio y el calor de Georgia. Bueno, hoy estaba un poco más fresco.

—Arreglen la maldita llanta ya —gritó Phelps—. Van a lastimarse y a meterme en un lío de compensación laboral. Llamaré al cliente y le diré que llegarán tarde.

—Sí, señor —dijeron los dos hombres al unísono. Luego desaparecieron en el almacén.

—Disculpe —dijo Miranda en voz alta antes de que el jefe se escapara.

Phelps la miró desde arriba como si fuera un mutante del espacio exterior. —¿Sí?

Miranda observó al hombrecillo enojado. —¿Es usted el dueño?

Él agitó los brazos en un gesto de «¿y ahora qué?». —¿Y si lo soy? ¿Es abogada o algo así?

—Investigadora privada.

Él echó la cabeza hacia atrás, sorprendido. —¿Alguno de mis hombres está en problemas?

—Que yo sepa, no. —Todavía—. Solo necesito unos minutos de su tiempo, si le es posible.

Sacando su celular, Phelps negó con la cabeza. —Estamos bastante ocupados esta mañana, como seguro escuchó.

Miranda le sonrió. —Está bien. Iré a hablar con la policía local. Vi una estación por este mismo camino. —En realidad no lo había

hecho, pero probablemente había una cerca.

Dio medio paso hacia su auto y lo observó echar humo, mientras su cabeza pasaba de ese color cereza a rosa y de nuevo a cereza.

Finalmente, le hizo una seña para que se acercara. —Cinco minutos. Vayamos a mi oficina.

Mientras Phelps llamaba al cliente que iba a recibir su pedido tarde, Miranda subió los escalones de cemento hacia la rampa y siguió al hombrecillo a través del almacén.

Pasaron una docena de pasillos con altas estanterías llenas de cajas de cartón de varios tamaños y finalmente entraron por una puerta en el extremo más alejado. Allí cruzaron un espacio que parecía una sala de espera con sillas baratas y linóleo barato en el suelo. Una pared estaba cubierta con paneles de madera de baja calidad.

La oficina de Phelps estaba al final del pasillo. La hizo pasar y le ofreció una silla con el cojín del asiento roto.

La oficina era pequeña, desordenada y olía al sándwich de queso y huevo del desayuno a medio comer que había sobre el escritorio.

Hacía que su nuevo lugar pareciera una casa de revista, pensó Miranda mientras se sentaba con cuidado, esperando que la silla no le pellizcara el trasero.

Phelps se acomodó detrás del escritorio en una silla de oficina que parecía de los años cincuenta. —¿En qué puedo ayudarla?

Sacó una tarjeta de presentación y se la entregó. —Mi nombre es Miranda Steele y estoy trabajando en un caso de persona desaparecida. Uno de sus empleados podría estar involucrado.

Él tomó la tarjeta, la miró y negó con la cabeza. —Todos mis hombres son gente de bien. Todos están afianzados. Yo mismo investigo a todo el mundo antes de contratarlos.

Ella sonrió de nuevo. —Estoy segura de que sí, señor Phelps. Sin embargo, busco a alguien en particular.

Su silla crujió cuando se reclinó y cruzó los brazos sobre su delgado estómago.

Miranda metió la mano en su maletín y sacó la licencia de manejar que había robado la noche anterior. —Se llama Thomas Anthony Drew.

Phelps tomó la tarjeta y la estudió, con la irritación dibujada en el rostro. —Sí, trabajó para nosotros. Lo recuerdo.

No parecía que el recuerdo fuera agradable. —¿Ya no trabaja para usted?

—Renunció hace dos meses. La primera semana de junio. Lo recuerdo porque teníamos un pedido grande y necesitaba a todos los conductores que pudiera conseguir. Llega el lunes por la mañana y no se presenta. —Murmuró algunas maldiciones más por lo bajo.

Hace dos meses. Miranda repasó sus bancos de memoria. Era más o menos cuando ella y Parker se dirigían a Las Vegas. —¿Así que Drew era conductor aquí?

Phelps asintió. —Hacía muchas de las rutas locales. Empezó en febrero, si no me equivoco. Es la época del año en que contrato conductores nuevos.

—¿A qué se dedican exactamente aquí, señor Phelps?

—Entregamos suministros médicos.

—¿Qué tipo de suministros?

—Lo que se le ocurra. Camillas, incubadoras, mesas de operaciones. Máquinas de rayos X, electrocardiógrafos, desfibriladores.

Drew debía de ser fuerte para manejar cargas como esas, aunque probablemente usaba el montacargas.

—También manejamos cosas pequeñas —dijo Phelps, con un matiz de orgullo aflorando—. Jeringas, compresas frías, cojines de espuma. Hasta curitas. —Esbozó una sonrisa de satisfacción mientras le devolvía la licencia—. Drew tenía las entregas del Hospital Saint Benedictine, uno de nuestros mayores clientes. Casi los perdemos por su culpa.

¿El Hospital Saint Benedictine? Allí era donde había hecho su rehabilitación después de sus lesiones en Lake Placid. —¿Ha estado en contacto con él desde que renunció?

Phelps negó con la cabeza. —No. Le desconté parte de la pérdida. Esperaba que me lo reclamara, pero ni siquiera recogió su último cheque de pago.

Eso era extraño. A lo largo de los años, Miranda había renunciado a un montón de trabajos de los que se había hartado, pero nunca

había dejado dinero sobre la mesa del jefe. Entonces, ¿adónde fue Drew? Obviamente, seguía en la zona. Debía estar trabajando en algún lugar.

—¿Alguna vez se puso en contacto con alguien de aquí para pedir una referencia para su próximo trabajo? —preguntó ella.

Phelps mostró una dentadura amarilla. —Nadie le daría una buena referencia después de la que nos hizo.

Buen punto. Necesitaba saber más sobre ese tipo. —¿Antes del día que no se presentó, Drew era un buen trabajador?

Phelps agitó la mano en el aire. —Era aceptable. Fuerte como un buey. Pero un poco… ¿cómo diría? Distraído.

—¿Distraído? —No era una buena cualidad para un camionero.

—Un soñador. Creo que tocaba música o algo así. Aunque tenía buen ojo para las mujeres.

Ese comentario activó los sensores de Miranda. —¿Por qué dice eso?

—Mi contadora me dijo que siempre andaba rondando por su oficina. Dijo que le daba mala espina.

Ahora estaban llegando a alguna parte. —¿Puedo hablar con ella?

—Hoy tiene el día libre.

Miranda consideró sus opciones. Sería bueno hablar con algunos de los compañeros de trabajo de Drew para conocer sus opiniones sobre él, pero esta pista prometía información más relevante. Y si Thomas Anthony Drew tenía a Hannah Kaye en alguna parte, tenía que ir al grano.

—¿Hay alguna forma de que pueda hablar con su contadora, señor Phelps?

Él negó con la cabeza. —No doy la información personal de mis empleados.

—¿Podría hacer una excepción? La vida de una joven podría estar en juego.

Fue como si Phelps acabara de atar cabos con lo que ella había dicho sobre el caso de la persona desaparecida. Su mandíbula se movió de un lado a otro mientras consideraba las implicaciones.

Finalmente, tomó su teléfono. —La llamaré y veré qué dice.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

La contadora, que se llamaba Peggy Kinley, resultó ser mucho más amable que su jefe. Dijo que la investigadora podía ir a verla de inmediato. Phelps no tuvo más remedio que darle su dirección.

La mujer vivía en un lindo apartamento en un segundo piso cerca de la autopista Buford en Duluth. Media hora después, Miranda estaba sentada en un sofá cremoso de color azul cielo en su sala de estar pintada de un tono cáscara de huevo, bebiendo café.

—Te agradezco que me recibas tan rápido —le dijo Miranda.

—Ah, no hay problema —dijo la mujer con un marcado acento sureño que sonaba como si viniera del interior del estado—. Cuando el señor Phelps dijo que buscabas a una mujer desaparecida, no podía negarme a ayudar.

Parecía tener más o menos la edad de Miranda, y era una mujer bonita y bronceada con mucho cabello rubio y muchas pecas. Le debía de gustar el sol.

—Aun así, gracias por dejarme venir en tu día libre.

Peggy Kinley hizo un resoplido con los labios y se acomodó en el otro extremo del sofá. —Día libre… Ese imbécil me redujo las horas. —Abrió un sobrecito de azúcar artificial y lo espolvoreó delicadamente en su taza de café, encogiéndose de hombros con resignación—. Al menos tengo tiempo para hacer mis mandados y así puedo estar más con mis hijos. Ahora están en la escuela.

Miranda echó un vistazo a las fotos que había sobre la chimenea blanca de la esquina. Un niño y una niña aparecían en la mayoría, pero también había un hombre.

—¿Estás casada?

—Oh, sí. Ya vamos para nueve años. Ken es bombero. Ahora está en la estación. Hacen turnos de veinticuatro horas, así que hoy estoy

sola.

—Ya veo.

Miranda bebió un sorbo de su café —el suyo, negro, por supuesto— y observó el largo cabello rubio y el cuerpo esbelto y bronceado de Peggy Kinley. Olía a una bruma corporal anaranjada y llevaba unos shorts blancos ajustados y un top rosa que no ocultaba que estaba bien dotada. Tenía muchas similitudes con Hannah Kaye. Amable, conversadora, confiada. Quizá demasiado confiada.

—Entonces, dime qué sabes de este hombre. —Una vez más, Miranda sacó la licencia de Drew y se la mostró a la señora Kinley.

Observó el rostro de la mujer.

Se le formó un pliegue entre sus grandes ojos marrones y las comisuras de sus labios se torcieron un poco.

—Pero si es Tommy Drew. El señor Phelps no mencionó que tuviera algo que ver con tu caso.

—¿Cómo lo recuerdas, señora Kinley?

—Oh, llámame Peg. Todo el mundo lo hace. ¿Que cómo lo recuerdo? —Hizo una mueca un poco más pronunciada mientras estudiaba la foto—. Supongo que era un tipo bastante agradable cuando empezó.

—¿Recuerdas cuándo fue eso?

Ella ladeó la cabeza. —Tuvo que ser por febrero. Es cuando el señor Phelps siempre trae camioneros nuevos para capacitarlos para el año.

Así que Drew no llevaba mucho tiempo en la empresa.

—¿Recuerdas algo en particular sobre Drew?

—¿Sobre Tommy? —jugueteó con su taza de café—. En realidad, no tengo mucho trato con los trabajadores del almacén. Excepto el día de pago.

No quería hablar de ello. Miranda estaba familiarizada con las técnicas de evasión. —Phelps mencionó que Drew no recogió su último cheque.

—Ah, sí. Es verdad. Un día no vino a trabajar. Y después nunca lo recogió. Se lo envié por correo a su dirección, pero lo devolvieron.

Eso era un pensamiento inquietante. —¿Lo enviaste a la dirección de esa licencia?

Peg estudió los datos de la tarjeta y pareció aliviada de no tener que mirar más la foto. —Estoy bastante segura de que es esa. Tendría que revisar su antiguo expediente para asegurarme.

—Está bien —dijo Miranda.

Una nueva dirección habría aparecido en la verificación de antecedentes que había hecho la noche anterior. Descubriría qué pasaba con la dirección cuando visitara a Drew en persona dentro de poco.

Con una sonrisa incómoda, Peg le devolvió la tarjeta como si fuera un trapo sucio.

Miranda fijó su mirada en la mujer. No quería perderse ninguna señal reveladora, aunque ya había visto muchas. —¿Hay algo más que recuerdes de Drew, Peg?

—Bueno…

—Realmente ayudaría en mi investigación.

Ella asintió rápidamente y tomó aire. —Tommy podía ser terriblemente… amable a veces.

—¿Amable cómo? —preguntó Miranda, tratando de no sonar como un perro de presa.

Con las manos juntas en el regazo, Peg cambió de postura. —Se quedaba mucho por mi oficina, merodeando en el umbral. También solía traerme café. —Ahora los ojos de Peg mostraban una verdadera aprensión—. Sabía exactamente cómo lo tomaba. Un poco de crema y un sobrecito de azúcar artificial. Yo no se lo había dicho. Parecía un poco…

—¿Espeluznante?

Asintió.

El cabrón la había acosado. Justo donde trabajaba. Miranda sintió que se le endurecía el estómago. Pero había más. —¿Qué más?

—Bueno, durante un tiempo, siguió haciendo eso. Yo le seguía lanzando indirectas para que se fuera. Diciéndole que tenía que sacar la nómina. Recordándole que tenía una entrega. Hablando de Ken.

—¿Cómo reaccionaba?

—Simplemente se quedaba ahí parado, mirándome. Bueno, al final se iba a la parte de atrás y hacía su trabajo, pero al día

siguiente volvía a estar en mi puerta.

Parecía que Tommy Drew era más que un tipo raro. —¿Alguna vez le contaste a tu esposo?

Los ojos de Peg se abrieron de par en par. —Oh, no. Ken le habría dado una paliza.

No podía permitir eso. —¿Qué hiciste?

—Al principio, nada. Pero Tommy simplemente seguía. Así que, después de un tiempo, se lo conté al señor Phelps.

—¿Qué pasó?

—Me dijo que Tommy no volvería a molestarme. Creo que lo llevó a su oficina y le leyó la cartilla. Ese día oí gritos a través de la pared cuando pasé por allí. No es que eso sea inusual.

—¿Drew dejó de molestarte entonces?

Ella asintió. —Sí, pero…

Peg se frotaba las manos ahora. Tenía que ser una experiencia perturbadora y no parecía haberla superado del todo.

Miranda esperó a que dijera más.

Finalmente, respiró hondo. —El día antes de hablar con el señor Phelps, él… —Se quedó mirando la mesa de centro—. Estaba muy concentrada, trabajando en mi computadora como de costumbre. Y cuando levanté la vista, estaba justo ahí, inclinado sobre mi hombro.

Miranda sintió un escalofrío en su propia espalda. Quería enseñarle a esa mujer algunos movimientos de defensa personal.

—Dijo que olía a fresas. Dejé de usar ese perfume.

Es curioso lo invasivo que puede ser un depredador a nivel mental. Ella lo sabía demasiado bien.

Miranda decidió que ya había angustiado suficiente a la mujer. Empezó a levantarse. —Gracias por tu tiempo, Peg. Lamento haberte traído malos recuerdos.

—No, quiero ayudar. —Le tomó la mano a Miranda. Su voz tenía un tono desesperado.

Miranda volvió a sentarse. —¿Hay algo más que quieras decirme? ¿Algo que ayude en mi investigación?

Peg la soltó y se frotó los brazos. Luego tomó un sorbo de café para armarse de valor. —Es solo que…

—¿Qué?

—Quizá fue mi imaginación. ¿Pero ese día que Tommy entró en mi oficina y se me acercó tanto?

—¿Sí?

—Bueno, yo había pensado que estaba un poco enamorado de mí, pero esa vez… —Sacudió la cabeza.

Miranda esperó.

—¿Esa vez? ¿La mirada en sus ojos?

—¿Qué pasaba con ella?

—Parecía que quería matarme.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Las cosas no pintaban bien para Hannah Kaye, pensó Miranda mientras giraba en North Decatur y se dirigía de vuelta a Ponce.

Aún podía sentir el asco y el miedo que había percibido en Peggy Kinley. Pobre mujer. Aunque Phelps debía de ser un cretino como jefe, al menos la había defendido. La contadora podría haber sido atacada de camino al estacionamiento. Si el momento hubiera sido un poco distinto, ahora podría estar buscando a Peggy Kinley además de a Hannah Kaye.

Un núcleo duro de determinación se le formó como un puño en las entrañas.

El que siempre sentía cuando sabía que alguien estaba en problemas. Cuando alguien tenía que pagar por lo que le había hecho a otros. Por eso hacía este trabajo. Por eso renunciaría a todo para seguir haciéndolo. Por lo que había renunciado a todo, incluso al hombre que amaba.

No había necesidad de pensar en eso ahora. Tenía que mantenerse concentrada.

Así que a Tommy Drew le gustaban las rubias. Rubias de piernas largas. Rubias de piel bronceada o pálida, con buenas figuras, a las que les gustaba exhibirlas, quizá demasiado. Recordó su entrenamiento y su conocimiento sobre asesinos en serie. Los que estaban orientados a una misión, que se enfocaban en librar al mundo de un cierto tipo de persona. Generalmente, prostitutas. O mujeres que ellos imaginaban que eran prostitutas.

¿Era a eso a lo que se enfrentaba?

Esperaba que no.

Aun así, mientras recorría el sombreado vecindario arbolado de camino al rascacielos, buscó a tientas su Berretta en la pistolera que

se había puesto bajo la chaqueta esa mañana.

Estaba cargada; ya lo había comprobado. Pero se aseguraría de volver a revisarla antes de enfrentarse a Tommy Drew.

###

Elevándose desde un grupo de extensos árboles de espeso y plumoso follaje, el edificio de apartamentos de Thomas Anthony Drew era el más alto de sus vecinos en esa zona de Midtown.

Ubicado entre tiendas y restaurantes que se esforzaban por ofrecer una experiencia ecléctica a su clientela, parecía demasiado caro para un camionero. Especialmente para uno sin trabajo. Pero todavía no conocía toda la historia, se recordó Miranda a sí misma, mientras encontraba un lugar para estacionar en una calle lateral y salía de su auto.

Se olía a lluvia en el aire y la temperatura estaba bajando. Podría estar rondando los veinticinco grados. Por mucho que agradeciera el alivio del calor, esperaba no acabar empapada antes de poder hablar con Tommy Drew. No sería muy intimidante.

Pero, viéndole el lado bueno, el lugar no estaba muy lejos de su casa. Quizá encontraría a Hannah Kaye, resolvería el caso y regresaría a casa a tiempo para un almuerzo tardío.

De algún modo, no creía que fuera a tener tanta suerte.

Tuvo que caminar alrededor de la cuadra, pero la entrada del edificio fue fácil de encontrar y, con toda naturalidad, siguió a un residente al interior y subió en el elevador hasta el noveno piso.

Hasta ahora, todo bien.

En el noveno piso, se abrió paso a través de un cuadrilátero de pasillos de colores claros hasta llegar al apartamento novecientos veintinueve. Este era el lugar. La dirección de la licencia de manejar. Aquella a la que Peggy Kinley había enviado el último cheque de Drew.

Respirando hondo, Miranda se aseguró de que su Berretta estuviera al alcance de la mano y llamó a la puerta.

No hubo respuesta.

Bueno, quizá se estaba dando un baño. Volvió a llamar. Y esperó un poco más.

Seguía sin haber respuesta.

Esto no era un buen augurio. Tal vez él y Hannah habían tenido una noche larga y tenían el sueño pesado. Sí, seguro que era eso.

Llamó de nuevo, esta vez más fuerte. Otra vez esperó.

Nada.

Golpeteando el piso con el pie, se quedó mirando la mirilla. El tipo espeluznante podría estar al otro lado, devolviéndole la mirada. Quizá debería hacer que el administrador le abriera. Entonces pensó en lo que Parker haría en una situación como esta. Lo que le había visto hacer en innumerables ocasiones.

Miró hacia un lado y otro del pasillo. No había nadie. No había visto ni un alma desde que se bajó del elevador. Eso podía ser bueno o malo. Pero en lugar de sopesar los pros y los contras, metió la mano en el bolsillo y sacó sus fieles ganzúas.

La fina y afilada serviría para esto. La introdujo entre la jamba y el pestillo y, ¡listo!, la puerta se abrió ante ella.

La empujó un poco más y se asomó al interior. Había un vestíbulo corto con un nicho que sostenía un jarrón de flores a un lado, y una vista parcial de la sala de estar al otro.

—¿Señor Drew? —llamó.

No hubo respuesta.

Dejando la puerta entreabierta, dio un paso sobre el pulido piso de nogal y aguzó el oído. Todo lo que escuchó fue el zumbido del aire acondicionado.

Mientras daba otro paso vacilante, tomó su Beretta y la sostuvo a su costado. Más vale prevenir que lamentar.

—Señor Drew —llamó de nuevo.

Seguía sin haber respuesta.

Caminó de puntillas por la esquina y entró en la sala de estar. Vacía.

El lugar era más bien pequeño, pero aun así elegante. Pisos de madera en todas partes. Cocina abierta a un lado con encimeras de granito, refrigerador y lavavajillas de acero inoxidable. Tonos lima y mandarina acentuaban el genérico color cáscara de huevo de las paredes. En su día había pintado varios apartamentos con ese color insulso.

Había muchos cuadros genéricos en las paredes a juego con los muebles genéricos. Una televisión de pantalla grande frente a las puertas que daban al balcón.

Cruzó la habitación hacia un pequeño pasillo y encontró el baño, y el único dormitorio con la única cama. Estaba cuidadosamente hecha con una colcha a juego con la decoración y cojines decorativos colocados con precisión.

No había cadáveres. Ni tampoco vivos. El lugar estaba desocupado.

Todo estaba limpio y ordenado. Ni un libro ni un adorno fuera de lugar. ¿Y se suponía que esto era un apartamento de soltero?

No parecía muy habitado en absoluto. De hecho, parecía… montado.

Entonces se dio cuenta. Estaba montado. Esto no era el apartamento de alguien. Esto era un modelo.

Volvió a la puerta principal, la cerró al salir y se dirigió de regreso a los elevadores. Iba a buscar al administrador del edificio y averiguar a dónde se había mudado Thomas Anthony Drew.

CAPÍTULO TREINTA

Parker sintió la familiar punzada de irritación en el estómago mientras bajaba en el elevador del Edificio Imperial.

Había tenido otra noche de insomnio después de su cita con Wilhelmina Todd y de lo que Dave Becker había descubierto en la grabación de vigilancia la noche anterior. Había logrado mantenerse alejado de la botella de whisky, pero se la pasó dando vueltas en la cama toda la noche, ansioso por la persecución.

Y ahora estaba retrasado en el seguimiento de esta nueva pista.

Justo cuando llegó a la oficina, Gen lo llamó para recordarle su reunión con don Peregrin esa mañana. El cliente había quedado tan complacido con el trabajo que Dave Becker había hecho, que quería ampliar los arreglos de seguridad a todos sus concesionarios en todo el estado. Era un trabajo grande y la reunión se había prolongado. Hubo bastante planificación y discusión durante el desayuno de café y panecillos daneses que Gen había mandado a traer. Y después de que Peregrin se fue, Parker se reunió con Gen y Judd para discutir la necesidad de contratar más personal técnico, un recurso siempre en demanda en Atlanta. Los posibles empleados necesitarían tener experiencia en análisis forense y estar dispuestos a pasar por la capacitación que la Agencia proporcionaba. Habían decidido publicar anuncios y empezar a programar entrevistas.

Otro compromiso que le quitaba tiempo.

No es que todo esto fuera malo. Era maravilloso que la compañía que había construido desde cero estuviera prosperando más de lo que jamás imaginó que lo haría.

Pero esa mañana lo único que Parker quería hacer era averiguar más sobre el hombre de la grabación de vigilancia que había visto la

noche anterior. El hombre llamado Gabriel. El hombre que había manipulado el celular de Miranda.

Llegó a la planta baja y atravesó el vestíbulo hasta las puertas de cristal con el fénix grabado de Gypsum Management. Nunca había entendido del todo la conexión de un fénix con el yeso o con el mantenimiento de edificios de oficinas, pero el diseño de logos no era lo que había venido a discutir.

Un recepcionista masculino bien arreglado lo saludó en el mostrador con una sonrisa blanca e impecable.

—Señor Parker. Qué bueno verlo esta mañana. La Sra. Westbrook lo está esperando. Por favor, pase por aquí.

Parker había llamado tan pronto como la oficina abrió esa mañana y había concertado una cita con Diana Westbrook, la cual tuvo que cambiar después del recordatorio de Gen.

El recepcionista le indicó una puerta y Parker pisó la alfombra verde bosque y observó las paredes malva y los cuadros de la sobria oficina.

Diana se levantó de su escritorio y le extendió una mano.

—Buenos días, Wade. Qué gusto verlo.

Era una mujer atractiva. Ataviada con un traje sastre negro y amarillo verano que pocas mujeres podrían lucir, su corto cabello rojizo oscuro estaba peinado con recato y sus ojos verde brillante eran tan acogedores como los recordaba.

Era unos años menor que él. Había administrado este edificio desde que él se mudó, y habían tenido una buena relación de negocios y una social casual durante años.

Ella hacía su trabajo de manera eficiente y discreta, y él nunca había tenido ocasión de quejarse. Sus raras visitas a su oficina eran pura formalidad.

Se sintió un poco incómodo al sacar a colación el asunto que había venido a discutir.

—Y a usted, Diana —dijo Parker, estrechándole la mano y esperando a que ella se sentara antes de él tomar la silla de visitas —. ¿Cómo están sus hijos?

—Bien, gracias por preguntar. Roger está en la facultad de derecho y James anda en California documentando a los surfistas.

Nunca pensé que tendría éxito con un blog de surf, pero un padre no puede discutir con el éxito.

—No, no podemos.

—¿Gen está bien, supongo?

—Sí. Ella está bien. —Se le ablandó el corazón al mencionar a su hija. De repente se dio cuenta de cuánto lo había estado sosteniendo la obstinada fuerza de Gen en las últimas semanas.

—La recaudación de fondos de otoño se acerca. ¿Es sobre eso que ha venido a verme?

—De hecho, no. —Normalmente no tenía problemas para solicitar información, pero esta vez…—. No estoy seguro de cómo decir esto, Diana.

Ella parpadeó, y su cálida sonrisa desapareció.

—¿Pasa algo? ¿Hay algún problema con el edificio? Estoy segura de que no es nada que no pueda arreglarse.

Era la respuesta de una administradora que no quería perder un cliente constante.

Parker negó con la cabeza.

—Nada con el edificio. Pero parece que hay un problema con el personal.

—¿El personal?

—El personal de limpieza, en particular.

—¿No están haciendo su trabajo? ¿Descuidan su sala de descanso? ¿Dejan papeleras sin vaciar? Gloria está a cargo de ese departamento. Puedo llamarla. —Tomó su teléfono.

Parker le hizo un gesto para que bajara el celular.

—No es eso.

—¿Qué es entonces, Wade?

—Una de nuestras empleadas ha sufrido una violación de seguridad.

Sus expresivas cejas se juntaron, denotando confusión.

—¿A qué se refiere?

—Como quizá recuerde, hice instalar cámaras de vigilancia hace algunos años. —Aunque no era necesario avisar, él había informado a Diana de su decisión en su momento, por respeto.

—Lo recuerdo. Pero el problema se resolvió.

—Sí. Sin embargo, anoche uno de mis técnicos y yo estuvimos revisando las grabaciones y encontramos algo inquietante que involucra a una de sus empleadas de limpieza.

—¿Qué encontraron?

—Parece que este empleado manipuló el celular de alguien. Desde entonces, mi empleada ha recibido varios mensajes de texto amenazantes.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Y cree que mi empleado los está enviando?

—Posiblemente. Mi recepcionista también trabajó hasta tarde anoche y lo reconoció en la grabación. Dijo que se llamaba Gabriel.

Ella negó con la cabeza.

—Ese nombre no me suena. Tenemos bastante rotación en nuestro personal de limpieza.

—Entiendo. La grabación es de la última semana de enero. —Buscó su celular—. De hecho, tengo un clip aquí para mostrarle. —Le había pedido a Dave que lo pusiera en su teléfono esa mañana.

Parker se desplazó hasta el video y tocó el botón de reproducción. Giró el teléfono hacia Diana y observó cómo su rostro se endurecía por la conmoción cuando el hombre de la grabación entraba corriendo en el cubículo de Miranda. Cuando empezó a examinar el teléfono de Miranda, ella soltó un jadeo.

—Por Dios, Wade. Esto es indignante. Llamaré a Gloria de inmediato.

De nuevo la detuvo.

—Lo que necesito de usted, Diana —dijo él en su frío tono de investigador—, es información sobre este hombre. Me gustaría encargarme del asunto yo mismo.

Ella lo miró fijamente, asimilando el significado de quién era él y lo que quería decir. Lentamente, asintió con la cabeza.

—Puedo acceder a los registros de los empleados. Deme solo un momento. Seré discreta.

Se levantó y salió de la habitación. Por un tiempo insoportablemente largo, en opinión de Parker. Aunque sabía que solo fueron unos momentos.

Cuando regresó, traía unos papeles en la mano.

—Lo encontré. Afortunadamente, mantenemos identificaciones con foto en el archivo y hacemos referencias cruzadas por nombre y apellido. La persona en su video parece ser Gabriel Anthony Pierson.

Dejó los papeles sobre el escritorio y los giró para que Parker los viera.

Él examinó la foto. El cabello rubio, sucio y desgreñado, la complexión musculosa. Era el hombre de su grabación, sin duda. Tenía la cabeza gacha como si no hubiera querido que lo fotografiaran. Y había algo en sus ojos. Algo que la mayoría de los observadores no notarían.

Una distancia, un desapego, un deseo de estar en otro lugar. Y una pequeña chispa de odio. Parker había visto esa mirada antes en los ojos de criminales endurecidos. Ese pensamiento fue inquietante.

—Trabajó para nosotros desde noviembre del año pasado hasta enero —dijo Diana.

Parker revisó los datos del papel.

—Sí, ya veo. Se fue sin avisar.

—Demasiados hacen eso, me temo. Pero Gloria trabajó algunos turnos extra hasta que Pierson pudo ser reemplazado.

—Le agradezco —dijo Parker. Aunque su atención estaba en la dirección del hombre. Un edificio alto en Ponce de Leon. Esperaba que esa fuera todavía su residencia.

Golpeó el papel con el dedo.

—¿Puedo tener una copia de esto?

—Esta es suya, Wade —dijo Diana.

—Gracias. —Parker se levantó. Dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su traje.

Diana se puso de pie también.

—Siento no haber podido ser de más ayuda. Si hay algo más que pueda hacer para rectificar la situación, por favor, hágamelo saber.

Parker palmeó su saco.

—Esto es suficiente. De nuevo, gracias, Diana. Ya conozco la salida. —Se dirigió a la puerta.

—Wade, ¿qué piensa hacer con esa información?

Él se volvió, su expresión deliberadamente insípida.

—Eso está por verse.

###

Mientras subía a toda prisa por el elevador, Parker se sentía como un sabueso siguiendo una presa. Por fin tenía un rastro y estaba decidido a seguirlo. Una rápida revisión de los antecedentes de este Gabriel Pierson y saldría disparado hacia el centro de la ciudad.

Pero tan pronto como cruzó la entrada de la oficina, se encontró con Gen.

—¿Olvidaste la reunión?

Frunció el ceño.

—¿Qué reunión?

—Las evaluaciones. Judd y Tan ya están en la sala de juntas. Pedí el almuerzo. No viste al repartidor, ¿verdad?

Gen estaba en pleno modo de negocios. Un traje gris pizarra con un elegante brillo sobre su esbelto cuerpo, una cadena de oro en su cuello, modestos zapatos de tacón en sus pies, ojos ansiosos, cuerpo en equilibrio y listo para hacerse cargo del mundo.

Evaluaciones trimestrales. ¿Cómo pudo haberlo olvidado? Tenían que entregarse para finales del próximo mes y él siempre insistía en entregar todo el papeleo antes de tiempo.

Con un profundo suspiro, accedió.

—Muy bien, Gen. Estaré allí en un momento. Solo necesito dejar algo en mi oficina primero.

—No tardes, papá.

A pesar de su frustración, Parker le sonrió con ternura. A su talentosa hija le iría bien manejando el lado comercial de esta agencia.

—No tengo intención de hacerlo —dijo, resistiendo el impulso de besarla en la mejilla.

Y se marchó a toda prisa.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Eran las dos y cuarto, casi dos horas después, cuando Parker finalmente logró salir por la puerta principal y llegar al estacionamiento.

Con el fervor de un león acechando a su presa, se subió a su Mazda y salió a toda velocidad del estacionamiento en dirección al centro de la ciudad y al apartamento de Gabriel Anthony Pierson. La verificación de antecedentes que le estaba haciendo al hombre no había terminado, pero no se había molestado en esperarla. La situación requería una visita en persona.

¿Qué le diría al hombre una vez que lo encontrara? Su primera inclinación fue partirle el labio en dos.

No era la mejor manera de obtener la prueba que necesitaba. O una condena por acoso.

No, sería razonable. Haría preguntas, averiguaría detalles, determinaría motivos. Y grabaría la conversación en su teléfono.

Pero cuarenta minutos después, tras haber llamado, no haber obtenido respuesta y haber forzado la cerradura del apartamento novecientos veintinueve del edificio de gran altura, todo lo que Parker pudo hacer fue quedarse mirando la silenciosa sala de estar donde se encontraba.

Todo, desde los cojines perfectamente colocados en el sofá verde claro, hasta la falta de polvo en las flores artificiales, pasando por el refrigerador vacío en la impecable cocina, le decía que este era un apartamento modelo. Además, un hombre de la limpieza nunca podría permitirse un apartamento como este. No sin varios compañeros de piso para compartir el gasto. O un benefactor.

Gabriel Anthony Pierson le había dado a su antiguo empleador una dirección falsa.

Pero para ser minucioso, Parker se aseguraría de ello consultando con el administrador.

###

Encontró la oficina del administrador en el primer piso. En realidad, era una pequeña unidad de alquiler convertida en un espacio de trabajo y atiborrada de archivadores de chapa de roble brillante y un escritorio de aglomerado a juego que estaba abarrotado de folletos y otra parafernalia de ventas. El escritorio estaba pegado a las puertas de un balcón y un joven estaba sentado detrás.

Parker esperó a que terminara de hablar por teléfono.

—¿Señor Hunter? —dijo Parker en cuanto colgó, mirando la placa con el nombre sobre el escritorio.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlo hoy? —El joven se enderezó con una brillante sonrisa de vendedor.

Parecía tener poco más de veinte años, quizás recién graduado de la universidad. Tenía un aspecto pulcro. El chorro de luz de las puertas proyectaba un brillo sobre el gel fijador de su corto cabello castaño. Tenía las uñas bien cuidadas y llevaba un traje bien planchado y una corbata carmesí.

—Mi nombre es Wade Parker.

Hunter extendió una mano junto con una amplia y perfecta sonrisa. —Es su día de suerte, señor Parker. Estamos ofreciendo una promoción de mudanza con el primer mes gratis.

Parker le sonrió con paciencia. —No estoy buscando mudarme. —Metió la mano en el saco para tomar una tarjeta y se la entregó a Hunter—. Soy investigador privado.

—¿Ah, sí? —El joven abandonó la sonrisa falsa—. ¿Ocurre algo malo?

—Busco a alguien que afirma haberle alquilado a usted. Fue en noviembre del año pasado. —La fecha en que Gabriel Pierson llenó sus registros de empleado para Gypsum Management sería una buena suposición—. Me pregunto si puede confirmármelo.

Las delgadas cejas de Hunter se alzaron. —¿Quiere decir que busque en los registros de alquiler?

—Exactamente eso quiero decir.

Con los ojos muy abiertos, Hunter se acomodó en su asiento, luego la corbata, y después miró alrededor de la oficina. Era el único allí. —Creo que necesitaría algún tipo de autorización antes de hacer eso.

De nuevo, Parker sonrió. —Simplemente busco información, señor Hunter. Su jefe no tiene por qué saberlo.

Los labios del joven se torcieron de un lado a otro. Soltó una risa nerviosa. —Eso no sería muy ético de mi parte, ¿o sí? Pero puedo tomar la información, consultarlo con mi jefe y luego comunicarme con usted. ¿Cuál es el nombre de la persona? —Tomó un bloc de notas adhesivas y un bolígrafo de un portalápices con el nombre del edificio grabado.

—Gabriel Anthony Pierson —dijo Parker con suavidad—. Mi información dice que reside en la unidad novecientos veintinueve, pero no parece haber nadie en casa.

Hunter se recostó y arrojó el bolígrafo sobre su escritorio. —La novecientos veintinueve es nuestro apartamento modelo.

Parker fingió sorpresa. —¿En serio?

Con aspecto aturdido, Hunter miró por la ventana un largo momento y, de repente, se giró hacia su teclado y comenzó a teclear. —¿P-i-e-r-s-o-n?

—Sí, es correcto. —Parker se preguntó qué había hecho cambiar de opinión al joven.

Tras un momento, Hunter dejó de teclear y miró fijamente su pantalla.

—¿Qué pasa?

Hunter se humedeció los labios y se retorció nerviosamente en su silla antes de negar con la cabeza. —Lo siento, señor. No hay registro de un Gabriel Anthony Pierson que haya alquilado alguna de nuestras unidades en el último año.

—¿Buscó solo por el apellido?

Asintió. —Pierson. Gabriel Pierson. G.A. Pierson. No había nadie con ese nombre.

Parker se lo temía. Solo se sumaba a la imagen incriminatoria que había visto en la grabación de vigilancia la noche anterior.

Necesitaba volver a la oficina y examinar esa verificación de antecedentes.

—Gracias por su tiempo, señor Hunter. Aprecio sus esfuerzos. —Se dio la vuelta para irse.

—Es muy curioso. Una extraña coincidencia, supongo. —La voz de Hunter tenía un tono extraño.

Con el ceño fruncido, Parker se volvió. —¿Qué cosa?

—Usted es la segunda persona que hoy pregunta por esa unidad.

—¿El modelo?

Asintió. —Sí. Una mujer estuvo aquí antes preguntando quién alquilaba el novecientos veintinueve.

El pecho de Parker se oprimió. —¿Una mujer?

—Sí, señor. De cabello oscuro, bonita, bien vestida. Muy insistente.

Parker parpadeó, mirando al hombre, esperando haberlo entendido mal. —¿Puedo preguntarle su nombre?

Hunter dudó un momento, luego se encogió de hombros. —Dejó una tarjeta. A ver. ¿Dónde la puse? —Revisó su escritorio y la encontró bajo un pisapapeles—. Aquí está. Miranda Steele. También es investigadora privada.

Hunter le entregó la tarjeta.

Al tomarla, Parker sintió como si el joven lo hubiera apuñalado en el pecho. Atónito, pasó un pulgar sobre las letras en relieve mientras estudiaba la tarjeta por un momento.

Un fondo blanco liso sin logotipo. Su nombre, nueva dirección y número de teléfono estaban impresos en una fuente sencilla. La sensación en su pecho se intensificó. La confusión salpicaba su cerebro.

¿Cómo podía Miranda estar buscando a Gabriel Pierson?

Le dio la vuelta a la tarjeta. Había algo escrito a mano en el reverso. —¿Qué es esto?

—Ah —dijo Hunter—, esa es la persona a la que estaba buscando. Lo escribí ahí. ¿Quién era de nuevo?

Parker leyó lo escrito en el reverso. —Thomas Anthony Drew. —El mismo segundo nombre.

—Sí, eso era. Thomas Anthony Drew.

Tenía que haber algún tipo de error. —¿Está seguro de que la señorita Steele preguntaba por la unidad novecientos veintinueve?

—Sí. Muy seguro —dijo Hunter—. Fue hace solo unas horas. Estaba a punto de cerrar para almorzar cuando entró.

Parker respiró lentamente, un aluvión de preguntas agitándose en su interior. Haría una verificación de antecedentes de este Thomas Anthony Drew cuando volviera a la oficina.

Le devolvió la tarjeta a Hunter. —Gracias de nuevo por su tiempo.

El joven le dio la vuelta a la tarjeta, la mirada aturdida regresando a sus ojos. —Extraña coincidencia… —dijo de nuevo.

—¿Qué cosa?

—Ese tipo tampoco nos alquiló nunca.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Después de su visita al propietario, Miranda no había tenido tiempo de pensar en su siguiente paso.

De regreso a su auto desde el edificio de apartamentos donde Thomas Anthony Drew *no* vivía, había recibido otra llamada de Chambers, quejándose de las cosas que ella se había llevado del Hyundai de Drew la noche anterior.

Ella puso los ojos en blanco. Él tenía el número de chasis. Con eso podía conseguir lo que quisiera. Al darse cuenta de eso, lo acribilló a preguntas. Pero él sabía menos de Drew que ella.

Solo porque quería mantenerse en buenos términos con el detective de policía, fuera lo que fuera eso, regresó en auto a su oficina y empezó a sacar fotocopias de todo en la fotocopiadora de segunda mano que había comprado junto con los muebles y los cachivaches de oficina en la tienda de segunda mano.

Como dicen, lo barato sale caro. La máquina se descompuso al primer intento.

En realidad, las largas líneas de manchas negras en el papel le indicaron que probablemente necesitaba tóner. Demasiado irritada como para lidiar con eso, decidió usar parte del dinero de Santiago y, en su lugar, se dirigió a una tienda de fotocopias.

Estaba a una milla de la tienda con una bonita carpeta llena de copias limpias y nítidas cuando la llamó su notorio cliente. Quería que lo pusiera al día, por supuesto.

—Estoy en eso, Carlos —le dijo, intentando que no se le notara la irritación.

—Quiero copias de la foto de identificación de ese *sucio bastardo*.

¿Más copias?

—¿Por qué?

—Quiero hacerlas circular. Algunas personas en el club lo están recordando.

Era un manotazo de ahogado esperar que alguien en el club pudiera recordar un detalle que le dijera dónde estaba Tommy Drew ahora, pero por si acaso, dio la vuelta con el auto y regresó a la tienda de fotocopias.

Hizo veinte copias, manejó hasta el club y se las dio a Santiago para que las distribuyera. Uno de los guardias de seguridad le dijo que ahora recordaba a Drew y le dio una descripción de altura y peso que coincidía con la información de la licencia de conducir. Pero eso no le decía dónde estaba Drew.

Este tipo es bueno, pensó, mientras estaba sentada en el tráfico de Piedmont. *Sabe cómo borrar su rastro.*

Entonces, ¿cuál era el siguiente paso?

Podía entregarle los papeles a Chambers y ponerlo al corriente. Él querría notificar a los padres de Hannah Kaye. Probablemente, ponerlos en la televisión y bombardear a los medios con fotos de la estudiante universitaria desaparecida.

El caso estaría fuera de sus manos entonces.

Y la cobertura mediática haría que Thomas Anthony Drew se escondiera aún más.

Con esa inquietante idea oprimiéndola, encendió los limpiaparabrisas. La lluvia que había olido antes había comenzado. El semáforo se puso en verde. Dos autos delante de ella pasaron y tuvo que detenerse de nuevo.

Soltó un quejido.

No quería manejar hasta la estación de policía. No estaba lista para entregarle las cosas a Chambers. Pero solo le quedaba un as bajo la manga. El rastreador GPS en el auto de Hannah Kaye. Si es que no se había estropeado ya.

Solo había una forma de averiguarlo. Saliendo del tráfico hacia una calle lateral, decidió irse a casa.

Chambers podía esperar.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

A Miranda le tomó otros veinte minutos volver a su apartamento, pero al menos la lluvia había decidido parar y el sol brillaba de nuevo.

El estómago, por otro lado, le rugía como un camión con el escape roto. Solo había comido una barra de proteína en todo el día y eran casi las cuatro de la tarde.

Entró a la cocina y tomó su fiel bolsa de chips de maíz. Apenas se había metido un puñado en la boca cuando sonó su celular.

Era Chambers, otra vez.

¿Acaso ese tipo no tenía vida?

Terminó de masticar lentamente y decidió dejar que la llamada se fuera al buzón de voz. Sacó una botella de agua fría del refrigerador y se pasó otro par de puñados de chips. Pero antes de que pudiera sacar la salsa, él volvió a llamar.

—¿Qué? —ladró al teléfono.

—¿Dónde están mis papeles?

—¿Tus papeles?

—¿Los papeles que ibas a traerme hace dos horas?

—Se me complicaron las cosas. Tengo un negocio que atender, ¿sabes?

—Mira, Steele. Tengo que analizar las huellas dactilares de todo lo de ese auto.

Ella reprimió un gemido. —¿Para qué? Ya tienes toda la información disponible sobre el tipo.

—Porque es el protocolo.

Viejo burócrata estirado. Por lo que recordaba, Chambers siempre había seguido las reglas al pie de la letra.

—Está bien, está bien. Estaré allí en un rato —dijo, rodeando la mesa plegable para ver en qué porcentaje estaba trabado el rastreador GPS—. Solo déjame…

Se quedó helada y clavó la vista en la pantalla.

La voz de Chambers se oyó en su oído. —¿Steele? ¿Sigues ahí?

Apenas lo escuchó.

Todo lo que oía era el pitido bajo. El pitido que coincidía con el círculo parpadeante en un mapa. El rastreador había funcionado.

—¡Steele! ¿Qué pasa, maldita sea?

Recuperó la voz. —Lo encontré.

—¿Encontraste qué?

—¿Tú qué crees? El auto de Hannah Kaye.

—Se suponía que yo debía… no importa. ¿Dónde está?

Tomó el ratón e hizo clic en el mapa. Estaba al oeste, a unas treinta millas de allí. Le dio la zona general. Tardaría un rato en llegar. No tenía ni un minuto que perder.

—Lo siento, Chambers —le dijo, con la emoción en la voz—. Me tengo que ir.

—No vayas sola, Steele.

—No tengo tiempo de esperar una escolta, Chambers.

—Más vale que lo tengas si quieres seguir viva.

Él se estaba poniendo en lo peor. Estaba harta de que los peces gordos intentaran proteger a la niñita. —Puedo cuidarme sola. Si te preocupa, nos vemos allá.

Sabía que lo haría. Y sería bueno tener refuerzos. Pero ella quería llegar primero.

Colgó.

Corrió a su habitación, tomó un cargador de repuesto para su Beretta del cajón, guardó su laptop y salió por la puerta tan rápido como pudo.

Con un poco de suerte, Hannah Kaye todavía podría estar viva.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Parker estaba sentado en su oficina mirando la pantalla de su computadora, con un dedo en la barbilla en actitud contemplativa.

No quería reconocer las inquietantes emociones que retumbaban en su pecho. No quería admitir lo que había descubierto. No quería admitir que esta tarea iba a ser mucho más difícil de lo que había pensado al principio.

Pero ahí estaba, justo en su pantalla.

El hombre de la limpieza, Gabriel Anthony Pierson, tenía un historial impecable. Sin arrestos, ni órdenes de captura, ni sentencias de ningún tipo. Tampoco tenía esposa, ni hijos, ni hermanos. Y, curiosamente, ningún historial anterior a los últimos tres años.

Parker sabía reconocer un robo de identidad en cuanto lo veía. Y por eso había pasado la tarde investigando más a fondo. Y había descubierto exactamente lo que esperaba encontrar.

Al verdadero Gabriel Anthony Pierson.

Era un carpintero que había vivido y trabajado en Macon, Georgia, toda su vida. Había asistido a la Primera Iglesia Bautista de allí. Tenía esposa, tres hijos, ocho nietos y seis bisnietos.

Y había muerto hacía tres años a la edad de ochenta y cinco.

Así que el hombre del video que había manipulado el teléfono de Miranda era tan desconocido para Parker como cuando había empezado esta búsqueda.

Se frotó los ojos, considerando qué hacer a continuación. Antes de que pudiera decidirse, Gen llamó a su puerta.

Le sonrió.

—¿Qué pasa, cariño?

Ella le lanzó una mirada de «no me llames cariño en la oficina», entró y se sentó. Su rostro, su maquillaje y su traje gris pizarra estaban tan frescos e impecables como esa mañana. A veces, ella lo asombraba.

—Don Peregrin firmó el contrato —dijo ella.

Eso le hizo sonreír aún más.

—Excelente trabajo.

—Tú fuiste el que hizo toda la labor de persuasión.

—No podría haberlo hecho sin tus habilidades de mediación.

—Solo hago mi trabajo, papá. —Juntó las manos en su regazo y le dirigió la misma mirada que usaba de niña cuando quería que le comprara algo especial—. Así que, digo que es hora de salir temprano del trabajo y celebrar.

Él enarcó una ceja con desconfianza.

—¿Qué tienes en mente?

—Coco tiene un nuevo repertorio que va a presentar esta noche en el Gecko Club. Ella y Antonio quieren que vayamos.

La estudió por un momento.

—¿Eso es todo?

—¿Por qué tendría que haber algo más?

—Me temo que estoy agotado, cariño. Me gustaría una noche tranquila en casa.

Su mirada le dijo que pensaba que últimamente había tenido demasiadas noches tranquilas en casa.

—Vamos, papá. Te hará bien. Y nunca se sabe con quién podrías encontrarte.

La miró con cautela.

—No me tienes preparada otra cita sorpresa, ¿o sí?

Ella alzó sus delgados hombros.

—¿Y qué si lo hago? ¿Acaso una hija no puede interesarse en la vida amorosa de su padre?

Él negó con la cabeza ante sus palabras.

—De verdad, Gen. No estoy listo para una relación.

Su rostro se tornó solemne.

—Tienes que superarla, papá.

—Lo estoy. Me las estoy arreglando.

—Ella no era buena para ti. Siempre lo supe.

—Lo sabías —dijo él.

Pero su corazón le decía que no se había equivocado cuando se había fijado en Miranda Steele. Hacían una buena pareja. Ella lo había deleitado, asombrado e irritado como ninguna otra mujer lo había hecho jamás. Incluida la madre de Gen.

Y la extrañaba.

Extrañaba su risa y sus chistes tontos. Su mente ágil y su espíritu tenaz. Y la forma en que siempre podía despertar cada nervio de su cuerpo. Ella había llenado su vida de alegría cuando él pensaba que ya no había más alegría por tener. Había llenado su corazón de amor.

Pero no estaba destinado a durar.

Había demasiado fuego y efervescencia en Miranda para que él pudiera lidiar con eso. Quizás él era demasiado viejo para ella.

Gen se levantó y le tomó la mano.

—Ven conmigo al Gecko Club esta noche, papá. Coco y Antonio se decepcionarán mucho si no lo haces.

Él suspiró profundamente. Estaba en un punto muerto con los datos de su pantalla. Quizás una distracción haría surgir una idea en su cerebro.

Lo que un hombre hacía por sus hijos.

—Muy bien, Gen.

Mientras se ponía de pie, ella se alzó para besarle la mejilla, reconfortando su corazón de tal manera que casi volvió a la vida. La amaba profundamente por eso. Por todo lo que ella significaba para él.

—Te lo prometo —sonrió ella—. No te decepcionarás.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Las nubes que se cernían sobre la lejana línea de árboles se oscurecían cada vez más. Mientras conducía a toda velocidad por la I-20 en dirección oeste, Miranda rezó para que no lloviera de nuevo.

Bajo la lluvia sería más difícil lidiar con lo que fuera que encontrara al llegar al auto de Hannah Kaye. La lluvia la retrasaría. Y ya le había tomado demasiado tiempo llegar hasta allá.

Se detuvo a llenar el tanque del Acura y luchó contra el tráfico casi todo el camino hasta Six Flags.

Había transferido el rastreador GPS a su teléfono, y este la había llevado al condado de Paulding, pasando por Mableton, Austell y Lithia Springs. Siguiendo sus indicaciones, después de varios kilómetros más, se desvió de la carretera principal.

Allí la carretera se convirtió en una de dos carriles. Pasó junto a edificios de apartamentos, gasolineras y pequeñas plazas comerciales por un rato, y luego la carretera se volvió totalmente rural. Larga y casi sin tráfico, se extendía ante ella, interrumpida solo por la ocasional iglesia o tienda de conveniencia. De vez en cuando, una estrecha calle lateral se adentraba en la densa arboleda. El rastreador le indicó que siguiera recto. Y así lo hizo.

Kilómetro tras kilómetro.

Cuando sonó, se sobresaltó por el ruido. Le indicaba que girara a la derecha en una de esas calles laterales. Con el estómago hecho un nudo, lo hizo, aunque sentía como si se dirigiera al infierno mismo, arriesgándose a quedar varada en un camino desierto en medio del bosque.

Aquí el pavimento se hizo más angosto. Las marcas viales se desvanecieron. Una señal desgastada le informó que el límite de velocidad era de treinta y cinco. La ignoró y aceleró.

Habían podado las copas de algunos de los árboles altos para dar paso a los cables telefónicos. ¿Una señal de vida? Eso esperaba. Había más árboles más adelante. En Atlanta siempre había más árboles. Un túnel interminable de treinta tipos de robles y cincuenta tipos de pinos, a menudo cubiertos de kudzu espeso y frondoso, alto, verde y silenciosamente siniestro. Sobre ella se mecían suavemente con el viento que empezaba a levantarse.

Más adelante surgió un atisbo de civilización. Pasó a toda velocidad junto a una hilera de modestas casas de campo muy separadas, con al menos media hectárea entre ellas. A medida que avanzaba, el espacio se convirtió en una y hasta dos hectáreas. Y luego las casas desaparecieron.

No había nada a su alrededor más que un bosque espeso y profundo.

Miró el rastreador. Seguía indicando el camino, pero, se recordó a sí misma, no lo había usado antes. ¿La estaría llevando a una búsqueda inútil?

Justo en ese momento, volvió a sonar.

Se sobresaltó en su asiento y maldijo el aparato. Pero este solo respondió con una orden de girar a la izquierda.

Miró a través del parabrisas. Al principio no vio por dónde podía girar. Luego distinguió el estrecho camino de tierra, su arcilla roja de Georgia casi brillaba bajo un trozo de luz solar entre las nubes. Algo en su aspecto hizo que su corazón se acelerara. Pero si ahí era donde estaba Hannah Kaye, ahí era donde tenía que ir.

Se le erizó el vello de la nuca y giró el volante. Y mientras lo hacía, el cielo se oscureció y un relámpago brilló en la distancia como un mal presagio.

Continuó su avance.

El camino era irregular, lleno de baches de tormentas pasadas. Varias veces temió romper un eje.

—Si dañas mi auto —le masculló al rastreador—, voy a demandar hasta el alma de tu creador.

Pero no tendría que molestarse.

Al tomar otra curva cerrada, vio a lo lejos, a través de los pinos, lo que había venido a buscar.

El Corolla rojo arándano de Hannah Kaye.

Tuvo que manejar unos metros más antes de poder tener una mejor vista. Más allá del auto se alzaba una casa de un color tostado opaco con un techo de color carbón. El lugar parecía haber visto mejores días.

Era una especie de casa de desniveles con un revestimiento que necesitaba pintura y un viejo techo podrido que necesitaba ser reemplazado. Una ventana en el piso superior estaba tapiada. Un gris deslucido envolvía un nivel inferior que alguna vez pudo haber sido usado como garaje. Un par de puertas corredizas de patio en su costado también estaban tapiadas.

Mientras Miranda se acercaba lentamente en su Acura, no vio ningún movimiento en las ventanas. Pero notó que solo había un único juego de huellas en el carril de lodo seco. Llevaban directamente a los neumáticos traseros del Corolla.

Dio la vuelta con el auto —en caso de que necesitara una huida rápida— y estacionó tan cerca de la puerta principal como se atrevió.

Se le ocurrió que podría necesitar una linterna. Abrió la guantera y sacó la Maglite de uso policial que guardaba allí. Una vez más, revisó su Beretta. Mientras lo hacía, otro relámpago cruzó el cielo.

Salió, cerró la puerta sin hacer ruido y se abrió paso con cuidado por el descuidado jardín hasta el porche, mientras el viento le alborotaba el cabello.

Las tablas del porche estaban resbaladizas y negras, y no creyó que fueran a sostenerla. Pero respiró hondo y puso el pie en el primer escalón. No cedió, así que subió de prisa el resto y se detuvo ante la puerta de tela metálica.

¿Tocar o simplemente entrar?

Mejor no delatar su presencia, decidió, y puso la mano en la perilla. Probablemente estaría cerrada con llave. Pero cuando la giró, se abrió fácilmente. La puerta maciza ya estaba entreabierta.

¿Un propietario confiado? Lo dudaba.

Por un instante pensó en la advertencia de Chambers. Quizás debería esperarlo. Pero ¿y si Hannah Kaye se estaba muriendo ahí dentro? ¿Y si él llegaba segundos demasiado tarde para salvarle la vida?

Tenía que entrar.

Lentamente, echó mano a su Beretta. Tras una rápida mirada hacia atrás que no reveló nada, le dio un empujón a la puerta exterior y esta se abrió con un crujido.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Miranda entró en la casa.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

La primera habitación era una sala de estar mugrienta.

Un tabique calado que atravesaba la estancia revelaba una cocina sórdida. En la esquina más alejada de la primera habitación había un sillón reclinable de aspecto raído, con una mesita y una lámpara. Junto a la pared opuesta se alzaba una chimenea anticuada sobre la que habían pintado. El aire era caliente, húmedo y olía a moho. Quizá había algo de comida podrida en la cocina. Y los zócalos tenían una buena capa de moho negro creciendo en los bordes.

Por un instante, Miranda se preguntó por qué no habían clausurado el lugar.

Encendió su linterna Maglite y la pasó por las paredes manchadas. Ni rastro de vida. A su derecha había una escalera que llevaba al piso de arriba. Junto a ella había una puerta cerrada, con la pintura igual de manchada que las paredes. Detrás debía de haber otra escalera para llegar al nivel inferior que había visto desde fuera.

Entonces, ¿arriba o abajo?

Arriba, decidió. Quizá los ocupantes estaban dormidos.

Cruzó la habitación en silencio y puso un pie en el primer escalón. Al transferir su peso, el escalón gimió.

Miranda contuvo la respiración. No quería despertarlos.

¿Por qué pensaba en plural? Suponía que Hannah Kaye seguía viva y que la encontraría a ella y a Tommy Drew juntos en una cama en el piso de arriba.

Ese sería el mejor de los casos.

Dio otro paso. Este escalón era más silencioso. Avanzando con sigilo, subió de puntillas todo el camino. En el rellano encontró tres

puertas, todas entornadas. Las revisó en sentido contrario a las manecillas del reloj.

La primera era un baño con un lavabo que necesitaba una limpieza. Ni toallas. Ni artículos de aseo. Ningún armario detrás del espejo agrietado. Ninguna cortina en la bañera. Nadie en la bañera.

Pasó a la siguiente habitación.

Esta parecía haber sido usada como dormitorio, pero no contenía ningún mueble. La habían pintado de un rosa pálido, pero eso debía de haber sido hacía años. El moho negro salpicaba las paredes y los zócalos por la humedad que se filtraba por el techo y la ventana sin sellar. Una rejilla de ventilación en una esquina estaba negra de mugre.

Cero de dos.

Tenían que estar en la última habitación. Miranda avanzó en silencio por el pasillo y abrió la puerta con un empujoncito de su Beretta.

—¿Tommy Drew? —dijo en voz baja.

No hubo respuesta.

Esta habitación estaba en un poco mejor estado, pero no ganaría ningún premio de «Buen Hogar». Aquí tampoco había muebles, a excepción de un único colchón en la esquina con una sábana arrugada encima.

Miranda se acercó de puntillas.

Podría haber un buen material de ADN en esa sábana. No tenía los recursos para procesarlo. Dejaría que Chambers se encargara de eso. Un pequeño armario con una puerta plegable estaba abierto. Si alguien había colgado ropa allí, ya no estaba. Lo único que quedaba era una sola percha.

Mientras la contemplaba, oyó el estruendo de un trueno en el exterior. La lluvia empezó a golpear el tejado. Sintió un ligero alivio del aire demasiado cálido y húmedo. La temperatura debía de estar bajando.

Pero no alivió en nada la ansiedad que sentía en el estómago.

Dando por perdido ese piso, bajó de nuevo a la sala de estar.

Al llegar al último escalón, se dio cuenta de lo mal que olía la habitación. Había pensado que era un olor de la cocina. Debería

haberlo sabido.

Solo quedaba un lugar más que revisar.

Mientras miraba la puerta que daba al nivel inferior, el corazón se le aceleró. Los nervios empezaron a bailarle sin control. De repente sintió como si tuviera hormigas trepándole por el cuello.

Haciendo acopio de valor, fue hasta la puerta y la abrió de golpe.

El aire fétido le irritó los ojos. Dios santo, debería haberlo sabido.

Aún con la Beretta desenfundada, sosteniendo la Maglite bajo la empuñadura, se sumergió en la pestilencia y bajó las escaleras, ignorando sus crujidos.

###

Al llegar al último escalón, a Miranda casi se le paró el corazón. Se le revolvió el estómago y tuvo que reprimir con fuerza una arcada.

Había visto algunas escenas bastante aterradoras en su vida, pero nada como esto. Era mucho peor de lo que había imaginado. Peor que cualquier cosa de su pesadilla más terrible.

En lugar del moho familiar, estas paredes estaban cubiertas de espuma acústica, como si alguien quisiera aislar el ruido. Las puertas del patio de este piso estaban tapiadas, así que no entraba luz del exterior. En la esquina más alejada había una jaula vacía. De un metro por un metro y casi dos de largo. Una manta azul descolorida yacía en el suelo junto a ella, manchada de sangre.

Una visión bastante perturbadora, pero no fue eso lo que captó su atención.

En lo alto, habían instalado una especie de sistema de poleas sobre las vigas reforzadas. Unas cuerdas gruesas estaban ancladas a la pared. Las habían pasado por la polea y las habían usado para izar a la víctima por sus muñecas atadas.

Y allí, ante ella, colgado de esas cuerdas, estaba el cuerpo desnudo de Hannah Kaye.

Durante una eternidad, lo único que Miranda pudo hacer fue mirarla, con el fétido hedor en la garganta.

Era una visión espeluznante.

Moretones, verdugones y cortes grotescos cubrían su torso, sus brazos, sus piernas. Moscas y mosquitos zumbaban alrededor de los

regueros de sangre seca apelmazada en su piel, allí donde había manado de las heridas abiertas en sus muslos, sus costados, sus pechos, entre sus piernas. De los cuatro o cinco litros que hay en el cuerpo humano, al menos la mitad se había acumulado en el suelo bajo ella.

La sangre significaba que le había hecho todo eso mientras aún estaba viva.

Debió de morir con un dolor increíble.

El ángulo de los cortes indicaba que había estado colgada allí mientras él trabajaba en ella. Era como si la hubiera usado como una piñata humana. ¿Cómo lo había hecho? ¿Con un cuchillo largo? ¿Con algún tipo de atizador afilado? La había cortado lo justo para causarle dolor sin matarla. Hasta que estuvo listo para que muriera.

Podía imaginarse al enfermo y sádico cabrón hurgando en su carne. Una y otra y otra vez. Viéndola sufrir. Disfrutándolo.

Su larga cabellera rubia le colgaba sobre un hombro, apelmazada por la sangre. Tenía la lengua fuera, sobre la barbilla, en total resignación.

Pero lo más perturbador de todo eran los grandes y opacos ojos azules. Muy abiertos, saltones, mirando fijamente a Miranda y preguntando: «¿Por qué? ¿Por qué dejaste que me pasara esto?».

Si tan solo hubiera podido llegar antes.

Mientras miraba a la mujer cuya vida había sido truncada tan pronto, Miranda sintió que todo su cuerpo se estremecía. Empezó a temblar de pies a cabeza. Un sentimiento de impotencia la abrumó. Si no salía de allí, iba a perder la cabeza.

Dándose la vuelta, subió corriendo las escaleras y salió por la puerta principal.

Al llegar al porche, un fuerte trueno explotó sobre su cabeza. Pareció hacer temblar toda la tierra. La lluvia empezó a caer a cántaros.

Sin importarle mojarse, Miranda corrió hacia el jardín, empapándose hasta los huesos. Corrió hacia su coche, buscó a tientas la manija y se metió dentro.

Se quedó sentada abrazándose a sí misma, todavía temblando, paralizada por la conmoción.

El agua goteaba de su pelo y de su ropa sobre las alfombrillas. Giró la cabeza y vio su Beretta y la Maglite en el asiento del copiloto, ambas mojadas. No recordaba haberlas puesto allí.

Apenas podía distinguir lo que la rodeaba. Lo único que veía era la imagen de esa pobre, pobre chica. La estudiante, la bailarina que no había podido salvar a tiempo.

Su cerebro empezó a despertar y buscó su celular en el bolsillo. Con dedos temblorosos, marcó el número.

Él contestó al primer tono.

—¿Steele? —había preocupación en su voz.

—La encontré —respiró—. La encontré, Chambers.

—¿Está...?

—Está muerta. Venga para acá rápido y traiga a sus peritos.

Antes de que él pudiera responder, colgó. Durante varios largos momentos se quedó sentada, meciéndose, abrazándose, intentando sacar de su cabeza la imagen de aquel cuerpo mutilado.

Y entonces, mientras otro relámpago partía el cielo, rompió a llorar.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

La lluvia había amainado a una llovizna para cuando Chambers llegó con su séquito de patrullas con las sirenas y las luces intermitentes.

Estacionaron alrededor del patio lodoso y rodearon la casa con las armas en la mano; su alboroto no le anunció su presencia a nadie. Supongo que la palabra de una simple investigadora privada de que no había nadie en la casa salvo una mujer muerta no fue suficiente.

Ella se quedó en el auto y dejó que Chambers se acercara a tomarle declaración. Se la dio, relatando sus pasos y describiendo lo que había visto con un tono monótono y apagado.

Observó cómo el rostro de él palidecía mientras tomaba notas en su portapapeles.

Finalmente, tomó aire. —Lamento que haya tenido que pasar por eso, Steele. Ojalá me hubiera esperado.

Sí, claro. ¿Para qué? ¿Para llevarse el mérito? ¿Para tomar el control? ¿Para protegerla? Pero supuso que él solo estaba haciendo su trabajo. Y ella también.

El BMW negro de Santiago entró en el patio, removiendo un vago recuerdo de que lo había llamado mientras esperaba a que llegara Chambers.

El gánster salió del asiento trasero de su vehículo, indiferente a la multitud de agentes de la ley o a si la llovizna le arruinaba su sedosa camisa blanca. Le lanzó una mirada de pesar a ella, que estaba acurrucada en su Acura, y luego marchó hacia uno de los policías.

Uno de los hombres del narcotraficante, vestido de negro como un guardaespaldas, salió del lado del conductor del BMW y se plantó junto al capó, con sus enormes brazos cruzados sobre su pecho fornido.

Agitando los brazos, Santiago le gritó al oficial. Podía oírlo a través de las ventanillas cerradas. Un momento después, Chambers salió de la casa, evaluó la escena y le hizo un gesto a Santiago para que entrara.

El guardaespaldas permaneció firme como una roca junto al auto. Debía de tener órdenes.

Francisco, pensó, sorprendida de haber recordado su nombre. Le había tomado prestada su moto la noche que compitió contra Santiago por Peachtree. La noche que se conocieron.

Había corrido un gran riesgo entonces, igual que al venir a esta casa remota. Parker tenía razón. Ella se precipitaba al peligro. Ahora entendía por qué eso lo volvía loco a él. Ningún hombre aguantaría eso por mucho tiempo. Pero ¿qué otra opción tenía? Era su deber, su trabajo, su destino.

Aunque esta vez no había tenido la oportunidad de enfrentarse al asesino. Había llegado demasiado tarde para salvar una vida.

Santiago salió de la casa y se acercó a su auto. Golpeó la ventanilla con los nudillos.

Ella la bajó.

—Lo siento, Carlos.

Él asintió, mirando hacia la casa, con el rostro más pálido de lo que nunca se lo había visto. Incluso después de la violencia que debía de haber visto en su vida en las calles, la visión del cuerpo de Hannah Kaye lo había sacudido.

—*Hijueputa* —gruñó en voz baja. Son of a bitch.

Sí. *Hijueputa.*

Se inclinó hacia ella, con sus ojos negros brillando de odio. —Miranda Steele —dijo en un murmullo grave—. Encuentra a quien le hizo esto a mi bailarina.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

La policía terminó su trabajo y comenzó a retirarse. Chambers se acercó y le preguntó si podía llevarla a casa. Miranda se negó y, en cambio, se ofreció a manejar con él hasta Gainesville para informar a los padres de Hannah.

Él negó con la cabeza y le dijo que se fuera a casa.

Así que ella regresó a la ciudad, aún paralizada por la conmoción, pero lo suficientemente recuperada para manejar. Encontró una estación de clásicos que ponía *heavy metal* pesado y le subió todo el volumen, intentando sacar la espantosa imagen de su mente.

Pero se necesitaría más que Led Zeppelin y ZZ Topp para lograrlo.

La lluvia había cesado para cuando llegó a casa y el sol se ponía en un estallido de color. El aire permanecía más fresco. El otoño se acercaba. Mientras subía las escaleras, se preguntó si debía quedarse en Atlanta. Ya no tenía raíces allí. ¿Qué sentido tenía?

Dentro de su apartamento, limpió su Beretta y la guardó en el cajón. Luego, abrió la botella de Jack Daniels que había comprado de camino a casa. Tomó una taza de la alacena; otra de esas tazas de gatos. Esta tenía un gatito gris olisqueando una flor azul en un jardín.

Sirvió dos dedos y se los bebió de un trago.

El licor le quemó la garganta, pero al cabo de un minuto sus músculos comenzaron a relajarse. Sirvió otros dos dedos y llevó la taza y la botella a su dormitorio. Se quitó la ropa húmeda, se dio una ducha, se puso una camiseta y se acostó en la cama.

Hannah Kaye. Una joven que tenía toda la vida por delante. Un futuro prometedor como arquitecta construyendo hospitales. Un novio que parecía loco por ella, con el sueño compatible de diseñar maquinaria médica. Podrían haberse graduado, casado, tenido carreras formidables, hijos, todo el paquete.

Pero no, eso no era suficiente. Hannah quería más. Quería emoción. Atención. La emoción de que los hombres babearan por ella, que la persiguieran.

Y lo consiguió. Pero no fue exactamente el tipo de atención que esperaba. Cometió un error. Se enamoró del tipo equivocado. Tomó una mala decisión.

Y sus últimos días habían terminado con un dolor insoportable y, sin duda, una agonizante serie de «si tan solo…».

Si tan solo no hubiera roto con su novio. Si tan solo no se hubiera ido con el cliente de la cabina tres. Si tan solo le hubiera contado a alguien sobre ese tipo. Si tan solo no hubiera aceptado el trabajo en el club de Santiago. Si tan solo hubiera sido un poco más lista, un poco más cautelosa.

Pero no lo fue. Y lo pagó con su vida.

Encuentra a su asesino.

Miranda sirvió más whisky en su taza y gimió en voz alta. ¿Quién se creía Santiago que era ella? ¿Superwoman?

La policía tendría que hacer eso.

Cuando Chambers la interrogó en la escena del crimen, le entregó los papeles que él quería y lo puso al corriente de todo lo que sabía sobre Thomas Anthony Drew. Ahora dependía del detective de policía y sus compinches de la comisaría encontrarlo. Chambers tenía mejor equipo, más personal, la autoridad para arrestar.

Ella no podía hacerlo. No tenía la voluntad. No era su trabajo.

Miranda miró el colgante en forma de corazón de la tobillera que llevaba en la muñeca. A.T. Adam Tannenburg. En ese momento, ese caso se sentía como otro fracaso. Se quitó la pulsera y la dejó en la mesita de noche, junto a su teléfono.

Levantó la taza. Estaba vacía. La rellenó y se bebió el último trago de Jack Daniels de un golpe. Mientras el alcohol hacía efecto,

buscó a tientas el interruptor de la luz y la apagó. Apoyó la cabeza en la almohada, con el cerebro dándole vueltas. Dormir. Necesitaba dormir. Una buena noche de sueño y sería capaz de decidir qué hacer. Sentía como si pudiera dormir para siempre.

Y mientras se daba la vuelta en la oscuridad y se quedaba dormida, Miranda se dio cuenta de que ya no estaba segura de para qué tenía voluntad.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Nueve y cuarenta y cinco de la mañana. Debería estar en una reunión en la oficina, pero ¿dónde estaba? Devolviendo regalos de aniversario para Miranda Steele.

Gen Parker echaba humo mientras esperaba a la empleada, que tuvo que consultar el asunto con su gerente. Sí, Gen sabía que el artículo había sido comprado hacía más de tres semanas. Pero ni siquiera era su regalo. Le estaba haciendo un favor a una amiga.

Aunque, pensándolo bien, quizá todo era culpa suya.

Livia Burton, a quien había invitado al Gecko Club la noche anterior como una posible futura cita para su padre, le había endilgado la tarea de devolver el regalo que le había comprado para su primer aniversario.

Había estado ocupada, dijo Liv, y se le había olvidado devolverlo. Era agente inmobiliaria, le recordó, como si Gen no lo supiera —Liv solía trabajar para su abuelo—, y tenía tres visitas a propiedades al día siguiente.

¿Podía Gen ser un encanto y devolverlo por ella? A esas alturas, Gen se sintió aliviada de que su padre no se hubiera interesado en esa mujer.

Y luego estaban los dos regalos de Wendy Van Aarle y su familia de los que había prometido encargarse. Ellos también habían estado demasiado ocupados para devolverlos, con el inicio de las clases y el patinaje sobre hielo de Wendy. Debería haberle dicho que no a Iris, pensó Gen, pero había intentado ser amable.

Ese era su problema. Era demasiado buena.

Ya había devuelto el álbum de fotos encuadernado en cuero y cosido a mano de Livia. Y la papelería personalizada con un par de plumas de diseño italianas a juego, para él y para ella, de Wendy. Su madre debió de ayudarla a elegirlo.

Una vez que se deshiciera del regalo de Iris, habría terminado. Y vaya regalo. Un cuenco de cristal de Swarovski con dos tortolitos posados en el borde. A su padre le habría encantado.

Tortolitos. Qué ironía.

Tamborileó con sus afiladas uñas sobre el mostrador de cristal.

¿Por qué tardaba tanto la empleada? Tenía el recibo. El cuenco no estaba dañado. Seguro que podían revenderlo.

Debería haberle arrancado la cabeza a la empleada cuando puso peros. En lugar de eso, decidió seguir el ejemplo de su padre y usar la amabilidad. La técnica no parecía funcionarle tan bien a ella.

Él era un hombre tan dulce, un buen hombre. Se merecía a alguien mucho mejor que Miranda Steele.

Nunca entendería qué había visto él en esa perra egoísta y temperamental.

Claro, era buena en lo que hacía. Incluso le había salvado la vida una vez. Aunque habían sido las acciones de Miranda las que la habían metido en esa situación. Así que era una gran detective. ¿Y qué? Uno puede meterse en verdaderos problemas si mezcla la vida personal y profesional. Ella debería saberlo.

Curt Holloway le había echado el ojo hacía semanas. Y aunque a ella le aceleraba el pulso, ¿le hizo caso? Ni loca.

El trabajo y el amor no se mezclan. Por eso había reglas al respecto en la mayoría de las organizaciones.

Supuso que su padre estaba aprendiendo esa lección por las malas. Pobre papá.

Por fin, la empleada regresó con una sonrisa radiante, una disculpa y un fajo de billetes en la mano.

Finalmente.

Gen le dio las gracias con toda la dulzura que pudo y salió de la tienda.

Libre al fin.

Cruzó presurosa el suelo de mármol, pasó junto a la fuente y entró en el estacionamiento techado. Había estacionado allí pensando que sería más rápido volver a salir a la calle.

Miró la hora. Maldita sea, llegaba tarde a esa reunión. Además, tenía que terminar las reseñas de ayer y otro cliente potencial llegaría justo antes del almuerzo. Mejor llamaba a Sybil para decirle dónde estaba. Había ido con demasiada prisa como para siquiera mandarle un mensaje antes.

Se detuvo frente a un grueso pilar de concreto para marcar. No se dio cuenta del vehículo estacionado justo detrás de ella. No lo oyó bajar. Ni sus pasos al acercarse por su espalda.

Pero sí sintió la mano áspera que le tapó la boca, cerrándosela de golpe. Un brazo le rodeó la cintura, inmovilizándole los brazos contra el cuerpo. Su celular cayó al suelo.

Con el corazón desbocado, gritó contra la carne sudorosa e intentó morder. Luego lanzó una patada hacia atrás, como había visto hacer a algunos de los investigadores en el gimnasio. ¡Dios mío! Papá le había enseñado técnicas de defensa personal una vez. Pero, de repente, no podía recordar ninguna.

Al menos, ninguna que funcionara.

El hombre que la sujetaba empezó a arrastrarla por el pavimento. Ella pateó y gritó contra la palma de su mano, intentando pedir ayuda. Pero no había nadie cerca y él era muy fuerte.

Las lágrimas le escocían en los ojos. El pecho le ardía tanto de miedo que pensó que iba a darle un infarto.

No podía escapar. Simplemente no podía escapar. Por el rabillo del ojo, vislumbró hacia dónde la llevaba.

Hacia una camioneta horrible de color rojo oscuro con una franja de color claro. F-150. Abolladura en la puerta. Doble cabina. Intentó distinguir el número de la placa, pero estaba en el ángulo equivocado. Piel, pensó. ADN.

Cuando llegaron a la camioneta, él apartó la mano de su boca un instante para abrir la puerta del copiloto.

Ella gritó y consiguió girar las manos lo suficiente para clavarle las uñas en la muñeca.

Él contuvo un grito. Por un instante, ella le vio la cara. Boca torcida. Sus ojos estaban desorbitados.

Entonces se dio cuenta de que él estaba buscando algo en la camioneta. Una especie de trapo. ¿Iba a amordazarla? Intentó darle otra patada, pero él ya le había apretado el trapo contra la nariz y la boca. No podía respirar.

¿Estaba intentando asfixiarla?

No. Demasiado tarde se dio cuenta de que había algo en el trapo. Algo para hacerla dormir. Algo para dejarla inconsciente.

Sintió que sus músculos se relajaban. Perdió el control de su cuerpo. Él la subió al asiento trasero y le ató algo alrededor de las manos. Estaba tan flácida como una muñeca de trapo.

Ayuda, pensó mientras él le acomodaba los pies en el suelo y reclinaba su cabeza contra la alfombrilla. Estaba a punto de cerrar la puerta y ella sabía que se la llevaría muy lejos.

Quería gritar, luchar, huir. Pero no podía moverse ni un centímetro.

Y lo último que vio antes de que él cerrara la puerta fue un mechón de pelo rubio oscuro y revuelto bajo una gorra de béisbol y una sonrisa brutal de satisfacción.

CAPÍTULO CUARENTA

Parker estaba de vuelta en su escritorio, revisando esta vez los datos que había desenterrado sobre Thomas Anthony Drew, el hombre del que se había enterado ayer en el rascacielos de Ponce de Leon.

Desde entonces, había descubierto algunos datos interesantes.

Drew había trabajado en un lugar llamado Phelps Supply Company, en Decatur, repartiendo equipo médico desde febrero hasta principios de junio. Era soltero y parecía no tener parientes cercanos vivos. Tenía una cuenta bancaria en la que había depositado cheques de su empleador, pero no había hecho ningún retiro.

Y era dueño de un Hyundai gris claro que en ese momento estaba confiscado por la policía. Había sido encontrado abandonado dos días atrás en las cercanías de *Exótico*, el club de estriptis de Carlos Santiago.

Parker abrió la foto del DMV de Drew.

Un hombre apuesto de unos treinta y tantos años con cabello oscuro y rizado a la altura de la barbilla y un bigote fino. De buena complexión, de aspecto fuerte.

Abrió la foto de empleado de Gabriel Anthony Pierson y las acomodó una junto a la otra en su pantalla.

Pierson también era apuesto y de buena complexión, pero había diferencias evidentes. El cabello oscuro de Drew contra el rubio desaliñado de Pierson. El fino y oscuro bigote de Drew. La expresión de Pierson era desgarbada y hosca, mientras que la de Drew era más alerta. La forma de la boca de Drew era diferente, al igual que su nariz. Aun así, los dos podrían haber sido hermanos.

Y ambos hombres habían registrado la misma residencia durante los últimos tres años en todos los documentos que Parker pudo encontrar de ellos.

Y compartían el mismo segundo nombre, Anthony. ¿Qué tenían que ver estos dos hombres el uno con el otro?

Parker se preguntó si una búsqueda más profunda lo llevaría a un tal Thomas Anthony Drew de más de ochenta años que estuviera muerto. Y lo que eso significaría.

¿Por qué Miranda lo estaba buscando? Tenía que creer que él tenía algo que ver con la bailarina desaparecida del club de Santiago que ella estaba buscando.

Se reclinó y consideró qué hacer.

Sería sencillo levantar el teléfono y llamarla. Preguntarle directamente.

Pero entonces ella le preguntaría por qué quería saberlo, y él tendría que decirle que estaba investigando de nuevo los mensajes de texto de su teléfono. Sería una conversación agradable.

No, no llamaría a Miranda. Primero contactaría a una fuente en el Departamento de Policía de Atlanta para averiguar más sobre el auto de Drew.

Estiró la mano hacia su taza de café y tomó un sorbo de su tercera ración de la mañana.

No había dormido bien después de su noche en el Gecko Club. El recuerdo de la velada le provocó una mueca de disgusto.

Había llegado al club alrededor de las siete y encontró a Gen en la mesa que les había reservado. También encontró no menos de tres damas, conocidas sociales con las que había salido esporádicamente después de la muerte de Sylvia, sentadas en mesas cercanas.

Obra de Gen. ¿Qué parte de «no estoy listo» no entendía?

Pero supuso que ella ya había hecho los arreglos cuando se lo dijo. Y así, ignorando a las damas, decidió relajarse, disfrutar y escuchar las nuevas canciones de Coco. Como de costumbre, las cantó maravillosamente. Y Parker pudo ver que Antonio estaba más enamorado que nunca de su bella esposa rubia. Se alegraba por ellos.

Pero la actuación solo le recordó la canción que Coco había cantado en su boda con Miranda.

Dio por terminada la noche temprano y se fue a casa a la cama, solo.

Activó el salvapantallas de su computadora y, con el café en la mano, se levantó y caminó hacia la ventana. Contempló a lo lejos los altos edificios de la ciudad.

¿Qué clase de futuro podría esperar sin Miranda?

Todo lo que hacía le recordaba a ella. No podía escapar de los recuerdos. Ese cabello oscuro y salvaje. Ese rostro encantador. Esa vitalidad. Su mente aguda. Su espíritu indomable.

Debería irse a alguna parte. Hacer un viaje. Alejarse de los recuerdos. ¿Pero adónde iría? Otros lugares también le recordarían a ella. París, Londres, Roma, Hawái.

Además, aún no había encontrado al escurridizo Gabriel Anthony Pierson, el antiguo empleado de limpieza.

Y tenía un negocio que dirigir. Cosa que debería estar haciendo ahora.

Miró la hora. Eran casi las once. ¿No tenía una reunión con un cliente nuevo esa mañana? ¿Dónde estaba Gen? ¿No debería estar aquí informándole de los detalles?

Ni siquiera se había pasado a hablar de lo de anoche.

Salió de su oficina y recorrió el corto trecho por el pasillo hasta la de su hija. La encontró vacía.

La luz del sol proyectaba haces sobre los estantes llenos de libros de negocios y administración pulcramente ordenados. El marco de plata con la foto de su madre estaba en su escritorio, en su lugar habitual. El suéter de color crema que guardaba en la oficina colgaba del respaldo de su silla.

Ni taza de café, ni papeles sobre el escritorio. Su laptop no había sido encendida. ¿Dónde estaba?

Parker tomó su celular y marcó su número.

Después de cinco timbrazos, saltó el buzón de voz.

—Gen, soy tu padre. La reunión con el representante de Cooper Enterprises está a punto de empezar. ¿Hay algún problema? Llámame. —Colgó.

Se dirigió al vestíbulo y al mostrador de recepción. —¿Sybil, ha llegado ya Hans Cooper?

Ella levantó un dedo, terminó su llamada y se volvió hacia él. —No, señor. Todavía no.

Él asintió. —¿Sabe dónde está Gen? No ha venido hoy.

La joven se quedó pensando un momento. —Tenía que hacer algunos recados en el centro comercial. Pero pensé que ya habría llegado.

—¿Recados?

—Está, em, devolviendo regalos de aniversario para algunos de sus amigos.

Parker no supo qué decir a eso.

Ocultando su bochorno, Sybil se aclaró la garganta. —¿La ha llamado?

—Me saltó el buzón de voz —dijo Parker.

Ella le dedicó una sonrisa amable. —Permítame intentar.

Presionó un botón de marcado rápido en su teléfono y esperó. Después de un momento, frunció el ceño. —A mí también me saltó el buzón de voz.

Parker la miró sin comprender, deseando poder invocar con la mente el paradero de su hija. Entonces se dio cuenta de que Sybil le estaba hablando de nuevo. —¿Perdón?

—Dije, ¿cuándo fue la última vez que la vio, señor?

—Anoche en el Gecko Club.

—Ah, es cierto. Me dijo que lo llevaría allí. ¿Qué tal estuvo?

—Estuvo bien. —Y era lo último que tenía en mente en ese momento.

—¿Ella… em… se fue a casa con alguien?

De nuevo la miró sin comprender. —No lo sé. —Él se había ido antes que ella. Pero Gen no era del tipo de las aventuras de una noche. Se dio la vuelta para volver a la oficina. —Avísame cuando llegue.

—Sí, señor.

Atravesó las puertas y avanzó por el pasillo.

No creía que Gen se fuera a casa con un extraño. No le gustaba la espontaneidad, pero quizá había conocido a alguien en el club.

Quizá simplemente se había quedado hasta tarde y se había quedado dormida. Debería llamar a Antonio. A lo mejor había bebido demasiado y se había quedado a dormir con él y con Coco.

Empezó a marcar el número de Antonio y se detuvo.

La avergonzaría llamar para controlarla como si todavía estuviera en la secundaria. Era una mujer adulta. Estaba bien. No debería preocuparse tanto por ella. Quizá Miranda tenía razón. A veces podía ser demasiado protector. Su educación le dictaba proteger a las mujeres que amaba.

Acababa de entrar por la puerta de su oficina para prepararse para la reunión con Cooper cuando su celular vibró.

Soltó un suspiro de alivio. Era Gen. Le enviaba un mensaje de texto explicando su tardanza. Probablemente avergonzada y disculpándose profusamente. Resolvió no ser duro con ella. Ya era demasiado perfeccionista.

Pero cuando sacó de nuevo su teléfono e hizo scroll hasta el mensaje, su cuerpo se puso rígido como una piedra.

El mensaje no era de Gen.

Era anónimo. Sin dirección de correo electrónico. Demasiado personal. Igual que los del teléfono de Miranda.

Sus frías palabras le provocaron una sacudida nauseabunda, partiéndole el corazón en dos.

Buenos días, Wade Parker. Tal vez le interese saber que tengo a su hija.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Cuando Miranda abrió los ojos a la mañana siguiente, sintió que la cabeza estaba a punto de estallarle sobre la almohada. Quizás ya lo había hecho.

Buscó a tientas sus sesos sobre la funda de la almohada y, al no encontrarlos allí, se pasó las manos por la cara y gimió. Se dio la vuelta —con cuidado— y miró con rabia el sol que entraba por la ventana.

Había dormido toda la noche. Si tuvo alguna pesadilla, no la recordaba. Ya no le hacían falta. Después de lo de ayer, la vida real le había proporcionado una dosis de horror más que suficiente. Aún podía ver en su mente la imagen del cuerpo mutilado de Hannah Kaye. Se sacudió, intentando quitársela de la cabeza.

Había dejado de llover. Así que no tenía excusa para quedarse en la cama.

Buscó a tientas el teléfono en la mesita de noche y entrecerró los ojos para mirarlo. ¿La una menos cuarto? Dios santo. No era de mañana. Nunca había dormido hasta tan tarde. Esa era la última vez que se tomaba media botella de Old Number Seven antes de acostarse. O en cualquier otro momento.

Aún reacia a levantarse, revisó sus mensajes. Había uno de Wendy. Gracias a Dios. Algo bueno en qué pensar. Eso esperaba. O quizás no.

Hola, Miranda. Extraño mucho a Mackenzie. ¿Puedes hablar con ella por mí?

Miranda dejó caer los hombros, derrotada. Como si no lo hubiera intentado ya.

Pero haría cualquier cosa por sus niñas. *Lo intentaré*, le respondió con el pulgar. *No prometo nada*.

Gracias, respondió Wendy.

Miranda suspiró en voz alta, recordando la visita de Mackenzie a su oficina. Ella y Wendy estaban en las mismas clases. Creía que el hielo entre ellas ya se habría derretido. ¿Cómo podían las dos chicas que más quería en el mundo terminar su amistad por un chico? Era tan estúpido. Quizá iría más tarde a la casa de los Chatham a darle un sermón a Mackenzie.

Pasó al siguiente mensaje de texto.

Santiago decía que enviaría el resto del pago a su oficina esa tarde. Eso era un incentivo para levantarse y vestirse. Pero no sentía que mereciera el dinero. Había deseado tanto salvar a Hannah Kaye y había fracasado miserablemente.

También quería saber qué estaba haciendo ella para encontrar al asesino de la bailarina.

Nada, pensó. Pero, al menos, bien podía levantarse.

Con toda la fuerza que pudo reunir, se levantó y caminó tambaleándose hacia el baño mientras un dolor zigzagueaba en su cabeza. Una ducha caliente le ayudó un poco con el dolor, pero todavía se sentía en carne viva cuando se vistió. Hoy iría a la oficina en *jeans* y camiseta. Una de las ventajas de ser tu propia jefa. Por casualidad, agarró la de color azul claro y entallada que Mackenzie le había regalado para el Día de la Madre.

En el frente decía: *Lo normal es aburrido*. Qué sentido del humor tenía la niña.

Fue a la mesita de noche y, distraídamente, se metió en el bolsillo la tobillera de Adam Tannenburg. Por costumbre, tomó su Beretta y se la metió en la parte de atrás de los *jeans*, debajo de la camiseta. Luego, se dirigió a la cocina y rebuscó en sus alacenas algo para desayunar que no le revolviera el estómago.

Terminó con una taza de café cargado y medio sándwich de mantequilla de maní en pan de centeno de hacía dos días.

¿Y ahora qué?, se preguntó mientras comía en su mesa plegable.

Quería irse lejos. Muy lejos. A California, tal vez. ¿Seguiría trabajando como investigadora privada allí? Quizá no. Tal vez no era

tan buena en este negocio de la investigación como había pensado. Tal vez volvería a sus viejas costumbres y vería qué le apetecía cuando llegara allá.

Acababa de dar el último bocado a su sándwich cuando sonó su celular.

Miró la pantalla y su espalda se tensó. Hank Lauderdale. Su primer cliente. El que la había estafado con sus honorarios después de que ella probara que su esposa lo engañaba.

Frunció el ceño ante la pantalla. Bueno, hoy estaba de humor para cantarle las cuarenta a alguien.

Presionó el botón para contestar.

—Investigaciones Steele.

Su voz entrecortada llegó por el teléfono.

—¿Señorita Steele? Soy Hank Lauderdale.

¿Qué quieres?, quiso gruñirle. En cambio, se obligó a ser cortés. Aun así, había acidez en su tono cuando respondió:

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Lauderdale?

—Señorita Steele, lo siento mucho. Espero que me permita explicarle.

—¿Explicarme qué? —Iba a disfrutar escuchándolo retorcerse.

—El cheque que le di. No tiene fondos. ¿Ya intentó depositarlo?

—De hecho, sí. Y fue…

—¡Oh, por Dios! Lo siento muchísimo. No va a creer lo que pasó. Verá, cuando confronté a Luella por esas fotos que usted tomó de ella, fue directamente al banco y retiró todo el dinero de nuestra cuenta. Abrió otra a su nombre y lo metió todo allí.

Miranda se quedó mirando el teléfono. Tenía razón. No le creía. ¿Acaso este tipo pensaba que ella había nacido ayer?

—Intenté contactarlo varias veces por este asunto, señor Lauderdale. Nunca me devolvió las llamadas.

Él emitió un extraño jadeo al otro lado.

—Eso también fue Luella. Tiró mi celular a la piscina.

¿En serio? ¿Y ahora qué? ¿Quería que hiciera algo más gratis?

—Me ha tomado tres días arreglar todo. Pero ya está todo bien. Recuperé mi celular y el banco devolvió los fondos. Le he extendido un nuevo cheque y quiero llevárselo a su oficina esta tarde.

Miranda no supo qué decir. Si no quisiera pagar, no pasaría por su oficina. Y recordaba que tenía un buen historial de crédito. ¿De verdad iba a cumplir con lo que le debía?

—Voy a añadir otros doscientos dólares al cheque para cubrir cualquier cargo e inconveniente que le haya causado. Espero que lo acepte con mi gratitud.

Ahora sí que este tipo sonaba como un chiflado.

—¿Gratitud?

—Luella y yo hemos vuelto, señorita Steele. Todo gracias a usted.

—¿Disculpe?

—Después de que se calmó, Luella rompió a llorar. Dijo que había empezado a ver a otra persona porque pensaba que yo ya no estaba interesado en ella. Pero como contraté a una investigadora privada para que la siguiera, eso demuestra que realmente me importaba. ¡Me abrazó y nos reconciliamos! La semana que viene nos vamos de segunda luna de miel a Miami. No tengo cómo agradecérselo.

Miranda estaba atónita.

—Me… alegro por usted —logró decir.

—Así que, por favor, permítame enmendarlo y pagarle el dinero que le debo.

¿Le estaba suplicando para pagarle? Esa era nueva.

—Está bien —Fue todo lo que se le ocurrió decir.

Hizo arreglos para encontrarse con Lauderdale en su oficina más tarde y colgó.

Vaya, pensó. Esto era nuevo. ¿Dinero entrando? ¿Clientes agradecidos?

Reflexionando sobre el significado de aquello, llevó el plato y la taza al fregadero y los enjuagó. No significaba que tuviera que quedarse en Atlanta. Lo que significaba era que tenía suficiente dinero para ir a donde quisiera y tal vez tomarse un tiempo libre para poner sus ideas en orden. Incluso podría tener suficiente para ver a su padre en Hawái. Quizás ese era el lugar para mudarse.

Estaba secándose las manos cuando el teléfono volvió a sonar.

¿Qué quería Lauderdale ahora?

Contestó sin mirar el número.

—Mire, Lauderdale. Lo entiendo. Fue un malentendido. No tiene que arrastrarse.

—¿Miranda?

El tono bajo y sofisticado vibró a través de ella, envolviéndola en un manto de emoción que casi la derriba.

—¿Parker? —jadeó—. ¿Qué podrías querer?

Y entonces lo supo. Los papeles del divorcio.

Probablemente quería entregárselos en persona. Hacer algo con clase como invitarla a una buena cena y discutir los términos como dos adultos racionales. Al diablo con eso. No quería nada de él. ¿No lo había dejado claro cuando se fue? Podía enviarle los papeles por correo.

Pero antes de que pudiera decírselo, él volvió a hablar.

—Tengo un problema —De repente, notó la inestabilidad en su voz.

—¿Qué pasa?

—Gen ha desaparecido.

Se reclinó contra el mostrador.

—¿Qué?

—Mi hija, Gen. Ha desaparecido —Esta vez, se le quebró la voz.

Sonaba tan angustiado que le llenó los ojos de lágrimas de repente.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?

—Alguien la ha secuestrado.

¿Secuestrado? ¿Alguien secuestró a Gen? Eso sonaba improbable. Gen era demasiado malvada para ser secuestrada.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor solo se fue por ahí.

Lo oyó tomar una respiración entrecortada.

—¿Recuerdas esos mensajes de texto anónimos en tu teléfono?

Se tensó. Eso otra vez no.

—Por supuesto.

—Recibí uno esta mañana.

—¿Qué?

—Recibí un mensaje de texto anónimo en mi teléfono.

Le flaquearon las rodillas, pero logró moverse a la mesa plegable y dejarse caer en una silla. Se llevó una mano a la frente. ¿Parker

había recibido un mensaje de texto como los de ella?

—¿Qué decía? —preguntó.

—Decía «Tengo a tu hija».

¿Sería de la misma persona? Tenía que ser. No más reflexiones esotéricas como en sus mensajes. Solo un directo puñetazo al estómago. No sabía qué decir. Apenas podía respirar.

—Necesito tu ayuda, Miranda —dijo Parker.

—¿Mi ayuda?

—Quiero que me ayudes a encontrar a Gen.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué tan rápido puedes estar aquí?

Miró alrededor del apartamento. No había nada aquí que la retuviera.

Gen había desaparecido. Parker necesitaba su ayuda. Ni siquiera pensó en rechazarlo.

—Estaré allí tan rápido como pueda.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Parker le dijo que no estaba en la Agencia. Había reunido a un equipo y estarían trabajando en su *penthouse* para no alarmar a los demás empleados.

Miranda hizo arreglos con Santiago y Lauderdale para encargarse más tarde de los intercambios de dinero y manejó por la I-85 hacia Piedmont, aliviada de que el tráfico no estuviera tan pesado a esa hora del día.

Veinticinco minutos después, estaba entrando en el estacionamiento vigilado de una magnífica obra maestra de treinta y cinco pisos que hacía que el rascacielos al que había ido ayer en Ponce de Leon pareciera una caja de zapatos puesta de lado.

Alguien la dejó entrar y subió en el ascensor hasta el último piso.

Las mariposas bailaban un *pas de deux* en su estómago mientras levantaba la mano y tocaba la alta puerta de madera oscura.

Para su sorpresa, Becker abrió.

—Hola, Steele —dijo sin aliento.

—Hola.

Llevaba unos *jeans* rasgados y una camiseta amarilla que no le favorecía mucho a su tez. Pero fue genial volver a ver ese pelo largo, esas cejas negras y pobladas y esa adorable narizota. Parecía un poco aturdido, pero la expresión de sus grandes ojos marrones le dijo que estaba encantado de verla.

—Me alegro mucho de que estés aquí.

La guio por un corto pasillo blanco con un nicho iluminado lleno de jarrones antiguos pintados a mano hasta el área de la sala principal.

Guau.

El nuevo apartamento de Parker era más enorme y ultraelegante de lo que esperaba.

El aire era limpio, fresco y agradable. Los pisos eran de madera auténtica: una caoba profunda y brillante. Los techos eran altos y estaban salpicados de una iluminación tenue que proporcionaba la cantidad justa de luz. La decoración era puramente masculina: tonos pizarra azul y tierra sobre un fondo cremoso.

Justo enfrente de ella, la pared del fondo era toda de cristal, con una vista impresionante de todos los edificios de la ciudad.

Se le ocurrió pensar que el padre de Parker probablemente era el dueño del edificio. Ayuda tener contactos. Y estar forrado.

Empotrados en una pared cerca de las ventanas, reconoció un elegante escritorio de ónix y uno de los monitores de pantalla grande de Parker. Se lo había llevado de la mansión.

A su derecha había una escalera de caracol con un brillante pasamanos de cromo que conducía a un piso superior. Delante de las escaleras, una viga de soporte de mármol azul dividía un área donde dos sofás de color marfil se encontraban uno frente al otro. Al final del espacio había una estantería que iba del suelo al techo.

Y de pie, junto a la estantería, estaba Parker.

Con su chaqueta tirada en el respaldo de uno de los sofás, estaba de pie con las mangas de la camisa arremangadas, papeles en las manos y su Glock enfundada en el hombro. Sus pobladas y expresivas cejas estaban fruncidas en profunda concentración.

Estaba tan desgarradoramente guapo como siempre, pero su oscuro cabello entrecano estaba alborotado y tenía más canas. Seguía tan fornido y musculoso como recordaba, pero había perdido peso.

Parecía cansado y estresado. Incluso desde allí podía ver que había más líneas distinguidas en su hermoso rostro.

Levantó la vista de sus papeles y sus ojos grises como el acero la clavaron con una mirada que la atravesó por completo.

Parker miró a su esposa —su exesposa—, sintiendo como si estuviera saliendo de una pesadilla para entrar en un sueño maravilloso.

Estaba aquí.

Y se veía tan fuerte y tan encantadora. Esas pestañas negras como dagas y esos exuberantes ojos de un azul profundo que había visto por primera vez mirándolo con furia desde detrás de los barrotes de una celda. Ese salvaje e ingobernable cabello oscuro por el que solía pasar sus dedos. Su cuerpo esbelto y firme. Esa actitud arrogante. La emoción y el recuerdo de todo lo que habían sido juntos lo recorrieron como una tempestad.

Necesitó toda la fuerza que tenía para contenerlo, para ocultarlo.

Iba vestida de manera informal. Su bonita camiseta azul decía *Lo normal es aburrido*. Casi lo hizo sonreír. Pero fue su postura fuerte y segura lo que le dio ánimos.

Justo lo que necesitaba ahora.

—Gracias por venir —dijo él.

—No hay de qué —dijo ella, y el sonido de su encantadora voz arañó su corazón como una garra.

La había extrañado. No se había dado cuenta de cuánto hasta ese preciso momento. Pero ahora no había tiempo para pensar en sus asuntos personales.

Hizo un gesto hacia el lado opuesto del *penthouse*.

—Estamos por aquí.

Miranda siguió a Parker más allá de los sofás, pasando por una sección con suelo de mármol y cuatro sillones de barril, hasta un área de comedor.

Allí había una larga y brillante mesa que podía sentar fácilmente a una docena, rodeada de aparadores llenos de modernos adornos artísticos. Un enorme cuadro abstracto que combinaba bien con la decoración colgaba en la pared del fondo.

Y en la mesa estaban sentados Holloway y Wesson.

Wesson llevaba una chaqueta verde Kelly y pantalones de vestir negros. Como de costumbre, su lujoso cabello rojo amaretto caía sensualmente sobre sus hombros. Pero su rostro estaba serio y su espalda rígida. Estaba en modo trabajo total.

Delgado y desgarbado como siempre, vestido con un abrigo color canela y corbata marrón, Holloway se echó hacia atrás su cabello

castaño claro y se levantó cuando Miranda se acercó. Le extendió una mano. Muy formal de su parte.

—Me alegra tenerte con nosotros, Steele.

—Lo que sea para ayudar.

Wesson le hizo un gesto con la cabeza desde su asiento.

—Qué bueno verte.

—Igualmente.

—Te hemos extrañado, Steele —dijo Becker mientras los miraba a ella y a Parker con picardía.

Miranda quiso darle una patada en la espinilla. No era el momento de hacer de casamentero.

Parker se aclaró la garganta y tomó la palabra.

—Como todos saben, le pedí a Miranda que nos ayude con esta investigación.

—Sí, señor —asintieron todos en respuesta.

—Como también saben, recibí un mensaje de texto anónimo esta mañana.

Miranda se volvió hacia Parker, sintiéndose un poco perdida.

—Déjame verlo.

Metió la mano en el bolsillo y le entregó su teléfono.

Ella leyó el texto.

Buenos días, Wade Parker. Quizá le interese saber que tengo a su hija.

Un escalofrío la recorrió.

—Sabe tu nombre.

—Y cuándo el señor Parker vería el texto —agregó Wesson—. Mi teoría es que sabía cuándo se daría cuenta de la ausencia de Gen en la oficina y fue en ese momento cuando lo envió.

Miranda enarcó una ceja.

—Así que es un planificador.

—Tendría que serlo. Gen no es el tipo de persona que se va así como así con alguien.

—Creemos que se la llevaron esta mañana —dijo Parker—. Se había detenido en el centro comercial de camino al trabajo. Holloway y yo fuimos hasta allá rápidamente antes de venir aquí y

encontramos su celular y su auto. La policía los está procesando ahora.

Probablemente no encontrarían nada.

—Entonces está en otro vehículo.

—Tendría que estarlo —dijo Becker, haciéndole eco a Wesson.

Miranda pensó un momento.

—El centro comercial tiene que tener cámaras de vigilancia.

Parker asintió.

—Mi contacto de allí nos enviará en breve la grabación de esta mañana. —La angustia ensombreció su rostro—. Y hablando de grabaciones de vigilancia, tengo mucho más que mostrarles.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Se agolparon todos alrededor del extremo de la larga mesa, Miranda metida entre Wesson y Becker, mientras Holloway repartía refrescos. Parker tomó la laptop de Becker y explicó lo que había estado haciendo durante los últimos días: buscar al hombre que le había enviado a Miranda aquellos mensajes de texto anónimos.

Luego, comenzó a reproducir una grabación de vigilancia de una de las baterías de cubículos dentro de la Agencia Parker.

Miranda se tensó. Había notado esas cámaras cuando trabajó allí, pero había asumido que eran falsas.

Antes de que pudiera decidir cómo se sentía al respecto, casi se le cayó la mandíbula al ver la imagen en la pantalla. —¿Es ese mi escritorio?

—Lo es —dijo Parker.

Una figura granulada y grisácea con un uniforme anodino estaba de pie en el pasillo, aún familiar, frente a su antiguo cubículo. Con la cabeza inclinada, miraba fijamente algo, como hipnotizado.

La placa con su nombre.

Se quedó allí por varios largos e incómodos momentos. Luego, se metió en su espacio. Un segundo después, salió con el teléfono de ella. Sus brazos y dedos se movían de un lado a otro.

—¿Está haciendo lo que creo que está haciendo?

—Está consiguiendo tu número —le dijo Becker—. Y probablemente algunos de tus contactos. Al menos el del señor Parker. Esta fue la única pista que pudimos encontrar de alguien que hubiera tenido acceso a tu teléfono.

Miranda se recostó, con los hombros caídos por la conmoción.

Señaló la computadora. —¿Quién diablos es ese?

—Se llama Gabriel Anthony Pierson —dijo Parker con una voz baja y firme, teñida de una ira contenida—. Un hombre de la limpieza de Gypsum Management, la compañía que se encarga del Edificio Imperial.

Miranda lo miró con la boca abierta. Él había tenido razón. Un psicópata le había enviado esos mensajes de texto anónimos y este era el tipo. —¿Lo ha localizado? ¿Está en la cárcel?

Pero ¿cómo podría haber enviado ese mensaje al teléfono de Parker esta mañana? Tenía que ser el mismo tipo, ¿cierto?

—Lo intenté —dijo Parker—. Visité a Diana Westbrook en Gypsum ayer y obtuve los registros de empleo de Pierson.

Miranda no conocía a esa mujer.

—Parece que Pierson tiene una dirección muy interesante.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Un apartamento en un edificio alto en Ponce de León. Unidad novecientos veintinueve.

—¿Qué? —Se levantó de un salto de la silla y se acercó a la ventana.

Ahí es donde estuve ayer, quiso decir. Pero en lugar de eso, mantuvo la boca cerrada. No quería entrar en los horrendos detalles del caso de Hannah Kaye en ese momento.

Abrazándose a sí misma, miró la ciudad. La situación de Gen se estaba volviendo más extraña por momentos. ¿El hombre de la limpieza que le había enviado esos textos anónimos hacía semanas —quien presuntamente le envió a Parker ese mensaje sobre Gen esta mañana— vivía en la unidad novecientos veintinueve? Pero eso no podía ser verdad.

Caminó de regreso a la mesa y agarró su refresco para tomar un trago que le diera ánimos.

Parker observó su agitación. Ella tenía que saber más sobre ese apartamento y el hombre que había fingido alquilarlo. Él rezaba para que fuera suficiente. —Usted ha estado buscando a alguien llamado Thomas Anthony Drew, ¿no es así?

Miranda casi se ahogó con el refresco. —¿Cómo sabe eso?

—El administrador del edificio me dijo que usted estuvo allí preguntando por él ayer. Más o menos una hora antes de que yo fuera a preguntar por Pierson.

Miranda se llevó una mano a la cabeza para evitar que le diera vueltas. —Pero Drew no había alquilado esa unidad. Dio una dirección falsa.

—Igual que Pierson.

—¿La misma? —Aún sujetando su lata de refresco, Miranda se dejó caer de nuevo en su silla.

—Eso es una locura —dijo Wesson. Obviamente, no la habían puesto al tanto de estos detalles.

Tampoco a Holloway. —¿Estás seguro de que no hubo un error de imprenta o algo así?

—Estoy segura —le dijo Miranda.

—Totalmente —asintió Parker.

Luego, él se volvió hacia la laptop y repasó el historial de Drew. ¿Parker ya había hecho una verificación de antecedentes del tipo? Y había encontrado exactamente lo mismo que ella.

—El hecho es que Thomas Drew, el camionero, no tenía historial hasta hace tres años. Y lo mismo ocurre con Gabriel Pierson, el hombre de la limpieza. El verdadero Gabriel Anthony Pierson era un carpintero de Macon. Tenía ochenta y cinco años cuando murió hace tres años.

—Oh, Dios mío —murmuró Miranda.

Pensó de nuevo en su último caso en Chicago y en el hombre de noventa y un años en el asilo de ancianos llamado Adam Foster Tannenburg. Pero él no era el verdadero Adam Tannenburg.

Parker continuó. —Drew manejaba un Hyundai gris claro que fue confiscado por la policía hace dos noches.

Miranda lo miró parpadeando, sorprendida. Parker debía de haberse puesto en contacto con la policía por Gen. Debía de haberse enterado de lo del Hyundai por el teniente Erskine.

Era hora de dejar de guardarse las cosas. —Lo sé —dijo ella.

Sus tres antiguos colegas se volvieron hacia ella al unísono. Vaya, era Parker el clarividente aquí.

—Uno de los hombres de mi… cliente encontró el Hyundai esa noche —les dijo—. De ahí saqué la licencia de conducir de Drew. Así fue como investigué sus antecedentes.

Holloway le dedicó una sonrisa torcida. —Bien hecho, Steele.

Ella no le devolvió la sonrisa. —Necesito contarles sobre Drew. —Las cosas que Parker no sabía.

Se puso de pie de nuevo, se acercó a la pintura abstracta con los anillos y cubos de color azul pizarra y tonos tierra. Paseó de un lado a otro frente a la credenza de cerezo cubierta de globos terráqueos y piezas decorativas de metal de los mismos colores. Parker debía de haber contratado a un decorador.

¿Cómo iba a decir esto?

—Bueno, con la licencia de conducir, investigué a Drew y descubrí que trabajaba para un lugar llamado Phelps Supply Company. Era camionero, entregaba equipo médico a lugares como el Hospital Saint Benedictine.

Parker asintió bruscamente. —Mientras usted estaba en rehabilitación allí.

Por supuesto, él también sabía eso. Había investigado los antecedentes de Drew por su cuenta.

Becker inspiró bruscamente. —¿Estaba Drew acosando a Steele en el hospital?

—No lo sé con certeza —respondió ella, tratando de mantener la voz firme.

Pero ahora que había escuchado las palabras en voz alta, sonaban demasiado plausibles.

Respiró hondo y continuó. —Lo que encontré fue una contadora que pensaba que Drew tenía una fijación con ella.

—¿Una fijación? —preguntó Wesson.

—Rondaba su oficina todo el tiempo. Una vez se acercó lo suficiente como para oler su perfume. Dijo que una vez Drew la miró como si quisiera matarla.

Todos la miraron fijamente.

Miranda se humedeció los labios y comenzó a pasear de nuevo frente a la credenza. —Encontré los detalles en el coche de Hannah Kaye, que es la bailarina exótica desaparecida que mi cliente me

contrató para encontrar —explicó cuando Becker frunció el ceño—. Le puse un rastreador GPS al coche de Hannah y recibí una señal ayer por la tarde.

—¿La encontraste? —dijo Wesson, con los ojos muy abiertos.

—Sí, la encontré. Llevaba desaparecida desde el jueves pasado. —Sintiendo que le temblaban las piernas, Miranda sacó una silla del otro extremo de la mesa y se sentó—. La encontré en un lugar abandonado a treinta millas al este de la ciudad. Estaba muerta.

Les contó el resto. Todo. Su viaje hasta la casa mugrienta en el bosque. Su búsqueda, que reveló que el ocupante se había ido hacía tiempo. Y lo que había encontrado en el nivel inferior.

El cuerpo de Hannah Kaye, colgado como una res, con heridas espantosas y moretones que cubrían cada centímetro de ella. El olor horrible. Los insectos. Y la sangre. Tanta sangre.

Cuando terminó, los rostros de sus colegas eran tan sombríos y serios como nunca los había visto. Los ojos de Parker estaban húmedos y se veía mortalmente pálido.

Sabía que él sentía lástima por Hannah Kaye, pero en ese momento sus pensamientos reflejaban los de ella. ¿Qué podría estar pasando Gen en ese mismo instante?

—Espera un segundo. —Wesson se apretó las sienes con las palmas de las manos—. Estoy confundida. Creemos que Drew es el que acosó a Steele en el Saint Benedictine.

—Sí —respondió Parker.

—Pero Pierson es el que sale en la grabación de vigilancia de la Agencia. El que consiguió el número de Steele de su teléfono. El mismo tipo que le envió un mensaje a ella y al señor Parker esta mañana, ¿cierto?

—Correcto.

—Entonces, ¿estamos buscando a dos asesinos? ¿Y cuál de ellos tiene a Gen?

Miranda levantó las manos. Ni siquiera sabía que Parker había encontrado a otro tipo hasta hacía unos minutos. Pero él parecía tener una idea.

Tomó el control de la laptop de nuevo, y ella se acercó al otro lado de la mesa para ver lo que estaba haciendo.

—Este —dijo él— es Gabriel Anthony Pierson. —Hizo clic en un icono y apareció una foto del hombre de la limpieza.

Pierson tenía el pelo rubio sucio y espeso, y ojos azules. Su uniforme parecía ajustado sobre sus hombros voluminosos, o quizá era su postura encorvada lo que lo hacía parecer tan incómodo. O la mirada malévola en sus ojos que le dio un escalofrío a Miranda.

Parker hizo clic en otro icono. —Y este es Thomas Anthony Drew.

Miranda apretó los dientes mientras el rostro que había estado estudiando durante dos días aparecía en la pantalla. El pelo oscuro y ondulado, el buen aspecto, el bigote fino. Este era el hombre que había asesinado tan brutalmente a Hannah Kaye.

No era un hombre. Era un animal.

Parker movió las fotos en la pantalla para que estuvieran una al lado de la otra. Y cuando lo hizo, sintió que el estómago se le retorcía en un nudo duro que la mareó. Había diferencias, pero se parecían tanto.

Parker observó a su gente mientras estudiaban las fotos. Esperaba que estuvieran viendo lo que él había visto.

—Los rasgos de Drew tienen una forma un poco diferente —señaló Holloway después de unos momentos.

Parker asintió. —Cierto, pero los rasgos se pueden alterar. Permítame recordarle que ambas identidades, Gabriel Anthony Pierson y Thomas Anthony Drew, son robadas.

Miranda sintió que se le helaba la sangre.

Los ojos de Becker se abrieron de par en par. —Así que estamos lidiando con…

Parker asintió. —Alguien completamente diferente.

Wesson señaló las fotos de un lado a otro. —Y estos dos podrían ser…

Becker tragó saliva. —¿El mismo tipo?

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Antes de que alguien pudiera responder a eso, apareció una ventana en la pantalla de Becker.

—Es la grabación de vigilancia del estacionamiento del centro comercial —dijo, quitándole la laptop a Parker con fluidez.

El lugar donde habían secuestrado a Gen esa mañana. El corazón de Miranda latía con fuerza mientras él ponía la filmación en la pantalla, reemplazando las dos fotos de Pierson y Drew.

La vista cambió a paredes de cemento grises y manchadas de agua, y a lugares de estacionamiento vacíos. La iluminación no era muy buena, pero Miranda pudo distinguir suficientes detalles para ver que el lote estaba vacío.

—Adelanta hasta las nueve en punto —dijo Wesson—. Es cuando abren las tiendas. Gen no habría llegado antes.

Buen punto.

Becker obedeció su orden y dejó que la grabación corriera.

Durante un buen rato, la imagen permaneció estática. Miranda estudió la distribución del lugar y las manchas de aceite en el cemento. A las nueve y ocho, un empleado estacionó en un lugar, salió de su auto y entró. A las nueve y doce, lo siguió una mujer en un Civic.

Finalmente, un Infinity azul zafiro dobló en la esquina lejana y estacionó en un lugar.

Wesson reaccionó. —Es ella.

Miranda se inclinó hacia adelante y observó a Gen salir de su auto cargando tres paquetes y dirigirse hacia el centro comercial. —¿Qué está haciendo?

Hubo un silencio prolongado.

Finalmente, Parker habló. —Devolviendo regalos de aniversario.

¿De su fiesta? ¿A la que nunca fue? —Oh —se abrazó a sí misma con más fuerza y mantuvo los ojos en la pantalla.

Pasaron los minutos.

Impaciente, Becker adelantó la grabación. Luego retrocedió. Había movimiento de nuevo. —Ahí —dijo, señalando una camioneta que acababa de aparecer.

—¿Es esa?

Era una F-150 rojo óxido con una franja blanquecina. Tenía doble cabina y una abolladura en la puerta. El conductor no salió.

La habitación quedó en silencio mientras todos miraban la pantalla y esperaban.

Finalmente, Gen apareció de nuevo. Se detuvo para hacer una llamada con su celular.

Fue entonces cuando el conductor salió de la camioneta. No se dirigió a la tienda. Se movió hacia Gen.

Llevaba jeans y una camiseta gris holgada. Tenía una gorra de béisbol a juego calada de tal forma que no se le podía ver la cara, pero era de complexión musculosa.

En cuanto llegó junto a Gen, la agarró por la espalda.

Ella forcejeó, trató de patearlo, de morderlo. «Bien por ella», pensó Miranda.

Pero no pudo escapar de ese agarre poderoso. Él era demasiado fuerte para ella. La arrastró hasta la camioneta y le puso un trapo en la cara. La estaba drogando para que no luchara.

Su cuerpo se aflojó. Estaba inconsciente. La arrojó al asiento trasero, subió y se fue.

—Hacia aquí —gritó Becker—. Gira hacia aquí.

Y como si él hubiera lanzado algún tipo de hechizo sobre la grabación, la camioneta giró hacia la cámara. Y al dar la curva, la placa quedó a la vista.

—¡Detén la filmación! —gritó Parker. Su voz era ronca. Miranda nunca había visto tanta agonía en su rostro.

Pero Becker ya la había pausado. El número de la placa estaba borroso, pero se podía leer.

—Tengo un rastreador GPS —ofreció Miranda—. Pero es lentísimo.

—Tenemos el rastreador de la Agencia —dijo Parker. Y agarró la laptop de Holloway, abrió el programa e introdujo la información de la camioneta tan rápido como pudo.

Miranda observó la tensión en sus hombros mientras trabajaba y se le rompió el corazón por él. No soportaba verlo con tanto dolor. Esperaba que el programa de la Agencia fuera tan rápido como ella creía.

Puso el rastreador en marcha en menos de dos minutos, pero aun así tardaría en procesar.

—Ya lo tenemos, señor —le aseguró Becker—. Ahora la encontraremos.

Miranda rezó para que Becker tuviera razón.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Los ojos de Gen se abrieron y cerraron con un parpadeo. ¿Cuánto había bebido anoche en el club?

Solo unos cuantos zombis. Y había dejado la mitad del último.

Aun así, la cabeza le martilleaba y le daba vueltas como si el cerebro estuviera a punto de explotarle. Tenía la lengua tan seca que parecía papel de lija gastado. Nunca había tenido una resaca tan fuerte. ¿Se estaría engripando?

Arrugó la nariz.

¿Qué era ese olor espantoso? A humedad, a moho, como un vestuario viejo. Vaya, qué sueño había tenido. Creyó que alguien la había agarrado en el centro comercial. Basta de eso. Era hora de ir a trabajar.

Estiró el brazo, buscó a tientas el despertador, pero en lugar del botón de repetición, sus dedos tocaron algo duro y frío.

Abrió los ojos y soltó un grito.

Era una jaula. ¡Estaba dentro de una jaula! ¿Cómo había llegado allí? Intentó incorporarse y se golpeó la cabeza con la parte de arriba. Dios santo. ¿Qué estaba pasando?

Había una puerta. Intentó abrirla empujando con las manos, pero un candado la mantenía firmemente cerrada. Empujó más fuerte, más fuerte. Hasta que toda la jaula traqueteó. «Ábrete. Vamos ya. Ábrete».

Se miró a sí misma. Solo llevaba puestas las bragas y el sujetador. ¿Dónde estaba su ropa?

Miró a través de los alambres de la jaula y vio que estaba en un lugar extraño. Parecía una especie de sótano. Había almohadillado

en las paredes. Farolillos de papel con velas dentro estaban alineados en el suelo.

En lo alto, unas vigas de madera cruzaban el techo. Y sobre una de las vigas colgaba una polea con gruesas cuerdas suspendidas.

¿Para qué demonios era eso?

Y entonces oyó unos pasos. Estiró el cuello hacia arriba y vio a un hombre que se acercaba. Pies grandes calzados con zapatillas. Un par de jeans holgados y deshilachados en los bajos. Su camiseta también era holgada. Y gris.

Tenía el pelo desgreñado y de color claro. Nunca lo había visto antes.

Se inclinó y le sonrió.

—Bueno, hola, dormilona.

El sonido de su voz la hizo encogerse.

—Sáqueme de aquí —exigió ella.

Él hizo un mohín con el ceño fruncido.

—¿Es esa forma de saludar a tu anfitrión?

¿Anfitrión? Él no era su anfitrión.

—Será mejor que me saque de aquí ahora mismo.

Él se rio entre dientes.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

—¿Quién es usted?

No respondió. Solo siguió riendo.

—No se saldrá con la suya, asqueroso. Mi padre es el mejor investigador del sudeste. Me encontrará y, cuando lo haga, las pagará muy caras.

El hombre dejó de reír y se inclinó como para mirarla mejor.

—Oh, sé quién es tu padre. Wade Parker.

Ella reprimió un jadeo de sorpresa.

—Entonces sabe lo que le hará cuando lo encuentre.

—Oh, nos encontrará, no te preocupes. Y también Miranda Steele. Y cuando lo hagan, empezará la fiesta.

¿Qué? ¿Qué tenía que ver Miranda Steele con todo esto? ¿Era culpa suya? ¿Cómo sabía este tipo de ella? ¿Cómo sabía que venían a por ella? Nada tenía sentido.

Lo único que sabía era que estaba tratando con un loco.

—Mire —le dijo, tratando de mantener la voz calmada—, seamos razonables. Ambos sabemos que, en cuanto llegue mi padre, usted irá directo a la cárcel. Pero si me deja salir de aquí ahora y me da mi ropa, le prometo que no presentaré cargos.

Él volvió a reírse.

¿Qué demonios era tan gracioso?

—Les diré que le den una sentencia leve. Les diré que todo fue un… un malentendido.

Se puso en cuclillas frente a la jaula y sacó una llave del bolsillo. Empezó a abrir el candado.

¿Había funcionado su promesa? ¿Iba a dejarla salir? ¡Lo estaba haciendo! ¡Gracias a Dios, lo estaba haciendo!

Abrió la puerta.

Ella intentó salir, pero él la bloqueó con sus piernas. Fue entonces cuando vio que tenía una botella de agua en la otra mano.

—¿Tienes sed, cariño?

¿Sed? Por supuesto que tenía sed. Tenía la boca como si hubiera estado una semana perdida en el desierto. Pero no se atrevía a beber nada que él le diera.

—Toma. —Giró la tapa y ella vio que ya había sido abierta.

Más alarmas se encendieron en su cabeza.

Él le acercó la botella a la cara.

—Toma, cariño. Bebe un poco de agua.

En lugar de eso, ella le agarró la pernera del pantalón y tiró para intentar desequilibrarlo. Casi funcionó.

Pero él metió la mano en la jaula y la agarró del pelo.

—Eso no es muy educado de tu parte. —Le echó la cabeza hacia atrás y le vertió el agua en la boca.

Luchó, escupió e intentó mantener la boca cerrada, pero él era demasiado fuerte. Le metió el agua entre los labios, entre los dientes. Sabía bien. Tenía mucha sed.

Pero tenía que haber algo en ella. Su resistencia cedió casi de inmediato.

Su mandíbula se relajó y él le vertió el resto del agua por la garganta sin que ella protestara.

Al tragar el último sorbo, sus ojos se cerraron y una vez más sus músculos se aflojaron.

A través de una espesa nube, volvió a oír su voz.

—Y cuando tu padre y su zorra lleguen aquí, te haré pagar por intentar escapar.

Sentía la cabeza como si estuviera llena de algodón. La habitación empezó a girar.

Y lo último que oyó fue cómo volvía a cerrar la jaula con el candado.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Mientras esperaban que el rastreador GPS funcionara, todos se mantuvieron ocupados alrededor de la lujosa mesa del comedor.

Parker miraba ansiosamente la pantalla en busca de resultados, Holloway y Becker trasteaban con algo en su laptop, y Miranda revisaba todos los nuevos datos que había recopilado y redactaba un informe con Wesson en su computadora.

Pasó una hora. Dos. Seguía sin haber resultados.

Parker pidió una pizza y todos devoraron mientras seguían trabajando. Pero aunque estaban ocupados, Miranda sentía que no estaban llegando a ninguna parte.

Odiaba estar sentada ahí sin más, pero sería inútil lanzarse a una búsqueda a ciegas. Gen podía estar en cualquier parte del estado de Georgia para entonces.

O más allá.

Necesitaba un descanso. Se levantó, se estiró y luego caminó hacia la zona donde estaban los sillones de barril. Ese lugar era tan lujoso como la mansión Parker. El hombre tenía buen gusto. Se preguntó si habría un gimnasio. Ansiaba una buena y larga carrera para liberar la tensión. Pero no había tiempo para eso ahora.

Se pasó las manos por la cara. Si tan solo hubiera acudido a Parker cuando recibió por primera vez aquellos mensajes anónimos en su teléfono. Si tan solo se los hubiera tomado en serio. ¿Era culpa suya que el amor de su vida estuviera pasando por semejante agonía en ese momento?

¿Y si no encontraban a Gen a tiempo? Como ella no había encontrado a Hannah Kaye a tiempo. ¿Encontrarían a la hija de

Parker en el mismo estado?

Si eso sucedía, nunca se lo perdonaría.

Estaba a punto de volver a la mesa cuando sonó su teléfono. Lo sacó y revisó la pantalla. Era Chambers.

—Steele —respondió.

El lento acento sureño de Chambers tenía un tono cortante hoy. —No va a creer esto.

Lo escuchó por un momento y luego lo detuvo. —Espere. Estoy trabajando con unos colegas de la Agencia Parker. Voy a ponerlo en altavoz para que pueda repetir eso.

Regresó de prisa a la zona del comedor. —Es el detective Chambers del Departamento de Policía de Atlanta —les dijo a todos mientras presionaba el botón y ponía su celular sobre la mesa.

Todos se giraron para mirar el teléfono mientras la voz sureña de Chambers resonaba en el espacio abierto del *penthouse*.

—Lo que dije fue que la gente de criminalística encontró ayer unas huellas de neumáticos detrás de la casa, que se adentraban en el bosque.

—La casa donde encontraron a Hannah Kaye —aclaró Miranda.

—Correcto. El asesino debió de escapar por ahí. No tenemos un marco de tiempo para eso, pero sí analizamos las huellas y tenemos una pista sobre el vehículo.

Miranda contuvo el aliento. —Déjeme adivinar. Una F-150 color óxido y crema con una abolladura en un costado.

Chambers soltó un sonido ahogado. —Steele. ¿Cómo demonios sabe eso?

Por un momento, su mirada se cruzó con la de Parker y compartieron una sonrisa de pesar. —La vimos hace un rato en una grabación de vigilancia del centro comercial. La estamos rastreando ahora. El conductor de la camioneta parece ser el mismo tipo que secuestró a Gen Parker esta mañana.

—Espere un segundo. ¿La hija de Wade Parker ha sido secuestrada?

Parker tomó el teléfono. —Detective Chambers, habla Wade Parker. Hablé con el teniente Erskine sobre este asunto hoy más temprano.

Chambers tartamudeó un instante. —No me ha dicho nada, pero me aseguraré de consultarlo con él y coordinarnos. Pero… tengo malas noticias.

Miranda sintió que se le revolvía el estómago. —¿Qué pasa, Chambers?

—Primero —odio decirle esto—, pero encontramos semen en el cuerpo de la víctima. Bastante, me temo. Lo estamos cotejando con las bases de datos.

Así que la había violado antes de colgarla. Sonaba a que había sido repetidamente.

—Y segundo, hemos estado investigando asesinatos como el que vimos ayer, ampliando la búsqueda. A nivel nacional, de hecho. —Se aclaró la garganta.

—¿Y?

—Y parece que nuestro hombre lleva tiempo en esto.

Se refería al macabro juego de torturar y matar mujeres jóvenes.

—Encontré más de treinta casos de asesinatos similares por todo el país en un lapso de quince años. El más antiguo fue en Downers Grove.

Un escalofrío la recorrió. Eso estaba cerca de Chicago. A unos cuantos suburbios de donde ella creció. Donde había vivido con Leon.

—Todas las víctimas eran rubias —continuó Chambers—. De entre veinte y treinta y tantos años. Muchas eran prostitutas o *strippers*, como la víctima de ayer.

Pero Hannah Kaye había sido más que eso. Las otras víctimas también lo habían sido. Todas ellas tenían vidas, historias y familias que ahora las lloraban.

Pero su instinto inicial había sido correcto. Era un asesino en serie desquiciado con un M.O. específico.

—¿Algo más, detective? —preguntó Parker.

—Eso es todo por ahora. Lo mantendré al tanto de cualquier novedad.

—Gracias.

—¿Y, señor Parker?

—¿Sí?

—Quiero que sepa que haré hasta lo imposible por encontrar a su hija.

—Se lo agradezco.

Miranda le quitó el teléfono de la mano a Parker y colgó. Él se veía peor que antes. Peor de lo que ella se sentía, y eso era horrible. No podía seguir mirándolo.

Se desplomó en su silla y se quedó con la mirada perdida en el vacío. Si tan solo pudiera hacer algo. Pero lo único que quería hacer era apoyar la cabeza en la mesa y llorar.

—Lo tengo —dijo alguien.

Era Becker. Ella lo miró con el ceño fruncido. —¿De qué estás hablando?

—Holloway y yo hemos estado jugando con estas fotos. ¿Las de Pierson y Drew?

Miranda parpadeó. —¿Sí?

—¿Las mejoraron? —Wesson ya estaba mirando la pantalla.

—Más o menos. Eliminamos las cosas que podrías añadir si quisieras disfrazar tu apariencia. Por ejemplo, Drew podría haber alterado la forma de su mentón con un poco de algodón entre la encía y la mejilla. Y la nariz de Pierson. Simplemente parece que hay un poco de masilla en este puente. Así que eliminé algunas de esas características con el software, y *voilà*.

Giró la pantalla. Excepto por lo que llevaban puesto, las dos fotos de Drew y Pierson eran casi idénticas. Incluso había eliminado el bigote de Drew y cambiado el color del cabello.

Wesson jadeó. —Es el mismo tipo.

Miranda señaló bruscamente la pantalla con el dedo. —¿Por qué elegiste el pelo rubio?

Becker se encogió de hombros. —El tipo de la cinta del centro comercial es rubio. Además, es más fácil teñirte el pelo de un color más oscuro si eres rubio que al revés. Y siempre puedes dejarte crecer o afeitarte un bigote.

Buen punto. —¿Crees que esta es la apariencia natural del hombre?

Becker asintió. —Esa es mi mejor evaluación.

Así que Pierson y Drew eran la misma persona. Todo estaba encajando, pero tenía menos sentido que nunca. ¿Por qué fingir que eres dos personas?

Sintió que Parker le tocaba el brazo.

—Necesito hablar contigo en privado un momento, Miranda.

Su rostro estaba tan serio que no pudo negarse. —Claro.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Parker la guio por el salón hacia la ventana y, a través de una puerta de cristal, a un patio.

Ella pisó la superficie de terracota, donde una barandilla de cristal y acero formaba un borde de un gran triángulo con vistas a la ciudad. En una esquina, había una mesa de exterior de cristal con sillas de un elegante diseño de hierro forjado con remolinos.

Miranda se frotó los brazos mientras una ligera brisa le alborotaba el cabello. Hacía casi frío allá arriba.

A lo lejos, más allá de los altos edificios, el sol empezaba a bajar. Pronto inundaría el horizonte de color. Habían pasado veinticuatro horas desde que había manejado hacia el oeste y encontrado el cuerpo de Hannah Kaye. Le llevaría toda una vida olvidar esa imagen.

—Miranda… —empezó Parker.

—Necesito decirte algo primero —soltó—. Lo siento. —No se dio la vuelta para mirarlo. No tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Lo sientes?

—Debí haberte escuchado cuando me dijiste que esos mensajes de texto en mi teléfono eran peligrosos. Debí haberte contado sobre el primero cuando lo recibí. Daría cualquier cosa por poder volver atrás y cambiarlo ahora.

Él no dijo nada.

Ahora sí se dio la vuelta y se atrevió a mirarlo a su hermoso rostro. Había tanto dolor en él, tanto sentimiento, que le partió el corazón en dos.

—Pase lo que pase entre nosotros, quiero que lo sepas.

Él asintió y por un momento pareció que quería levantar una mano hacia su cara para tocarla. Pero debió de habérselo pensado mejor.

Se apartó para apoyarse en la barandilla. —Yo también tengo una confesión que hacer.

No podía imaginarse a qué se refería. —Está bien.

—Es sobre cuando estuvimos en Chicago.

—¿Cuando trabajábamos en el caso Sutherland?

—Tú trabajabas en el caso Sutherland. Yo intentaba encontrar…

—Sí, lo sé. —Él había estado intentando encontrar al hombre que la violó quince años atrás. El hombre que Mackenzie buscaba: su padre biológico.

—Fui a Florida.

—Lo recuerdo. —Había pensado que la había abandonado. Le había mentido diciéndole que estaba entrevistando a posibles empleados para la Agencia. Parecía que había pasado una eternidad.

—La razón por la que fui a Florida fue por algo que encontré en la cárcel del condado de Cook.

Se llevó una mano a la cabeza. —¿Fuiste a la cárcel del condado de Cook?

Él asintió. —Estaba buscando en los archivos hombres que hubieran sido arrestados quince años atrás.

Por violación, quiso decir.

—Lo que encontré fue que Adam Tannenburg había sido detenido el primero de febrero de ese año.

Cruzándose de brazos, recapituló el caso.

Lydia Sutherland, una joven y bonita estudiante de arte rubia, había sido estrangulada e incendiada en su propia casa. La policía no había podido encontrar a su asesino y el caso se enfrió. Parker había retomado el caso como excusa para ir a Chicago.

Miranda había trabajado duro en él. Había descubierto que Lydia tenía un amante. Un chico de diecinueve años llamado Adam Foster Tannenburg. Iba a la escuela de arte con ella. Tocaba el clarinete. Y según un testigo, estaba con ella la noche del incendio.

Un año después, su propia madre también había muerto en un incendio en su casa, la finca de la familia Tannenburg. Parker y ella

habían visitado lo que quedaba de ella. Miranda también había estado allí con el detective con el que había trabajado en Chicago.

Pero después del incendio de la casa, Tannenburg había desaparecido.

Miranda había pensado que el novio era el asesino de Lydia, pero las pruebas demostraron que había sido otra persona: el exmarido de Miranda, Leon Groth.

Se frotó la frente. Los detalles le volvían a la memoria. —Esa fecha no puede ser correcta. Lydia murió la noche del dieciocho de diciembre. A Tannenburg lo detuvieron al día siguiente.

—Y lo liberaron —dijo Parker—. Pero lo detuvieron de nuevo más tarde.

Ella frunció el ceño. —Nunca encontramos ningún registro de eso. —Había trabajado con un detective de policía en la comisaría de Larrabee que tuvo acceso a esos registros.

Parker negó con la cabeza. —El registro fue eliminado.

—¿Qué quieres decir con que fue eliminado?

—Fue borrado. Todo, excepto una pequeña nota. Una línea que indicaba que una sola persona había visitado a Tannenburg en la cárcel.

—¿Quién?

—Leon Groth.

¿Su exmarido? Dejó escapar una sonrisita irónica. —Espera. ¿Dices que Leon visitó a Tannenburg? ¿Cómo lo conocía siquiera? No estaba involucrado en el caso Sutherland, excepto como el asesino. Trabajaba para el departamento de policía de Oak Park.

—Eso es lo que fui a averiguar a Florida. Visité a un funcionario de prisiones que estaba de guardia la noche de la visita de Groth a Tannenburg.

—¿Qué te dijo?

—Que habló con Groth la noche de la visita. Groth le dijo que tenía pruebas contra Tannenburg que podrían encerrarlo por mucho tiempo.

—Pero fue Leon quien mató a Lydia Sutherland. ¿Estaba tratando de incriminar a Tannenburg?

—No lo sé, pero el oficial me dijo que a Tannenburg lo habían detenido por agresión sexual.

Miranda se estremeció.

—Después de que supimos que fue Groth quien había matado a Lydia Sutherland y que había dejado su esperma en ella esa noche, creí que Groth había estado chantajeando a Tannenburg.

—¿Quieres decir que Leon pensó que podía hacer que Tannenburg pagara por su crimen?

Parker asintió. —Pensé que Tannenburg lo había presenciado. Así que Groth hizo un trato con él. Le retiraría los cargos y eliminaría el registro de su arresto si Tannenburg desaparecía.

—Y nunca le contaba la verdad a nadie.

—Sí.

Miranda dejó escapar un largo y lento respiro. ¿Era por eso que nunca había podido encontrar a Tannenburg?

La voz de Parker era baja y suave. —Yo también lo siento.

—¿Qué?

—Siento haberte ocultado eso.

Ella asintió, asimilando la mirada apesadumbrada en sus hermosos ojos grises. Lo amaba tanto. Siempre lo amaría.

—Nunca encontraste una foto de Adam Tannenburg, ¿verdad? —preguntó él.

—No.

—No puedo quitarme de la cabeza que este hombre que estamos buscando coincide con su descripción.

Miranda se tensó. Tenía razón. El cabello rubio sucio y desaliñado, los hombros musculosos. No era mucho para continuar. Muchos hombres se veían así. Pero uno de ellos era el tipo de la foto que Becker había retocado.

Antes de que Miranda pudiera decir algo más, llamaron a la puerta de cristal del *penthouse*.

Se abrió una rendija y Becker asomó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos y parecían un poco desorbitados. —Lamento interrumpir, Sr. Parker.

—No te preocupes, Dave. ¿Qué sucede?

Con entusiasmo, señaló con el pulgar hacia el comedor. — Tuvimos un acierto con el rastreador. Localizamos la camioneta del secuestrador.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Esta vez se había ido al sureste.

Casi ochenta kilómetros al sureste, el desgraciado. Tardarían una hora en llegar.

Empacaron las computadoras portátiles, se amontonaron en el Mazda de Parker y partieron. Parker voló por las calles hasta la 285 y luego se metió en la I-20. Esquivó el tráfico, manejando como un loco.

Miranda no podía culparlo, pero deseó haber ofrecido manejar ella.

Demasiado tarde para eso. Sabía que él no iba a detenerse.

Siguieron y siguieron. Kilómetro tras kilómetro. Pasaron por Snapfinger y Redan y Lithonia y Conyers, nombres de extraña sonoridad de los pueblos sureños circundantes. Al acercarse a Covington, tomaron una salida y aceleraron por las carreteras de doble sentido, a Parker no le importaba si la policía del pequeño pueblo lo perseguía por exceso de velocidad. Se dirigieron hacia Mansfield, Newborn, adentrándose en el campo.

Miranda observaba los campos y los árboles pasar zumbando por su ventana, con los nervios bailándole en el estómago.

Era una repetición de lo de ayer. Seguirlo hasta lo profundo del bosque, encontrarlo, ver lo que había hecho. No, solo había tenido a Gen desde esa mañana. No había tenido tiempo de hacer lo que le había hecho a Hannah Kaye.

Pero había tenido tiempo de empezar.

Conteniendo la respiración, sintió esa extraña sensación en la nuca. Insectos trepándole por las vértebras. Y sentía como si la

estuvieran manipulando. Pierson o Drew o Tannenburg o quienquiera que fuera ese tipejo, los estaba atrayendo a su trampa justo cuando él quería que llegaran.

Ese pensamiento solo hizo que el nudo de náuseas en su estómago se apretara aún más.

Veinte minutos después, Parker se metió en un camino de tierra en una zona boscosa y cubierta de hierba.

Igual que ayer, pensó Miranda. Aunque esta vez, en lugar de nubarrones de tormenta, el sol se ponía a sus espaldas, parpadeando a través de las hojas de roble y las agujas de pino.

—Estamos en el condado de Jaspar —murmuró Parker—. Mi padre me trajo aquí de niño. A Monticello a ver las viejas mansiones.

Podrían estar al otro lado del mundo.

En el asiento trasero, Wesson estaba pegada a su teléfono. —He contactado al teniente Erskine y al detective Chambers, señor —dijo —. Están en camino. Contactarán a la policía local cuando estemos listos.

Manteniendo la vista fija en el camino de tierra, Parker asintió. —Gracias, detective.

Avanzaron a trompicones por el sendero, levantando una nube de polvo rojo a su paso. Mientras el camino se curvaba de un lado a otro, Parker giraba el volante del auto a la derecha y a la izquierda. Miranda pensó que se iba a marear.

Y entonces la vio.

Una casa solitaria con una camioneta de color óxido y crema estacionada a su lado.

Ahí estaba. Igual que ayer. Nada alrededor. Sin vecinos. Ningún lugar a donde ir a pedir ayuda.

Pero ayer él se había ido. En lo más profundo de sus huesos, Miranda sabía que él lo había planeado. Así como había planeado estar aquí hoy.

Después de todo, no era tan difícil bloquear una señal de GPS. Él no lo había hecho. Ni siquiera lo había intentado. Se había asegurado de que tuvieran una forma de encontrarlo. Se había asegurado de que ella encontrara el auto de Hannah Kaye ayer.

Después de que terminó con ella. Había querido que la encontrara colgando allí.

¿Para alterarla? Había hecho un buen trabajo.

No tenía idea de qué tipo de recibimiento le tenía preparado esta vez, pero su único objetivo ahora era encontrar a Gen y sacarla de allí.

Parker pisó el freno y se detuvo. Miró fijamente el lugar. —Necesitamos un plan.

—Podemos rodear la casa —sugirió Holloway.

Eso sería un comienzo.

—Sería bueno tener vigilancia adentro —dijo Wesson.

Becker estuvo de acuerdo. —Tal vez uno de nosotros pueda colarse por una ventana y colocar una cámara oculta. Tengo una en mi maletín.

—Yo puedo entrar —se ofreció Holloway.

Becker negó con la cabeza. —Soy el más pequeño.

—No —dijo Miranda bruscamente.

No quería a Becker ahí adentro. No después de lo que él y Fanuzzi habían pasado en París.

—Entrar es demasiado arriesgado —dijo Parker, con autoridad en su voz.

—Tiene razón —dijo Wesson—. Tal vez podamos meter algo por el techo o el sistema de conductos. Revisemos primero el lugar.

Los demás asintieron.

Cada uno salió del auto y cerró las puertas silenciosamente. Corrieron hacia el otro lado de la camioneta y se agacharon allí, usándola como cobertura.

Desde ese punto, inspeccionaron el lugar. El sol se estaba ocultando, pero aún podían distinguir las características básicas a la luz del atardecer.

La casa estaba pintada de un amarillo feo. Podría haber sido bonita hace veinte años, pero eso habría sido antes de al menos dos décadas de abandono. Tenía un sótano. Miranda lo supo por las aberturas en los bloques de hormigón a lo largo de los cimientos. Podría haber sido solo un semisótano, pero eso no encajaría con este asesino.

La hierba alrededor de la casa estaba crecida y parecía infestada de serpientes. Un porche con mosquitero colgaba de un lado, con aspecto de estar a punto de caerse. Una ventana que parecía haber sido pintada de blanco antes de la Guerra Civil estaba entreabierta. Debía de hacer un calor sofocante ahí adentro.

Sin cortinas. Sin rostros asomándose.

Becker meneó un dedo. —Mire esa ventana. Podría entrar por ahí, señor.

—No —le siseó Miranda a él. Luego notó que Parker la miraba con algo parecido a la gratitud.

—Holloway —susurró ella.

—¿Sí, Steele?

—Vamos tú y yo a la parte de atrás a revisar. Todos los demás quédense aquí.

—Enterado —murmuró Holloway en voz baja.

Y los dos salieron sigilosamente de su escondite.

Encontraron un camino no tan cubierto de maleza que llevaba a la parte trasera de la casa. Al encontrar un grupo de arbustos retorcidos, se agacharon detrás de ellos y examinaron el lugar.

Este lado estaba aún peor.

Botes de basura y cubos de trastos estaban apilados junto a los bloques de hormigón, proyectando extrañas sombras sobre la hierba. El revestimiento estaba en ruinas. El familiar moho negro crecía entre las tablas, bajo los aleros, a lo largo de los cimientos. Una lámina de asfalto en el techo estaba rota y colgaba por un lado.

—Qué desastre —susurró Holloway.

Ella asintió en señal de acuerdo.

¿Qué estaba haciendo este tipo? ¿Comprando casas embargadas como un agente inmobiliario?

—Vamos —le dijo a Holloway—. Volvamos con los demás.

Corrieron de regreso a la camioneta y encontraron a todos esperando allí con cara de esperanza.

Miranda negó con la cabeza. —Ese techo no es lo suficientemente estable como para aguantar a ninguno de nosotros.

Becker ahogó un gemido. —Por eso debería entrar por esa ventana abierta.

Miranda la miró fijamente un rato, pensando en la casa del lado este. Ayer, la puerta había quedado abierta de par en par. Ahora sabía que había sido deliberado. Probablemente esta puerta también estaría abierta.

Y si eso era cierto, entonces esto era personal. No se trataba de Gen o de Parker.

Se trataba de ella.

Por qué, no estaba segura. Pero sabía que definitivamente se trataba de ella.

De repente, su columna y la nuca se volvieron locas con esa horrible sensación. Más fuerte que nunca. Como si mil escarabajos estuvieran trepando por todo su cuerpo. Era una sensación espantosa, pero una que conocía bien.

Y sabía que le estaba diciendo exactamente lo que tenía que hacer.

—Voy a entrar.

Becker dejó escapar un jadeo silencioso. —No, tengo que ser yo.

—No puedes hacer eso, Steele —dijo Holloway.

Wesson negó vehementemente con su cabellera roja. —No, no lo harás.

Por una vez, Parker guardó silencio. Tenía la mandíbula apretada, pero no protestaba con los demás.

Intentó explicarse. —Creo que todo esto —todo este elaborado juego del gato y el ratón con Hannah Kaye y Gen—es solo una artimaña. Una muy enferma, pero una artimaña al fin y al cabo. Creo que es a mí a quien este tipo realmente quiere.

La boca de Holloway se abrió de par en par por la sorpresa. —No sabes eso, Steele.

—Mis instintos sí. ¿No nos ha dicho siempre Parker que confiemos en nuestros instintos?

Holloway guardó silencio.

—Y si tengo razón… Si este tipo me quiere a mí, tal vez pueda intercambiarme por Gen.

Ahora Parker cobró vida. —No puedo dejar que hagas eso, Miranda.

Ella fijó su mirada en él, absorbiendo su dolor y su pena, deseando poder quitárselos por completo. Si hacía esto, quizá podría. —No es tu decisión, Parker.

Atónito, él le devolvió la mirada durante un largo momento. Pero no respondió.

Era cierto. Ella ya no trabajaba para él. Ya no estaban realmente casados. No había nada que él pudiera hacer para detenerla.

Él soltó un suspiro de frustración. —Usa un micrófono, al menos.

Esa era una buena idea. —De acuerdo.

Se volvió hacia Becker. —¿Trajo uno, verdad, Dave?

Becker sonrió. —Siempre listo.

En verdadero espíritu de cerebrito, también había traído su maletín cuando salieron del auto.

Sacó un pequeño artilugio con mucho adhesivo y comenzó a revisarlo. —Es inalámbrico —susurró—. Hecho de cable de carrete de metal, como una especie de hilo electrónico. —Continuó un rato, parloteando jerga de cerebrito. Finalmente, se lo entregó a ella.

Parecía un pequeño botón blanco.

—Funciona bien —dijo—. Solo póntelo debajo de la ropa en algún lugar.

—Gracias. —Se levantó la camiseta y lo pegó debajo de su sostén deportivo—. Bien, estoy lista.

Parker le tocó el brazo. —Necesitamos una señal por si te metes en problemas.

—¿Como una palabra especial o algo así?

—Eso serviría.

Pensó por un momento. —Penthouse —dijo.

Los ojos de Parker se entrecerraron y casi sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa, con el corazón derritiéndose. Luego respiró hondo. —Allá voy.

—Buena suerte, Steele —dijo Wesson.

—Estaremos aquí mismo escuchando todo —le recordó Becker.

Holloway le dio un pulgar hacia arriba. —No te olvides de usar la señal.

Ella asintió y se giró hacia la casa en ruinas.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Se abrió paso con cuidado por el patio, logrando evitar que la mordiera una serpiente, y llegó al desvencijado porche después de lo que pareció una eternidad.

Con cuidado, llevó la mano a la espalda y sacó su Beretta de donde la había metido bajo la cinturilla esa mañana. Estudió la estructura.

Había cuatro escalones para subir al porche cubierto con mosquitero. Parecía que la estructura entera se iba a desplomar en cuanto pusiera un pie encima.

Recordó lo precaria que se veía la entrada de la casa del oeste el día anterior. Pero había aguantado. De algún modo, sabía que el tipo que tenía a Gen se habría asegurado de que la entrada a este lugar también aguantara hoy.

Dio el primer paso y lo sintió más sólido de lo que parecía. Tres escalones más y llegó a la puerta principal.

Igual que ayer, pudo ver que la habían dejado sin seguro y entreabierta.

Con la Beretta en alto, abrió la puerta de un empujoncito.

Entró a una habitación grande y vacía con un piso mugriento sin alfombra y dos ventiladores de techo. La única ventana entreabierta por la que Becker había querido entrar estaba cerca de ella, en una pared pintada de un horrible rosa chillón.

Al otro lado de la habitación, Miranda pudo ver un pasillo que conducía a la cocina y otra abertura con escaleras que llevaban al piso superior. Pero hoy no se molestó en registrar el lugar.

Se giró hacia la puerta que estaba en la pared contigua, caminó rápidamente hacia ella y giró el pomo. Tal como pensaba. Las escaleras al sótano.

El aire olía a humedad, pero no percibió el fétido olor a muerte de ayer. Una señal esperanzadora.

Respiró hondo y bajó.

CAPÍTULO CINCUENTA

Hacía calor en las escaleras y el aire tenía ese conocido olor a moho.

Miranda sintió que el sudor le perlaba la piel mientras bajaba. Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la penumbra. Pero aquí había luz.

Al acercarse al final de la escalera, vio que provenía de una hilera de media docena de farolillos de papel —velas en una bolsa—, colocados a lo largo de los bordes del suelo, perfilando la habitación.

Los farolillos proyectaban sombras espeluznantes contra las paredes, dándole al lugar una sensación extraña. Como una especie de tumba ceremonial.

Igual que ayer, las paredes estaban acolchadas con espuma acústica para bloquear el sonido de los gritos de mujer. Arriba estaban las vigas reforzadas, las cuerdas, el sistema de poleas.

Excepto que aquí había dos, colocados a un metro y medio de distancia entre sí.

Lo sabía.

Este tipo tenía un plan y ella estaba en el centro de todo. Bueno, se llevaría una sorpresa, porque ella iba a arruinárselo.

A pesar de su determinación, mientras miraba las poleas y las gruesas cuerdas que colgaban de ellas, le vino a la mente la imagen del cuerpo mutilado de Hannah Kaye. El miedo le arañó el estómago, pero lo reprimió.

No había tiempo para eso. Tenía que rescatar a Gen.

De alguna manera tenía que alejarla de ese desgraciado. Luego Parker, el equipo y toda la policía del sureste podrían caerle encima y hacerle lo que tuvieran que hacerle a ese tipo.

A tres cuartas partes de la habitación había un separador bajo, a la altura de la cintura. Enfrente, en un rincón sombrío cerca del fondo, vio una jaula de alambre. Del mismo tamaño que la que había visto ayer. Del tipo en el que se metería a un perro grande.

A Miranda se le cortó la respiración.

En el suelo, dentro de la jaula, divisó el pelo corto y rubio platino de Gen. El maldito enfermo la tenía encerrada ahí.

Miranda se atrevió a dar un paso hacia la jaula. Gen no se movió. Dio unos cuantos pasos más.

Parpadeó con fuerza, intentando distinguir más detalles, y notó un olor extraño en esa parte de la habitación. No supo decir qué era.

Gen tenía los ojos cerrados. La tenía en ropa interior. Miranda esperó que eso significara que aún no la había tocado. No se atrevió a llamarla, pero pudo ver cómo su espalda subía y bajaba suavemente.

Estaba profundamente dormida. Debió de haberla mantenido drogada todo este tiempo. Esperaba que hubiera tenido que hacerlo porque Gen se lo había puesto difícil.

¿Y dónde estaba él?

Quizá debería haber revisado las habitaciones de arriba. Podría haberlo pillado allí. Ya era demasiado tarde.

Si tan solo pudiera abrir esa jaula y sacar a Gen de allí antes de que él volviera, estarían a salvo.

Dio otro paso y vio que había un candado en la puerta de la jaula. Tenía que abrirlo rápido. Pero ¿qué era eso que había encima?

Dos pinzas, como las que se usan para arrancar la batería de un auto. Cables de arranque. Uno enganchado a la parte superior de la jaula, el otro a un costado. Miranda siguió los cables con la mirada y vio a qué estaban conectados.

Un cargador. Uno grande.

Todavía no había llegado al separador. Pero al girar la cabeza pudo ver una abertura en la pared detrás de él. Parecía que conducía a una habitación contigua.

De repente, oyó pasos dentro de la habitación. Se apresuró a esconderse detrás del separador, pero estaba demasiado lejos. Antes

de que pudiera llegar, una sombra se proyectó en el suelo y un hombre apareció en la abertura.

La miró fijamente.

Llevaba los mismos vaqueros y la misma camiseta gris holgada que había visto en la grabación de vigilancia del centro comercial. Alto, de hombros anchos, con el pelo rubio ceniza desaliñado que le llegaba justo por debajo de las orejas.

Tenía el mismo aspecto que en la foto que Becker había retocado.

No había estado en el piso de arriba. Había estado en esa habitación contigua todo el tiempo.

Esperándola.

La miró con unos ojos tan verdes como la hierba bien abonada y le dirigió una sonrisa enfermiza. —Hola, Miranda Steele.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Con el corazón martilleándole en el pecho como una tubería ruidosa, Miranda levantó su Beretta y la apuntó directamente al pecho del tipo.

—Manos arriba, Drew.

Él soltó una risita.

—¿Todavía crees que me llamo Drew? ¿Y te haces llamar detective?

Estaba tratando de intimidarla.

—He dicho que manos arriba.

Negó con la cabeza como si ella fuera una niña obstinada que no quería irse a la cama a su hora. Luego volvió a sonreír y la señaló.

—Interesante camiseta. Una filosofía con la que estoy de acuerdo.

«No mires hacia abajo», pensó. «Está jugando contigo». Entonces recordó lo que decía su camiseta. *Lo normal es aburrido*. No era lo más indicado para vestir cuando se persigue a un asesino en serie.

Dio medio paso hacia él e impregnó su voz de un gruñido.

—Te daré una última oportunidad, hijo de puta. ¡Levanta tus putas manos!

Ahora él se rio a carcajadas. Una risa grave, enfermiza y gutural que le revolvió el estómago. Ese tipo estaba completamente loco.

Sin dejar de reír, negó con la cabeza.

—No, Miranda. Eres tú quien debe bajar esa pistola.

—No creas que no te dispararé —se preparó, lista para hacerlo.

—Sé que no lo harás —se rio con sorna como si acabara de contar un chiste muy gracioso—. Luego levantó la mano. Entre sus dedos tenía una pequeña carcasa de plástico negro del tamaño de un celular—. ¿Sabías que estas cosas funcionan a distancia?

—¿Qué cosas?

—Pues la batería de allí, por supuesto.

Señaló con la cabeza el cargador de batería de auto. El que estaba conectado a la jaula en la que dormía Gen.

—Verás, cuando presione este botón, la batería enviará una descarga a esa jaula del rincón.

En la que estaba Gen.

Giró el aparato en su mano.

—Es un dispositivo muy interesante. ¿Sabías que no es el voltaje lo que mata, sino el amperaje? Fascinante, ¿no crees? Solo se necesitan 0.65 amperios para parar el corazón humano. Este tiene una potencia de 700 amperios. Por supuesto, está la resistencia del cuerpo, pero aun así hará el trabajo muy bien.

¿Iba a electrocutarla? Ese no era su modus operandi.

La mente de Miranda corría a toda velocidad. Tenía que ser un farol. Había muchos mitos urbanos sobre las baterías de los autos y si podían matarte. Pero, por más que lo intentaba, en ese momento no podía recordar ninguno.

—¿Quieres tentar a la suerte? —levantó el dispositivo y colocó un dedo sobre él.

Ella no bajó la pistola. Pero un escalofrío la recorrió al recordar lo inteligente que era Adam Tannenburg. Había sacado las mejores notas durante toda su vida escolar.

—Oh, ya veo. No me crees. Es verdad. Los buenos detectives son escépticos. Bueno, por supuesto que lo probé a fondo primero. Estuve trabajando con un espécimen hace como una hora. Aquí está.

Dio una patada y algo peludo salió volando de detrás del biombo y aterrizó cerca de su pie.

Manteniendo la pistola apuntada a su pecho, se arriesgó a mirar hacia abajo.

Era una ardilla muerta. Ese era el extraño olor que había percibido.

¿Realmente la había matado con esa batería? ¿Funcionaría en un humano? No podía arriesgarse. Incluso si la descarga no mataba a Gen, podría causarle un daño grave.

—Ahora, intentémoslo de nuevo —dijo en el tono de un maestro de jardín de infantes—. Baja la pistola.

De repente, Miranda recordó que Parker y sus colegas estaban escuchando todo esto. Pero el sonido solo iba en una dirección. Si tan solo pudiera hablar con Becker y pedirle su opinión sobre las baterías de auto.

—Muy bien —Drew levantó el interruptor en el aire—. Dile adiós a tu hijastra.

Miranda levantó una mano.

—No. Para. Haré lo que dices —lentamente se agachó y dejó la pistola en el suelo, manteniéndola tan cerca de ella como se atrevió.

Drew chasqueó la lengua.

—Sabes que así no. Eres una detective de primera, ¿no? Patéala hasta aquí.

Sintiéndose indefensa, hizo lo que él le dijo.

—Muy bien. Ahora siéntate en el suelo, allí —señaló la pared del fondo, cerca de donde colgaban las poleas.

No quería ir allí, pero obedeció y se sentó contra el aislante de espuma a un metro de Gen. El olor a moho era más denso aquí. Podía sentir la humedad del suelo de cemento a través de sus jeans.

Todavía podía ver su Beretta en el suelo cerca de sus zapatillas. Aún no la había recogido. Demasiado seguro de sí mismo, ¿no? Quizás podría usar eso a su favor.

Hizo un gesto hacia la habitación.

—Vaya montaje tan elaborado que tienes aquí.

La comisura de su boca se curvó en una torcida sonrisa de orgullo.

—Como el que viste ayer —la observó de cerca para ver su reacción.

Mantuvo su rostro impasible.

—Sabes, no es muy difícil quitar un rastreador GPS y tirarlo a un contenedor de basura en alguna parte.

Se había dado cuenta de eso. Demasiado tarde, sin embargo.

—Y aunque se supone que tú y tu esposo son detectives tan inteligentes, no pudieron darse cuenta de que yo quería que llegaran hasta aquí. Oh, sé que él está afuera. Eso era parte del plan.

Miranda apretó los dientes, tratando de no mostrar miedo. No había notado ninguna cámara de vigilancia en su recorrido del lugar con Holloway. Pero tal vez solo estaba haciendo una suposición.

Tenía sentido. Por eso se había llevado a Gen. Había usado a Gen para atraerlos tanto a ella como a Parker hacia él. Por supuesto que Parker estaría aquí.

Planeaba colgarlas a ella y a Gen y torturarlas mientras Parker esperaba afuera, impotente.

Pero él no sabía que el resto del equipo estaba aquí. O que ella ya se había enfrentado a asesinos dementes antes. O lo que había en su pasado que le daba la fuerza para hacerles frente.

Escudriñó el perímetro del techo. Las ventanas del sótano que había visto desde afuera estaban cubiertas con el acolchado acústico. De lo contrario, Holloway o Wesson podrían arrastrarse hasta la parte trasera y hacer un tiro limpio.

Tendría que pensar en otra cosa.

«Haz que siga hablando», decidió. Becker estaba grabando todo lo que este tipo decía. Si no lograba otra cosa, podría sacarle una confesión y enviarlo a prisión por el resto de su vida.

Empezó por hacerse la tonta.

—¿Dijiste que no te llamas Drew?

Se inclinó y le sonrió como si fuera una niña.

—Encontraste la licencia de conducir falsa que dejé en ese Hyundai, ¿verdad? La dejé allí para que la encontraras la noche que me llevé a Hannah.

—Alguien dijo que estaba enamorada de ti.

—Estaba enamorada de sí misma. Era una puta. Me pateó. ¿Ves? —giró la cabeza y le mostró un moretón en la mandíbula.

Así que Hannah Kaye se había defendido. Gen también lo habría hecho. No era de extrañar que hubiera recurrido a las drogas para

mantenerla callada.

—También usabas otro nombre. Gabriel Anthony Pierson.

Con el ceño fruncido, hizo un gesto con el dedo en el aire como un maestro de escuela.

—Thomas Anthony Drew. Gabriel Anthony Pierson. La inicial del segundo nombre es la misma.

Y tal vez la misma que su primer nombre.

—Eso fue un regalo. ¿Te resultó útil?

Miranda no respondió. La mirada en sus ojos se estaba volviendo desequilibrada.

Dio un paso hacia ella.

—Como Drew te observé mientras estabas en rehabilitación en Saint Benedictine's. Como Pierson vacié tu basura en la Agencia.

Y consiguió su número de teléfono.

Miranda respiró hondo para calmar los nervios.

—Me enviaste mensajes de texto.

Sus ojos verdes brillaron con casi admiración.

—Muy bien. *Sé quién eres. Sé dónde estás. Sé lo que eres*.

Confesión número uno.

—¿Y el que recibió Parker esta mañana?

—Exacto. *Buenos días, Wade Parker. Puede que te interese saber que tengo a tu hija* —soltó una risita como si estuviera encantado con su propia astucia—. Como puedes ver, no mentía.

Necesitaba más.

—Pero esos nombres, Drew y Pierson. Pertenecían a otras personas.

Sus ojos se abrieron de par en par. Se sorprendió de que ella lo supiera. Luego agitó una mano para restarle importancia.

—Solo eran nombres que encontré. Ancianos tontos que murieron hace mucho tiempo. Como mi padre.

Miranda recordó que la vecina de Evanston había dicho que el padre de su sospechoso había muerto cuando él tenía nueve años.

¿Era este hombre que estaba frente a ella Adam Tannenburg?

¿Cómo se había convertido el joven que había estado enamorado de la estudiante de arte que murió en un incendio en un monstruo como este?

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar.

—Eso me recuerda —sin responder, de repente se agachó y tomó algo de detrás del biombo.

«Ve por la pistola», pensó Miranda. Pero él todavía sostenía ese control remoto.

Se incorporó de nuevo. Se metió el control remoto en el bolsillo de la camiseta. En ambas manos sostenía un objeto largo y delgado.

¿Una batuta?

—¿Sabes qué es esto?

Asintió.

—Los directores de orquesta las usan.

Sus cejas se alzaron con sorpresa.

—Correcto. Dirigen la orquesta, marcando el tiempo con estas —la agitó en el aire y tarareó alguna pieza clásica que ella no reconoció.

Entonces se detuvo. La miró fijamente y sus ojos verdes parecieron adquirir un brillo espeluznante.

—Pero esta tiene punta. La afilé yo mismo. ¿Ves? —se tocó la yema del dedo con el extremo y se sacó sangre.

Miranda sintió que su respiración se volvía superficial. ¿Era eso lo que había usado con Hannah Kaye?

—Mi madre era música —dijo, chupándose delicadamente la punta del dedo—. Tocaba el clarinete. Pero también tenía batutas. Tantas batutas.

Miranda sintió que se le retorcía el estómago por la forma en que lo había dicho. El extraño brillo en sus ojos se tornó más verde.

Tomó la varilla y la golpeó contra su palma con un chasquido.

—Solía castigarme con ellas cuando me equivocaba en una nota. Tres golpes por cada nota fallada. Cuatro por cada compás perdido. Tenía que tener cuidado. Tenía que ser perfecto. Y lo era. Era excelente.

Adam Tannenburg había tocado el clarinete como su madre. Había ganado una beca de música para Northwestern.

—Pero no fue suficiente. Nunca fue suficiente para ella —agitado, comenzó a caminar de un lado a otro frente al biombo—. Incluso cuando era un niño pequeño, me llevaba a su habitación y me hacía

quitarme la ropa y acostarme en la cama. Me tocaba con su clarinete mientras ponía a Stravinsky.

Miranda solo podía imaginar dónde había tocado a su hijo. Instintivamente se alejó de él por el suelo.

—Tomaba su mano y me agarraba tan fuerte que yo gritaba de dolor. Entonces me decía que me callara. Pero no podía callarme. Y cuando seguía gritando y llorando me golpeaba y me pinchaba con su batuta. Una y otra y otra vez. Todavía tengo las cicatrices —se levantó la camiseta sobre el estómago. Estaba cubierto de viejas ronchas.

Dios Santo. Su madre era un monstruo. Y había creado otro monstruo a su propia imagen.

Miranda miró al hombre. Estaba en otro mundo, reviviendo su pesadilla. ¿Estaba lo suficientemente incoherente como para que ella pudiera llegar a la pistola y disparar antes de que usara ese control remoto?

De repente salió del trance con un encogimiento de hombros.

—Pero se lo pagué. La maté —lo dijo como si estuviera hablando de apagar la televisión por la noche.

Miranda se sobresaltó. ¿Era este el mismo tipo que había estado buscando un mes atrás en Chicago? ¿Cómo podía ser?

Tenía que saber la verdad.

—Tu madre murió en el incendio de una casa, ¿no es así?

Una amplia sonrisa cruzó su rostro. El orgullo había vuelto.

—Un incendio que yo provoqué —volvió a reír.

Una risa grave y gutural. Una risa enfermiza y dolorosa que le habría arrancado el corazón si no supiera lo desquiciado, lo letal que era.

—Fue fácil. Mezclé somníferos en su vino y cuando se quedó dormida en el sofá, le eché gasolina y le prendí fuego. Quemó todo ese horrible lugar con todos esos horribles recuerdos. Pero antes de eso alteré el cableado para que pareciera defectuoso. La policía se lo tragó. Declararon su muerte como un accidente.

Era él.

—Esa casa estaba en Evanston, Illinois.

Parpadeó como si ella fuera la loca.

—Bueno, eso ya lo sabes. Estuviste allí hace poco, ¿no es así?

¿Cómo demonios sabía eso?

Se acercó un poco más a ella.

—Yo también estuve allí. ¿No recuerdas la sensación de mi brazo alrededor de tu cuello?

¿Acababa de temblar el suelo? ¿Se le venían las paredes encima?

De repente, estaba de vuelta en esa mansión de Evanston. De pie en sus ruinas en medio de la noche. Hurgando entre la podredumbre y las cenizas en busca de pruebas. Había sentido a alguien detrás de ella. Una viga podrida sobre su cabeza se había partido y se había desplomado. La habría aplastado, pero alguien le pasó un brazo por el cuello y la apartó del camino.

Pero el agarre en su garganta se había apretado y apretado hasta que se desmayó.

Era él. Este era Adam Tannenburg. Y casi la había matado esa noche.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Entonces, ¿por qué no la había matado?

De nuevo, miró la habitación. Los faroles de papel, el acolchado, las poleas, la jaula con Gen adentro.

Era por esto. Estaba esperando esto.

El corazón de Miranda comenzó a latir con miedo. Pero ¿por qué ella? ¿Por qué Gen? ¿Por qué Parker?

Adam Tannenburg había tenido un gran amor. ¿Podría apelar a ese lado de él? ¿Al joven agradable del que se había enterado en Chicago? ¿Encontrarlo enterrado dentro del asesino?

—Cuénteme de Lydia —dijo en voz baja.

Él la fulminó con la mirada. —No pronuncie su nombre. Nadie tiene permitido decir su nombre, excepto yo.

Así que todavía le importaba. —Usted estaba enamorado de ella.

Sus ojos centellearon mientras la miraba fijamente. —Ya lo sabe. Sabe que nos conocimos en la escuela de arte.

La había acosado en Chicago. ¿Cómo había sabido él que ella estaba allí? Un escalofrío la recorrió. Porque había sido Gabriel Pierson, el hombre de la limpieza. Y después de eso, había sido Tommy Drew, el repartidor de Saint Benedictine's. La había acosado en Atlanta también.

—Me enamoré en el instante en que la vi —continuó él, con voz soñadora—. Era tan hermosa. Toda esa exuberante cabellera rubia. Esa piel perfecta. Esos grandes y brillantes ojos color avellana.

Justo como se veía Lydia Sutherland en la foto que Miranda había visto en su expediente del caso en Chicago.

—Y ella también se enamoró de mí. Pasábamos juntos cada momento libre. Después de solo dos semanas le pedí que se casara conmigo. Dijo que sí. Habríamos sido tan felices juntos.

—¿Qué pasó?

—Usted sabe lo que pasó —gritó él. Pero de todos modos se lo contó. Necesitaba contárselo a alguien—. Era mediados de diciembre. Justo antes de las fiestas. Me pidió que me quedara a pasar la noche en su casa. La llevé hasta allí en mi Mustang. Nos preparó chocolate caliente con ron. Nos lo tomamos juntos, luego nos terminamos la botella de ron. Y una segunda. Fumamos un poco de marihuana, hablamos de la escuela, de nuestro futuro.

Él sonrió, reviviendo la mejor parte de su pasado.

—Nos acostamos juntos en su cama, pero no la toqué esa noche. Los dos estábamos demasiado ebrios. Nos quedamos dormidos. —Se pasó una mano por el cabello, agitándose de nuevo—. Debían ser como las dos de la mañana cuando me desperté. Oí a alguien forzar la puerta. Iba a levantarme para averiguar qué pasaba, pero antes de que pudiera, *él* entró en la habitación.

¿Él? ¿De quién estaba hablando?

—Salté de la cama. Le dije que se fuera. Él se quedó allí, gritándole a Lydia. Intenté pelear con él, pero estaba mejor entrenado. Me lanzó un puñetazo fuerte y me dio en la mandíbula. Caí al suelo. Me golpeé la cabeza con una mesa y perdí el conocimiento.

Dios santo, ¿eso era lo que había pasado esa noche?

—Cuando volví en mí, al principio todo lo que podía oír eran gritos. Abrí los ojos y lo vi encima de ella en la cama. «¿Qué haces con él, perra? —gritó—. ¿No entiendes que me perteneces?». Intenté levantarme, pero la habitación me daba vueltas.

Lanzó un puñetazo al aire como si pudiera golpear al hombre ahora.

—«He estado siguiéndote por semanas —dijo él—. Te has estado acostando con él, ¿no? ¿No es así?». Y entonces… vi cómo la violaba. Ella gritaba, le decía que parara, pero él no lo hacía. Lo vi retorcerse sobre su cuerpo en la cama. Sujetándola. Arrebatándomela. No paraba de gritarle: «¡Puta! ¡Puta! ¡Puta!».

Miranda se sintió paralizada. Era Leon. Leon fue quien mató a Lydia Sutherland.

—Tenía las manos alrededor de su cuello. La sacudía y la sacudía. La vi quedarse lacia en sus manos, pero él simplemente siguió sacudiéndola. Y entonces, finalmente, paró. La había estrangulado. Estaba muerta. —El hombre frente a ella comenzó a sollozar de agonía—. Lo vi bajarse de ella y mirar su cuerpo. Tenía tanto miedo que fingí seguir inconsciente. Me acurruqué en el suelo y esperé que se fuera para poder llorar a mi Lydia. Pero para entonces ya había recobrado el juicio. Sabía que lo acusarían de asesinato. Si alguien la encontraba.

Oh, Dios mío.

Adam se secó las lágrimas con ambas manos y sorbió por la nariz. —Corrió a la cocina y tomó gasolina o algo así. Pateó el calefactor de Lydia y vertió el líquido sobre él. Estalló en una llamarada.

Exactamente los detalles que el perito de incendios había determinado.

—Luego salió corriendo de la habitación. Lo seguí. Sabía que me quemaría y moriría con ella. Lo vi salir por la puerta trasera, así que corrí hacia la delantera. Tenía mucho miedo. Salí, me subí a mi auto y me alejé tan rápido como pude.

Así que la vecina de Lydia tenía razón. Adam Tannenburg había estado con Lydia esa noche. Y se había alejado en su Mustang después de que comenzara el incendio.

—Al día siguiente, la policía me detuvo y me interrogó sobre lo que pasó. Mentí y dije que no había estado allí esa noche. Me dejaron ir. —Inhaló una bocanada de aire áspera—. Luego, un mes y medio después, me detuvieron de nuevo. Por agresión sexual. Pero yo nunca había estado con nadie más que con Lydia.

Un mes y medio. Había sido arrestado en febrero. Justo como Parker le había dicho hoy.

—Fue esa noche cuando supe quién era realmente. Lo que estaba destinado a ser.

¿Por la visita de Leon a su celda?

Leon se había convertido en un psicópata tan retorcido como cualquiera que Miranda hubiera conocido. La había acosado durante años e intentado matarla. ¿De alguna manera le había pasado ese legado a Tannenburg? ¿Cómo?

—Me dijo que Lydia era una zorra. Cómo se había acostado con tantos otros tipos antes que conmigo. Y que él la había tenido más que ninguno. Era una puta. Merecía que la mataran. Mi dulce y gentil Lydia. La amaba tanto, pero me usó. Me lastimó. Más de lo que Madre lo había hecho.

Comenzó a llorar. Ya no la miraba. Estaba perdido en su pasado. Si tan solo pudiera quitarle ese control remoto y tomar su arma.

Se atrevió a deslizarse un poco para acercarse a donde esta yacía, cerca de los pies de él. No la vio.

Tomó aire y alzó los ojos al techo. —Y fue entonces cuando hicimos el trato.

¿Un trato? Para irse de la ciudad, ¿verdad?

—Dijo que la policía tenía evidencia física. Sabían que yo estaba en casa de Lydia la noche del incendio. Me recordó que ya me habían acusado de violarla y que estaban a punto de presentar cargos de asesinato en mi contra.

No era verdad. Lo sabía por el expediente del caso. No había evidencia física contra Tannenburg. Leon había movido sus hilos con sus amigos, tal como lo hizo cuando le quitó a su hija y la dio en adopción sin su conocimiento.

—Me dijo que solo tenía que hacer una cosa.

Irse de la ciudad. Desaparecer y no volver jamás. Miranda esperó, sin atreverse a presionarlo. Observó cómo su pecho subía y bajaba mientras revivía su pasado. Pronto lo confesaría todo. Le diría a dónde fue, cómo empezaron los asesinatos. A quién y a cuántos.

Se calmó y se volvió hacia ella con esa sonrisa aterradora. Y cuando habló, el sonido de su voz de repente se volvió demasiado familiar.

—Dijo que tenía una esposa en casa que necesitaba que le dieran una lección. Quería que la violara.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Afuera de la casa, el sol se había puesto y las luciérnagas y los insectos zumbaban en el aire denso y húmedo.

Aún apostado detrás de la camioneta del secuestrador, en la oscuridad, Parker se metió el auricular en el oído y observó la pantalla de la computadora de Dave mientras grababa la conversación del interior.

Esto no podía ser. Debía de haber un fallo en el sistema. Pero sabía que ese pensamiento era su propia negación.

La negación de lo que acababa de escuchar a través del micrófono.

El hombre que estaba adentro, el que había secuestrado a Gen, el que le había quitado el arma a Miranda, era Adam Tannenburg. Y había sido Adam Tannenburg quien atacó a Miranda una gélida noche de febrero en Chicago, hacía quince años.

Era Adam Tannenburg el hombre que Mackenzie había estado buscando. Su padre biológico.

Santo Dios bendito.

¿Cómo pudo haberse equivocado tanto con ese hombre? ¿Por qué no lo vio cuando descubrió la visita de Leon Groth a la celda de Tannenburg hacía quince años?

Si no hubiera estado tan obsesionado con proteger a su esposa, quizá habría podido pensar con claridad. Tal vez habría atado cabos antes.

Pero ¿cómo iba a poder? Era tan retorcido, tan perverso, incluso para un hombre como Groth… ¿Chantajear a alguien para que violara a su propia esposa?

Gracias a Dios que Groth estaba muerto.

Pero Tannenburg estaba muy vivo. E iba a hacerles a Miranda y a Gen lo que le hizo a aquella pobre universitaria.

No si él podía evitarlo.

Se volvió hacia Becker y susurró en voz baja: —Ocúpese de la estación aquí, Dave.

Becker lo miró con ojos interrogantes. —¿A qué se refiere, señor?

Parker desenfundó el arma que llevaba en la sobaquera. —Quiero decir que voy a entrar. Holloway, Wesson, cúbranme.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

El sótano húmedo y horrible, con sus paredes acolchadas, sus faroles y sus poleas, se desvaneció en un sueño. No, un sueño no. Una pesadilla mucho peor.

Miranda ya no estaba aquí. No estaba en Georgia. No estaba en el condado de Jaspar. No estaba en esta casa.

Estaba de vuelta en Chicago, en aquella noche espantosa de hacía quince años.

Vio las sombras de la tienda y del almacén, y el callejón frío y oscuro que formaban. Vio el pasamontañas negro cerniéndose sobre ella, sintió las manos manoseándola, arrancándole la ropa. Sintió su piel desgarrándose contra el pavimento helado. El frío glacial de febrero sobre su piel desnuda. Escuchó sus gruñidos nauseabundos mientras la tomaba. Y sus propios gritos de impotencia.

Y olió el aroma nauseabundo de colonia barata.

Levantó la cabeza y vio a Tannenburg mirándola fijamente. Estaba sonriendo.

Él quería que ella lo reviviera. Que sintiera lo que estaba sintiendo justo ahora. Era un maldito sádico enfermo. Era el monstruo en su cabeza. El demonio que había atormentado sus sueños durante quince años.

Su boca se movía. Le estaba hablando. No lo había oído todo, pero ahora sus palabras eran claras.

—Te vi en las noticias en Lake Placid —dijo él—. Supe entonces que podía encontrarte y terminar el trabajo.

—¿Qué?

—Él quería que te matara esa noche de febrero. Dijo que te mandaría a comprar helado y que no quería que volvieras. Pero no pude hacerlo. Era demasiado débil entonces. Volví a casa y me escondí de él por un tiempo. Pensé que me mataría. Pero Madre no me dejaba en paz. Fue entonces cuando supe que podía convertirme en lo que él quería que fuera. Me tomó meses idear el plan, reunir el valor para prenderle fuego. Pero después de que lo hice, supe que podía hacer lo que él quería. Pero no pude encontrarte. Y por eso tuve que encontrar a otras para reemplazarte.

Miranda pensó en las docenas de casos de asesinato que Chambers había encontrado.

—Mi primera fue en Downers Grove. Fue entonces cuando me realicé.

Cuando había empezado el camino que seguía ahora, quería decir.

—Pero mi primera duró solo unas pocas horas. Perfeccioné mi técnica. Me convertí en un experto. Me ha tomado años. Y ahora puedo hacer que duren días. —Su respiración se volvió agitada, como la de un lobo hambriento.

Lentamente se giró hacia ella. —Y todo este tiempo te he estado buscando. Esperándote. Preparándome para ti. ¿Y ahora? —Sus dientes brillaron con su sonrisa horrible—. Ya es hora de que empecemos.

Avanzó hacia ella, apuntándole con esa vara espantosa.

Ella se puso de pie de un salto y retrocedió. —No.

—No te preocupes. Voy a ocuparme de ella primero. —Señaló con la cabeza la jaula donde estaba Gen—. Pero quiero que mires. Te traerá recuerdos de mí.

Ya había tenido suficientes recuerdos de él. No iba a dejar que ese desgraciado se acercara a Gen. Y tampoco iba a dejar que la tocara a ella.

—Aléjese de mí. —Usó el tono autoritario que debería haber usado esa noche. El que había aprendido en las docenas de cursos de defensa personal que había tomado desde entonces.

Él soltó una risita, dio otro paso hacia ella. —¿Oh, vaya! Qué valientes nos hemos vuelto.

Ella miró hacia abajo. Él estaba tan lejos de su pistola como ella, pero ese control remoto eléctrico seguía en su bolsillo.

—Sé que lo mataste —dijo él.

—¿A quién?

—A él. Vi eso en las noticias en octubre pasado. Lake Placid.

Se refería a Leon.

—Tenía razón sobre ti, ¿sabes? —Dio otro paso.

Ella se preparó. —Si se acerca más, se arrepentirá. —Todavía tenía las habilidades de artes marciales que había estado perfeccionando durante quince años.

Pero de nuevo él solo se rio. —Puede que lo hayas matado a él, pero a mí no me matarás. Ese será mi trabajo. Después de que termine aquí.

¿Estaba hablando de suicidio? ¿Junto con un doble asesinato? Iba por toda la gloria, ¿no?

Se abalanzó hacia adelante con la vara. Ella intentó apartarla de un golpe, pero él fue demasiado rápido. Se la clavó en el pecho.

Maldita sea. Era filosa como una daga y ardía como el infierno.

Sintió que la sangre manchaba su camiseta. *Lo normal es aburrido*. Lo que no daría por algo normal ahora. Una tarde normal con su hija. Dios santo. Acababa de darse cuenta de que este loco era el padre de Mackenzie.

Como si estuviera en un duelo de esgrima, arremetió y la apuñaló de nuevo. Esta vez logró bloquear la mayor parte de la fuerza, pero le hizo un corte en la parte superior del brazo. Más sangre empapó la manga corta.

Se abalanzó de nuevo y ella golpeó la vara para quitársela de encima.

Otro swipe y la alcanzó en el estómago. Podía olerlo. Ese olor agrio a colonia barata. Sintió que se hundía de nuevo. De vuelta a esa noche. A ese momento en que era tan débil e indefensa.

Mantén la cabeza fría, maldita sea. Ya no era esa mujer. No lo había sido en mucho tiempo. Había luchado contra sus demonios. Podrían seguir regresando, pero ella seguía derrotándolos.

Le haría eso a este monstruo, también.

Se alejó de él bailando y evaluó su posición. Una patada giratoria sólida a la cabeza y podría noquearlo. O al menos aturdirlo lo suficiente como para quitarle ese control remoto.

Y esa vara.

Pero no tenía suficiente espacio. Estaba demasiado cerca de la pared. Pronto la iba a acorralar contra ella.

Creyó oír el crujido de un escalón en la escalera. Era su mente jugándole una mala pasada otra vez. Concéntrate.

Lo miró fijamente a los ojos. Directo a sus enfermizos ojos verdes.

Él le devolvió la mirada, sonriendo. Como si supiera que iba a ganar.

Ni lo sueñes, hijo de puta. No iba a dejar que la venciera esta vez. No sin pelear. Le arrancaría la nariz de un mordisco, le sacaría un ojo. No le importaba lo que le hiciera con esa vara.

Y entonces recordó algo.

Un arma secreta que había tenido con ella todo el tiempo. Si había un momento para usarla, era ahora.

—Oye, Adam —dijo con toda la arrogancia que pudo reunir—. Tengo un regalo para ti.

Por un momento, él parpadeó, mirándola atónito, confundido. —¿Qué es?

Metió la mano en el bolsillo y sacó la tobillera. La que el detective de la policía había encontrado en la finca de los Tannenburg la noche en que le había puesto el brazo alrededor del cuello. La que ella se había quedado. La que había estado llevando consigo durante días.

La levantó para que la luz de los faroles captara el brillo del colgante.

El corazón dorado con las iniciales A.T.

—¿Recuerdas esto?

Sus ojos se llenaron de lágrimas repentinas. —Lydia. Mi amor. Mi vida.

Sabía que él se la había dado. Y todavía la amaba. —Aquí, toma. —Lanzó la pulsera a la esquina, lo más lejos posible de su pistola.

Funcionó. Él se lanzó a por ella.

Y ella se lanzó a por su pistola. Gateó por el suelo, la tomó y se levantó justo a tiempo para verlo de pie de nuevo.

—¡Te olvidaste de esto! —chilló él.

Sostenía el control remoto en una mano sobre su cabeza. Pero tenía la pulsera en la otra mano. Le tomaría un segundo o dos antes de que pudiera apretar el botón ahora.

Mientras apuntaba el arma a su pecho, oyó un estrépito en las escaleras. No había tiempo para esperar. No había tiempo para pensar.

Disparó.

Su arma pareció detonar dos veces, como si dos bombas potentes hubieran explotado en la habitación.

Su bala dio en el blanco. El cuerpo de Tannenburg se sacudió hacia atrás, chorreando sangre de su pecho. Luego se sacudió hacia adelante, sangre y materia cerebral saliendo disparadas de su frente. Se tambaleó a la izquierda, a la derecha. Luego tropezó hasta la pared.

Sus ojos verdes fulminaron a Miranda. Le dedicó una última mirada despiadada. Levantó el control remoto. Se le resbaló de las manos y se desplomó en el suelo.

Con los oídos zumbando por los disparos, Miranda levantó la vista y vio a Parker en las escaleras con su Glock desenfundada. Él era quien había disparado el otro tiro.

—Lo mataste —dijo ella.

—Lo matamos —corrigió él.

Pero no había terminado. De repente, olió a humo.

Giró la cabeza y vio el acolchado acústico de la pared incendiarse. Tannenburg había caído encima de los faroles.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Las llamas trepaban por la pared del sótano.

Miranda se dio la vuelta y corrió. Fue la primera en llegar a la jaula de Gen. Pero Parker llegó antes de que ella pudiera sacar sus ganzúas.

Él enfundó su arma y se las quitó. Mejor así. A ella le temblaban las manos.

Abrió el candado en un instante.

Gen apenas se estaba despertando. ¿Habría visto el tiroteo? ¿Sabía que tenían que salir de allí de inmediato?

Miranda no sabría decirlo. Gen no podía mantener los ojos abiertos. Era mejor así.

Holloway y Wesson habían bajado las escaleras con las armas desenfundadas al oír los disparos. Ahora estaban allí, intentando apagar las llamas de la pared con sus chaquetas.

—¡Salgan de aquí! —les gritó Parker mientras levantaba a Gen en brazos y cruzaba el piso a toda prisa con ella.

Wesson dejó de combatir las llamas y cubrió a Gen con su chaqueta, luego todos subieron corriendo las escaleras y salieron de aquella casa de los horrores.

Becker había llamado a los bomberos. Y a la policía.

Con las sirenas a todo volumen y las luces parpadeando, el camión de bomberos entró estrepitosamente en el patio y empezó a rociar la casa con agua. La policía local llegó al lugar, acompañada por Erskine y Chambers.

Se desató el caos.

Mientras los bomberos trabajaban, los policías exigieron declaraciones. Estaban muy interesados en la grabación de Becker de la conversación en el sótano, pero querían hablar con Gen.

Parker les dijo que no. Primero la llevaría al hospital.

Miranda le dijo a Chambers que hablaría con él más tarde y se subió al Mazda de Parker mientras este acomodaba con cuidado a Gen en el asiento trasero. Tenía que escapar. Becker, Holloway y Wesson se quedaron para dar sus declaraciones. Erskine y Chambers los llevarían cuando todo terminara.

Sintiéndose como si hubiera escapado del infierno, Miranda se adentró en la noche con Parker al volante.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

El Dr. Taggart, amigo de confianza de Parker, se hizo cargo cuando llegaron al hospital.

Llevó a Gen a una habitación, le hizo análisis para averiguar qué le habían dado y le realizó un lavado de estómago. Dos horas después, Gen descansaba en una cama con Parker a su lado, sosteniéndole la mano.

Miranda debería haber sentido nada más que alivio. Y así era. Estaba tan feliz de que Parker hubiera recuperado a su hija. Él no merecía sufrir más.

Pero la idea de la vida que podría haber tenido con él la entristecía. Y la muerte de ese asesino desquiciado —el hombre que la había violado hacía tantos años— la dejó demasiado sombría para expresarlo en palabras.

Salió sigilosamente de la habitación y deambuló hasta la sala de espera.

Esperaría a Parker. Le diría cómo se sentía. Le desearía lo mejor. Le diría que si quería que firmara los papeles del divorcio, estaría disponible en cualquier momento.

Para no pensar en lo que había vivido esa noche, se sentó en una silla colorida y sacó su celular. Navegó hasta sus mensajes. El primero era una actualización de Chambers desde la escena del crimen.

El incendio fue extinguido después de una media hora. No había habido suficiente aire en el sótano para que se propagara. Menos mal, porque tuvieron que usar el tanque del camión de bomberos. La mayor parte de la evidencia de la escena del crimen estaba

intacta. El cuerpo de Tannenburg se había chamuscado, pero todavía quedaba suficiente de él para las pruebas de ADN.

Se alegró. Eso les daría un cierre a los seres queridos de todas esas otras víctimas.

El siguiente mensaje de texto era de Wendy.

¡Dios mío! ¡Timmy me dejó por Leslie! Ella es la chica «popular». ¿Puedes creerlo?

Timmy era el chico por el que Wendy y Mackenzie se habían peleado hacía unas semanas. El que había destruido su amistad.

¿Pero sabes qué? Fui a casa de Mackenzie esta noche a contárselo. ¡Y se enojó y dijo que él era un completo idiota por hacer eso! ¡Me abrazó y dijo que quería que volviéramos a ser amigas y que lamentaba haber dejado que él se interpusiera entre nosotras!

Vaya. ¿Acaso las maravillas nunca cesarían? Miranda no pudo evitar sonreír.

Vamos a ir a la pista de patinaje mañana después de la escuela y me va a enseñar algunos movimientos que dice que me pondrán en la cima en las Regionales del próximo año. ¿Puedes creerlo?

Wendy tenía razón. No podía creerlo. Pero era verdad. Sus chicas estaban juntas de nuevo. Por fin.

Con una gran sonrisa, Miranda le respondió el mensaje: *Me alegraste la noche, niña*.

Con una sensación de profunda satisfacción, se recostó en la silla y cerró los ojos.

No debieron de pasar ni cinco minutos cuando escuchó la voz rica y profunda de Parker.

—Así que aquí es donde te metiste.

Abrió los ojos y se incorporó.

—Pensé que te vendría bien un poco de privacidad.

Él asintió.

—Mira. —Levantó el celular.

Él lo tomó y leyó el mensaje de Wendy. Sonrió.

—Me alegro de que hayan entrado en razón.

—Yo también. —Entonces se encontró con su mirada—. No podemos contarle a Mackenzie lo de esta noche.

—No. —Se movió a la silla junto a ella y se sentó.

—Podría oírlo en las noticias.

—Hablaré con Colby. Me aseguraré de que no deje que las vea.

Si es que un padre podía lograr eso. Pero quizá Wendy mantendría su mente ocupada y alejada de las noticias por unos días, así como de su padre.

Parker permaneció en silencio un largo rato. Finalmente, habló:

—Me temo que tengo contigo una deuda de gratitud que nunca podré pagar.

¿Se refería a haber salvado la vida de su hija? Él también había participado en eso.

Se encogió de hombros.

—Puedo enviarte una factura.

Él no sonrió.

—Miranda, si no hubieras entrado en esa casa… Si no hubieras conseguido esa confesión… Si no te hubieras enfrentado a ese loco, Gen podría…

Ella levantó una mano.

—Pero está viva. Y va a estar bien.

Aunque podría necesitar unas cuantas visitas a la Dra. Wingate. Pero, después de lo de hoy, ¿quién no? Miranda estaba lista para reservar citas para el resto del año. Sabía que tenía más secuelas emocionales con las que lidiar. Secuelas que estaba reprimiendo en ese momento.

Parker la estudió atentamente.

—Me gustaría discutir algo contigo.

Ay, no. Ya viene.

Con los nervios de punta, Miranda se levantó y caminó hacia la ventana. Contempló la ciudad bañada de luz. Fue en un hospital como este donde conoció su destino. Donde pensó que ella y Parker habían hecho un pacto para trabajar juntos.

Pero no estaba destinado a ser. Ahora sí que se había acabado.

Se abrazó a sí misma y se preparó para sus próximas palabras.

Parker contempló el cuerpo fuerte y esbelto de su esposa en la ventana, su camiseta manchada con su propia sangre. Qué sacrificio había hecho por él esa noche.

Qué mujer era.

¿Por qué no había podido verlo antes? Valía mucho más de lo que jamás se había dado cuenta. No solo para él, sino para cada víctima cuyo caso aceptaba. ¿Cómo pudo haber sido tan egoísta?

Se levantó y se acercó a su lado. Anhelaba tocarla, pero no se atrevió.

Miranda inspiró profundamente.

—Solo dilo, Parker.

—¿Decir qué?

—Lo que quieres discutir conmigo. El divorcio. —Listo. Lo había dicho por él.

Él no respondió. Ella se volvió hacia él y lo miró a sus profundos ojos grises. Había un mundo de emociones allí. Por lo que acababa de pasar.

—Iba a decirte que hoy te vi con otros ojos.

Eso la hizo fruncir el ceño.

—Has dicho que esta vida es tu destino. Por primera vez estoy empezando a entender a qué te refieres.

—Está bien —dijo ella con cautela.

Se preguntó si estaba siendo caballeroso. Suavizando el golpe con halagos y palabras dulces. Pero solo estaba empeorando las cosas. Deseó que fuera al grano.

—Ahora lo entiendo —repitió él—. Tienes que hacer lo que haces porque es quien eres. Y eres una de las mejores.

Involuntariamente, sintió un aleteo en su interior. Siempre había sido débil a sus cumplidos.

Se encogió de hombros.

—Tú tampoco te quedas atrás.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa.

—Se sintió bien volver a trabajar en equipo.

—Sí, se sintió bien. Y fue genial tener a Becker, a Holloway y a Wesson allí. Y a ti, por supuesto. Y a tu Glock.

Sus ojos brillaron.

—Y por eso he estado pensando.

—¿En qué?

—¿Y si en lugar de cerrar Parker and Steele Consulting la expandimos?

Ella retrocedió un paso, sintiendo como si le hubiera dado un puñetazo en el pecho.

—¿Qué?

Él enarcó una ceja.

—¿No te gusta la idea?

Ella tartamudeó un momento.

—Yo… no puedo creer que lo hayas dicho.

—Bueno, lo hice. —Se acercó a ella y se atrevió a tomarle la mano—. Me has enseñado una gran lección que olvidé en el camino.

—¿Cuál?

—Arriesgarlo todo es mejor que perderlo todo.

Qué cierto. Pero ¿de verdad decía en serio lo que estaba diciendo?

—¿Así que quieres formar un equipo?

—Sí, quiero.

—La seguridad está en los números, ¿eh?

—Algo así. —Le acarició los dedos con el pulgar, haciendo que su estómago se estremeciera—. No puedo prometer que no me preocuparé por ti. O ser sobreprotector a veces. Pero sí prometo que nunca más te exigiré que dejes de ser quien eres.

Ella lo miró fijamente, esperando que lo que decía fuera verdad. Esperando no estar soñando.

—¿De verdad lo dices en serio, Parker?

Como respuesta, la tomó en sus brazos y la atrajo hacia él.

La fuerza de sus brazos a su alrededor la hizo derretirse. Apretó la cara contra su musculoso pecho e inhaló su aroma masculino.

Olía tan bien.

Él le besó el cabello.

—Vuelve conmigo, Miranda. Te amo tanto.

¿Quería que volviera? ¿No era el final? Sus ojos se llenaron de lágrimas repentinas. Corrieron por sus mejillas hasta el suelo y no le importó un bledo.

Levantó el rostro hacia él y sonrió a través de las lágrimas, con el corazón ahora derritiéndose como mantequilla en una calurosa tarde

de Georgia.

—Yo también te amo, Wade Parker —sollozó—. Supongo que cumplir tu destino no es tan gratificante si tienes que hacerlo sola.

—Un pensamiento muy sabio, por cierto —dijo él.

Y la atrajo hacia él y presionó sus labios contra los de ella en un beso que fue más intenso, más significativo que todos los demás que le había dado.

La amaba. Tal como era. No iba a volver a intentar cambiarla nunca más.

Era todo lo que siempre había querido de él. Estaban juntos de nuevo. Parker y Steele. Y sus amigos.

Mientras le rodeaba el cuello con los brazos y le devolvía el beso, supo que juntos iban a formar un equipo imparable.

###

Gracias por leer *Cortina de humo*. Espero que hayan disfrutado de las aventuras de Miranda y Parker.

Para más información, visita la página de autora de Linsey en Amazon.